No traiciones a mi corazón
Johanna Lindsey



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO PRIMERO

Castillo Claydon, Inglaterra, 1192

¡Bang! Una y otra vez: ¡bang! El ruido del ariete se imponía a la auyante confusión que reinaba en las murallas interiores, a los gritos agónicos en el recinto exterior, al dar las flechas en el blanco, y a la atronadora jaqueca que latía en la cabeza de Reina de Champeney. ¡Bang! Otra vez.

El ataque se había producido por sorpresa. Reina al despertar de su sueño al grito de "¡A las armas!", se había encontrado con el recinto exterior ya tomado merced a una astuta treta. El falso peregrino al que diera amparo la noche anterior había abierto el portón de la muralla exterior al amanecer, dando paso a un pequeño ejército. Gracias a Dios, no había permitido que el canalla durmiera en el patio interior ni en el torreón; de lo contrario ella no estaría dirigiendo la defensa desde las almenas, por encima de la caseta de guardia interior. Pero eso era todo lo que cabía agradecer.

El ejército atacante probablemente no superaba el centenar de hombres, pero Clydon estaba en esos momentos muy por debajo de la guarnición correspondiente a un castillo de su tamaño. Desde que su padre la hubo diezmado para organizar el ejército que llevaría consigo a las cruzadas, sólo quedaron cincuenta y cinco hombres. Y no todos estaban presentes. Había allí veinte hombres de armas y diez arqueros. Pero al menos seis de ellos habían muerto o estaban atrapados en las murallas exteriores, que los atacantes ni si quiera se molestaban en reforzar, puesto que allí no quedaban arqueros diestros que pudieran dañar sus flancos.

-¡Echad más combustible a ese fuego!- gritó reina a uno de sus sirvientes, los cuales habían sido reclutados para colaborar con la defensa-¡Esa agua hirviente se necesita ahora, no cuando las puertas hayan cedido!

Se inclinó por encima del parapeto y vio caer una gruesa roca a un metro del ariete en movimiento, para rodar inofensivamente al foso seco que rodeaba la muralla. Lanzó una mirada asesina a Theodric, su sirviente de mayor confianza. El desgarbado mozo, de dieciocho años, insistía en ayudar, aunque Reina había tratado de enviarlo abajo, una vez él le hubo traído su armadura, hecha a medida, para que se la pusiera allí mismo, en las murallas almenadas.

-¡idiota! –le espetó, disgustada-. ¡Se supone que debes quebrar la gruesa cobertura del ariete en vez de sacudir el polvo a sus pies!

-Es que las piedras son pesadas –replicó Theodric, de malhumor, como si eso pudiera disculpar el desperdicio de proyectiles.

-Si no tienes músculos para levantarlas, vete a hacer lo que sí puedes hacer, Theo. Necesitamos más agua para hervir de inmediato. Y también otro fuego. El tiempo se nos acaba.

Se volvió en redondo, antes de ver si él se tragaba su sensible orgullo y hacía lo que ella ordenaba. Y al volverse casi derribó al pequeño Aylmer, que estaba junto a ella. El niño de siete años le cogió una pierna con los bracitos enjutos para no caer, pero a Reina se

le subió el corazón a la garganta, pues la caída habría podido despeñarlo desde la muralla: su pie baldado no tenía equilibrio ni destreza suficiente para salvarlo.

-¿Qué haces aquí? –gritó Reina, furiosa por el susto que se había llevado.

En los ojos pardos que la miraban se formaron unas lágrimas, provocando otro tanto en los de la joven. Nunca antes le había gritado; nunca había tenido sino palabras amables para él y un hombro suave en donde el niño podía llorar sus penas. Huérfano como era y no deseado por los aldeanos por su pie tullido, ella era lo más parecido a una madre para él. El pequeño era sólo un siervo, pero Reina lo había ayudado a superar tantas enfermedades infantiles que lo consideraba algo suyo, al menos cuando se trataba de cuidarlo y protegerlo.

-Quiero ayudaros, señora –contestó Aylmer.

Reina se arrodilló para limpiarle la humedad de las mejillas ahumadas, con la esperanza de que una sonrisa borrara la huella de su aspereza anterior.

-Me alegro de que hayas venido, Aylmer –mintió, mientras interponía su espalda, protegida por la cota de malla, entre el niño y las flechas que pudieran superar la muralla-. Subí tan deprisa que no tuve tiempo de indicar a mis damas lo que es necesario hacer dentro del torreón. Ve a decir a lady Alicia que corte vendajes y se prepare para atender a los heridos. Quédate con ella y con dama Hilary, para ayudarlas en todo lo que puedas. –Y agregó, con una sonrisa forzada-: Y dile a las más jóvenes que aún no hay motivo para alarmarse. Ya sabes lo tontas que son.

-Sí, señora. Son sólo muchachas.

“Y tú eres sólo un niño”, pensó ella con ternura, mientras lo veía renquear hacia la escalerilla; su orgullo, al menos, estaba intacto. ¡Si hubiera podido quitar de en medio a Theodric con la misma facilidad! Lo vio a punto de ayudar a otro hombre a inclinar el gran caldero de agua hirviendo sobre la muralla. Intentó gritarle que se apartara, pero en ese momento una flecha pasó casi rozándole la mejilla. Un segundo después se vio arrojada al suelo por Aubert Malfed.

-Jesús, señora, casi...

-Apártate, patán, imbécil –gruñó ella contra la cara cenicienta de Aubert.

-Pero, señora...

Ella interrumpió sus protestas:

-Preferiría no estar aquí. Pero como sir William cayó anoche en cama, sin duda envenenado por ese falso peregrino, tengo que dirigir la defensa.

-Puedo hacerlo yo.

-No puedes –dijo ella, más serena. Bien querría ella que fuera posible, pero el escudero de sir William tenía sólo quince años. Era a ella a quien William había llevado hasta ese sitio, apenas la semana anterior, para una lección de defensa rápida y completa; no a Aubert-. Es a mi a quien buscan, y seré yo quien defienda mi propio destino. Si me capturan será por culpa mía, de nadie más.

-Por lo menos apartaos de la muralla –suplicó él, mientras la ayudaba a levantarse.

-Sí, yo...¡Theo!

Su chillido hizo que ambos muchachos pegaran un respingo; Theodric volvió una mirada de indignación hacia ella, después de haber dado un brinco atrás para evitar el agua que estaba a punto de quemarle los pies. Al verlo, Reina perdió los estribos por completo:

-Al diablo con tu orgullo, Theo. Vete abajo...ahora mismo. Te quiero demasiado como para verte chamuscado o herido, sólo por que crees poder hacer cosas de hombres con esos palillos secos que tienes por brazos. –Como él no obedeció de inmediato, Reina gritó-: ¡Ahora mismo, Theo, o por Dios que te haré encadenar dentro del torreón! Y tú también te irás, Aubert. Aquí necesito gañanes, no bebés que se enreden entre los pies. De nada te

servirá la espada, a menos que traigan escalas para trepar por las murallas o rompan las puertas. Idos, idos ya, y sin una palabra más.

Aubert se ruborizó ante la regañina, pues sabía que Reina tenia razón: sus habilidades serían inútiles si no tenía al enemigo ante sí. Theo, en cambio, sonrió al pasar junto a ella, camino de la escalerilla. Sin aquello de "te quiero demasiado..." se habría sentido dolorosamente ofendido, pero de ese modo podía retirarse con gracia y dignidad. Aunque tenía un año más que Reina, se habría desmayado, a la vista de la primera gota de sangre, y los dos lo sabían.

Reina suspiró al verlos marchar; luego volvió su atención al agua hirviente que, por fin, caía desde la muralla. Se oyeron nuevos gritos allá abajo, pero al cabo de pocos segundos, otro fuerte estruendo. ¡Malditos, malditos! Probablemente habían matado animales de Clydon para conseguir las pieles mojadas con que se protegían, formando una "tortuga" para atacar el portón. Las pieles crudas resistían tanto al fuego como al agua, pero las salpicaduras hirvientes habrían alcanzado algunas pantorrillas descubiertas. El puente tendido sobre el foso era una pared arrancada de la herrería. Comprendió que estaban usando una de las carretas del recinto para sostener un gran tronco de árbol, con el que golpeaban el portón. Un árbol que también habrían cortado de los bosques de Clydon.

-¿ Señora?

Se volvió. Gilbert Kempe, su mayordomo, le ofrecía un trozo de pan, queso y una redoma de vino. Tenía la chaquetilla empapada, pues había ayudado a mojar con agua el portón y los edificios del recinto interior, aunque los atacantes no habían arrojado aún ninguna flecha incendiaria.

-Gracias, Gilbert –dijo, con una sonrisa, mientras cogía el alimento; sin embargo, tenía un nudo en el estómago como para comer nada.

Él hizo una mueca al oír el ruido del ariete a tan corta distancia.

-¿Sabéis quienes son? –preguntó.

-Hombres de sir Falkes –contestó ella.

Gilbert, que no había pensado en eso, se alarmó.

-Pero no llevan sus colores –señaló-. Tampoco hay caballeros entre ellos. Y no han venido preparados para sitiarnos.

-Sí, creyeron que podrían entrar fácilmente en el torreón, puesto que tenían a un hombre dentro que les abriría paso. Y estuvieron a punto de hacerlo. Si alguien no hubiera visto lo que hacía el falso peregrino, si la alarma no se hubiera dado a tiempo, no habríamos podido hacer entrar a los hombres apostados en el recinto exterior para asegurar este portón. Pero ¿qué otro hombre, Gilbert, se atrevería a atacarme? –La muchacha agregó con voz baja-: ¿Qué otro sabe que mi padre ha muerto?

Gilbert meneó la cabeza.

-A estas horas puede saberlo cualquiera. A pasado casi un año, aunque nosotros supimos la muerte de lord Roger hace cuatro meses. ¿Pensáis acaso que, de los que acompañan al rey Ricardo, sólo vuestro padre escribía a su hogar? Y el conde informó a su castellano, aquí en Shefford, de la pérdida de su vasallo, tal como nos informó a nosotros. No hay manera de saber a quien se lo dijo el castellano de Shefford en estos últimos meses agregando también que vos aún no estáis casada. ¿Acaso no volvió a escribir hace apenas una semana, preguntando por la fecha de vuestra boda?

Todo eso era cierto, aunque a Reina le fastidiara admitirlo. Aún le costaba hablar de la muerte de su padre y del dilema que ese fallecimiento le planteaba. Deshecha por el dolor, había dejado pasar casi un mes antes de escribir las cartas que asegurarían su futuro. Y ese mes le había costado muy caro, como podía atestiguarlo Clydon, ahora atacado. Pero aun así no tenía dudas de que esos hombres trataban de llegar a ella por órdenes de Falkes de Rochefort, y recordó a Gilbert el motivo.

-Sea como fuere, olvidas la visita que nos hizo De Rochefort hace quince días. ¿No me pidió que me casara con él? Y como yo me negara, ¿no se escabulló en mi alcoba aquella noche, para violarme y lograr su voluntad con esa sucia estratagema? Si Theo no hubiera oído mis gritos...

-Por favor,señora, ¿a que mencionar esa noche infortunada? La verdad, esto podría ser obra de sir Falkes, deseoso también de venganza, por haber sido arrojado al foso de Clydon. Pero no es el único señor dispuesto a arriesgar mucho por desposaros.

-No soy una heredera tan valiosa, Gilbert –dijo Reina, exasperada.

Él frunció el ceño.

-Para tentar a un conde, quizá no. Pero con tantos caballeros como os deben tributo, os sobra con qué tentar a los pequeños barones del reino, y también a otros no tan pequeños. Bastaría Clydon para tentarlos.

Ella lo sabía, pero una vez más la fastidiaba admitirlo. Podría haberse casado dos meses atrás si no hubiera tardado tanto en escribir esas cartas. Sabía lo vulnerable de su posición: su señor feudal, el conde de Shefford, estaba en las cruzadas, y con él, la mitad de los vasallos de Clydon, de los cuales tres habían muerto con su padre. Y aquel ataque se había producido de manera tan inmediata que ella no había podido enviar por Simon Fitz Osbern, su vasallo más próximo, para que la socorriera.

-Hasta podrían ser esos malditos proscritos que viven en nuestros bosques –continuó Gilbert.

Reina tuvo que contener una carcajada para no irritar a Gilbert, pero eso alivió su miedo por un instante.

-Esas míseras ratas del bosque no se atreverían a tanto.

-Abajo no hay caballeros, señora. No hay un solo hombre con cota de malla –le recordó él.

-Sí. De Rochefort es demasiado mezquino para equipar debidamente a sus hombres. En todo caso, no importa quien sea el que llama a nuestra puerta, siempre que le impidamos la entrada.

Él no dijo más; ni en sus sueños se habría atrevido a discutir con ella. Cuando se alejó, Reina nuevamente sintió miedo. No obstante, si Clydon era sometido a sitio, ella podría resistir durante meses. Y Simon acudiría en su auxilio antes de que pasara tanto tiempo. Y lord John de Lascelles debía presentarse en algún momento de la semana siguiente, en respuesta a sus cartas. Sin embargo, esos patanes de abajo debían de saber que ella estaba muy escasa de hombres. ¿De qué otro modo se habrían atrevido a atacar de inmediato, tras su negativa de rendición? Estaban decididos a llevársela y obtener la victoria antes de que llegara ayuda, pues no eran muy numerosos, aunque superaran en mucho a los defensores del castillo.

Reina había hecho todo lo posible, considerando que la batalla estaba medio perdida. Su mayor defensa, la muralla exterior, con un foso ancho y profundo, para el que cualquier puente habría demandado días de construcción, ya había sido franqueada. No había hombres suficientes para muralla tan larga, pues Clydon no era un castillo pequeño, pero el enemigo habría perdido muchos atacantes en el intento de tomarla y hasta era posible que hubiera renunciado. La muralla interior no era tan larga; encerraba sólo la cuarta parte de toda el área, con el torreón en una esquina; era más fácil de defender; contaba con cuatro fuertes torres, incluida la segunda caseta de guardia, frente al recinto exterior, en la cual el enemigo concentraba sus esfuerzos.

Tuvo tiempo de prepararse, después de escuchar las exigencias desde la muralla y responder con una negativa. Mientras ellos conseguían el ariete, desarmaban sus

construcciones para protegerse de las flechas y hacer un nuevo puente para cruzar la zanja seca, y sacrificaban sus animales para usarlos como escudo contra los defensores, ella había puesto en práctica todo lo que sir William le había enseñado: dejó las armas preparadas, agua y arena calientes para arrojar desde la muralla y varas para abatir las escalerillas; también hizo mojar todo lo inflamable. Ante la escasez de hombres, todos los sirvientes fueron reclutados, con lo cual dobló su número. Los criados no sabían luchar, pero podían arrojar piedras, empujar las escalerillas de los invasores y cargar las ballestas para quienes supieran usarlas. Pero de poco servirían una vez que el ariete cumpliera con su misión. Entonces, a Reina sólo le quedaría retirarse al torreón, su última defensa...si aún tenía tiempo de hacerlo.

CAPITULO II

Lo despertó el maullido con que *lady Ella* le informaba de su disgusto por el retraso de las viandas matutinas. Ranulf Fitz Hugh estiró un largo brazo sin abrir los ojos y recogió el bulto de pelo ralo para dejarlo caer en el centro de su amplio pecho.

-Supongo que es hora de levantarse –murmuró a la gata, somnoliento.

Y obtuvo más respuesta de la que esperaba:

-¿Si, mi señor?

Ranulf dio un respingo, recordando que en la víspera había llevado a la cama algo más que su gata mimada. La ramera, una de las seis que prestaban servicios entre sus hombres, frotó una pierna desnuda contra la de él. A Ranulf no le interesó. La prostituta le había sido útil la noche anterior, para saciar su deseo, pero ya era de mañana y no le gustaba que lo importunaran cuando tenía mucho que hacer.

Incorporándose, le dio una fuerte palmada en las nalgas; después la acarició para que su rechazo fuera menos grosero.

-Vete, muchacha.

Ella hizo un mohín que no lo impresionó. Era la más bonita del grupo, pero las bellas acudían a él con presteza. Ni siquiera recordaba su nombre, aunque no era la primera vez que ella le calentaba el jergón.

Se llamaba Mae. En cuanto le fue arrojada una moneda, comprendió que había sido olvidada. De él no se podía decir lo mismo. Resultaba imposible no pensar en ese hombre cien veces al día, cuanto menos, pues Mae había cometido el error de permitir que sus emociones intervinieran en su oficio, algo cuya desventaja conocía bien, aunque ya era demasiado tarde. Ya estaba enamorada...como cuantas mujeres habían posado sus ojos en él, incluidas sus compañeras, que le tenían rencor porque él sólo pedía por ella. No la habrían envidiado tanto de haber sabido que él enviaba a sus escuderos en busca de “la rubia”, representaba tan poco para Ranulf que no recordaba siquiera su nombre. Para él no era sino una ramera, un objeto; nada más.

Lo vio salir desnudo de la tienda para hacer sus necesidades y suspiró. Como la mayoría de los hombres, no tenía remilgos en andar desnudo, siempre que no hubiera damas presentes. Las prostitutas no contaban. Pero Mae pensó que a las damas no les

molestaría echar un vistazo a Ranulf Fitz Hugh. Pocos hombres tenían su estatura y sus formas magníficas. Mala suerte para las señoras, pues sir Ranulf las evitaba tanto como a una letrina desbordante.

Mae ahogó una exclamación al advertir que estaba demorándose en cavilaciones. Sir Ranulf había despertado con su habitual enfurruñamiento matutino, pero si al regresar a la tienda la encontraba aún allí, su malhumor podía empeorar bastante.

En realidad, esa mañana Ranulf estaba de un humor muy agradable, para su modo de ser; un verdadero milagro en lo que a Lanzo Shepherd concernía. En vez de despertarlo con un puntapié en el trasero, le alborotó el pelo rojo y dejó caer en su regazo a *lady Ella*, para que la alimentara.

-¿Será que Mae le ha brindado un revolcón mejor que los de costumbre? –preguntó Lanzo a Kenric, el otro escudero, que ya estaba enrollando sus mantas.

El mayor meneó la cabeza, mientras observaba a Ranulf, que se alejaba hacia las malezas.

-No; ella siempre lo atiende mejor que a nosotros –comentó Kenric, sin rencor.

Como los otros hombres, ambos mozos estaban habituados a que las mujeres los consideraran invisibles cuando Ranulf estaba en las cercanías. Y Lanzo, que sólo tenía catorce años, aún no tenía mucha experiencia, de modo que no le importaba.

-Sólo está contento por terminar con este trabajo –continuó Kenric, volviendo hacia Lanzo sus ojos color turquesa-. El viejo Brun dijo que sería muy sencillo, pero ya sabes que Ranulf detesta tratar con damas.

-Sí. Searle dijo que ni siquiera aceptaría el trabajo.

-Bueno, en realidad no lo ha aceptado. Al menos, aún no ha aceptado la paga de lord Rothwell, aunque sí permitió que los hombres de Rothwell vinieran con nosotros.

-Sólo han servido para retrasarnos. Pero no comprendo por qué...

-¿Otra vez chismorreando como mujercitas?

Lanzo, ruborizado, se levantó de un salto, pero Kenric se limitó a sonreir ampliamente a Searle y Eric. Ambos habían sido armados caballeros, por un acuerdo entre Ranulf y el último señor para el que trabajaron, a cambio de su paga.

Ël mismo podría haberlos armado caballeros, pero quería que disfrutaran de la correspondiente ceremonia y de otros testigos, aparte de sus compañeros. Ambos tenían dieciocho años. Searle de Totnes era más alto y rubio, de ojos grises alegres y luminosos; Eric Fitzstephen tenía el pelo tan negro como Kenric y pesados ojos de avellana, que le daban siempre un aspecto somnoliento. Acompañaban a Ranulf y a sir Walter de Breaute desde hacía mucho más tiempo que Lanzo y Kenric; sin embargo, los cuatro tenían mucho en común: eran bastardos, nacidos en la aldea o en la cocina del castillo y rechazados por sus encumbrados padres; por tanto, no tenían esperanza de mejorar su suerte. Eran medio plebeyos, medio nobles, y ambas clases sociales los rechazaban. Si Ranulf, al reconocer su valor, no hubiera comprado su libertad, habrían seguido siendo siervos, atados a la propiedad de sus propios progenitores. Pero cada uno reconoce a los de su especie: Ranulf también era bastardo.

-Nos preguntábamos por qué Ranulf se negó a recibir la primera mitad de la paga por este trabajo –dijo Lanzo, en respuesta a las bromas de Searle.

-Si lo piensas bien, pequeño Lanzo, hallarás la respuesta.

-La única respuesta es que puede dejar la tarea inconclusa.

-Exacto –replicó Eric.

-Pero ¿por qué?

Eric rió entre dientes.

-Vaya, esa respuesta no es tan clara. ¿Qué piensas tú, Searle? ¿Acaso Ranulf sintió antipatía por Rothwell? ¿O por ventura no creyó lo que dijo el señor sobre un compromiso matrimonial desatendido?

Searle se encogió de hombros.

-Ha trabajado para otros hombres que le eran antipáticos. Y otros han mentido sin que importara gran cosa. El dinero siempre es dinero.

-Por ende, sólo puede deberse a la índole de este trabajo, que involucra a una señora.

-Tal vez sea por eso y por lo demás, todo en combinación. Pero si ya se ha decidido...

-Hemos llegado hasta aquí –señaló Lanzo-. Por tanto, debe de estar decidido. Y no creo que rechace quinientos marcos, ¿verdad?

Nadie respondió. Lanzo se volvió para seguir la dirección de sus miradas: Ranulf se acercaba. Sólo entonces notó el muchacho que aún tenía a *lady Ella* en sus brazos, pues en ese momento soltó un maullido como para despertar a los muertos, o como para informar a Ranulf que estaba muerta de hambre. ¡Maldita majadera! A veces el muchacho sentía deseos de retorcerle aquel cogote flaco, pero Ranulf despellejaría vivo a quien se atreviera a arrancarle uno de sus cortos pelos pardos. ¡Qué feo animal! ¿Cómo era posible que un hombre amara a un animal tan feo?

-¿Todavía no has alimentado a mi señora?

-Eh... no, señor –admitió Lanzo.

-¿No te he despertado del todo?

-Ya iba, señor, ya iba –chilló el mozo, estirando una mano para cubrir su trasero amenazado hasta verse fuera del alcance de Ranulf.

El caballero rió entre dientes mientras su escudero se alejaba deprisa. Luego volvió a su tienda. Los ojos de Searle se encontraron con los de Eric; ambos sonrieron.

Searle expresó sus pensamientos al oir esa risita.

-Ya está decidido. Llevará a la damisela a los brazos de su nuevo esposo. Lanzo tenía razón. Quinientos marcos es demasiado para rechazarlos, sobre todo cuando representan la diferencia entre poseer tierras y no poseerlas. Y él no piensa sino en la tierra.

-Quizá nunca estuvo indeciso. Quizá no se comprometió del todo solo para poner nervioso a Rothwell.

-Sí, es posible. Ese viejo lord se le hizo muy antipático. Deberíamos haber preguntado a sir Walter...

-¿Qué queréis preguntar a sir Walter? –inquirió el nombrado en voz baja, a espaldas de ellos.

Los tres jóvenes se volvieron para enfrentarse al hermano de armas de Ranulf, pero el bochorno les pasó al notar que sus ojos pardos refulgían.

No existían dos hombres tan diferentes como Ranulf Fitz Hugh y Walter de Breaute, tanto en temperamento como en aspecto; sin embargo, se querían como verdaderos hermanos desde el día en que se conocieron. Walter, con su impresionante metro ochenta de estatura, era más alto que la gran mayoría de los hombres. Ranulf lo superaba aún en quince centímetros: un gigante entre sus pares. Walter era la noche: piel olivácea y pelo castaño oscuro; Ranulf, el sol: piel dorada y cabellos de oro. Ranulf bramaba aun cuando estaba de buen humor. Walter tenía una voz tan suave que a veces era preciso esforzarse para oírle. Walter festejaba con risas el peor chiste. Ranulf muy rara vez reía.

Walter era de ánimo despreocupado. Por ser el tercer hijo varón de un noble de poca monta, carecía de tierras tanto como Ranulf; la diferencia radicaba en que a él no le importaba. Se sentía igualmente feliz vinculado con un gran señor como con un pequeño propietario... o con ninguno. Eso le interesaba poco. No tenía ambiciones; no experimentaba la necesidad de crearse un nombre, de adquirir riquezas ni poder. Como sus

hermanos mayores lo amaban, siempre tendría un hogar que lo acogiera en caso de necesidad.

Ranulf ni siquiera tenía ese respaldo. Aunque su padre fuera un gran señor, aunque lo hubiera sacado de la aldea donde su padrastro lo había criado durante los nueve primeros años de su vida, aunque le hubiera hallado un hogar donde se le adiestró para caballero, Ranulf odiaba a ese hombre; jamás le pediría nada, aunque su vida dependiera de ello.

Ranulf no tenía hogar, pero su ambición era corregir esa carencia. Era su única meta, la que lo consumía. Tan sólo por eso trabajaba, vendiendo sus servicios a cualquiera, sin preguntar por la tarea a realizar, las dificultades o su propia opinión al respecto. Su ambición no permitía escrúpulos. Había arrancado torreones a otros señores, librado guerras por ellos. Nunca fracasaba en lo que emprendía. Eso le había ganado una verdadera reputación; por eso ya no se lo podía contratar por poco dinero. Y por eso lord Rothwell había accedido a pagar la exorbitante suma de quinientos marcos a cambio de que la mujer a quien deseaba por esposa le fuera entregada.

-¿Y bien? –Walter sonrió al ver que nadie respondía a su pregunta-. ¿Acaso *lady Ella* os ha comido la lengua?

Fue Kenric quien respondió. La curiosidad de un mozo de quince años no permite mucha sutileza.

-Sir Ranulf habla con vos. Conocéis sus pensamientos y sus sentimientos mejor que nadie. Si no aceptó el dinero de lord Rothwell para comprometernos en esta misión, ¿fue sólo porque el señor le inspira una profunda aversión?

-No dijo a lord Rothwell que no lo haría.

-Tampoco le dijo que lo haría –observó Eric.

Eso hizo reír a Walter.

-Sí. Ese “ya veremos” me pareció muy elocuente, proviniendo de un hombre tan agrio como Ranulf.

-¿Pensáis que por eso Rothwell insistió en que viniéramos con cincuenta de sus hombres?

-Desde luego. Las personas como él no son propensas a la confianza, sobre todo cuando se trata de algo importante. Ese anciano no confía ni en sus propios vasallos; de lo contrario no habría necesitado contratarnos, ¿verdad? Estaría aquí personalmente, de no ser por la gota que lo tiene postrado. Sin duda piensa que sus hombres, al formar un grupo más numeroso que el nuestro, serán incentivo suficiente para que la misión se cumpla.

-En ese caso no conoce a Ranulf –exclamó Searle, con una carcajada.

-No, no lo conoce –concordó Walter, sonriendo también.

-Pero ¿qué rechaza Ranulf de ese hombre? –quiso saber Eric-. Parece bastante inofensivo, aunque algo ladino.

-¿Inofensivo? –resopló Walter-. Deberías conversar con sus hombres para saber qué clase de persona es.

-¿Lo hicisteis vos?

-No, pero vi lo mismo que Ranulf: que es como el lord de Montfort, con quien ambos cumplimos nuestro aprendizaje. Montfort nos tomó como escuderos propios en vez de cedernos a uno de sus caballeros. Si vosotros pensáis que Ranulf ha sido un amo difícil, no sabéis lo que es el verdadero infierno. Pura crueldad: eso es lo que Ranulf percibió y rechazó en Rothwell.

-Pero ¿qué hay del trabajo? –preguntó Kenric-. En absoluto cae fuera de lo normal, aunque nunca se nos haya contratado antes para llevar a una novia reacia ante su prometido. ¿Sentía sir Ranulf verdadera renuencia a hacer eso? ¿O fue que no estaba dispuesto a asegurar a lord Rothwell que lo cumpliríamos?

La risa encendió chispas en los ojos pardos de Walter.

-Si os lo dijera, niños, ¿qué os quedaría para chismorrear?

Searle y Eric enrojecieron al oírse tratar de niños, considerando que Walter sólo tenía veinticuatro años. Pero el gruñido de Kenric distrajo su atención: Ranulf salía de su tienda con la armadura completa.

-Que Dios nos proteja. Lanzo trabaja muy rápido esta mañana –dijo Walter-. Vergüenza para ti, Kenric: me dejas aquí, en ropa interior, parloteando como las mujeres. ¡Muévete, pelmazo, si no quieres que se vaya sin nosotros!

Cabía la posibilidad de que así fuera. Y así habría sido, de no ser porque *lady Ella* había desdeñado el ofrecimiento de Lanzo de ir por su propia comida. Como Ranulf no estaba seguro de que la gata supiera hallar el sitio al que se dirigían, que estaba a menos de una hora de viaje, todos tuvieron que esperar a que el felino regresara con su ratón y se pusiera, en la carreta de las provisiones, a disfrutar de su desayuno.

CAPÍTULO III

Reina intentó sujetar al herido, pero como pesaba demasiado para ella, ambos cayeron al suelo. Él se había arrancado la flecha del hombro antes de que ella pudiera impedírselo; ahora había allí una herida abierta, y Reina no tenía nada para detener la hemorragia. Ni siquiera sabía quien era, pues el hombre estaba cubierto de cenizas y humo, por haber estado atendiendo el fuego. No parecía muy resistente al dolor, pues enseguida se desmayó. Y ella no podía dejar que se desangrara.

-Aubert, necesito un trozo de tela, cualquier cosa...

Aubert no le prestaba atención o no podía oírla por el estruendo del ariete. El puente levadizo, cerrado, había sido destrozado, al igual que la primera de las dos rejas que cerraban la entrada por dentro. Los hombres que manipulaban el ariete ya estaban dentro de la caseta de guardia; ya no era posible alcanzarlos con agua o arena caliente, pero había que mantener las hogueras encendidas, para volver a arrojar agua cuando el enemigo avanzara.

Era hora de retroceder hacia el torreón. Los que habían atendido el fuego estaban exhaustos, derrumbados contra las murallas. Los soldados aún disparaban sus flechas cuando algún blanco se apartaba del sitio cubierto. El resto de los asaltantes esperaba con paciencia que el ariete hiciera lo suyo, y de vez en cuando disparaban alguna flecha por encima de las almenas.

-¡Aubert!

Estaba junto a ella, mirando hacia el patio, pero aún no la oía. Cuando aquello terminara, fuera capturada o no, ajustaría cuentas con Aubert Malfed por haberle provocado casi tanta exasperación como los atacantes. Le pegó en la pierna para llamarle la atención.

-Dame tu cuchillo... o tu espada.

Ella no llevaba arma alguna, pues no tenía sentido agregarlas a la armadura si no sabía utilizarlas; además, su chaqueta de malla pesaba ya bastante sin añadir el peso de una espada (en total sólo pesaba siete kilos). La idea de William no había sido que ella combatiera, sino protegerla y disfrazarla para que pudiera parlamentar desde las murallas en caso necesario.

Había tenido esa idea apenas dos días antes, preocupado porque ella había despachado con sendos recados a los otros dos caballeros del castillo, con lo que sólo quedaba él para ocuparse de la defensa. Y aunque Reina había aceptado la sugerencia a regañadientes, sólo por darle gusto, lo hizo pensando que no habría oportunidad de usar la armadura. Sin embargo, aquel disfraz, por mucho que lo odiara, le estaba dando muy buen resultado desde la mañana. Había parlamentado con los atacantes como si fuera un caballero que hablara en nombre de su señora. Puesto que su cabeza estaba cubierta por una cofia y un yelmo, nadie adivinaba que ella era la misma mujer cuya rendición exigían.

Los ojos verdes de Aubert se agrandaron al verla medio sepultada por el hombre caído.

-¡Señora mía!

-¡Un cuchillo, estúpido! –fue cuanto ella pudo gritar.

Él le entregó la daga que llevaba en el cinturón, sin pensar, pero Reina tenía las manos tan empapadas de sangre, por haber estado apretando la herida, que la dejó caer.

Aubert ordenó sus dispersos pensamientos, lo suficiente para recoger el cuchillo y cortar la chaqueta del hombre. Luego le entregó un jirón de tela, que ella metió por el agujero abierto en la prenda, por encima de la herida. El muchacho tuvo luego el buen tino de alertar a otro sirviente, para que ayudara a llevar abajo al caído, pero su buen criterio no alcanzó para antes ayudarla a salir de debajo de su cuerpo. Fastidiada, ella no podía liberarse sin ayuda. Y Aubert volvió a distraerse antes de haber logrado nada: Reina le oyó ahogar una exclamación. Siguió un gemido y luego otro golpe del maldito ariete.

-¿Qué?

-¡Jesús! ¡Buen Jesús!

-¿Qué?

Aubert se persignó antes de tartamudear:

-Han... han recibido refuerzos, señora. Por la puerta exterior están entrando hombres a caballo. Jesús, más de treinta jinetes, y más aún a pie. Y... y caballeros. Hay caballeros que les guían.

A Reina se le heló la sangre. Y ahora ¿qué hacer? Sir William estaba loco si pensaba que ella podía manejar aquella situación, cuando el miedo le impedía casi pensar. Si no se hubieran perdido las murallas exteriores, si el enemigo hubiera hecho lo habitual, instalándose para un largo sitio, no habría tenido problemas. Pero De Rochefort, el malnacido, ese cerdo libidinoso, sabía bien que ella no tenía hombres suficientes. Seguramente allí estaba, creyendo que la batalla había terminado. Y no duraría mucho tiempo más, si eran caballeros los que dirigían el ataque. Unas cuantas escalerillas, que se podían hallar en el granero sin mucho buscar, y las murallas serían tomadas en pocos minutos.

Y allí estaba ella, clavada al suelo, con los brazos tan cansados de sostener las mangas de malla que ni siquiera podía quitarse aquella pesada espalda de encima. Ni siquiera podía ordenar la retirada.

-¡Aubert! –lo intentó otra vez-: ¡Ayúdame a incorporarme!

Pero él seguía hipnotizado por la escena del patio. Seguía narrándole lo que ella no deseaba oír.

-Siguen llegando; setenta... ochenta... Han duplicado su número y hay más aún... ¡Esperad! ¡Jesús!

-¿Qué? –Y como él no contestara de inmediato-: ¡Maldita sea, Aubert! ¿Qué pasa?

Él bajó la mirada y le dedicó una amplia sonrisa.

-¡Los refuerzos son para nosotros, señora mía! ¡Estamos salvados!

Entonces ella misma lo oyó: entrechocar de espadas, gritos y vítores de su propia gente, diseminada por la muralla. Aubert continuó, riendo:

-Los asaltantes no les oyeron llegar y ahora es demasiado tarde. Están huyendo. ¡Ved cómo corren, los muy cobardes!

-¿Cómo quieres que mire, so idiota? –protestó ella, aunque ahora sonreía.

La cara del joven se puso casi tan anaranjada como su pelo al verla inmovilizada. De inmediato apartó al hombre inconsciente y la ayudó a levantarse. Cuando Reina vio la batalla que se estaba librando abajo, los caballeros abatiendo enemigos con cada golpe de espada y los nuevos soldados persiguiendo a sus atacantes a través del recinto, también se echó a reír. No hubo resistencia. Los recién llegados eliminaron al enemigo con tanta celeridad y tan poco esfuerzo que todo terminó muy pronto. Ella, ya aliviada, hasta perdonó a Aubert por la "ayuda" que le había prestado esa mañana.

-Hazlos pasar en cuanto el jaleo haya terminado, Aubert. Jesús, debo cambiarme. ¡No puedo recibirlos en este estado!

Hizo una mueca al mirar su atuendo masculino; su cara enrojeció ante la idea de que alguien ajeno a su castillo la viera así.

-¡Recíbelos como se merecen, Aubert! –agregó, encaminándose ya hacia la escalerilla.

-Pero ¿quiénes son, señora mía?

-¿Qué importa, si acaban de salvar a Clydon?

CAPÍTULO IV

Ranulf se quitó el yelmo después de entrar en el Gran Salón y comprobar que allí sólo había mujeres y niños. No obstante, se sentía intranquilo; el sitio era demasiado grande y casi no había hombres. Intuía que en algún lugar había un ejército de soldados escondidos, tratando de decidir si él era amigo o enemigo antes de presentarse.

Por lo que llevaba visto, allí había más sirvientes que soldados, lo cual explicaba la patética defensa que había presenciado a su llegada. El castillo había estado a punto de caer, aunque los atacantes eran ridículamente pocos y ni siquiera había un caballero entre ellos. Pero aun así, habrían hecho falta semanas sólo para franquear las murallas exteriores, empleando todas las maquinarias y artilugios para sitio. Quienquiera estuviera a cargo de la defensa debía de ser un imbécil o, astutamente, había estado perdiendo la batalla ex profeso.

-Si... si esperáis aquí, mi señor... la señora... lady Reina, no tardará en daros la bienvenida.

Ranulf echó un vistazo al joven; parecía tener la edad de Kenric. El mozo se presentó como Aubert Malfed, escudero de sir William Folville, fuese quien fuera. Malfed le había salido al encuentro en el patio interior, para conducirlo con sus hombres directamente al torreón, sin formular una sola pregunta. Ranulf estaba habituado a intimidar a los hombres, pero aquello era ridículo; ardía por dar al mozo su merecido por la tontería de entregarles el torreón. Pero eso iba en contra de sus propios intereses.

Su intención había sido preguntar por Roger de Champeney, lord de Clydon, como si ignorara que éste había muerto. Podía tener negocios pendientes con el caballero, y eso habría impedido que la señora sospechara el verdadero motivo de su presencia. Pero para eso debía llegar sólo, con unos pocos hombres como escolta, tal como había planeado.

Sin embargo, al encontrar a Clydon en medio de un ataque, todo cambió. Se vio obligado a traer a sus treinta soldados y los cincuenta de Rothwell. Ahora, si no quería asustar a la dama al extremo de inducirla a esconderse, necesitaría una buena excusa para justificar su presencia.

Por el momento le habían dado una calurosa bienvenida, puesto que había despachado a los atacantes. Pero no podía decir que, al pasar por allí, había acudido en defensa de Clydon por puro espíritu de aventura. Los caballeros no viajaban con tantos hombres sin una finalidad militar; tampoco participaban en cualquier batalla con la que se tropezaran.

El escudero estaba demasiado nervioso; divagaba acerca de cierto vecino, llamado De Rochefort, a quien suponía vinculado con algunos proscritos que vivían en los bosques de Clydon y que, probablemente, habían sido los atacantes. Al parecer intentaba ganar tiempo: hablaba sin pausa, como para que nadie pudiera hacer preguntas. La señora del castillo habría debido estar allí, en el salón, para recibirlos. Ranulf se preguntó por qué no era así. ¿Y si en ese momento la estaban llevando lejos de su alcance?

Por fin, Ranulf levantó una mano para acallar al escudero.

-¿Dónde está vuestra señora, caballero? Me gustaría asegurarme de que está sana y salva.

-Eh... está sana y salva. La última vez que la vi... eh... No sé de seguro dónde se encuentra ahora.

Esta respuesta no alivió las preocupaciones de Ranulf; el ceñudo gesto aterrorizó al pobre Aubert, quien se apresuró a añadir:

-Iré a buscarla.

Y prácticamente huyó del salón a toda carrera.

-¿Qué opinas, Ranulf? –preguntó Walter, pensativo, en tanto el escudero desaparecía por una escalera, en una torrezuela de la esquina-. ¿Te parece que las habitaciones de la dama pueden estar ahí arriba?

-Este torreón es tan grande que no se puede saber dónde está cada cosa. No pierdas esa escalera de vista.

Ranulf paseó la mirada por el salón, inspeccionando brevemente a las mujeres. Detectó a una especialmente bonita y la dejó para un posterior análisis. Luego se volvió hacia sus acompañantes.

-Eric, ve a... ¡Eric! –Hubo de golpear al joven en las costillas para que apartara los ojos de la rubia deslumbrante que Ranulf acababa de descubrir-. No es hora de devorar a las muchachas con los ojos –gruñó el caballero, con voz grave.

-¡Sí, pero por los clavos de Cristo! ¿Visteis alguna vez algo semejante...? –Eric se interrumpió con un gruñido ante el codazo que recibió de Searle. Por fin vio el ceño de Ranulf, cada vez más oscuro-. Eh... ¿sí, señor?

-Ve a apostar a un hombre en cada puerta. No quiero que ninguna mujer abandone el castillo. Ninguna en absoluto.- Mientras Eric se marchaba, Ranulf se volvió hacia Kenric-. Tú pregunta a los sirvientes dónde está la señora.- Pero como el mozo se encaminó

directamente a la bella rubia, Ranulf agregó en voz alta-: Dame una excusa para que te la corte y verás si no lo hago. El trabajo está antes que los placeres.

Kenric palideció, llevándose una mano hacia la ingle; luego asintió y echó a andar otra vez. Walter y Searle se echaron a reír al ver que describía un gran rodeo en torno de la rubia.

-Ven, Ranulf. Si es preciso esperar, al menos sentémonos –sugirió Walter, empujando uno de los taburetes puestos frente a la chimenea hacia Ranulf, antes de ocupar otro-. Lanzo, trata de localizar al mayordomo o a cualquiera que pueda traernos un poco de cerveza. Me vendría bien un trago después del ejercicio, pero todo el mundo está intimidado por nuestro jefe, como de costumbre, y nadie es capaz de acercarse con refrigerios. –Walter sonrió ante la agria mirada que Ranulf le dirigió-. Sabes que es cierto, hermano. Cierto que las mujeres se te echan encima cuando comprueban que no eres tan peligroso como pareces, pero sólo después de comprobarlo.

-Es una locura provocarlo ahora, Walter –le susurró Searle.

Sin embargo, Ranulf se sentó.

-No te preocupes –replicó Walter, en voz igualmente baja-. Si no lo hago, perderá la paciencia esperando a la dama. Y en ese caso, ¡Dios la ayude!

-A juzgar por su expresión, ya ha perdido la paciencia.

-No, todavía no –sonrió Walter-. Pero será mejor que ella aparezca cuanto antes.

Por desgracia, Kenric volvió diciendo que nadie había visto a Reina de Champeney desde el amanecer. Entonces Ranulf estalló.

-¡Por los clavos de Cristo! Huyó antes de que se iniciara el ataque. ¡Ha escapado!

-No, Ranulf, cálmate. Lo más probable es que se haya escondido prudentemente. Sin duda nadie le ha dicho aún que puede salir sin peligro.

-Si –agregó Searle-, sus damas han de saber dónde está. A ellas deberíamos haber preguntado. Buscaré a una y... ¡por el amor de Dios! Aquí está la señora, Ranulf.

Ranulf se volvió en redondo. Aubert Malfed venía acompañado por una jovencita que era toda una dama, sin lugar a dudas: vestida de ricas telas azules; su pelo cobrizo estaba pulcramente oculto bajo un velo blanco. Era bastante más joven de lo que él esperaba; no parecía tener más de doce o trece años. Pero como a casi todas las herederas se las casaba a esa edad, sólo experimentó un leve desagrado ante la perspectiva de capturarla en nombre de Rothwell. Y eso, sólo porque era muy joven y, además, encantadora.

Ocurría con frecuencia que los viejos lores desposaran a niñas, y él ya había discutido con su conciencia por el hecho de llevar a *cualquier* esposa a Manos de alguien como Rothwell. Pero un hombre en su situación no podía permitirse el lujo de juzgar lo correcto y lo incorrecto. Si él no la llevaba al anciano, algún otro lo haría. Así pues ¿por qué renunciar a sus quinientos marcos? ¿Sólo porque Rothwell le producía repulsión? Toda su renuencia a encargarse del asunto se debía sólo a que no le gustaba tener que tratar con una "dama". La experiencia le había enseñado que esas personillas no eran lo que parecían.

También aquélla, pese a su aspecto de dulce inocencia y nerviosismo, podía ser tan cruel y viciosa como todas las que él había conocido. Al recordarlo, Ranulf apretó los dientes. Por pura perversidad, no se puso de pie, como lo exigía la caballerosidad, sobre todo tratándose de una dama cuyo rango estaba tan por encima del suyo. Las damas siempre lo trataban de bruto y grosero, sólo porque él no disimulaba el desprecio que le inspiraban. Pero como con aquélla sí debía tratar, impuso a sus facciones una relajación que disimulaba sus verdaderos sentimientos.

De echo, fue ella quien le hizo una reverencia. Bien ¿por qué no? Ranulf estaba habituado a oírse llamar "lord" por los sirvientes y quienquiera ignorara que era sólo un caballero sin tierras, indigno de ese título.

-Os doy la bienvenida a Clydon –dijo ella, con voz suave y algo vacilante por el nerviosismo-. Perdonadnos por no saludaros antes, pero todas pensábamos que nuestra señora os había salido al encuentro en...

-¿Vuestra señora? ¿No sois vos Reina de Champeney?

-Oh, no, milord. Soy Elaine Fitz Osbern de Forthwick. Tengo el honor de ser educada aquí, en Clydon, por la señora de mi padre.

-Bueno, Ranulf... –Comenzó Walter, al ver que la expresión de su amigo se oscurecía peligrosamente.

Pero ya era demasiado tarde.

-¡Por la sagrada sangre de Cristo! –aulló Ranulf-. ¡Quiero saber por qué la señora no me recibe, y quiero saberlo ahora mismo1 Vos, Malfed, fuisteis enviado...

-¡Por Dios, milord! –gritó Aubert, retrocediendo temerosamente al igual que Elaine Fitz Osbern-. ¡Mi señora no estaba donde yo creí encontrarla, pero juro que su deseo es que os sintáis a gusto!

-Cinco minutos, señor, o por Dios...

No hizo falta que concluyera, Aubert se volvió y echó a correr otra vez, ahora hacia el patio. Ranulf fijó entonces los ojos en lady Elaine, que empezó a tartamudear.

-¿Puedo... puedo ofreceros...?

Con una inaudible exclamación, abandonó el esfuerzo y huyó también.

-Bueno, ahí va nuestro refrigerio, muchísimas gracias –gruñó Walter-. Con ese trueno has asustado a todos. Supongo que podría buscar las cocinas por mi propia cuenta, pero ¡por los clavos de Cristo! En un sitio como éste uno puede tardar días enteros en hallarlas.

La respuesta de Ranulf fue breve y concisa:

-Searle: si este hombre dice una palabra más, tápale la boca.

CAPÍTULO V

Aubert estuvo a punto de arrollar a Reina en las escaleras por las que ella subía con Theodric. Si Theo no la hubiera sujetado, la muchacha habría caído. Sin embargo, el escudero estaba tan agitado que ni siquiera se disculpó.

-¡Habéis venido, señora, gracias a Dios! Al parecer, el señor se siente insultado por el hecho de que no lo recibierais. Acaba de dar un susto de muerte a lady Elaine y...

-Y también a ti, por lo que veo –le espetó Reina, impaciente-. Por Dios, Aubert, te dije que te encargaras de atenderlo. ¿Le ofrciste bebidas, te ocupaste de que estuviera cómodo?

-Yo... no creí que tardarais tanto y... Y es un monstruo, señora. Nunca he visto a nadie tan...

-¡Necio! ¿Quieres decir que en todo este tiempo nadie los ha atendido?

-Esperaba que vos misma bajarais.

-¡Yo no estaba arriba! Había heridos que necesitaban atención inmediata y... ¡Oh, no importa! Me tienes harta Aubert; si desapareces durante una semana no te echaré de menos, lo juro. ¿Quieres hacer algo útil? Ayúdame a bajar por estas escaleras. Estoy mortalmente cansada y, gracias a ti, ni siquiera podré pasar a hurtadillas junto a ellos para subir a mi alcoba, como pensaba. No te quedes ahí como un idiota, Theo. ¡Ayúdame!

-Admitiréis, señora mía, que no es frecuente veros tan enfurruñada. –Theo, riendo entre dientes, la tomó de un brazo, mientras Aubert la asía del otro, para descender por los últimos peldaños-. Resulta muy novedoso y esclarecedor. Bueno, ¿podéis arreglaros sola ahora? –preguntó, en lo alto de la escalera.

-Sí, y tú te encontrarás relegado a las cocinas, si debo seguir soportando tus muestras de humor. Te sobrepasas, como siempre. Y ahora no tengo ánimos para tolerarte. ¿Dónde demonios se han ido todos?

Reina paseó la mirada por el salón. Estaba desierto, descontando a unos pocos hombres sentados junto al hogar, al otro lado.

-Os dije que era temible –insistió Aubert, indignado.

-Lo que dijiste fue "monstruoso". ¿Acaso este señor ha atemorizado a todos hasta el extremo de hacer que se escondieran?

-No lo sé porque estaba demasiado ocupado huyendo, señora, pero hicieron lo prudente al esconderse. Él no es normal, lady Reina. Y daos prisa.

-¿Tengo motivos para temer, Aubert? –preguntó ella con seriedad.

-No, él sólo quiere asegurarse de que estáis a salvo. No me creyó cuando le dije que estabais bien. Tal vez se imagina cosas porque vos no habéis aparecido todavía. Cuanto más espere, más desconfiará.

-Bueno, adelántate y dile que me has hallado. Yo no puedo darme prisa, Aubert, ni para salvar el alma. Esta armadura pesa tanto como un caballo.

-Por favor, señora mía. Ese hombre me retorcerá el cuello antes de que logre pronunciar una palabra si no os ve a mi lado. Vamos, vamos.

Ella obedeció con un suspiro. Los jóvenes la flanqueaban, pero Reina notó, disgustada, que lo hacían un par de metros más atrás. ¡Qué cobardes! Se habría sentido más segura rodeada de sus damas, aunque en su mayoría eran niñas.

Con los hombros encorvados y la cabeza dolorida por el agotamiento, sintiendo el cuerpo como si hubiera recibido una paliza (y así había sido al caer el herido sobre ella), Reina se presentó a su "salvador". Quiso hacer una reverencia de cortesía (sin estar segura de poder incorporarse después) pero de pronto se encontró alzada en vilo.

-Estoy harto de excusas, demoras y evasivas. Si has venido a decirme que no sabes dónde está la señora del castillo, date por muerto.

Reina se quedó boquiabierta y sin poder pronunciar palabra. Las tenía atascadas en la garganta y era improbable que surgieran pronto. Él la mantenía en vilo, con el puño aferrado a su cota de malla, justo por encima de los pechos. Un puño, un solo puño la sostenía en el aire con su maldita armadura, a más de treinta centímetros del suelo, con lo cual su cara quedaba a la altura de la del caballero. Todo eso comprobó con un vistazo; también comprobó que él no se había encaramado sobre nada que justificara su estatura. ¿Monstruoso había dicho Aubert? ¡Por Dios, aquel hombre era un gigante! Tan ancho como alto (bueno, eso sí era una exageración); la amplitud de sus hombros y su pecho era notable y más fácil de apreciar desde su posición actual, que le permitía mirarlo desde arriba. De él no se podía decir que fuera un junco, sino un oso. Y de oso era su rugido.

No fue ella la única que se quedó estupefacta. También Theodric y Aubert se vieron enmudecidos al ver que el gigante se atrevía a tratarla así, a hablarle de aquel modo. Y no sólo eso: además, ¡la sacudía! Al no obtener respuesta con la prontitud necesaria, volvió a sacudirla.

Aubert fue el primero en recobrar los sentidos, sólo para perderlos otra vez al pensar que él podía hacer algo. En vez de informar al gigante de su error, el tonto muchacho eligió ese momento para mostrar, por fin, coraje. Brincó hacia la espalda del gigante, que lo sacudió como a una ardilla molesta, pero fue lo bastante fastidiado como para menear a Reina con más fuerza aún.

En ese momento Reina oyó una voz sumamente razonable, que surgía con sequedad:

-Tal vez si lo dejas en el suelo, Ranulf, ese mocito recobrará el uso de la lengua.

Pero fue Theodric quien lo recobró, lo suficiente para decir:

-Es a lady Reina a quien estáis zarandeando, señor.

¡Oh, maldito muchacho! ¿Cómo podía ser tan idiota? El gigante, en su sorpresa, la dejó caer. Se limitó a soltarla y Reina se estrelló contra el suelo, a sus pies.

Todos permanecían de pie a su alrededor: tres altísimos caballeros, demasiado estupefactos para moverse y mucho menos para hablar, que la miraban con expresión absurda. Si Reina no hubiera estado tan dolorida, se habría echado a reír; en verdad, era el final perfecto para un día nefasto desde el principio. Pero llegó a apreciar el lado humorístico. Más tarde se sentiría mortificada. Por el momento le había tocado el turno.

-Bueno, éste es un modo como cualquier otro de averiguar si es preciso cambiar los juncos de los asientos.

Nada habría podido abochornar tanto al gigante. Su cara estaba tan roja que parecía a punto de estallar en llamas.

Reina se sintió un poco mejor, hasta que trató de levantarse y sólo consiguió ponerse a cuatro patas. Por Dios, tenía que quitarse aquella armadura inmediatamente. Nunca se había sentido tan agotada y falta de gracia. En cuanto se la quitara la arrojaría al fuego.

Dos manos se deslizaron bajo sus brazos y la dejaron otra vez suspendida. Un segundo después estaba de pie. Ante sus ojos tenía ahora el pecho del gigante. Reina se rehusó a mirar más allá hasta que pudo retroceder un par de metros, a fin de no verse obligada a estirar el cuello. Y entonces experimentó su propia sorpresa.

Hasta entonces aquella cara había sido un borrón dorado, pero ahora apreciaba con claridad sus facciones. Cejas doradas, gruesas y rectas, más oscuras que el pelo claro, que le llegaba a los inmensos hombros. Nariz bien formada entre anchos pómulos, cuya piel mostraba el beso del sol. Labios firmes sobre una mandíbula cuadrada, oscurecida por una incipiente barba broncínea. Aquel rostro, duro en su masculinidad, era también increiblemente apuesto. Y tenía los ojos violáceos, penetrantes; en ese momento se entornaban ante la mirada fija de Reina. ¡Violáceos!

Ranulf sintió que su enojo renacía y se centraba únicamente en la dama, si acaso era una dama. La había tomado por hombre; menudo, sí, pero hombre al fin. ¿Quién no se equivocaría, viendo aquella camisa de malla sin formas, que le llegaba a las rodillas, calzas de malla en las piernas y hasta una cofia de malla adherida a la cabeza, dejando a la vista sólo un pequeño óvalo de cara. La cofia le cubría hasta las cejas y la barbilla. Además, tenía sangre seca en las manos y las mangas.

Aunque no llevara espada ni arma alguna, no se parecía en nada a una mujer, salvo en la voz, suave y melodiosa; pero él la había oído demasiado tarde para evitar el ridículo. Ni siquiera tenía el alivio de verla reaccionar ante él como la mayoría de las mujeres. Si se había sorprendido, la sorpresa no le duró más de un segundo. Los grandes ojos azules, pálidos como el cielo matinal, no expresaban ni admiración ni arrobamiento al contemplarlo. Lo miraban directamente, sin miedo, con un levísimo dejo de curiosidad.

-Gracias –la oyó decir, en respuesta a su ayuda.

-No, debo rogaros que me perdonéis.

Era su propia voz la que hablaba, aunque él sólo deseaba arrancarle esa cofia de la cabeza para determinar si era niña o mujer. No le gustaba esa incertidumbre.

Y entonces ella lo sorprendió, asumiendo toda la culpa por ese error, aunque tenía todo el derecho de cubrirlo de improperios.

-No, señor mío, soy yo quien debe pediros perdón por recibiros en estas condiciones y provocar vuestra confusión. Mi intención era cambiarme antes, pero Aubert me informó que estabais... impaciente... por aseguraros de que yo estuviera indemne.

El hombre moreno que acompañaba al gigante dorado soltó una súbita carcajada.

-E indemne estabais, damisela, hasta que os acercasteis a mi amigo. Permitidme presentaros a este aturdido camarada, que se siente muy confuso: Ranulf Fitz Hugh. Y nuestro joven amigo, Searle de Totnes.

-¿Y vos sois...?

-Walter de Breaute, a vuestro servicio.

Ella saludó con la cabeza a cada uno, mientras aguardaba que el gigante volviera a hablar. Él no lo hizo. Se limitó a fulminar con la mirada a Walter de Breaute por tomar a la ligera su bochorno.

Habían dado sus nombres, sí, pero Reina tenía perfecta conciencia de que, en realidad, no decían quiénes eran. En todo caso, la cortesía mandaba.

-Yo soy Reina de Champeney, y os doy la bienvenida a Clydon. Vuestra llegada fue muy oportuna, como sin duda habéis notado.

Walter se apresuró a interrumpir aquella muestra de gratitud.

-¿Durante cuánto tiempo estuvisteis bajo sitio?

No hubo sitio alguno. Atacaron al amanecer; un hombre enviado por ellos pasó la noche con nosotros y les abrió las puertas exteriores.

-¿Y vos salisteis personalmente a combatir?

Por fin se oía otra vez la voz del gigante. Su desprecio era inequívoco. Reina habría preferido que él mantuviera la boca cerrada.

-A combatir no, señor. Sir William, mi caballero, estaba enfermo y en cama; no había otro capaz de hacerse cargo.

-¿Mandasteis por ayuda?

-No hubo tiempo –respondió Reina impulsivamente. Y de inmediato palideció al comprender que había cometido la tontería de brindar información sin saber con qué propósitos estaban ellos allí.

Él la había salvado de un peligro, pero bien podía representar otro. Y ella habría jurado que la respuesta le alivió, que sus labios se distendieron, que su postura se relajó.

-¿Por qué no tenéis...?

Reina lo interrumpió.

-Aún no sé a qué habéis venido a Clydon.

-Nos envía vuestro señor.

Reina aflojó su tensión. Era una extraña manera de decir que los enviaba Guy de Shefford, pero ese hombre era extraño. Sin duda se les había pedido que entregaran otra carta del castellano del conde, al pasar por Clydon, puesto que ella aún no había respondido a la anterior, donde se le preguntaba la fecha de su boda. Tampoco ahora podría responder, al menos hasta que no llegara John de Lascelles, a la semana siguiente, y ella supiera si estaba dispuesto a desposarla o no. Lord Richard, con quien habría preferido casarse, aún estaba en Irlanda, según la última respuesta de su castellano, visitando las tierras de su padre en aquel país. El castellano no había sabido decirle cuándo regresaría. Pero esos problemas tendrían que esperar.

Puesto que los hombres eran vasallos de Shefford, al igual que ella, Reina tenía derecho a solicitar su ayuda, de modo que no se sintió en deuda. De cualquier modo, merecían una buena bienvenida, aunque sólo fueran servidores de Shefford.

-Perdonad mi brusquedad, sir Ranulf. Debo confesar que los acontecimientos de esta mañana me han alterado. Responderé a todas vuestras preguntas, pero permitidme primero, por favor, atender a vuestra comodidad.

Ante el renuente asentimiento del visitante, ella suspiró de alivio y se volvió hacia Aubert, que en ese momento estaba sacudiéndose la ropa, después del reciente susto. Por su parte, Reina estaba demasiado fatigada para ocuparse de la suya.

-Haz que los sirvientes preparen las mesas para comer. Luego envíame a mi mayordomo para que le dé las órdenes pertinentes, él se encargará de los hombres de sir Ranulf. Tú preséntate a lady Margaret. Quiero saber cómo está sir William. Theo, busca a dama Hilary y haz que prepare varias alcobas, con baños en cada una, y vino. No te olvides del vino. Y di a lady Elaine que se ocupe de los heridos. Yo me he ocupado de los más necesitados, pero aún quedan algunas suturas que realizar, y es hora de que ella aprenda a aplicar su aguja a la carne. Después podrás ocuparte de mí.

Walter la observó, en tanto ella se alejaba, y sacudió la cabeza.

-Apenas puede mantenerse en pie, mucho menos llegar a su alcoba, y... ¿has visto cómo se ha hecho cargo de todo, siendo tan menuda? Tal vez deba ayudarla...

Se le apagó la voz: Ranulf acababa de abandonarlo. Quedó boquiabierto al ver que marchaba tras la señora.

Ranulf la alcanzó en tres largos pasos y la alzó en brazos. Walter oyó que la muchacha dejaba escapar una exclamación, pero él no se inmutó. La llevaba camino de las escaleras hacia las que ella se dirigía.

-No deberíais usar armadura, si no podéis soportar su peso –fue cuanto dijo.

Bien lo sabía ella, pero no lo dijo; en aquel momento temía las intenciones del hombre. Pero ese miedo duró sólo el tiempo que él tardó en subir las escaleras: apenas segundos, aunque la escalera de la esquina este se elevaba dos pisos desde el Gran Salón hasta la tercera planta del torreón. Ya en lo alto, la dejó en el suelo y, con un seco saludo de cabeza, regresó abajo.

“¡Qué caballeroso!”, se dijo ella. Y no volvió a pensar en él.

Allí estaba la puerta de las habitaciones del señor; la escalera continuaba hasta las almenas que rodeaban el tejado. Reina avanzó lentamente por el estrecho pasillo que atravesaba el grueso muro del torreón, iluminado por varias ventanas estrechas. Pasó por las habitaciones de las mujeres, donde dormían casi todas sus damas, en una alcoba trasera; delante estaba el cuarto de telares y costura, donde descansaban las doncellas. Por fin llegó a su pequeña alcoba, en la torre del norte. Habría podido trasladarse a las amplias habitaciones del señor, pero se lo impedía el dolor. Después de casarse tendría ocasión de ocuparlas.

Su habitación estaba vacía, como siempre a esa hora de la mañana. Reina se apoyó contra la puerta, soltando un suspiro de fatiga. No tenía fuerzas ni para cubrir los pocos metros que la separaban de la cama. Ni siquiera podía pensar en el resto del día: atender a los visitantes y responder a sus preguntas como había prometido. Resultaba muy difícil hablar con ellos, sin saber cuánto decir, quién estaba informado de sus circunstancias y quién no. Lo peor era mentir. Y era su padre quien lo había iniciado todo, creyendo hacer lo que ella deseaba.

Si lord Raymond no hubiera muerto, ella habría podido casarse antes de que su padre partiera hacia las cruzadas, dos años antes, siguiendo al rey Ricardo. Ella había sido prometida en matrimonio a Raymond cuando sólo tenía tres años; nunca se le ocurrió oponerse a la alianza, aunque apenas lo conocía: no lo había visto más de cinco o seis veces en su vida. Pero cuando llegó el momento de la boda, él se convirtió en el favorito de la corte de Ricardo; el viejo rey lo empleaba mucho, enviándolo de un lado a otro con distintos recados. Al parecer, Raymond no tenía tiempo de mandar por ella ni de

presentarse en Clydon, para que ambos pudieran pronunciar sus votos. Y al fin recibió la noticia de que él había muerto al cruzar el canal, ahogado al tratar de salvar a un niño que había caído por la borda.

La nueva entristeció a Reina, pero no lo conocía tanto como para llorarlo. Sin embargo, esa muerte la ponía en un aprieto: su padre ya había dado su palabra de acompañar en las cruzadas a su señor feudal, lord Guy, y a Ricardo Corazón de León, el nuevo rey. Así, Reina quedó soltera a los quince años y con su padre a punto de partir hacia Tierra Santa, sin tiempo de buscarle otro marido.

Por eso él le pidió que buscara candidatos por su cuenta y los sometiera a su aprobación. Ella siguió la indicación, pero su primera carta no llegó a manos del padre. Antes llegó una de Champeney, contando que se habían detenido para conquistar Chipre y que el rey se había casado allí con Berengaria de Navarra. Uno de los cuatro vasallos que lo acompañaban había muerto en Chipre de fiebres.

Acompañaba a la carta un carro lleno de botín, pero a ella le pareció inapropiado vender pieza alguna, aunque necesitaba el dinero: por provenir de las cruzadas, se le antojaban casi sagradas.

La segunda carta de Reina llegó cuando su padre aún estaba en Chipre, pues el rey se demoró largamente allí. Él contestó , aprobando a dos de los candidatos que ella había propuesto: lord John de Lascelles, uno de los servidores de Champeney hasta que, a la muerte de su hermano mayor, heredó las tierras de la familia en Gales, y Richard de Arcourt, heredero de Lyonsford, que ya poseía el torreón y la ciudad de Warhurst, a pocas horas de camino de Clydon. Reina conocía bien a ambos y les tenía simpatía; estaba segura de poder entenderse bien con cualquiera de ellos como esposo. Ambos eran jóvenes y de buen porte. Richard poseía un fino humor y sabía hacerla reír; John era bondadoso y amable. Con cualquiera de ellos sería feliz, pero sus preferencias se inclinaban por Richard.

Su padre murió en el sitio de Acre, apenas un mes después de haber escrito esa última carta, de modo que nunca supo de las preferencias de su hija. El conde, en la carta en que informaba a Reina de su fallecimiento, también mencionaba que Roger había hablado de un nuevo compromiso matrimonial de la muchacha; al parecer, en el delirio de la agonía, no había mencionado quién era su prometido. “Estoy absolutamente seguro de que, quienquiera sea el hombre que Roger eligió para vos, será aceptable para mí y estará dispuesto a rendirme homenaje. Vuestro padre me apreciaba tanto como yo a él; habría sido incapaz de poner a un enemigo mío al frente de Clydon. Por ende, la presente es para otorgaros oficialmente mi permiso y mi bendición en cuanto a vuestra boda.” Pero el conde decía que, en bien de la propia muchacha, deseaba que la ceremonia se celebrara en el curso de pocos meses y que se le enviaran noticias de ella.

Reina se sintió confusa, pero al fin comprendió lo que su padre había hecho: había mentido a su amigo y señor para que Reina pudiera elegir entre los dos candidatos aprobados por él. De otro modo, lord Guy, que pasaba a ser su tutor a la muerte de su padre, tenía derecho a elegirle esposo y hasta a vender su tutela, manteniéndola soltera, aunque eso no era probable. Si bien el conde siempre la había tratado con cariño y amabilidad, porque apreciaba a su padre, esas cosas no se tenían en cuenta al acordar un matrimonio. Y sin permiso del conde, sin que él aprobara a su esposo, ella podía perder su herencia.

Por eso había escrito a Richard, pidiéndole que acudiera a Clydon. No aclaró el porqué, pues no estaba dispuesta a proponer una alianza en una carta, pero sí le dijo que era urgente. Fue difícil localizar a Richard. Transcurrió un mes sin noticias de él y Reina escribió entonces a John. A esas alturas estaba dispuesta a casarse con cualquiera de ellos, sobre todo porque el castellano del conde la apremiaba para saber la fecha de la boda.

Después de lo ocurrido aquella mañana, tras los esfuerzos de Falkes de Rochefort por apoderarse de ella, la urgencia era mucho más crítica. Podía considerarse afortunada por el hecho de que, en los últimos meses, Rochefort hubiera sido el único que lo había intentado.

Reina comenzó a apartarse de la puerta, pero en ese instante alguien la abrió. Su grito impidió que Theodric la golpeara con la hoja.

-Reina, debiste ver a esa buscona de Eadwina, cómo meneaba el trasero en las narices de él –dijo Theo, disgustado-. Y dama Hilary se empecinó en bañarlo ella. Deja que yo me ocupe de él, Reina, por favor. A Eadwena siempre le encargan...

-¿Qué te ocupes de quién?

Él emitió un suspiro dramático.

-Del cíclope dorado. ¿De quién, si no?

Reina recobró la compostura.

-De acuerdo. Ve, encárgate. No me importa. –Y agitó la mano. Luego agregó-: ¡Espera! Antes quítame esto de encima. ¡Maldita armadura!

Él obedeció. La desnudó con más celeridad que nunca. Reina estuvo a punto de echarse a reír al verlo tan impaciente. ¿Y él llamaba buscona a Eadwina?

Cuando tuvo puesta la ropa interior, la sudorosa camisa y las bragas, se dejó caer en la cama.

-¿Te has ocupado al menos de que me enviaran el baño?

-Por supuesto –replicó él, indignado, en tanto arrojaba la armadura a un rincón.

-Pue envíame a Wenda. ¡Espera, Theo! –Se incorporó sobre los codos para advertirle-: Si tu “cíclope” no tiene interés, será mejor que te apartes de su presencia cuanto antes.

El muchacho asintió con una amplia sonrisa y se marchó.

CÁPITULO VI

Lord Rothwell no merecía tanta suerte. Había obtenido sus extensos territorios casándose sucesivamente con cinco esposas ricas, y ahora volvería a hacerlo: aumentaría su gran fortuna con Clydon.

Ranulf no sabía si la propiedad incluía otros feudos, pero Clydon, por sí sola, era una magnífica heredad para cualquiera. Él había visto los numerosos sembrados al acercarse al castillo: una gran aldea, donde debían de vivir cuanto menos doscientos plebeyos, en sólidas cabañas de madera sana; un arroyo que corría por detrás, bajo las sombras de robles gigantescos. A la distancia, un molino de agua, una casa solariega y una inmensa extensión de bosques, donde él y sus hombres habían acampado la víspera, para dejar allí las carretas con las provisiones y las personas que seguían a su pequeño ejército.

Pero lo más espectacular era el castillo. Ni siquiera el torreón de lord Montfort ni el del padre de Ranulf eran tan grandes. El patio exterior medía unas cuantas hectáreas, protegidas por la gruesa muralla, de la que sobresalían muchas torres a intervalos regulares. Contra las murallas, dentro del recinto, se levantaban muchas edificaciones: un establo grande, un granero con techo de paja y corrales a cada lado, una herrería, una cervecería y varios depósitos. A la izquierda había un estanque para peces, además de un gran palomar; el sector de la derecha estaba libre, para servir como patio de ejercicios.

Los establos estaban en el patio interior, así como un granero, un establo más pequeño y varios depósitos. Allí también se hallaban la cocina y una huerta a la que nada faltaba, ni colmenas; sin embargo, dentro del torreón se había añadido una cocina nueva, siguiendo el ejemplo de torreones construidos en tiempos recientes, para lograr que la comida llegara caliente a la mesa.

El torreón encalado, de muros extremadamente gruesos, se elevaba cuanto menos treinta metros; las torres de las esquinas agregaban otros tres y medio. La construcción estaba dividida por un muro transversal, que servía de soporte a tanta altura; contaba con tres plantas y sótano. El alojamiento para la guarnición y el cabezal del pozo cedían ahora espacio a la nueva cocina, en la segunda planta; el Gran Salón ocupaba la tercera. Se entraba al torreón a través de una considerable extensión edificada a la izquierda del castillo, cuya altura también era de tres plantas; la escalinata exterior que conducía a la segunda estaba protegida, en el tope, por un puente levadizo; en la última, junto al salón grande, se hallaba la capilla.

Ranulf había visto gran parte de todo esto. El escudero Aubert le suministró más detalles en su entrecortado discurso, mientras conducía a los visitantes hasta el Gran Salón; también el sirviente a quien la señora llamaba Theo era una fuente de información, pues respondía a todas las preguntas de Ranulf. Fue sólo por ese motivo que Ranulf se dejó atender por él durante su baño, despachando a Lanzo para que fuera a limpiar su espada y su armadura ensangrentadas.

Por lo general, todo invitado era asistido en su baño por una mujer del servicio; si el huésped era muy importante, se encargaba la misma señora, es decir: la esposa del lord; rara vez, su hija. Ranulf, que no tenía tanta importancia, nunca había sido atendido por la señora de la casa, lo cual agradecía: las mejores criadas se disputaban el honor de ocuparse, y él recordaba muchas horas agradables dedicadas a algo más que la higiene.

En el fondo, esperaba ver en su alcoba a la rubia del Gran Salón; en cambio, quien llegó a la cámara que le había sido asignada fue el muchacho, acompañado por los sirvientes que llevaban la tina grande y el agua caliente, una bandeja con vino, queso y pan blanco de trigo, para colmar su apetito hasta que se sirviera la cena. También traían una muda de ropas, cosa que habitualmente no se le ofrecía debido a su tamaño, pero también porque no se lo consideraba huésped importante. Ranulf reconoció que la señora de Clydon debía considerarlo importante, no sólo porque él se había presentado como enviado de su señor (indudablemente, ella no pensaba que se tratara de Rothwell, sino de otro), sino también porque había salvado a Clydon, quienesquiera fuesen los atacantes.

No importaba que no fuera una mujer quien lo asistiera. Después de sus goces de la noche anterior, no necesitaba otra. Sin embargo, la presencia de Theo le intrigaba. El muchacho, que aún no había alcanzado el pleno desarrollo, era flacucho; en sus movimientos mostraba una gracia lenta, casi femenina, que sin duda perdería con la madurez. El pelo, rubio oscuro, se le rizaba alrededor del cuello y las orejas; sus ojos pardos eran demasiado directos y audaces para tratarse de un sirviente. Pero era apuesto; al menos, lo sería cuando su rostro, al madurar, perdiera aquel aire ambiguo.

Ranulf había notado que lady Reina apoyaba una mano en el hombro del joven al impartirle órdenes. Le llamó la atención, porque no era usual que una dama tocara a un

sirviente por ningún motivo; mucho menos, si el sirviente era hombre. También le había oído decir: “Después podrás ocuparte de mí”. El significado de aquello le resultaba inimaginable, pero era obvio que prodigaba al muchacho algún afecto especial. En ese caso, era posible que contara con la confianza de la señora y recibiera sus confidencias; sabría sobre ella cuanto hiciera falta saber. Y si estaba en la alcoba de Ranulf, sólo podía ser por órdenes de ella, para obtener del visitante alguna información. Sin embargo, aún no había hecho ninguna pregunta y, en cambio, no vacilaba en responder a todo lo que Ranulf deseaba saber sobre Clydon.

Ya desnudo, Ranulf se metió en la gran tina redonda. Al sentarse, el volumen de su cuerpo le elevó el agua hasta el pecho. No reparó en el modo en que los ojos de Theo seguían todos sus movimientos, centelleantes de expectativa.

Theodric estaba fascinado, pero también asustado. Nunca había visto un cuerpo tan bello ni tan grande. En cada músculo ondulaba una fuerza de hierro. Brazos como esos podían fracturar un hueso sin siquiera proponérselo. Piernas larguísimas, trasero firme y exquisitamente curvo, una espalda que no terminaba nunca, y todo eso macizo como la roca y cubierto de piel dorada. Aquello podía costarle la vida, pero Theo estaba dispuesto a correr el riesgo. Claro que no sabía cómo proceder con una persona así.

Había quitado las ropas al caballero, demorando los dedos todo lo posible. Pero el hombre no reparaba en nada. Theo respondía sin pensar, centraba la mente en una sola cosa. Rara vez tenía que mostrarse tan a las claras. Bastaba con una mirada mohína. Pero al parecer eso no era suficiente con aquel hombre, que parecía dedicar todo su interés a Clydon... hasta ese momento.

-¿Qué edad tiene tu señora?

Theo vio que el caballero alargaba la mano hacia el estropajo y el jabón puestos en un taburete, junto a la bañera, y se arrojó de cabeza hacia ellos.

-Permitid que yo os lave, señor.

Ranulf se encogió de hombros, aunque no había esperado que el muchacho se prodigara tanto. De cualquier modo, Lanzo y Kenric solían restregarle la espalda, de modo que se inclinó hacia delante para ofrecerla, e insistió:

-Tu señora, ¿qué edad tiene?

Theo enjabonó el paño, pero vaciló tanto ante la respuesta como ante la posibilidad de tocar.

-¿Por qué lo preguntáis?

-Porque no vi pechos, caderas ni curva alguna que me ayudara a calcular. ¿Acaso es sólo una niña?

Theo se habría ofendido si un desconocido (cualquier hombre, en realidad) hubiese mencionado los pechos y las caderas de su señora. En cambio, sonrió a hurtadillas. Reina no era tan curvilínea como la mayoría de las mujeres, pero tenía lo justo para su tamaño, aunque su tamaño era extremadamente reducido. Sólo quien entrara en su alcoba y la viera desnuda, podría saber que sus piernas eran perfectas y que tenía el trasero más bonito y envidiable del mundo, bajo una espalda graciosa y suave como la seda. Sus pechos quizá no llenaran la mano, pero eran firmes y erguidos; sus grandes pezones habrían hecho suspirar a cualquier hombre... Bueno, a casi todos.

Theo tuvo que borrar de su voz el tono presumido al responder; él bien sabía todo eso, pero aquel caballero nunca lo sabría.

-Hace muchos años que mi señora dejó de ser niña. Aunque no lo parezca, es una mujer perfectamente desarrollada.

Ranulf notó que no se había respondido a su pregunta sobre la edad. Si el muchacho no estaba dispuesto a hablar de su señora, en seguida lo averiguaría:

-Si hace tanto que superó la niñez, ¿por qué no se ha casado?

Theo deslizó el paño, acariciante, sobre la piel dorada. Le costaba pensar sintiendo aquella espalda tan bella y musculosa bajo su mano.

-Estaba prometida, pero él murió hace dos años.

-¿Y no la prometieron otra vez?

Theo frunció el ceño, tratando de concentrarse. El tema se volvía peligroso. Aquel hombre provenía de Sheford y, por lo tanto, creía que Reina estaba prometida en matrimonio, cuando en realidad no era así. ¿A qué venía esa pregunta?

-Está prometida, por cierto. ¿Acaso sir Henry no os envía para saber la fecha de la boda? El castellano de lord Guy vendrá a presenciarla y recibir, en nombre del conde, el homenaje del nuevo lord de Clydon.

Ranulf agradeció que se le brindara con tanta facilidad una excusa para su visita al castillo. Y era obvio que Rothwell tenía razón en una cosa, cuanto menos: si existía una promesa matrimonial, la señora la estaba desoyendo para casarse con otro.

-¿Eso significa que la fecha está... fijada, por fin? –preguntó Ranulf.

Theo aprovechó la distracción del gigante para acercarse un poco más y llevar el estropajo hasta su pecho.

-Sólo mi señora puede responder a eso.

-¿Y quién es el afortunado esposo?

Theo no lo sabía, pues Reina solía esquivar esas preguntas.

¿Cómo decir que su prometido era De Lascelles, si Reina estaba decidida a casarse con De Arcourt en caso de que éste, milagrosamente, se presentara primero? Decidió apostar a que Ranulf Fitz Hugh no supiera que la cosa aún no estaba decidida y a que no estuviera dispuesto a admitir que su señor no le había confiado el dato.

-No es algo que todo el mundo sepa, pero sin duda sir Henry os habrá informado.

Ranulf gruñó. El muchacho se mostró otra vez evasivo, y eso no le gustó. Si las nupcias se celebrarían pronto (y la dama lo querría así, sin duda, después de haber peligrado tanto aquella misma mañana), ¿por qué guardaba tan en secreto el nombre de quien la desposaría en lugar de Rothwell? El hombre no podía haber sido elegido por su padre, si Rothwell decía la verdad. Por lo tanto, debía de ser decisión del conde de Shefford tras la muerte de Roger de Champeney. Ninguna mujer se atrevería a concertar su propia alianza ni a romper un compromiso. El desdeñado, sin duda alguna, enviaría tras ella un ejército o un mercenario, tal como hacía Rothwell. En ese caso, ¿por qué el conde la había dejado sin protección durante tanto tiempo? Si deseaba entregarla a otro, era preciso hacerlo de inmediato, pues ella estaba a merced de cualquiera mientras no se celebrara la ceremonia.

En realidad, no le interesaba resolver ese acertijo. Su misión consistía en llevar a la dama a Rothwell y así lo haría. Poco le importaba quien se apoderara de Clydon a través de ella. Cabía envidiar al que se alzara con el botín, pues Clydon era magnífico. Su única desventaja era venir acompañado de una mujer-niña, menuda y dada a impartir órdenes como un general. Pero eso no tenía mayor importancia: aun jibosa y tullida habría sido deseable mientras Clydon fuera suyo.

Rumiando esos pensamientos, Ranulf no había prestado atención a Theo ni a lo que hacía; por eso se sobresaltó al descubrir que el muchacho había pasado al lado opuesto y tenía el brazo sumergido en el agua, por delante de él; su mano, armada del estropajo, se movía por la cara interior del grueso muslo de Ranulf. Incrédulo se resistió a la sospecha que le saltó a la mente. Ese mocito no podía ser tan suicida. Pero el otorgarle el beneficio de la duda empeoró las cosas, pues la mano se adelantó. En el mismo instante en que tocó a Ranulf allí donde nada debía hacer, el caballero le clavó una mirada asesina. Su reacción fue instantánea.

Un aullido de ira sacudió las vigas. Con un ademán del brazo envió a Theo al otro lado de la habitación, dando tumbos.

-¡ Por los clavos de Cristo! ¡ Esa mujer me ha enviado a un afeminado!

Theo se incorporó trabajosamente, y contrariado, dijo:

-Habría bastado con que dijerais que no.

-¿Qué no? –gritó Ranulf, incrédulo-. ¡Pequeña rata malnacida! ¡Agradece que no te arranque la verga para hundírtela en el culo! ¡Desaparece antes de cambie de idea!

Ranulf, echando fuego por los ojos, vigiló a Theo, que salió a toda carrera de la alcoba. Habría debido darse cuenta por la actitud femenina del joven y mantenerse alerta, pero como había sido enviado por la señora, Ranulf sólo sospechó que venía en busca de información. Por todos los demonios, ¿creería ella que tenía en su castillo a un condenado sodomita? ¿Acaso tenía aspecto de serlo? Claro que el aspecto no significaba nada.

Al admitirlo, su mal genio descendió a un oscuro mal humor. Hasta el rey, intrépido guerrero y gigante entre los hombres, prefería llevar muchachos a su cama, según los rumores. A algunos les daba igual un sexo que el otro. Y a juzgar por los permanentes sermones del clero, cabía suponer que esa perversión abundaba.

Pero aquella era la primera vez que le ocurría a Ranulf. Hasta entonces, nadie se había atrevido. Ese afeminado de Theo podía dar las gracias de que Ranulf no lo hubiera partido en dos.

CAPÍTULO VII

Reina usaba rara vez el taburete que solía poner en el centro de la gran tina forrada de tela; tampoco ahora lo usó. Necesitaba hundirse profundamente en el agua caliente, para aliviar sus músculos doloridos, pero como era tan menuda le bastaba con poca agua. A su baño habían agregado aceite de mirra, cuya delicada y exótica fragancia la relajó; era su esencia favorita desde que la descubrió en la carreta de tesoros enviados por su padre.

La puerta se abrió y ella se incorporó en la tina, sorprendida, puesto que Wenda ya había traído toda el agua calentada al fuego del hogar, en la alcoba del señor. Volvió a reclinarse cuando vio que era Theodric. Le oyó despedir a Wenda y se preguntó por qué volvía tan pronto, pero prefirió esperar a que él mismo se lo dijera. Presentía que no le gustaría; por eso no experimentaba prisa alguna por enterarse.

Ya había hablado con su mayordomo y estaba segura de que, abajo, las cosas volvían a la normalidad. Aun así, era incorrecto demorarse en su alcoba habiendo huéspedes en el torreón. Su alcoba era el único lugar donde podía gozar de intimidad, sin que nadie esperara nada de ella. Y eso era exactamente lo que necesitaba en aquellos momentos. Nadie, aparte de Theo o Wenda, entraría jamás sin su permiso. Cuando estaba allí (cosa que ocurría rara vez) todos sabían que no quería ser molestada.

Esas reglas habían sido impuestas por causa de Theo. Sus damas sabían que el muchacho estaba al servicio de Reina, pero ignoraban qué clase de labores ejecutaba para ella. Aunque era obvio que las mujeres no le atraían, la mayoría de las damas era aún demasiado joven para comprender si, al entrar en la alcoba, veían al joven presente mientras ella se bañaba.

Ethelinda, la hermana gemela de Theodric, había sido la doncella de Reina desde los doce años. El hecho de que los mellizos fueran inseparables hizo que Reina se acostumbrara a la presencia de Theo en su alcoba. En un principio, él se ocupaba sólo de las tareas asignadas a los servidores masculinos, pero pronto tomó a su cargo algunas funciones de Ethelinda, cuando ésta se encontraba ocupada. Tenía manos más suaves; por eso superaba a su hermana cuando se trataba de peinar a Reina y de mantener su ropa pulcra; aborrecía la suciedad y conservaba la alcoba más limpia.

A los catorce años, Theodric tuvo su primera aventura amorosa. Si bien a Reina le asornbró que fuera con un hombre, no tardó en habituarse también a eso. Acabó por no buscar con qué cubrir su desnudez cuando él entraba inesperadamente. El joven se convirtió simplemente en Theo: hombre, pero sin nada amenazador en su condición masculina. Por eso le pareció natural que Theo asumiera todas las funciones de una doncella cuando Ethelinda murió en un trágico accidente, poco después de la partida de su padre hacia Tierra Santa.

Reina tenía tanto afecto por él como por su hermana. Ambos se consolaron mutuamente por la pérdida de Ethelinda, estrechando y consolidando su relación. Theo no era sólo su sirviente, sino también su amigo; por eso se tomaba con ella libertades que nadie se habría atrevido a tomar. Pero como el padre de Reina no habría permitido semejante situación, pues ningún hombre lo entendería, sólo Wenda sabía que él era, en realidad, su «doncella»: que la bañaba, la vestía y se ocupaba de todas sus necesidades.

El secreto fue necesario en los primeros anos, sobre todo para preservar el pudor de las damas más jóvenes. Pero ahora Reina tenía autoridad por sí misma y no le importaba quién se enterara del caso, pues nadie se atrevería a criticarla. Ni siquiera su esposo podría impedirle elegir a sus sirvientes personales, considerando todo lo que ella aportaba al matrimonio y, especialmente, después de conocer las circunstancias. En último caso, ella lo haría incluir en el contrato matrimonial.

Theo seguía guardando silencio y el agua del baño empezaba a enfriarse.

-¿Y bien? -inquirió ella, hundida en la tina. -Y bien ¿qué?

Ante esa malhumorada respuesta, ella se incorporó y apoyó los brazos en el borde. Le llevó un momento localizar a Theo, que estaba sentado en un rincón, en el suelo; con aire abatido, apoyaba el mentón en las rodillas y abrazaba sus piernas.

No hacía falta preguntar, pero ella lo hizo con suavidad: -¿Él no mostró interés?

-Ningún interés.

-¿Qué te pasa, Theo? No es habitual que te tomes un rechazo tan a la tremenda.

Él levantó bruscamente la cabeza.

-Lo dices porque no lo has visto, Reina. Todo piel dorada y tan bello...

-Ahórrate los elogios, Theo -interrumpir ella con sequedad-. Lo mismo dices cada vez que encuentras una hermosa cara nueva.'Y nunca te detienes a pensar qué hará tu amante

de turno si lo descubre. ¿No frecuentas ahora a uno de mis hombres de armas? No me gustaría tener que alejarlo del castillo como al anterior, el que te golpeó por tu infidelidad.

-¿Qué culpa tengo yo si los hombres son tan posesivos?

Reina se echó a reír ante la resignación de su voz.

-Si quieres ser como Eadwina, que pasa de un hombre a otro, al menos no te comprometas con uno solo.

-¿Vas a compararme con esa buscona, que conoce todas las camas del torreón? -acusó él, indignado-. Es tan estúpida que apenas sabe complacer a un hombre por un día.

-Pero tiene la sagacidad de evitar palizas de los celosos, cosa que tú no puedes decir -le recordó ella-. No me gusta tener que consolarte cuando te vapulean. Si no puedes ser fiel, Theo, al menos busca amantes más menudos o desarrolla tus músculos.

-Es que me gusta sentirme indefenso, como una mujer. ¿Preferirías tú ser más fuerte ... ?

- No se trata de mí - replicó ella, levantándose -. Y no sé por qué me molesto en discutir contigo, si harás lo de siempre, por mucho que yo te diga.

Theo se apresuró a adelantarse con una toalla y la ayudó a salir de la tina. No quería confesar que había enfurecido al gigante, pero tampoco podía permitir que ella se enfrentara a él sin saberlo. Reina volvió a sacar el tema.

-¿Averiguaste, al menos, a qué ha venido sir Ranulf? Él le envolvió la cabellera mojada con un paño; Wenda la había lavado previamente.

-No tuve muchas oportunidades de hacer preguntas, con todas las que él me hizo. Me interrogó sobre Clydon, como casi todos los que vienen por primera vez. Pero también quería saber de ti.

-¿Sobre mí?

Theo sonrió al recordarlo.

-Sentía curiosidad por tu edad. -Decidió no repetir las palabras textuales del hombre-. Me preguntó cuántos años tenías, cuándo sería el enlace y quién era tu prometido.

-¿Y qué le dijiste?

-Nada a lo que pudiera hincarle el diente. Seguramente te lo preguntará... si logra calmarse un poco.

Reina se sorprendió.

-Theo, ¿le has ofendido?

-No, desde luego... pero... él podría opinar lo contrario. - ¡Explícate!

El joven, ruborizado, apartó la vista.

-Estaba tan distraído que cuando le... Bueno, no me aparté con tanta celeridad como me aconsejaste. Y él parecía dispuesto a hacerme pedazos. No me quedé a comprobarlo.

-Oh, Theo -gimió Reina-, ¿no pudiste darte cuenta de que no tenía interés antes de enfurecerle?

-Él estaba distraído. -Su voz se tornó defensiva-. No había manera fácil de...

-¡Pudiste habérselo preguntado francamente! Buen Dios, ¿en qué pensaba yo cuando permití que te le acercaras? Esto es lo último que me faltaba, encima de todo lo demás. -Abrió el arcón de sus ropas y sacó lo primero que encontró-. Bueno, no te preocupes. Tengo que darme prisa, para no dejarlo esperando por segunda vez. ¿Por lo menos le enviaste a Eadwina para que acabara de bañarlo?

Theo le pasó una camisa de hilo por la cabeza. -Ella estaba ocupada con otro.

-¿Y a quién le enviaste?

-A Amabel.

-¡Theol ¿La gorda Amabel? ¿Cómo se te ocurrió?

-¿Qué tiene de malo? -replicó él, con toda inocencia, mientras le ataba los lazos de la camisa-. Ella estaba desocupada.

Reina lo fulminó con la mirada y sintió deseos de abofetearlo.

-A estas horas debe de estar furioso. Te juro que ***si*** tu tonto rencor me provoca dificultades con él, yo misma te despellejaré y clavaré tu piel en la pared.

Theo protestó:

-Él tiene mucho en qué pensar y no le interesa retozar con nadie. Ni siquiera mirará a Amabel.

-Ojalá tengas razón. ¡Oh, cielos, todavía tienes que secarme el pelo! Apresúrate, Theo. Quiero estar en el salón cuando él baje.

CAPÍTULO VIII

Al bajar por la escalera de la torre, Ranulf encontró a Walter sentado en el último peldaño, esperándolo.

-Empezaba a preguntarme si te habrías perdido allá arriba. ¡Y yo temía ser el último en volver al salón, por culpa de esa deslumbrante rubita que me atendió!

No podía haber dicho nada peor, considerando que Ranulf se había demorado deliberadamente en la alcoba para que se le enfriara el ánimo. Primero se le enviaba a un afeminado; después, a una mujer tan voluminosa que ni siquiera Ranulf habría podido rodearla con sus brazos... cosa que no se le ocurrió, por cierto.

-¿Cómo te fue con ella? -preguntó secamente. - ¿Necesitas preguntarlo?

El rubio gruñó por lo bajo antes de preguntar: -¿La señora ha bajado ya?

~Sí, hace un rato -respondió Walter, con una mirada de curiosidad-. ¿Y a ti qué te pasa?

-Nada que ella no pueda solucionar -replicó Ranulf, en tanto atravesaba la arcada que daba al Gran Salón.

Casi sofocado por el enfado, se encaminó directamente hacia la plataforma, en cuyo centro ardía un gran hogar; Searle y Eric estaban allí con un grupo de damas. Ni siquiera la idea de mezclarse con tantas «señoras» lo azoró. Pero aminoró el paso, bastante aplacado, al rodear la larga mesa, ya cubierta de un mantel de hilo blanco para la cena: acababa de caer en la cuenta, tardíamente, de que no sabría distinguir a Reina de Champeney.

Eran cuatro mujeres mayores; la joven Elaine, a quien él había asustado antes, y otras tres, que aparentaban doce o trece años. Resultaba imposible determinar cuál era lady de Clydon, pues aun la mayor no podía tener sino unos treinta aiíos.

La más joven de las cuatro se separó de sus compañeras para saludarlo. Como las otras, mantenía los ojos castamente bajos, con lo cual Ranulf siguió a oscuras: cuanto menos, habría podido reconocer los ojos azules y cerúleos que había visto antes.

-Sir Ranulf, permitidme presentaras a lady Margaret, la esposa de sir William Folville, que aún está en cama y no puede reunirse con nosotros.

Lady Margaret era la mayor. Faltaban tres mujeres.

-Lady Elaine dice que ya os conoce. -¿Era censura lo que se percibía en su voz?-. Y la seiíora es lady Alicia, la hija de sir William.

Una bonita muchacha de doce años. Por lo visto, las presentaciones se estaban efectuando por rango.

-Las damas Hilary y Florette han quedado viudas -continuó la que hablaba-. Sus esposos eran caballeros de Clydon, que perecieron con mi padre en Tierra Santa.

Eso sí exigía una respuesta, aunque ahora ya sabía cuál era la dama con quien deseaba cruzar unas palabras. Dama Hilary era una fornida mujer de unos veinticinco aiíos; dama Florette, una atractiva morena de ojos verdes, que lo espiaban con timidez. Por lo tanto, sólo quedaba la que él tenía a su lado.

-Lamento enterarme de esas pérdidas -dijo Ranulf a las dos viudas y recibió como respuesta una sonrisa de circunstancia y un gesto de la cabeza.

-Los padres de Cecilia y Eleanor también fueron a las cruzadas con el mío. Confiamos en que estos caballeros retornen con lord Guy, sanos y salvos.

Las nombradas eran las dos jovencitas restantes, demasiado tímidas o intimidades para mirarlo.

-Es un gran honor -murmuró Ranulf, inclinándose ante' todas.

Luego Ranulf envió la cortesía al diablo. Se volvió hacia lady Reina con intención de llevársela a algún rincón y decirle a la cara lo que pensaba de ella.

Pero ella fue la primera en hablar. Apoyándole en el brazo una mano diminuta, se inclinó hacia él para decirle, medio en susurros:

-Acompañadme, sir Ranulf, por favor. Me gustaría hablar en privado con vos, antes de que nos sentemos a la mesa.

Pese al «por favor», aquello sonaba a orden. Era lo mismo que Ranulf iba a proponer, aunque con menos gentileza; aun así, eso no cambiaba el hecho de que una mujer estuviera dándole órdenes, cosa que no le gustó. De cualquier modo, ella no aguardó su respuesta. Segura de que él no se negaría, se apartó de las otras. Su manita ya no descansaba en el brazo de Ranulf, sino que lo sujetaba con fuerza, como si pretendiera arrastrarlo tras de sí. Cosa imposible, si él se negaba. Pero la siguió, sólo porque él también deseaba cambiar unas palabras en privado.

Lady Reina lo condujo al vano de una ventana, a un lado del salón, entre dos muros que parecían de sendas alcobas. Había dos peldaños para subir a ese espacio en arco, que medía un metro y medio de anchura y tenía la profundidad de los muros. Dos bancos enfrentados recogían la brillante luz de la tarde.

Ella entró la primera y ocupó el banco de la izquierda, para dar la espalda al estrado. Ranulf se sentó en el otro, aunque de ese modo quedaba a plena vista de quienes seguían reunidos ante el hogar. Eso no le impediría ventilar su enojo, pero una vez más la mujer no le dio oportunidad de pronunciar palabra.

-Gracias, señor, por permitirme pediros disculpas en privado. El incidente que provocó mi falta de atención me resulta tan bochornoso como a vos, de modo que seré breve. No

fue mi intención insultaros enviándoos a mi sirviente personal. No pensé con claridad cuando me dejé convencer de que os atendiera él. Theodric no suele ser tan torpe como para insultar, pero en este caso me ha dicho que así lo hizo, y por eso os pido perdón, en mi nombre y en el suyo. No hay excusas para que Theo... pero estaba tan deslumbrado que... Oh, jesús, esto es más bochornoso de lo que yo pensaba.

Reina se movió en el asiento, incómoda, con las mejillas en llamas. El hombre no la ayudaba a poner fin a la situación. Aunque no había podido mirarlo a los ojos durante su parrafada, estaba segura de que él la miraba fijamente, ruborizado también, esperando a ver qué más decía. ¿Y qué más podía decir?

Prosiguió, con un suspiro.

-Basta con miraros, sir Ranulf, para saber que no sois... Bueno, a estas horas os habréis dado cuenta de que Theo es diferente, de que sólo le atraen... -No pudo seguir en esa vena-. En realidad, me estoy enredando más y más.

-Sí, es cierto.

Reina se puso rígida al oír, por fin, su agrio murmullo. Conque seguía enfadado. Lo miró a los ojos; no le gustó lo que veía en sus profundidades, ahora oscurecidas hasta el índigo.

Fría, ofendida por el hecho de que él no se mostrara magnánimo tras sus disculpas, dijo:

-El error fue mío. Theo no puede evitar ser como es, pero hace ya cinco años que está conmigo y me es querido. Ya lo he castigado y me encargaré de que no vuelva a recordamos este incidente con su presencia. Pero si os resulta imposible olvidar este asunto y deseáis abandonar el castillo, lo comprenderé.

¿Olvidar o abandonar el castillo? Ranulf tuvo que morderse la lengua para no replicar a ese ultimátum. La muy zorra lo obligaba a dejarlo todo así, negándole la oportunidad de dar rienda suelta a su furia, ahora que había expresado las cosas a su modo. Ranulf no se marcharía, por supuesto, mientras no se hiciera de noche y pudiera llevarla consigo. Pero ¡por Dios!, ella se había encargado de eliminar todo reparo en cuanto a entregarla lo más pronto posible a Rothwell. Esos dos se merecían mutuamente.

Con dificultad, Ranulf logró pronunciar:

-Tal como decís, el asunto queda olvidado.

-Pese a todo, no puedo decir que me sienta perdonada, sir Ranul£ ¿Queréis sacudirme otra vez? ¿Os serviría eso?

Él la fulminó con la mirada por recordarle aquel error. Sin duda el recordatorio era deliberado. Ella tuvo la audacia de sonreírle, descubriendo una hilera de blancos dientes.

Tampoco esperó respuesta. Tendió una mano por el estrecho espacio que los separaba y se la apoyó en la rodilla; luego la retiró, como si recordara que no había entre ellos tanta familiaridad como para tocarlo. Y sonrió.

-Ese ofrecimiento no iba en serio, ¿sabéis? ¿Nadie bromea con vos?

-Walter arriesga muchas veces su vida por hacerlo.

-Si eso es cierto, os debería dar vergüenza -dijo ella, soltando una risita agradable-. Espero que sea sólo el vientre vacío lo que os pone tan hosco, pues eso puedo solucionarlo.

Ranulf se ruborizó. La dama seguía bromeando, pero si él no abandonaba de inmediato su malhumor, ella le exigiría que se fuera sin siquiera darle la oportunidad de hacerlo por su propia voluntad.

-Perdonad, damisela. Vuestras viandas serán bien recibidas, por cierto.

-En ese caso, no os haré esperar. Venid. Compartiréis un banco conmigo.

Por los clavos de Cristo, ¿era preciso eso? Compartir su mesa era un honor, pero él no lo consideraba así. Sentarse junto a ella lo obligaría a observar todas las reglas de la cortesía: servirle las mejores porciones, cortarle la carne, asegurarse de que su vaso no estuviera nunca vacío y hacer todo lo necesario para complacerla. El hombre hambriento tenía derecho a comer en paz, pero ¿cómo era posible hacerlo en presencia de damas que querían ser servidas y entretenidas?

Ranulf cerró los ojos con un gruñido, pero los abrió de inmediato para contemplar a Reina, que volvía al estrado; una vez más, parecía dar por sentado que él la seguiría. Clavó los Ojos en sus estrechas caderas, que meneaba suavemente al caminar... o al deslizarse. ¿Qué edad tenía, al fin y al cabo? ¿Quince, dieciséis? Menuda como era, no podía tener más que eso. Pero los dos montículos de su busto eran bien visibles.

Sentado frente a ella, había tenido una buena oportunidad de estudiarla, al menos mientras ella mantenía los ojos bajos. En su rostro no había nada infantil. Era pequeño, pero claramente definido: cara de mujer. Las cejas oblicuas quedaban casi ocultas por un flequillo de gruesos bucles. Ojos almendrados, nariz recta, boca ancha, de labio inferior grueso, y un mentón pequeño completaban el cuadro. No era una cara bella en sentido estricto, pero sí interesante, gracias al carnoso labio inferior y al cutis cuya blancura pedía ser tocada. Pero lo extraño, lo impresionante en ella era el contraste entre sus ojos claros y su pelo negro; las cejas y las pestañas eran aún más negras. No era bella, no, pero tampoco fea.

Sin embargo, no le atraía en absoluto. Las mujeres que fascinaban a Ranulf eran mozas fuertes y robustas, capaces de soportar un buen revolcón, lo único que a él le interesaba. Las jovencitas pequeñas y delicadas le provocaban pavor. Y si se trataba de damiselas, peor aún, sólo por el hecho de serlo. En cuanto a esa dama en particular, le gustaba menos que ninguna, por el insulto que le había endilgado. Y acababa de agregar sus bromas a la lista de quejas que Ranulf tenía contra ella. A Walter podía tolerarle ese fastidio, pero a ella no.

Al ver que Walter le sonreía, se puso de pie. Era mejor terminar con aquello. Cuanto antes pudiera trazar planes para la partida, mejor. Sonó un cuerno, llamando a la gente del castillo a las mesas de caballete, instaladas debajo de la plataforma. Ranulf apenas pudo dar crédito al pequeño número de soldados que entraban, algunos heridos. Una propiedad de ese tamaiío, tan obviamente rica, podía mantener una guarnición de varios centenares. ¿Dónde estaban los hombres necesarios para protegerla? Ardía por saberlo, pero era preciso esperar.

Decidió no interrogar allí a la dama, donde se vería obligado a dominar su mal genio. Ella lo fastidiaba demasiado con su aire autoritario; cuanto menos le dirigiera la palabra, mejor. Ya tendría tiempo para hacerle preguntas cuando estuvieran lejos de Clydon. Entonces ella no se mostraría tan altanera.

Por eso dejó que Walter actuara según su carácter, monopolizando la conversación con su humor jocoso, aunque algunas bromas fueran a costa de Ranul£ Así mantenía entretenida a lady Reina y distraía su atención, evitando que Ranulf tuviera que sufrir su mirada directa, salvo una o dos veces.

Al terminar la comida, pudo escapar con la excusa de despachar a la mayoría de sus hombres. Ella no se opuso, por cierto, pues ese grupo numeroso de soldados la intranquilizaba, y con razón. Ranulf habría podido apoderarse de ella, simplemente, pero eso habría provocado una matanza innecesaria de la guarnición del castillo, cosa que podía evitarse utilizando el sigilo.

CAPÍTULO IX

-¿Qué has averiguado, Walter?

-La alcoba de la sefíora está en la torre norte, pero sólo se puede llegar a ella por la escalera de la torre este, la que subiste esta mañana, llevándola en brazos.

Ranulf se apartó de la estrecha ventana por donde había observado la actividad del patio interior.

-Sí, recuerdo haber visto un largo pasillo que atravesaba directamente el muro, como en la galería que hay por encima del salón. ¿Mencionó tu informante qué más hay allí arriba?

-La alcoba del señor y los alojamientos de las mujeres, donde duermen sus damas y las doncellas.

-En ese caso no podemos cometer errores ni hacer ruido que las despierte. Esa carreta de provisiones que vi frente a uno de los depósitos ¿es nuestra?

-Sí -respondió Searle-. Eric ordenó a los hombres de Rothwell que volvieran al campamento y que uno se encargara de la carreta. Ya ha sido cargada con los cereales que Walter ha comprado.

-Espero que no la haya llenado del todo.

-No. Queda lugar suficiente para la dama.

Ranulf asintió con la cabeza; luego miró a Kenric y Lanzo.

- ¿Habéis decidido quién de vosotros irá con ella? -Lanzo -respondió Kenric-, puesto que es más pequefío y ocupará menos espacio en la carreta.

-Mido sólo dos centímetros menos -grufió Lanzo-; apenas puede decirse que...

-Pero eres más delgado -adujo Kenric, sonriendo.

Walter reía entre dientes.

- Conque Kenric decidió que Lanzo se ofreciera como voluntario. Anímate, Lanzo. Tu tarea será la más importante. Debes encargarte de que la dama no sacuda la carreta ni haga ningún ruido que pueda alertar a los guardias cuando pasemos por el portón exterior. ¿Qué te parece, Ranulf? ¿Será capaz de hacerlo? No es mucho más grande que ella.

-Dos centímetros más grande -se burló Kenric.

-¿Podrás, Lanzo? -preguntó Ranulf al muchacho-. Si fracasas y la dama alerta a los centinelas, tendremos que luchar para salir del torreón. ¿Sabes cuántas vidas se perderán en ese caso?

-Confía en mí -dijo Lanzo con firmeza y ansiedad. Luego echó a Kenric una mirada de superioridad, antes de preguntar-: Pero ¿qué motivos daré para estar en la carreta?

-Deberías pasar desapercibido, pero en todo caso diremos que estás enfermo y no puedes montar a caballo.

-Unos cuantos gemidos y náuseas fingidas bastarán para convencerla; además, servirán para disimular cualquier ruido que haga la señora -agregó Walter-. Y nuestros hombres

irán rodeando la carreta, aunque no de manera evidente. Se les ha advertido que no deben permitir que nadie se acerque demasiado.

-¿Alguna pregunta? -inquirió Ranulf. Como sólo le respondiera el silencio, concluyó-: Pues comenzaremos a medianoche. Kenric y yo recogeremos a la dama. Searle, tú esperarás afuera, bajo el puente corto de la escalera. Mientras Walter distrae al guardia del edificio delantero, yo te pasaré a la damisela; deberás estar preparado en cuanto se abra la puerta. La pondrás en la carreta y esperarás con ella hasta que llegue Lanzo para ocupar tu lugar. Cuida de estar bien escondido cuando se abran los portones para dar entrada a Eric. Marcharemos en cuanto él avise que nuestro campamento ha sido atacado por forajidos. Haré despertar al mayordomo para que nos acompañe afuera, a fin de que no haya retrasos.

-¿Y si él quiere despertar a su señora? -preguntó Walter.

-En ese caso, tendrás que usar tu convincente lengua para que no lo haga. Pero ¿qué necesidad tendría de despertarla?

-Somos un grupo que se va, no que desea entrar. Bien, hemos terminado. Dormid todo lo que podáis antes de que llegue la hora, pues Eric ya ha enviado adelante a los hombres de Rothwell; nosotros cabalgaremos el resto de la noche y toda la mañana, hasta que nos reunamos con ellos. Bastará con que un solo hombre permanezca en vela para despertarte, Searle; los demás deben estar listos para partir en cuanto se los despierte, de modo que sólo haga falta ocuparse de los caballos. Kenric nos despertará aquí, en el torreón, para sacar a la dama; nos volveremos a acostar para que se nos despierte otra vez a la llegada de Eric.

-Pues no queda nada que hacer, por ahora -dijo Walter, despidiendo a los otros.

Ranulf se acercó a la mesa para llenar su vaso de vino. -¿Obtuviste pergamino del capellán para escribir la nota? Walter asintió y le entregó la carta que llevaba dentro de su chaqueta.

-Será mejor dejarla en la alcoba de ella. Quienquiera que entre a despertarla por la mañana la encontrará allí. ¿Crees, en verdad, que es necesaria? Puesto que sir William todavía está en cama, difícilmente nos perseguirán.

-¿No sabes que tiene otros vasallos? Es probable que, tras el ataque de esta mañana, haya mandado por uno o más de ellos. Ahora sabe que necesita protegerse mejor hasta que se realice la boda que tiene planeada. No es descabellado que por la mañana llegue una fuerza considerable.

-Sí, comprendo -reconoció Walter-. Pero ¿prestarán atención a tu advertencia?

-No saben qué tipo de hombre soy ni de qué soy capaz. ¿C¿>mo no obedecer? ¿Los consideras capaces de arriesgar la vida de su señora para recuperarla, sabiendo que a su debido tiempo les será devuelta indemne?

-Indemne, pero con un marido que ni ella ni sus vasallos desean.

Ranulf se encogió de hombros.

-Eso no nos incumbe. A Rothwell le corresponde hacer que Shefford y los hombres de Clydon lo acepten, una vez que el hecho esté consumado.

Walter hizo girar su copa, contemplándola pensativamente.

-En cuestiones como ésta, el hombre suele esperar a que haya un bebé en camino, para fortalecer su posición. Rothwell es un poco viejo para que le quede alguna simiente f¿rtil. Tal vez pueda poseerla, pero no le dará ningún hijo. Shefford sabrá que no cabe esperar herederos; tal vez decida olvidarse de la dama y reclamar Clydon para sí.

-Eso tampoco nos concierne. Una vez la hayamos entregado, nuestra misión estará cumplida. Con el dinero que me pague Rothwell tendré más que suficiente para cubrir el precio que pide De Millers, aunque se le haya ocurrido subirlo otra vez. -Ranulf habló con tanto rencor que Walter no pudo sino reír.

- Ese hombre no sabe lo que quiere. Pensé que ibas amatarlo cuando subió mil marcos. Tal vez esta vez diga que,después de todo, ha decidido no vender Farring Cross.

-La boca se te haga a un lado, Walter. Quiero esa propiedad. La quiero tanto que no puedo pensar en otra cosa.

-Hay otras propiedades en venta -le recordó Walter, razonable.

-Sí, pero con tierras inútiles o torreones tan arruinados queme sería necesario seguir alquilando mi espada por otros diez años, sólo para pagar las reparaciones. Farring Cross tiene un torreón pequeño, pero está en buenas condiciones, con fuertes defensas; sus tierras no están agotadas y sus aldeanos son saludables.

-Pero no vale el precio que pide De Millers.

-Para mí lo vale, Walter. El hombre es codicioso. Por eso he esperado a tener mil marcos más, por si se le ocurrieravolver a subir el precio. A finales de mes, Farring Cross será mío.

-Sí -suspiró Walter-. Será agradable poder posar la cabeza en el mismo sitio noche tras noche. Realmente, estoy cansado de dormir a la intemperie y de ir y venir por esta isla.

-Podrías haber seguido tu camino en cualquier momento -le recordó Ranul£

-No podía dejarte sin nadie a quien gritar, salvo esos dos jóvenes que adoptaste.

-Idiota -bufó Ranulf, aunque su boca se había suavizado-. Vete y déjame en paz. Y discúlpame ante la dama, pues no asistiré a la cena. Dile que llevo dos días sin. dormir y que no quieres despertarme. Cuanto menos la vea, mejor.

Walter rió entre dientes.

-Conque te fastidia ¿eh?

-No imaginas cuánto.

-¿Preferirías que me la alzara yo, llegado el momento? -No. El único placer que obtendré de este trabajo es el de atarla -respondió Ranul£

CAPÍTULO X

No fue cosa fácil llegar de un extremo del salón al otro sin despertar a la gente del castillo que allí dormía, ni alertar a los pocos centinelas que pasaban ante las arcadas abiertas de la galería, desde la cual se veía el salón. La segunda vez que Kenric tropezó en la oscuridad con los pies de alguien, Ranulf lo llevó en vilo hasta la escalera.

-Por Dios, si tuviéramos una vela...

-... se nos vería mejor -gruñó Ranulf en voz baja.

Depositó al joven en el suelo y empezó a subir por la estrecha escalera. Tuvieron suerte que hubiera una antorcha encendida al final, contra la pared. Kenric la cogió para iluminar el largo corredor.

-¿Es ésta? -susurró, al llegar a la puerta del extremo.

-Sí, siempre que la chica de Walter haya informado bien. Bloquea la luz cuando yo abra la puerta. No quiero que la dama se despierte antes de que yo entre.

La puerta no estaba cerrada con llave, pero sí bloqueada por un jergón atravesado. Ranulf cerró otra vez y juró por lo bajo.

-¿Qué pasa? -preguntó Kenric.

-Una de las doncellas duerme frente a la puerta. Tendrás que pasar por la abertura y encargarte de que continúe durmiendo.

Los ojos de Kenric se ensancharon hasta convertirse en grandes círculos turquesa.

-Me refiero a dormir, necio, no a suefíos eternos. Bastará con un leve golpe en la cabeza con la empuñadura de tu daga. Pero guarda silencio.

Kenric sujetó la antorcha en el soporte del muro, junto a la puerta, y se deslizó por la abertura. Poco después abrió un poco más.

-No es mujer, sino hombre -susurró con evidente sorpresa~. Ese muchacho.

-Ya adivino de quién se trata -replicó Ranulf, disgustado-. Trae las cuerdas. Atenderemos primero a la dama. Después podrás atar a su «guardia».

-Ya está hecho. -Ante la ceja arqueada de Ranulf, Kenric se corrigió, con una sonrisa-. Sólo le he atado las manos. Dijisteis que debía ser rápido.

Ranulf gruño.

-En efecto. Terminemos con esto, entonces.

La antorcha arrojaba un poco de luz al interior, pero apenas rompía la penumbra del recinto. Sin embargo, era suficiente para lo que debían hacer.

La alcoba no era grande, aunque tampoco demasiado pequeiía. En realidad, era idéntica a la que habían asignado a Ranulf. Theo estaba caído en el suelo, allí donde Kenric lo había dejado. La cama estaba apoyada contra el centro de un muro, con las cortinas cerradas a su alrededor. El cuarto estaba atestado de cosas: mesas y banquillos, un arcón de madera a los pies de la cama, un gran brasero que había tenido fuego encendido hasta poco antes; era necesario, aun avanzada la primavera.

Ranulf, con cautela, retiró las cortinas de la cama lo suficiente para inclinarse hacia adentro. Allí estaba ella, apenas un montículo bajo los cobertores, coronado por los rizos renegridos que se esparcían por la almohada. Era ella. Pese a la oscuridad reinante se veía la blancura de su rostro pequeño y enérgico, las cejas inclinadas, el grueso labio inferior, que en el sueño formaba un mohín.

Ranulf vaciló por un momento. Si ella despertaba y lo veía allí no habría modo de echarse atrás. Pertenecía a Rothwell, para bien o para mal. Y él sabía que sería sólo para mal. Pero por su parte sería el dueño de Farring Cross, su propia tierra, ganada con su trabajo y no por generosidad ajena, como su hermanastro menor había conseguido la suya. Ranulf tenía que trabajar por lo que deseaba, porque su madre había sido sólo una moza de aldea, mientras la madre de su hermano menor era una dama; aunque no estuviera casada con su padre, era una dama. Sólo por eso su hijo, tan bastardo como Ranulf y más joven que él, había sido nombrado heredero de su padre y criado con todos los privilegios de un hijo de la nobleza.

No, Ranulf no podía permitirse el lujo de sentir nada por esa dama, que tan inocente dormía en su casto lecho. Eran muy pocos los medios con que un hombre podía ganarse el dinero necesario sin robarlo; por eso él no podía escoger al tenor de su conciencia. Y ésta era sólo una heredera más por la que combatir, hasta que se la llevara el más fuerte;

Rothwell sería ese hombre porque había contratado a Ranul£ Ella era sólo un trabajo más; el último, con suerte. Así pues, no vaciló más.

Ella abrió los ojos en el momento en que Ranulf le deslizó la mano sobre la boca, incoloros en la oscuridad, grandes y temerosos. Sintió la suavidad de sus labios, pero sólo por un instante, pues se vio obligado a presionar más cuando la mano de la muchacha se alzó para pujar contra su brazo. Se inclinó sobre ella para mantenerle el otro brazo inmovilizado bajo las mantas, mientras cambiaba su mano por una mordaza y la ataba con fuerza. La mano libre de Reina no podía detenerlo; era inútil, por mucho que tironeara o empujara.

Ella gimió, porque Ranulf le había tirado del pelo al atarle la mordaza, pero él se puso rígido, sin saber qué lo había provocado. De inmediato se apartó de ella. Se consideraba inmune frente a esa clase de mujeres, pero aquel suave sonido lo hirió en lo más hondo, con lo cual se puso furioso consigo mismo, con ella y con la vida en general.

-¡Kenric! -El muchacho asomó inmediatamente la cabeza por la cortina-. Átala de pies y manos.

El joven no se movió y Ranulf juró por lo bajo. Al bajar la vista comprobó que las mantas se habían movido lo suficiente como para revelar que la muchacha estaba desnuda.

-Sujétala.

Furioso, fue a revolver el arcón que había visto. Volvió con una camisa sin mangas, que arrojó por la cortina.

-¿Queréis que se la ponga? -chilló Kenric, horrorizado.

Ranulf rechinó los dientes.

-Hazlo de una vez y no tardes.

Kenric dedicó a Reina una mirada de disculpa y le pasó la camisa por la cabeza. Eso fue todo lo que pudo hacer. La muchacha tenía ahora las dos manos libres, y él apenas logró mantenerla en el lecho. No era como Ranul£

-íNo me lo permite! -anunció, desesperado.

-Te lo permitirá, si no quiere que la saquemos de aquí desnuda.

Después de eso no volvió a oírse ruido alguno detrás de la cortina. Ranulf aguardó a que la dama estuviera cubierta. Luego abrió las cortinas de par en par para arrancar la manta de la cama. Mientras Kenric forcejeaba por atarle las muñecas con tiras de tela, Ranulf extendió el cubrecama en el suelo.

-¿Aún no has terminado?

-Ella no facilita las cosas -siseó Kenric, a manera de respuesta.

Con un gruñido de irritación, Ranulf volvió a la cama y sujetó las manos de Reina, uniéndolas, mientras Kenric terminaba de atarle las muñecas. Hizo otro tanto con los pies, pasando por alto las furiosas miradas de ella. Hecho, la levantó de la cama.

-Ahora ata al muchacho -ordenó Ranulf, antes de depositar a la mujer en el cubrecama. Bastó una mano en el pecho, por debajo del busto, para sujetarla allí-. No queremos haceros daño, señora -le dijo, cuando logró tranquilizarse lo suficiente-, tranquilizaos.

De la mordaza brotó un murmullo confuso, tan audible que él se acercó para agregar:

-Si no hacéis ruido, nadie saldrá dañado. Si llamáis la atención, tened presente que morirán muchos. ¿Pensáis acaso que vuestros pocos hombres pueden detenerme?

Como no oyera más murmullos, quedó satisfecho. Ella dejó de retorcerse bajo su mano. A continuación, Kenric se arrodilló a su lado y entre ambos envolvieron a Reina en la gruesa manta. Eso, además de amarrarla del todo, la ocultaba y ahogaría cualquier ruido que ella pudiera hacer.

-¿No sería conveniente llevarle alguna ropa, aparte de esa camisa? -preguntó Kenric, en tanto Ranulf recogía el largo bulto para cargárselo al hombro.

-Por lo que a mí concierne -aseguró Ranulf-, puede presentarse desnuda ante Rothwell. -Sólo entonces recordó que pasarían varios días antes de que la entregara a su seíior-. Muy bien -corrigió de prisa, agrio-: busca uno o dos vestidos en ese arcón y tráelos.

Momentos después ambos avanzaban por el pasillo hacia la escalera. Ya abajo, Kenric se adelantó, listo para utilizar otra vez la empuñadura de su daga, si alguno de los sirvientes despertaba y los veía. Pero no fue necesario. Los trabajos de aquella gente habían aumentado mucho durante el día; ahora estaban muertos para el mundo.

Al otro lado del salón, Walter aguardó junto a la escalera que descendía al segundo piso y el edificio delantero, donde un guardia custodiaba la entrada. Con un gesto de asentimiento, bajó para llevarse al centinela; un momento después, Ranulf pudo pasar su carga a Searle, que esperaba afuera.

Nuevamente arriba, aguardaron el regreso de Walter, que llegó muy sonriente.

-¿Tuvisteis problemas con la dama? -No. Ahora sólo falta que llegue Eric.

-Esto ha sido demasiado fácil -comentó Kenric-. ¿Y si Eric se retrasa o ... ?

-Cállate -replicó Ranulf-. Eric llegará antes de que pase una hora. Volved a la cama, para que puedan «despertamos» con su mensaje.

-¡Sólo unos pocos sacos, idiota! De lo contrario la aplastarías.

Fueron las últimas palabras que oyó Reina durante largo rato. No sólo se sentía aplastada, sino que casi se había sofocado por obra de un saco, que le habían puesto directamente sobre la cara sin advertirlo. Si ella no hubiera logrado torcer la cabeza a un lado, se habrían llevado una buena sorpresa al sacarla.

No necesitaba la vista para saber que la habían cargado en la carreta de provisiones, camuflada bajo los sacos de cereal que

Gilbert les había vendido. Era la única manera de sacarla a escondidas de Clydon y, por lo que ella había oído decir, ésa era obviamente su intención.

Sabía también otras cosas, sin que nadie se las hubiera dicho. Había visto, desde luego, quién era su secuestrador. Y para eso sólo podía haber un motivo: el hecho de que el secuestro estaba planificado y no era una simple aventura, resultaba evidente por la mención de su entrega a Rothwell, quienquiera fuese. Ese estúpido gigante ni siquiera la raptaba para sí. Eso habría sido comprensible: quien la desposara, fuera un caballero sin tierras o un gran sefíor, sería el dueño de Clydon, siempre que jurara pleitesía a lord Guy. Pero ¡tomarse todo ese trabajo por encar de otro! Fitz Hugh debía de cobrar una fortuna por hacerlo. No cabía otra explicación.

Reina también había comprendido, por la actitud de Fitz Hugh, que seguía furioso con ella a causa de Theo; no había aceptado sus disculpas. Ahora se arrepentía de habérselas ofrecido. ¿Cómo se atrevía a enfadarse por una nimiedad, si mientras tanto había planeado aquello?

La irritaba saber que había recibido a una serpiente en su casa. En verdad, él la había salvado en beneficio propio, no por prestarle un noble servicio. ¡Traición, engaño, mentiras! ¡Bonita caballerosidad! Pero su propia credulidad ya no tenía remedio. Aunque

el plan fuera descubierto, Fitz Hugh tenía razón: los hombres de Clydon no tenían esperanza alguna de derrotar a los secuestradores; sólo lograrían perder la vida en el intento. Y no había esperanza alguna de recibir ayuda en varios días. Antes de que llegara podía estar casada, según la distancia a la que viviera ese Rothwell. ¿Y quién demonios era ese hombre?

Reina gimió al sentir un nuevo peso sobre el vientre. Desapareció de inmediato, pero el saco no. Conque tenía compañía. Sí, decididamente: alguien se movía en la carreta, sacudiéndola. Y ahora se oían otros ruidos, aunque apenas perceptibles. La manta y los sacos puestos para ocultarla y mantenerla en silencio apagaban mucho los sonidos. ¿Se marchaban ya o sólo montaban guardia, cuidando que no se moviera? ¡Como si pudiera hacerlo, atada como estaba!

-Toma, Lanzo. Ten esto.

-¿Qué es?

-Ropas para ella. No hubo tiempo de vestirla debidamente. - ¿Eh?

-Ni lo pienses. Es demasiado vieja para ti. Además, ya está prometida.

-¿Qué tiene que ver la edad, si Rothwell bien podría ser su tatarabuelo?

-No exageres. Su abuelo, sí. Y ahora, cállate, que van a abrir el portón interior. Acuérdate de gemir si es necesario.

-Sé lo que debo hacer, Kenric. Será mejor que montes, si no quieres quedarte atrás.

La carreta comenzó a avanzar, y con bastante celeridad. Reina se preguntaba qué excusa habrían aducido para marcharse antes de la maiíana, pero pronto sintió las sacudidas del puente nuevo, que franqueaba el pozo seco, y no pudo pensar en otra cosa que en su incomodidad. También el muchacho se sacudía; en cierto instante cayó de lleno sobre ella. La rodilla se le deslizó entre dos sacos y le golpeó el muslo.

-¡Chist, señora! -le oyó responder a su gemido-. No tendréis que estar mucho ahí abajo.

Reina mordió el trozo de tela que tenía en la boca. Ese pequeño truhán, ése y el otro muchacho, de cara angelical. Desde un principio habían sabido lo que iban a hacer, pero se habían pasado la tarde sonriendo y coqueteando con sus damas más jóvenes, llenos de miradas inocentes. También los otros, los caballeros jóvenes y sir Walter, con sus sonrisas, sus bromas y sus modales amistosos: todos despreciables traidores, con sucios planes ya trazados. Ranulf Fitz Hugh había tenido, cuanto menos, la decencia de evitarla durante el resto del día. Ya fuera por su enfado, ya porque no podía fingir con tanta facilidad como los otros, al menos eso revelaba alguna honestidad... pero no la suficiente como para que Reina estuviera advertida ni para que le sirviera de nada.

CAPÍTULO XI

- ¡Por los clavos de Cristo, nunca vi tantas caras enfurruñadas! -comentó Walter mientras entraban lentamente en el nuevo campamento, pasada una hora del amanecer-. ¿Acaso todas las rameras se fueron anoche, Eric?

-¿Con lo que nos cobran por una noche? -resopló Eric-. Difícilmente.

-¿Qué pasa, pues, con los hombres de Rothwell? -No lo preguntes.

Walter frunció el ceño, aunque sonriente, al ver que Eric meneaba la cabeza. Pero algo lo distrajo:

-¡Cuidado! -gritó a quienes lo rodeaban-. ¡Ella ha visto a su dueño!

Un destello pardo corrió a través del campamento y saltó sobre el corcel de Ranul£ El enorme caballo ni siquiera resopló, pues ya estaba habituado a su presencia, pero los otros caballos se alzaron de manos y tiraron de las riendas; hicieron falta unos momentos para dominarlos. Las maldiciones volaron por doquier, pero al fin Ranulf sonreía, de modo que nadie levantó la voz. Y la bestezuela causante de la conmoción no tenía conciencia de que ocurriera nada; se había instalado ya en su sitio favorito, sobre el ancho hombro de Ranulf, medio envuelta a su cuello.

-¿Qué decías, Eric? -preguntó el jefe, a la derecha de Eric.

-¿Decía yo algo?
-Sobre los hombres de Rothwell.
-Eh... -Eric se sintió irritado por el hecho de que lo hubiera sorprendido fastidiando a Walter. Ni el uno ni el otro habían caído en la cuenta de que Ranulf estaba escuchando-. Tal vez deberíais hablar con su maestro de armas. Difícilmente me lo creeríais.
- Cuéntamelo.
Con aquel tono no se discutía.
-Tal como entiendo la cuestión, si nos hubiéramos demorado un día en apresar a la dama, habríamos tenido que combatir con los hombres de Rothwell y con los de ella, por añadidura.
-¿Cómo es eso?
-Mañana concluye el año de servicio que deben a Rothwell. -¿Y bien?

-No tenían intención de volver con él. Si hoy hubieran estado en Clydon, habrían ofrecido sus servicios a la señora.
-¿Revelándole nuestros planes? -exclamó Walter, indignado.

-Sí. Al parecer odian a Rothwell, pero como éste les pagó por adelantado, no podían dejar de servirle. Hasta que terminó el período de servicio le fueron leales.
Walter silbó por lo bajo.
-Es increíble. Unas pocas horas han representado la diferencia entre el éxito y el fracaso, sólo porque esos mercenarios respetaron su contrato al pie de la letra. Eso es llevar un poco lejos una lealtad mal merecida, sobre todo considerando que la dama les habría estado eternamente agradecida si se le hubieran unido y ellos, sin duda, no lo ignoraban.
Eric asintió.

-Ahí tienes el motivo de tantas caras agrias esta mañana. -¿Fue el maestro Scot quien te lo contó? -preguntó Ranul£

- sí.

-¿Crees que aún será capaz de ofrecerse a la seiíora?

Eric meneó la cabeza.

-Como ahora la tenéis en vuestro poder, ya no está en situación de contratar a nadie. Ellos nos superan en sólo catorce hombres, y nosotros contamos con cuatro caballeros para compensar la diferencia. Pueden ser estúpidos, pero no tanto.

-¿Quieren trabajar para nosotros? -preguntó Walter.

-Sí, y de buen grado.

-Así pues, ¿por qué deseaban ponerse al servicio de la dama? -se extrañó Ranul£

Eric rió entre dientes.

-Por venganza. Odian tanto a Rothwell que no quieren ver en sus manos esa rica fortuna. Pero como han perdido la oportunidad y lo saben, ahora quieren ocuparse de sí mismos.

Ranulf gruñó, satisfecho por el momento; de cualquier modo, sostendría una conversación personal con ese maestro de armas.

-Farring Cross no es tan grande como para emplearlos a todos, además de mis propios hombres, y aún ni siquiera soy su propietario. Tal vez pueda contratar a veinte... Decid al maestro Scot que ya llegaremos a un acuerdo; que venga a hablar conmigo esta noche, después de que montemos el campamento. Ahora liberad a la dama. Tendré que escuchar sus gritos y sus reclamos mientras me dure la paciencia. Dentro de una hora continuaremos la marcha.

-La señora no pasará mucho rato sin mordaza -predijo Eric, mientras Ranulf se dirigía hacia la carreta de las provisiones.

-Tal vez -dijo Walter, pensativo-. Pero tú no pasaste tanto tiempo con ella como nosotros. No viste la facilidad con que esa mujer asume el mando de todo. Al fin y al cabo, hace tiempo que está librada a sus propios recursos; lleva casi dos años sin que ningún hombre tenga autoridad sobre ella. Si Ranulf se ve obligado a negociar, probablemente será él quien caiga en gritos y reclamos.

-Lo hará, de un modo u otro, cualquiera sea la reacción de la dama -rió Eric.

De algún modo, Reina se las había compuesto para dormir durante el resto de la noche. Si no podía moverse, ver ni hacer nada que le permitiera fugarse, no le quedaba otra cosa que dormir, sobre todo porque estaba aún bastante agotada por aquella jornada, una de las más horribles de su vida. Puesto que la gruesa manta y los sacos amortiguaban los tumbos de la carreta, el trayecto no fue tan incómodo como para mantenerla despierta. Ni siquiera despertó cuando retiraron su cubierta de sacos. Pero cualquiera se espabila cuando se siente bruscamente levantado, por profundo que haya sido el sueño.

La llevaba un par de fuertes brazos, pero no supo a quién pertenecían. No había logrado distinguir una sola palabra, aunque la rodeaban numerosos ruidos, que sonaban difusos y lejanos entre los gruesos sacos. ¿Irían ya a presentarla a ese Rothwell? Al menos, ¿se dignarían a desenvolverla?

Se sintió depositada en el suelo y alguien la desenrolló, lateralmente, tirando de la manta; Reina rodó un par de metros. Quedó boca abajo, con la nariz enterrada en la espesa hierba, cuyo fuerte aroma estuvo a punto de sofocarla. Bueno, ¿qué otra cosa cabía esperar? Fitz Hugh había dicho que no le importaba presentarla a Rothwell desnuda. Hacerla rodar de

ese modo, casi sin ropas, no era mucho menos. Pero cuando logró ponerse de lado y usar las muñecas atadas y un codo para incorporarse, descubrió que sólo estaban allí el gigante y su escudero más joven.

Se encontró en el interior de una tienda, no muy grande y casi vacía, aunque en uno o dos sitios se veía la hierba aplanada, como si algún objeto hubiera sido retirado de allí poco antes. Era el campamento de Fitz Hugh, desde luego, pero ¿dónde estaba el resto de sus hombres? La luz que se filtraba por la tela revelaba que era de mañana. Reina supuso que no pasarían mucho tiempo allí. Lanzo, el muchacho, estaba de pie junto al gigante, bastante sobresaltado, como si ese trato brusco aplicado a una dama lo cogiera por sorpresa. Tenía una brazada de ropas y un taburete en la otra mano. Por fin se acordó de él y lo puso en el suelo. Su amo permanecía en cuclillas, probablemente para no verse obligado a agachar la espalda en aquella tienda, demasiado baja para su estatura. No parecía más cordial que de costumbre: fruncidas las cejas doradas, los labios tensos sobre sus dientes apretados. Por lo visto, habría preferido mantenerse lejos de ella, aunque por algún motivo se sentía obligado a tratarla personalmente.

Como para demostrar que la primera hipótesis era la acertada, él se levantó para acercarse, pero no pudo erguir la espalda.

Volvió a ponerse en cuclillas y tendió las manos hacia las muñecas atadas, que ella mantenía en el regazo.

-Ocúpate de sus pies, Lanzo -ordenó sin mirar al muchacho-. No podemos estarnos aquí todo el día.

No le había dicho una palabra, no la había mirado. Y tampoco lo hacía ahora; mantenía la vista clavada en el nudo que intentaba desatar. Lanzo se había arrodillado junto a sus piernas; ella le acercó los pies, sin esperar a que se lo pidiera. Por desgracia, eso le hizo perder el equilibrio y un hombro se inclinó por debajo del otro, haciendo que la floja tela de su camisa se torciera, deslizándose hasta la mitad del brazo. El frío del aire contra la piel desnuda la hizo ruborizar. No se habría horrorizado tanto de haber estado completamente desnuda, pues eso habría sido intencional, ideado para humillarla y ponerla en desventaja. Ese accidente era mucho más bochornoso, pues no debería haber ocurrido en absoluto, aunque nadie había reparado todavía en él. Pero cuando trató de levantar las manos para volver a poner la tela en su hombro, antes de que la situación fuera advertida, aquel estúpido gigante se negó a soltarle las muiíecas; probablemente pensaba que ella trataba de resistirse a sus esfuerzos por liberarla, aunque resultara imposible encontrar un motivo para tal actitud.

Le bastó una mirada de soslayo para comprobar que el muchacho era más observador. Estaba paralizado, con los ojos enormes y la boca abierta mirándola fijamente. Reina se dijo que era sólo un niño aunque su rubor se acentuó. Lo que deseaba evitar eran los ojos del gigante. Sin embargo, enderezar el hombro no fue solución: sólo logró descubrir otro poco
de piel.

Desesperada, intentó otra vez levantar las manos... sólo para que el horror se descubriera, por fin. Fitz Hugh levantó la mirada, lleno de irritación, pero no más allá del pecho desnudo que tenía ante sus ojos.

Reina gruñó bajo la mordaza, pero nadie pareció enterarse. Fitz Hugh, en su sorpresa, apretaba aún más los nudos de sus muñecas, aunque sus dedos permanecían inmóviles. La joven seguía sin poder levantar las manos y él se limitaba a mirarle el pecho, con tanta fijeza como el muchacho, como si nunca hubieran visto nada parecido. Reina ni siquiera podía tratar de levantarse para volverles la espalda. Aunque el hombre le hubiera soltado las muñecas, al incorporarse de rodillas no habría hecho sino plantarle el busto un poco

más cerca de la cara. Tal vez eso lo arrancara de su estado hipnótico, pero ella prefirió no intentarlo. Algunos hombres interpretaban ese tipo de cosas como una insinuación. Y si aquél pensaba algo así...

Por fin Lanzo acudió en su rescate, aunque pareció sufrir al hacerlo. El color le había subido a las mejillas, furioso, al comprender que la dama no podía corregir por sí misma el problema. Tendió una mano vacilante, con el pulgar y el índice extendidos, temblorosos. Con cuidado, como si pudiera morir por el mero contacto con aquella piel, cogió la tela y volvió a ponerla en el hombro.

El escote de la camisa se atascó en el pezón, arrugándolo antes de cubrirlo, pero sólo tuvo importancia para el hombre que seguía con la vista clavada en él. Para Reina fue un alivio volverse a ver más o menos presentable. Ni siquiera aquellos ojos violáceos, que se cruzaron con los suyos por un brevísimo segundo antes de volver a sus muñecas, pudieron alterarla otra vez. El daño estaba hecho. Era mejor olvidarlo, tal como él parecía dispuesto a hacerlo.

Pero ¿qué había sido del ceño enojado durante el breve momento en que levantó la vista? Si Ranulf Fitz Hugh era apuesto cuando estaba enfadado, en estado de asombro resultaba irresistible. Era preferible el ceño fruncido. Costaba menos respirar cuando ese hombre era apenas apuesto, aunque el porqué no estuviera claro. Y como desatarla le estaba resultando difícil, el ceño regresó. Finalmente sacó la daga; aunque quedaba poco espacio entre sus muñecas, cortó los nudos sin pérdida de tiempo. Un roce a sus pies y a su mejilla y el resto de las ataduras cayó también.

¿Por qué no lo hizo así desde un principio?, pensó Reina. De ese modo se habría ahorrado aquel bochornoso incidente. Aunque tenía todo el derecho de protestar a gritos por lo que le había hecho, de momento sólo deseaba que él se fuera.

Pero él no se fue. Acercó el banquillo y se sentó frente a ella. El que no le ofreciera asiento a la dama era lógico, después de todo: aquel hombre era el caballero menos caballeresco que Reina había conocido. Si pensaba que ella permanecería sentada en aquella humillante posición, a sus pies, estaba loco.

Por un momento no le prestó atención; escupió los trapos que tenía en la boca y flexionó la mandíbula para aliviar la rigidez. Se tomó su tiempo para frotarse las muñecas; luego se levantó con lentitud. Con tanta dignidad como pudo, considerando que su cabellera era una masa enredada y que la camisa sólo la cubría hasta las rodillas, caminó hasta el sitio donde él había arrojado el cubrecama, a un costado de la tienda, y se envolvió en él como un manto. Sólo entonces se dignó a enfrentarse a su captor.

-Muy bien, señor caballero -comenzó, con voz engañosamente agradable-, si tenéis algo más que decirme, os agradeceré que lo hagáis de inmediato. No podré soportar vuestra presencia por mucho tiempo más.

Eso lo hirió lo bastante como para hacerlo incorporar como un rayo, olvidando que no tenía espacio suficiente en la tienda. Reina estuvo a punto de echarse a reír ante su expresión al golpearse la cabeza arriba, sacudiendo tanto la tienda que la puso en peligro de caer. Se vio obligado a sentarse otra vez, con lo que su enfado no dejó de ser intimidante, pero menos que si hubiera estado erguido ante ella.

-Veo que ambos sentimos lo mismo -dijo Reina, antes de que él pudiera abrir la boca; de ese modo le acalló el trueno e hizo que su expresión se oscureciera aún más-. Por lo menos tenemos eso en común. Bien, si tenéis una lengua que sepa decir algo, aparte de mentiras, utilizadla de una vez.

Vio que él empleaba todo su dominio para permanecer sentado, pero al menos recuperó el uso de su voz. Una vez más, la dirigió a Lanzo:

- ¡Amordázala!

Reina se puso rígida y giró hacia el inofensivo jovencito antes de que pudiera dar un paso hacia ella.

-Ponme una mano encima, niño, y te daré tal coscorrón en las orejas que oirás campanas durante una semana. Si él es demasiado cobarde para escuchar lo que voy a decirle, que me amordace personalmente. Lo hace con tanta suavidad...

Y sus ojos cerúleos parecieron aclararse aún más al posarse sobre el caballero, desafiándolo.

- ¿Cobarde, señora? Poco me importa lo que penséis de mí,

Pero malgastáis el tiempo...

- Sí -le interrumpió ella, con una mueca burlona-. A un caballero vulgar no le importaría, y vuestros modales indican que eso sois.

-Habéis acertado -gruñó él.

Resultaba desazonador que un pretendido insulto se convirtiera en verdad. Tal vez estaba abusando de su suerte al provocarle deliberadamente. En aquellos momentos él parecía a punto de estallar: su cuerpo estaba tenso, como si le resultara difícil no estrangularla. Bien, al menos había puesto en claro su opinión y su desdén. Era mejor prestar oídos a lo que él tuviera para decir.

-Bien -dijo con un suspiro-, no perdamos más tiempo, para poder separarnos cuanto antes. -Pero no pudo dejar de añadir-: ¿Qué habéis logrado con vuestra hipocresía?

-Habláis mucho de mentiras e hipocresías, señora, pero fuisteis vos la que me abrió las puertas.

-¡Porque fingisteis venir en mi auxilio!

-Y os auxilié, sí. Lo que no hice fue masacrar al resto de vuestra gente para sacaros de Clydon, lo cual habría podido hacer con mayor facilidad; si vuestra dignidad mal entendida vale más que esas vidas, decidlo.

Eso la desarmó sin más. Ella sabía muy bien que para capturarla de otra manera habría sido menester dejar atrás incontables cadáveres.

-Eso no borra el hecho de que no teníais derecho alguno a secuestrarme -dijo, en tono más sereno, aunque no menos amargo-. No veníais en nombre de mi señor, como lo asegurasteis.

-En eso os equivocáis, señora. -Era un placer decírselo-. Lord Rothwell es vuestro señor, por ser vuestro prometido, y actúo en nombre de él. En efecto, tiene derecho a capturaros y obligaros a respetar vuestro compromiso matrimonial. No me

importa si descartarlo fue idea vuestra o de Shefford. Él no quiere hacerse a un lado.

Reina lo escuchó con mucha calma, y después le confundió con una sonrisa.

-Si creéis esa tontería, habéis sido engañado. Mi prometido murió hace dos años, justo antes de que mi padre partiera hacia Tierra Santa. Como no tuvo tiempo de acordar otra alianza, me encargó ocuparme personalmente del asunto; a través de la correspondencia aprobó a dos de los candidatos que le propuse; con uno de ellos debía yo casarme en el curso de una semana.

-¿Con quién?

-Eso no os concierne, pero os aseguro que ese Rothwell al que mencionáis no es uno de ellos. Ni siquiera lo he oído nombrar; si él dice que tiene un contrato matrimonial, miente.

-0 mentís vos.

Reina alzó bruscamente el mentón.

-Tengo las cartas de mi padre para demostrar lo que digo.

-Mostrádmelas, pues.

-¡Idiota! -susurró ella, exasperada-. Esas cartas están en Clydon.

-Eso deseáis hacerme creer, pero idiota sería si creyera en la palabra de una dama -bufó él.

Reina entornó los ojos ante aquel insulto.

-¿Aún pensáis llevarme a vuestro señor?

-No quisiera hacerlo, pero por quinientos marcos os llevaré con él, decididamente. Lo que quiero saber es por qué se me facilitó tanto la misión. ¿Por qué estabais tan mal protegida?

A Reina aún le daba vueltas la cabeza por la irrisoria suma ofrecida para arruinarle la vida. En cuanto a que él pretendiera respuestas a sus preguntas...

-Iros al demonio Fritz Hugh. Estoy harta de hablar con alguien tan irrazonablemente testarudo. Más aún: estoy harta de vuestra presencia.

Y emprendió la huida. No fue difícil, puesto que no había nadie que se interpusiera entre ella y la entrada de la tienda. Al salir se encontró en medio del campamento, pero eso la detuvo sólo por un instante. El rugido atronador que se oía a su espalda fue incentivo suficiente para acelerar el paso. Corrió en línea recta hacia el caballo más próximo, elevando una palabra de agradecimiento por el hecho de que se tratara de un caballo castrado y no de un animal de combate; por añadidura, estaba ensillado. Los hombres que holgazaneaban a su alrededor, bajo los árboles y frente a las fogatas, se limitaron a mirarla, boquiabiertos, demasiado sorprendidos como para actuar.

Lo estaba haciendo muy bien, considerando que no había planeado esa huida; ahora que estaba ya junto al caballo, hasta empezaba a pensar que se saldría con la suya. Tuvo que soltar el cubrecama para subir a la silla de montar, pero valía la pena ese pequeno sacrificio. El caballo no era tan alto; una vez que pudo poner el pie en el estribo, se las compuso para elevarse.

Pero allí comenzaron los problemas, el menor de los cuales era que la camisa se le subía hasta la mitad del muslo al montar a horcajadas. Al caballo no le gustó aquel peso ligero en el lomo y se dio prisa en hacérselo saber, pero ése tampoco era el peor de sus problemas, pues no carecía de experiencia con animales. La mayor dificultad consistía en que, por entonces, todos los hombres del campamento estaban a su alrededor y bien conscientes de lo que ella estaba a punto de hacer. Una sólida muralla de cuerpos bloqueaba las tres direcciones por las cuales debía galopar, si deseaba alejarse del enfurecido caballero, y estaban demasiado cerca: no podría tomar velocidad suficiente para franquear la barrera. La única salida era regresar por donde había venido, cruzando por el centro del campamento. Mientras pudiera ganar velocidad como para derribar a quien intentara detenerla, aún cabía una posibilidad.

No perdió más tiempo en pensarlo: hizo que el caballo girara en redondo y le clavó los talones desnudos. El animal,

desdeñoso, no obedeció. Reina, furiosa, le golpeó con las riendas que sostenía en el puño; el animal salió disparado, con lo cual estuvo a punto de derribarla. Pero ésa era la velocidad necesaria. Los pocos hombres que se atrevieron a cruzarse en

su camino se arrojaron a un lado al ver que ella estaba dispuesta a arrollarlos.

Por desgracia, cuanto más se aproximaba al límite del campamento, más se aventuraban ellos: tendían la mano hacia las riendas, y se estrellaban contra sus rodillas al fracasar, o trataban de asustar al caballo moviendo los brazos en ademanes grotescos. Uno logró aferrarse de su brazo, pero ella se lo desprendió con un giro brusco, antes de que pudiera hacerle perder el equilibrio. Y entonces vio a Walter de Breaute que venía hacia ella, más alto que los otros, en mejores condiciones para alcanzarla, gracias a su mayor estatura.

Ella viró para alejarse, sólo para encontrarse de frente a Fitz Hugh, que estaba al otro lado. Demasiado tarde. A él le bastó alargar un brazo para arrancarla del caballo. El animal continuó su marcha sin jinete, y a ella le pareció haberse estrellado contra un muro de piedra.

Perdí¿> el aliento ante el impacto de aquel brazo en el vientre. Brazo que continuó estrujándola para fijarla a su costado, cosa que no le facilitó el recobrar la respiración. Pero una vez logró llenar los pulmones de aire, dejó escapar un chillido de indignación y furia, por haber sido detenida y por ser llevada a la tienda de ese modo, sin que se le permitiera caminar.

-¡Desvergonzadol ¡Engendro del demonios ¡Dejadme ... 1

La frase terminó en una exhalación de aire, pues el círculo de hierro que le rodeaba la cintura volvió a ceñirse. Ella se debatió, pateando y golpeando el brazo y el hombro que tenía a su alcance. Fitz Hugh parecía no darse cuenta: continuaba caminando, con ella casi montada en su cadera y los pies muy lejos del suelo.

Cuando la puso de pie, por fin, fue frente a la entrada de la tienda. Sólo entonces Reina pudo mirarle la cara: era como una tormenta.

-Causáis más dificultades de lo que justifica vuestro precio, señora -tronó.

Si no hubiera dicho eso, la joven habría podido sentir miedo, pues su semblante era terrible. Pero aquellas palabras la hirieron en lo más hondo. Además, si él llegaba a golpearla con uno de los garrotes que apretaba a manera de puño, no quedaría con vida y no tendría que preocuparse por nada más.

-No. Es ahí donde os mostráis estúpido, Fitz Hugh -dijo, con desprecio-. Lo que valgo es bien sabido; junto a mi precio, vuestros dinerillos de judas son una insignificancia. Clydon recibe una suma cuatro veces mayor sólo en un año. Vuestro amigo Rothwell lo sabe, aunque vos lo ignoréis. ¡Cuánto reirá por haber pagado tan poco a cambio de una fortuna y el poder que ésta significa!

Recibió un leve empellón en el hombro que la arrojó de espaldas al interior de la tienda.

-Tenéis cinco minutos para vestiros. Luego la tienda será desmontada. En diez minutos partiremos.

Fue cuanto dijo... o cuanto gritó. No hubo comentarios sobre lo que ella acababa de aclararle. Simplemente, la orden de cambiarse antes de que la tienda fuera desmontada. ¡Qué bestial era aquel hombre, tanto en tamaño como en inteligencia! Habría podido pedir cualquier cosa y ella se la habría dado, sólo para salir del aprieto. Tenía en las manos un poder absoluto para negociar con ventaja, puesto que ella estaba a su merced. Pero no se daba cuenta de ello. Sólo veía los quinientos marcos que cobraría. Y por desgracia, era lo único que Reina no podía ofrecerle, puesto que su padre había vaciado las arcas para la cruzada del rey Ricardo.

CAPÍTULO XII

Ranulf tenía la sensación de que, ese día, la marcha era más larga que nunca. Avanzaban a buen paso, no obstante la lentitud a que los obligaban los hombres de Rothwell, ninguno de los cuales montaba a caballo, y las carretas de provisiones. Los treinta hombres de Ranulf, que ya llevaban cuatro años a su lado (más, en algunos casos), iban montados en animales que él había comprado tiempo atrás; no eran los mejores ni los más jóvenes que se podían conseguir en el mercado; tampoco tan caros como los caballos de combate que había proporcionado a Searle y a Eric al ser éstos armados caballeros, pero bastaban para sus necesidades. Aquellos treinta caballos no le habían costado baratos:,cuatro meses de servicio a las órdenes de un criador del norte, acosado por ladrones escoceses. Pero el hecho de que todos sus hombres fueran montados le posibilitaba realizar trabajos en los que la velocidad era indispensable.

Habitualmente, el tiempo pasado a caballo transcurría con celeridad para Ranulf; lo empleaba en planear el trabajo que tuviera entre manos o el venidero; también en soñar con el futuro, con el momento en que lograra, por fin, su objetivo y tuviera su propio torreón, ricos campos para mantenerlo y aldeanos de los que ocuparse. Había aprendido todo lo posible sobre cultivo y crianza de animales, además de leyes feudales, pues no contaba con la educación necesaria.

Ranulf había pasado los nueve primeros años de su vida con el herrero de la aldea, un hombre brutal que su abuelo había dado a su madre como esposo, al proclamar ésta que el hijo del señor había plantado simiente en su vientre. Como ella muriera un año después de nacido el niño, el herrero no hizo buen negocio: sólo obtuvo un bebé para criar, que de nada le serviría mientras no aprendiera el oficio. Eso ocurrió antes de lo debido, hecho que explicaba el exagerado desarrollo muscular de Ranulf a tierna edad. Ser el hijo bastardo del futuro seiíor no le facilitó la vida; por el contrario, se la hizo mucho más difícil, pues los jóvenes de la aldea lo rechazaban, el herrero lo hacía trabajar inhumanamente por resentimiento, y su padre, que sólo tenía dieciséis años al nacer Ranulf, no se interesaba en absoluto por su destino. De vez en cuando aparecía su señorial abuelo, para inspeccionar su crecimiento, pero nunca le ofrecía una palabra bondadosa ni un gesto amable. A su padre sólo lo veía rara vez y desde lejos.

Ni siquiera conoció a su padre hasta el día en que se le ordenó viajar a Montfort, donde se adiestraría como caballero. Probablemente eso ocurrió porque, tras cinco años de matrimonio, su progenitor no había tenido hijos legítimos. Tenía otro bastardo, al que ya había nombrado heredero en caso de que nunca tuviera uno de su esposa. Y así ocurrió: su esposa resultó estéril y seguía con vida. Pero por entonces Ranulf ignoraba todo eso. Durante muchos años pensó que se le estaba educando para heredar; por eso nunca se quejó de la dureza con que lo adiestraba Montfort; también por eso sufrió un golpe tan duro al descubrir que su hermano bastardo lo heredaría todo.

La educación que le brindaron en Montfort se redujo al uso de las armas, con un toque de cortesía caballeresca apenas suficiente, pues el propio lord Montfort no se destacaba en ese aspecto. Pero Ranulf fue armado caballero. En verdad, obtuvo sus espuelas en el campo de batalla cuando sólo tenía dieciséis anos, durante una de las guerras feudales de

Montfort. Si continuó al servicio del noble por un año más fue sólo porque Walter, un año mayor que él, debía esperar ese tiempo para ser armado caballero, y ambos habían jurado buscar fortuna juntos.

Si sus modales revelaban su origen vulgar, como ella declaraba, era en parte consecuencia de la «educación» recibida, pero también por decisión propia; la desconfianza que le inspiraban las damas teñía su actitud hacia ellas. Y era la necesidad de tratar con lady Clydon lo que hacía interminable la jornada: en vez de distraerse con agradables pensamientos sobre el futuro, se veía acosado por el enfado, el desconcierto y el horror por los acontecimientos de la mañana; más específicamente, por lo que había sentido al ver a la dama a lomos de un caballo.

No se parecía en nada a una verdadera dama, con aquella nube de rizos negros que le ondeaban sobre la espalda y los hombros, azotándole las caderas. La camisa, demasiado corta, se había acortado aún más, dejando al descubierto unas piernas que habían debido ser flacas, considerando lo estrecho de su cuerpo; sin embargo, eran asombrosamente bien formadas y más largas de lo que él había imaginado. ¿O era acaso que se veían demasiado?

Se mantenía sobre la montura con los hombros echados hacia atrás y la cabeza en alto: un porte aprendido desde la cuna, sin duda. Al galopar por el campamento le había parecido hermosa, aunque Ranulf sabía que no lo era. Lo más asombroso era que le había despertado la lascivia.

Seguramente se debía al hecho de haberle visto un seno. No, no era sólo por eso. Ranulf había visto demasiados senos como para que uno más le calentara la sangre, sólo por plantársela en la cara. Sin embargo, aquel globo blanco, como de luna, era diferente. Cabía en la mano, pero su forma perfecta no decaía en absoluto, a diferencia de lo que ocurría con tetas más grandes. Y si algo lo hacía inigualable era el rosado pezón, tan grande para un montículo tan pequeño ¡y tan sensible! A Ranulf le había fascinado verlo arrugarse ante el roce de la tela. Después, aquellas piernas abiertas a los costados de la montura bastaron para inflamarle los sentidos.

Sin embargo, aún no lograba comprender por qué. Aquella mujer era todo lo que él detestaba. Lo horrorizaba el solo hecho de que hubiera ocurrido.

Pasó el día echando miradas furtivas hacia la carreta en que ella viajaba. Sólo quería asegurarse de que, completamente vestida, no quedaba en ella nada deseable. Así, cubierta de pies a cabeza, volvía a ser la misma dama, remilgada y rígida, envuelta en su altanero orgullo y dispuesta a arrojarle veneno cada vez que sus miradas se cruzaran.

Y ésa era otra cosa que agravaba su furia. ¿Por qué parecía imposible intimidar a esa pequeña arpía para que no le causara problemas? Había hecho lo posible, por cierto. Ante sus iras, los hombres más aguerridos temblaban como gelatina. Pero ella no. Ella lo llenaba de insultos aunque estuviera al alcance de su mano. Nadie, nunca, se había atrevido hasta entonces a eso.

- ¿Nos detendremos otra vez en la abadía, Ranulf? -preguntó Walter, acercando el caballo al de él-. Está muy cerca.

-No. Con este generalete entre nosotros, no.

-¿Qué gener ... ? Ah, ella. Pero podemos dejarla en el campamento mientras nosotros...

-¿Para que se apodere de otro caballo cuando no haya nadie para impedírselo? No, no pienso perderla de vista ni de oído, aunque esto último me vuelva loco.

Walter rió entre dientes, recordando lo que había escuchado antes de que Ranulf arrojara a la dama dentro de la tienda.

-Sabe expresarse con palabras, sí.

-Sólo has oído una pequeña muestra.

-¿Sabes a qué se refería cuando dijo que Rothwell robaba una fortuna?

-Asegura que él no tiene derecho alguno sobre ella, que no hay ningún compromiso matrimonial ni lo hubo nunca.

-Tú tenías dudas sobre la codicia de Rothwell, ¿no?

-No importa -replicó Ranulf, terco-. No se nos paga para que decidamos quién tiene derecho y quién no.

-Pero ¡por los clavos de Cristo, Ranulf ! ¿Te das cuenta de lo que eso significa? Si el viejo no tiene derechos sobre ella, ¿por qué entregársela? Está en tu poder. ¿por qué no te la quedas?

-¡Ni se te ocurra repetir eso! -bramó Ranulf, horrorizado-. ¡No quiero a ninguna dama por esposa! ¡Y a ésa, menos aún!

-¿Ni siquiera por Clydon?

Ranulf vaciló por una fracción de segundo.

-No, aunque me ofreciera el reino entero.

-Clydon es igualmente tentador -apuntó Walter, con una sonrisa.

Sólo obtuvo una negra mirada. Ranulf espoleó a su caballo y se adelantó, negándose a escuchar más.

Pero la idea había echado raíces en la mente de Walter; buscó con la vista a Scot, maestro de armas de Rothwell, y puso su caballo al paso junto a él.

-¿Cómo averiguó vuestro señor la muerte de Roger de Champeney, maestro Scot?

-Posiblemente estaba en la carta que recibió de su sobrino, el que fue a las cruzadas con el rey. Le oí mencionar el nombre de ese caballero tras la llegada del mensajero.

-¿Supisteis que estuviera comprometido con Reina de Champeney, antes de eso?

-Ese compromiso nunca existió -resopló el hombre-. Sólo le oí decir que la nifía sería presa fácil, puesto que su gran señor aún estaba en Tierra Santa.

-¿No os parece que deberíais haber mencionado eso antes? -exclamó Walter, irritado.

No había esperado obtener una confirmación exacta, sino sólo más motivos de duda para ofrecer a Ranulf.

El maestro Scot se encogió de hombros.

-Lo que hagan los barones no me concierne, pero no sé en qué habría cambiado eso las cosas, si a vosotros ya se os ha pagado para que llevéis a la señora.

-¡Ah, he aquí la cuestión! Sir Ranulf no ha aceptado esa paga.

El maestro Scot se detuvo.

-En ese caso, ¿por qué llevamos a una joven inocente como ella a un demonio como lord Rothwell?

-Buena pregunta -replicó Walter.

Y se alejó para poner a su caballo al paso junto a la carreta de provisiones, donde la «inocente» joven padecía los tumbos de la marcha; debido a su enojo, Ranulf se había negado a permitirle viajar a caballo.

-Se me ocurrió que os gustaría tener un poco de compañía. Ella le dedicó una mirada fría y apartó la vista. -Puedo prescindir de los amigos de ese hombre, gracias. Walter hizo una mueca, pero insistió. -Realmente, Ranulf no es fácil de tratar cuando no se lo conoce bien, pero cuando lo comparéis con vuestro prometido os parecerá un santo.

-No me parece probable, De Breaute.

Walter se encogió de hombros y no dijo más, pero siguió marchando junto a la carreta. -Esperaba que la curiosidad femenina se impusiera... a menos que ella hubiera mentido al decir que no existía tal compromiso matrimonial. Claro que, aun sin compromiso, ella podía conocer a Rothwell y, por tanto, no necesitaba aclaraciones. En ese caso Walter tendría que intentar un enfoque distinto para plantear su idea.

Pero la treta resultó. Ella lo miró de soslayo; su expresión no era tan gélida, aunque no ofrecía tampoco cordialidad.

-¿Conocéis a ese... ese cuervo que planea robarme mi herencia?

-Lo conozco, sí. Pero decidme una cosa, señora: si él no es vuestro prometido, ¿con quién vais a casaros?

Ella bajó la vista y tardó varios segundos en responder. Por un momento, Walter pensó que no lo haría. Por fin, lo que dijo fue muy distinto de lo que él esperaba.

-No tengo ningún prometido.

-¿Significa que el conde Shefford planea mantenemos como pupila suya, a vuestra edad?

-No. Tengo su bendición para contraer matrimonio. Y habría resuelto el problema en una semana, si vos y vuestros amigos no os hubierais entrometido.

Dominaba su enfado hasta el punto de que sólo un poco de amargura se filtraba en sus palabras. Pero Walter seguía sin comprender.

-¿Cómo es posible eso? Si Shefford os envía a un esposo es porque ha firmado un contrato con vos; por tanto, ese hombre es vuestro prometido.

-No. Lord Guy no me envía a nadie. Aunque ya no importa, mi padre, antes de morir, le dijo que él se había encargado de eso, aunque en verdad la cuestión no estaba resuelta.

Walter frunció el ceño, pues aún no comprendía.

-Pero Shefford necesitaba saber el nombre del escogido para dar su bendición, así como para firmar el contrato por vos, si es que, como decís, vuestro padre murió sin hacerlo. ¿Por qué aseguráis que no estáis prometida y que, no obstante, pensabais casaros en el plazo de una semana?

Reina detestaba admitir lo inconcebible: que su padre le había permitido firmar su propio contrato. Fitz Hugh no se había molestado en analizar lo que ella le había dicho. ¿Y ahora era su amigo el que no podía dejar el asunto en paz?

-¿Qué importa por qué ni cómo, sir Walter? Sólo importa que me lleváis a...

-¡Esperad! Si no tenéis prometido, tampoco hay contrato. Y como Shefford no está aquí, ¿quién firmará por vos?

Reina suspiró.

-Yo misma. Antes de estallar en chillidos, sabed que así lo quiso mi padre. Me dio a escoger entre dos candidatos que él aprobaba, pero murió sin saber cuál prefería yo. Al decir a lord Guy que él había resuelto la cuestión, se aseguró de que yo pudiera aún elegir. No sabía que me resultaría tan difícil comunicarme con ellos para ofrecerle la alianza; y tampoco que la noticia de su muerte circularía con tanta prisa, tentando a otros hombres a tomarme por la fuerza.

Walter la miraba, incrédulo.

-Lo que decís va contra toda costumbre, señora. No es corriente.

-En estas circunstancias, se hace con mucha facilidad. Olvidáis que lord Guy cree que el contrato fue establecido por mi padre. Por eso me ha dado permiso para casarme. Sir Henry, el castellano de lord Guy, debía venir a la boda para recibir el homenaje de mi esposo a Shefford y llevarse copias del contrato matrimonial. No hacía falta otra cosa para que todo quedara resuelto legalmente y sin más consecuencias.

-No, a mi modo de ver. Creo que también se necesita vuestro acuerdo para evitar consecuencias futuras. Sin embargo, Rothwell está decidido a adueñarse de vos. En vuestra opinión, ¿qué resultaría de esto?

-No estoy familiarizada con los matrimonios forzados, sir Walter, y no sé qué deciros. Sólo puedo afirmaros esto: a menos que Rothwell me mate antes del retorno de lord Guy, yo me encargaré de hacerle saber que fui obligada. Lo que ocurra entonces es cuestión de hombres. Pero también puedo deciros que lord Guy estimaba a mi padre y me tiene afecto. Posiblemente haga la guerra por recuperarme, haya o no progenie de este enlace.

Pero eso no os incumbe, ¿verdad? -agregó, resentida-. Por lo que sé, vuestro deber consiste sólo en entregarme a Rothwell.

-Pero ¿y si estuvierais dispuesta a casaros con Rothwell? -inquirió Walter.

- En ese caso ¿quién podría saber que no es él el que mi padre eligió para mí?

-¡Por Dios, señora mía, es una locura decirme eso! Si yo se lo repitiera a Rothwell, él sí tendría motivos para mataros antes del retorno de Shefford.

-También tendrá que matar a todos los allegados míos que conocen la verdad y, por tanto, matar a todos los de Clydon, pues yo moriré bajo tormento antes que revelarle nombre alguno. De un modo u otro, lord Guy sabrá si se me ha obligado o no; decidle eso también, si pensáis decir algo. Y ahora, sir Walter, os ha llegado el turno de responder preguntas.

-Sí, lo justo es justo -reconoció él

-Decidme si existe alguna posibilidad de que yo pueda aceptar sin coerción el casamiento con Rothwell. Obviamente, es hombre sin honor, pero ¿hay algo más que pueda servirle de recomendación?

-¿Queréis la verdad, señora?

-Sería lo mejor -replicó ella secamente.

-En cuanto a su carácter, no tiene nada recomendable. Pese a eso, el que os dejéis convencer de aceptarlo depende de lo que consideréis importante. Es bastante rico, si eso os importa. Es un gran señor, con vasallos en abundancia, recibidos de sus anteriores matrimonios, para el caso de que eso sea de vuestro interés. Si ninguno de esos hombres lo estima ni lo respeta se debe a su manera de ser, que ofende a todos. Si os interesa tener hijos, no tendréis ninguno de él; os veréis obligada a esperar la viudez y un nuevo matrimonio, y eso sólo si su numerosa familia está dispuesta a renunciar a alguna parte de su herencia, cosa que pongo en duda. Son tan codiciosos como él. En cuanto a...

-Creo que con eso basta, sir Walter -interrumpió Reina, más pálida que antes-. Decidme por qué no es posible tener hijos con él. ¿Está lisiado o incapacitado por algún motivo?

-No, señora mía, pero es viejo. No tanto, empero, como para no... eh... intentarlo.

Ella palideció aún más, tal como él esperaba, aunque sus ojos parecieron dispuestos a freírlo al replicar.

-¿Y a ese hombre me vendéis?

No resultó fácil, a esa altura, fingir indiferencia.

-Quien necesita dinero no analiza mucho el trabajo, y éste es nuestro medio de vida: vender nuestros servicios. Si nosotros no aceptáramos la misión, Rothwell contrataría a otros para lo mismo. Pero su ofrecimiento fue demasiado tentador como para pasarlo por alto, sobre todo considerando que permitía a Ranulf comprar el feudo que desea.

-Si desea tierras, yo le daré un rico feudo, a condición de que me lleve de regreso a Clydon.

Walter gruñó para sus adentros. Ranulf lo mataría si llegaba a descubrir lo que él estaba rechazando en su nombre,

-Haría falta más que eso para hacerle cambiar de idea. Tiene que mantener su reputación, y demostrar que nunca deja de cumplir con la tarea encomendada.

-¿Eso es todo? ¿No ha dado su palabra ni aceptado ya su paga?

- No, señora.

-¿Es normal obrar así?

-No -admitió Walter-, pero Rothwell le gusta tan poco como os gustará a vos.

-En ese caso no hay problema.

-Hay un problema muy grande -refutó él-. La reputación no es nada desdeñable en nuestra profesión.

-¿Vale lo que dos feudos? -ofreció ella.

Walter estuvo a punto de sentir un sofoco. Ranulf lo mataría si se enteraba de eso, y con motivos. Pero él estaba decidido a jugar a todo o nada.

-Al parecer, olvidáis vuestra situación actual, lady Reina. ¿Qué obligaría a Ranulf a conformarse con tan poco, si os tiene en sus manos y podría adueñarse de todo desposándoos él mismo? Es una gran pena que no se deje persuadir al respecto, pues reconoceréis, sin duda, que representa el menor de dos males.

Ella recuperó con creces el color.

-Tal vez yo no le aceptaría. Vuestro amigo es un patán vulgar, con los modales del peor de los aldeanos.

-Sí, en efecto. -Walter sonrió-. Es que no ha tenido mucha relación con señoras dispuestas a corregir sus modales. Por otra parte, es joven, fuerte y no carece de medios. Aunque ahora carezca de tierras, tiene los medios para corregir esa falta: la pequeña fortuna que ha ahorrado con ese fin.

-¿Unos miles de marcos? -se burló ella.

-Antes bien, unos quince mil -corrigió Walter, con mucho placer.

-¿Cómo es eso? -preguntó ella-. Los mercenarios no ganan sumas tan altas, cualquiera sea su reputación. Y a propósito: ¿por qué se mostró Rothwell dispuesto a pagar tanto?

-Rothwell estaba desesperado por contratar a Ranulf para esa misión, pues le informaron que nunca fallaba. Pensaba ofrecerle sólo cien marcos, lo cual es bastante para una tarea tan sencilla y que requeriría tan poco tiempo. Pero Ranulf rechazó esa oferta y las posteriores, hasta que se llegó a quinientos marcos, cifra tan alta que era imposible rehusarse de plano. En cuanto a vuestra otra pregunta, es cierto que el trabajo de mercenario no se paga bien. El mayor rendimiento está en la posibilidad de tomar botín y pedir rescate. Y en ese aspecto hemos tenido suerte. En una escaramuza, hace varios años, Ranulf capturó sin ayuda alguna a catorce caballeros. Los rescates de esas personas representan la mayor parte de lo que ahora tiene. Ya veis que no iría al matrimonio con las manos vacías. Pero he hecho mal en mencionar esto. Como dije, no se le puede convencer...

-¡Que a él no se lo puede convencer ... ! Tal como veo las cosas, yo debería ser la persuadida, para que las cosas se hicieran con la bendición del conde. Si yo no facilitara las cosas diciendo que es el hombre escogido por mi padre, su situación sería igual a la de lord Rothwell. ¿Y cómo osa no dejarse tentar, si sus quince mil marcos no pueden compararse, ni remotamente, a Clydon y todo lo que la propiedad significa?

-Según creo, él no ve las cosas con tanta claridad, señora. Sólo ve que no os atrae...

-En efecto -replicó ella con sequedad.

-Bueno, ya veis. Como no os obligaría a casaros con él, rechaza la idea por completo. No se le ha ocurrido pensar que pudierais preferirlo a Rothwell.

-Lo que preferiría es no casarme con ninguno de los dos, De Breaute, y bien lo sabéis. Tampoco tenéis en cuenta el hecho de que mis vasallos vendrán por mí, y no al paso de tortuga al que estamos viajando.

-¿Lo creéis así? ¿Aun si pensaran que vos moriríais si intentaran recuperaros?

Ella entornó los ojos para mirarlo; eran como brasas azules. -¿Y por qué pensarían eso?

-Porque así lo indica la advertencia dejada por Ranulf en vuestra alcoba.

-¿Seríais capaces de matarme?

-No, pero ¿se arriesgarían vuestros vasallos a averiguarlo?

Ella no contestó. Durante unos segundos la furia le impidió decir palabra. Al cabo siscó:

-¿Por qué os molestáis en dar a entender que puedo elegir, si decís al mismo tiempo que no hay alternativa? ¿Cuál es vuestro propósito, De Breaute?

-Lo hago por curiosidad, supongo; me gustaría saber qué escogeríais si tuvierais la posibilidad. Y estuve preguntándome si podría convencer a Ranul£ Si hay alguien capaz de persuadirlo, ése soy yo, pues ningún otro se atreve a regafíarlo como yo, aunque sólo hasta cierto punto. Pero no tiene sentido intentarlo si no cuento con vuestro permiso. Como veis, todo se reduce a un juego de posibilidades.

-Podríais haberme mentido con respecto a Rothwell -señaló ella amargamente.

-Cierto, pero no es preciso que aceptéis mi palabra. Los hombres que marchan detrás de nosotros le han servido durante un año. Preguntad a cualquiera de ellos y probablemente recibiréis la misma opinión. Dudo que tengan la inteligencia necesaria para mentir, pero tampoco tienen motivos para hacerlo. Cada uno de ellos detesta a ese hombre por su perversidad y sus crueldades.

~Tengo un vecino que inspira esos mismos sentimientos a su gente. Cruzasteis espadas con algunos de sus hombres, ayer por la mañana, cosa por lo que en su momento os estuve agradecida.

-¿Y ya no?

Eso no merecía siquiera respuesta; al menos, así lo sugirió la expresión de Reina.

-Veamos si he comprendido bien -dijo la joven-: si os manifiesto que me casaré de buena gana con Fitz Hugh, ofreciéndole el mismo contrato que habría ofrecido al hombre elegido por mi padre, vos haréis el esfuerzo de convencerlo para que me despose, dejando a Rothwell fuera del asunto.

- Correcto.

-¿Cuánto tiempo me concedéis para pensarlo?

-Sólo hasta que acampemos en esos bosques -dijo Walter, señalando un punto que estaba apenas a diez minutos de marcha-. Necesito tiempo para persuadir a Ranulf, y si él accede, la boda tendrá que celebrarse esta misma noche.

-¡Cómo! -exclamó ella.

-Estos bosques pertenecen a la abadía que está más allá. Si Ranulf está de acuerdo, el obispo allí residente podrá casaros. Tendrá que ser esta noche, pues si damos a Ranulf tiempo suficiente para pensarlo, acabará por cambiar de idea.

-Sé que no soy hermosa, De Breaute, pero también sé que no soy tan horrible. ¿Por qué, si lo pensara ... ?

-No es nada personal contra vos, señora. Ranulf desconfía de todas las damas de alcurnia. Ha tenido malas experiencias. Siendo así las cosas, utilizaré a Clydon para tentarlo, ¿comprendéis? Una vez casados ya tendréis tiempo suficiente para ganaros su confianza.

-No fortalecéis vuestra causa diciéndome eso, sir Walter.

-Tal vez no, pero reconoced, sefíora, que Ranulf es joven y puede cambiar su manera de ser. Rothwcll, en cambio, no.

-Retiraos, pues, que necesito cada segundo restante para pensarlo bien.

CAPÍTULO XIII

Walter estaba desolado. Hacía casi una hora que insistía, pero Ranulf no cambiaba de actitud, aunque aún no perdía la paciencia ni dejaba de escuchar sus argumentos.

Sentados ante la fogata, cerca de la tienda de Ranulf, tragaban por la fuerza los restos de la poco apetitosa comida preparada con celeridad. La dama estaba en el otro extremo del campamento, ante otra fogata; Searle y Eric habían sido enviados para custodiarla, bajo la excusa de hacerle compañía. Walter notó que Ranulf desviaba los ojos hacia ella repetidas veces durante la conversación, aunque ella no los miraba en ningún momento.

Si algo en la dama atraía a Ranulf, Walter cambiaría de táctica. Empero, si bien él encontraba a la dama bastante bonita, con sus etéreos ojos azules y sus delicadas facciones, sabía que a su amigo le atraían muchachas más llamativas. Y más robustas, por cierto. Tal vez conviniera cambiar de táctica, después de todo, pese a que aún le quedaban unas cuantas .cosas por decir en favor de Clydon,

-No te comprendo, Ranul£ No conozco a un hombre que no se precipitara sobre esta oportunidad; cualquiera aceptaría casarse con la dama aun por la fuerza. Y tú puedes desposaría con su anuencia. ¿No has pensado en el poder que obtendrías con los ingresos anuales de Clydon? ¡El servicio de cien caballeros! Imagina cuántos feudos ha de tener esa joven, además del castillo de Clydon, para contar con tantos ingresos.

-Me sorprende que no le hayas pedido un inventario completo, aprovechando la oportunidad.

Walter enrojeció. A Ranulf no le había gustado en absoluto que él hubiera abordado a la dama en ese aspecto, sobre todo por esos motivos. Walter acababa de relatarle todo lo dicho por ella, exceptuando el ofrecimiento de dos feudos si la devolvían a los suyos. De nada servía. Ranulf, simplemente, no estaba interesado.

-¿Te das cuenta de que Clydon equivale a tanto como las tierras de tu padre? -dejó caer Walter. De inmediato agregó, antes de que Ranulf pudiera reaccionar ante la mención de

la riqueza paterna-: ¿Y has tenido en cuenta que sólo deberías jurar fidelidad a Shefford? Como dueño de Farring Cross tendrías que jurar ante el rey Ricardo. Es mejor un conde- que un rey, sobre todo si al rey le gusta tanto la guerra. Habría menos exigencias...

-De mi señor feudal, sí, tal vez. Pero ¿y las exigencias de administrar un feudo tan grande? ¿Le preguntaste hasta qué punto está ella a su vez enfeudada? ¿O cuántos vasallos tiene? ¿De cuánta gente es responsable? Yo sólo quería un pequeño feudo para cultivar y en el cual instalarme, Walter. Nunca concebí la idea de obtener tanto poder como mi padre.

-Porque era una idea imposible. Podrías vender tu espada durante el resto de tu vida sin aproximarte jamás a la suma necesaria para comprar un feudo como Clydon, pero he aquí que te lo regalan, sin más costo que casarte con una mujer. Ni siquiera te es preciso luchar por él.

-¿No? ¿Crees que Rothwell renunciará sin hacernos una visita? Ella también tiene vecinos que llaman a su puerta con arietes, por si no lo recuerdas.

Walter se encogió de hombros ante ese sarcasmo.

-Pero tu fuerza ya no sería sólo de treinta hombres, Ranulf. Tendrías ejército propio y, en caso necesario, podrías pedir otro a Shefford. Algo más: es más sencillo conseguir ayuda de un conde que de un rey.

-De acuerdo, pero nada podría compensar los dolores de cabeza que me darían esta dama y *sus* damas. Por los clavos de Cristo, Walter, ¿contabilizaste todas las que tiene a su cuidado? - ¿Es por eso que te opones?

-Me opongo por ella. No quiero a ninguna dama en mi vida; menos aún a una enanilla que cree medir dos metros de estatura y que no sabe cuándo provoca a un hombre más de lo debido.

Walter estuvo a punto de sonreír, pues ahora sabía que era posible convencer a Ranulf; sólo estaba herido por los insultos que la dama había descargado sobre él.

-Quizá sea demasiado audaz, porque hace tiempo que manda sobre todo cuanto la rodea. Sólo necesita un esposo que la ponga en cintura.

Como Ranulf gruiíera, optó por su último argumento:

-¿No pensabas tomar una esposa una vez compraras Farring Cross?

-Sí. Una moza de aldea, de sangre caliente.

Walter lo miró por un momento, horrorizado. Pero ya tenía las municiones que necesitaba.

-¿Y quién se encargará de atender tu casa, de tejer el paño, de la limpieza y la cocina? ¿Crees que los sirvientes trabajarán sólo porque hay trabajo que hacer? ¿Que aceptarán directivas de una igual, sólo porque la hayas elevado a la condición de esposa?

-Si yo lo digo...

-Ranulf, amigo mío, hablas como un idiota, terco por añadidura... No, escúchame -se apresuró a agregar, ante el cefío furibundo de su amigo-: ¿Puedes dar una espada a un aldeano y decir que es caballero?

-No seas estúpido -gruñó Ranul£

-Claro, para ser caballero se requieren años de aprendizaje. Y también se requieren años para ser una dama. Las habilidades no se traen desde la cuna, Ranul£ A una señora se la adiestra para que cumpla con sus funciones, tal como se nos adiestró a nosotros. ¿Quieres vivir durante aiíos como los cerdos, mientras tu moza de aldea aprende a realizar las funciones de dama? ¿Y quién le enseñará, sino otra dama? ¿Y qué dama condescendería a educarla por precio alguno?

- ¡Basta, Walter!

-Sí, basta ya, De Breaute -dijo otra voz. Lady Reina apareció en el círculo delimitado por el fuego; Searle y Eric la seguían a poca distancia-. Si no habéis obtenido su

asentimiento hasta ahora, lo más probable es que no lo obtengáis. Y no necesito que se obligue a ningún hombre a aceptarme. Esta idea fue vuestra, no mía... ni de él, por cierto. Accedí sólo por un motivo: pintasteis de él un retrato mejor que de Rothwell. Pero resulta obvio que Rothwcll es el mejor de los dos; al menos, se siente capaz de ser el lord de Clydon, mientras que vuestro amigo parece poner en duda su propia capacidad de gobernar un feudo tan grande.

Walter emitió un gemido. Ni queriendo podría la muchacha haber dicho nada peor. Comparar a Ranulf con Rothwell ya era bastante, pero decir que Rothwell era mejor... Y, además, poner en tela de juicio no sólo la capacidad de Ranulf, sino también su coraje, dando a entender que tenía miedo de enfrentarse al desafío representado por Clydon.

Ranulf se levantó de un brinco antes de que ella hubiera terminado de hablar. A Walter no le hubiera sorprendido que ahorcara a la dama por aquellos nuevos insultos. Estaba tan furioso que, de momento, no pudo hablar. La fulminaba con los ojos y ella (que Dios la amparara) no parecía temerle en absoluto. Hasta se atrevió a provocarlo aún más.

-Si me equivoco, Fitz Hugh, decidlo. ¿O preferís hacerme creer que rechazáis a Clydon porque os doy miedo?

El aire surgió sibilante entre los dientes del caballero.

-¡Ensíllale un caballo, Walter! ¡Ahora mismo iremos a la abadía!

En tanto él marchaba en busca de su propia montura, Walter la miró con incredulidad y vio que sonreía.

-¡Lo hicisteis adrede!

Ella se encogió de hombros.

-Me pareció que necesitabais un poco de ayuda. Tal como dijisteis, lo prefiero a Rothwell.

-Pero difícilmente os perdone lo que acabáis de insinuar, señora.

Ella volvió a encogerse de hombros.

-Si es tan estúpido como para no comprender que le acicateé para que tomara la decisión correcta, en su propio beneficio, desde luego, el problema es suyo.

-Pues me temo que el problema será vuestro –murmuró Searle, a su espalda.

Eric se apresuró a concordar:

-¿Estáis segura de querer casaros con él, señora?

-Preguntadme, en cambio, si quiero a Rothwell, a quien estabais tan dispuestos a entregarme.

Dejó tras de sí aquellas tres caras enrojecidas y fue en busca de su caballo.

CAPÍTULO XIV

Ranulf sabía perfectamente que le habían impulsado a aquella boda, pero estaba dispuesto con la única finalidad de hacer que la dama se arrepintiera de haberle manipulado así. Ella aceptaba firmar el contrato matrimonial y Ranulf, aunque eso no le gustara, lo sabía necesario; más aún, ese documento estaba considerado como lo más importante en cualquier boda. Además, siendo ella tan astuta, habría que prestar mucha atención cuando dictara las condiciones al joven monje que actuaba como escribiente.

Para la discusión se los hizo pasar a una sala pequeña; Walter y Searle actuarían como testigos de Ranulf; el monje sería el de ella. El caballero habría preferido analizar antes las condiciones en privado, pero ella insistió en que no lo hiciera, pues él no podía dejar de hallar todo de su agrado: pensaba ofrecerle lo mismo que habría ofrecido a lord john de Lascelles. (¡Por fin Ranulf conocía el nombre del candidato!) Si eso resultaba cierto o no, quedaba por ver. En caso contrario, le sería dificil discutir con ella delante del monje. Y sin duda la dama contaba con eso.

Sólo después de hablar con el padre Geoffrey y de que éste accediera a casarlos, Ranulf cayó en la cuenta de que el pequeño plan de Walter podría haberles estallado en la cara: la señora podía haber pedido santuario al obispo. justamente, era la razón por la que Ranulf no había querido llevarla a pasar la noche en la abadía. Se preguntó por qué no lo hacía así; la idea tenía que habérsele ocurrido, a no dudarlo. Puesto que había puesto tan en claro la pobre opinión que él le merecía, era imposible que deseara casarse con él. Sin embargo no demostró la menor renuencia ante el padre Geoffrey; desde su llegada a la abadía sólo mostraba un sereno dominio de sí.

-Antes de establecer las condiciones, sir Ranulf, tenéis derecho a saber lo que vais a recibir.

Él resopló al notar que la señora volvía a hablarle en términos de cortesía. Reina, al percatarse de eso, le dedicó una sonrisa destinada a fastidiarlo y continuó:

-Como mi padre ha muerto dejándome como única heredera, no llego a vos con una simple dote, sino con toda mi herencia. Además del castillo de Clydon, con sus tierras de cultivo y su molino, hay otros dos torreones: Torre Brent y Colina Roth; no son tan grandes, pero tampoco pequeños. Hay también otras dos fincas cerca de Colina Roth y tres casas solariegas fortificadas, con sus caseríos, cerca de Shefford.

Ranulf quedó impresionado. Fue a Walter a quien se le ocurrió preguntar:

-¿Cuál escogéis como dote inestimada?

-Creía haber puesto en claro que no aporto una dote, sino todo lo que mi padre poseía. Siendo así, deseo conservar la mitad de mi herencia en caso de que a sir Ranulf le ocurriera algo antes de que nacieran hijos de esta unión. Si hubiera un hijo que heredara, yo sólo reclamaría para mí el uso de Clydon hasta el día de mi muerte, momento en el que pasaría a mi hijo. Si yo muriera antes que sir Ranulf, todo seguiría en poder de él, por supuesto, pues no tengo otro familiar que pueda reclamar propiedad alguna.

-¿Te parece razonable, Ranulf? -preguntó Walter.

Era más que razonable: ella le estaba entregando todo cuanto poseía por tanto tiempo como él tuviera de vida. Pero Ranulf no confiaba en ella: en algún sitio había una trampa, sólo que no lograba verla.

En vez de responder a Walter, se dirigió a la muchacha.

-Decís que sólo deseáis la mitad de vuestra herencia si yo muriera? ¿A quién pasaría la otra mitad, en ese caso?

Ella lo miró como si lo creyera idiota.

-Es habitual que la familia del esposo se dispute la propiedad cuando éste muere. Con frecuencia tratan de conservarla toda, aunque lord Guy lo impediría, en mi caso. Pero la familia de lord john habría pedido la mitad, al igual que la de lord Richard, si éste hubiera respondido antes a mi invitación. Por tanto, yo estaba dispuesta a dar la mitad para formar una u otra de esas alianzas. Tal como dije, os ofrezco las mismas condiciones. Bastará con que vos hagáis otro tanto, comprometiéndoos a legarme la mitad de vuestras posesiones, suma que me sería dada sólo en caso de vuestra muerte. Pero creía que estábamos de acuerdo en dejar el análisis de las condiciones para más adelante.

-¿No habéis terminado? -preguntó Ranulf, frunciendo el ceño.

Ella meneó la cabeza.

-Sólo he mencionado lo que está bajo mi dominio, no endeudado. Sin embargo, debo mencionar ahora que otros dos feudos han vuelto a mí por la muerte de esos vasallos, uno sin herederos y el otro con una hija de muy corta edad, que ahora es pupila mía. En realidad han sido tres los vasallos que han muerto con mi padre en las cruzadas, pero el tercero tenía tres hijos varones, de los cuales el mayor ya me ha jurado vasallaje por la casa solariega que ahora ocupa.

Ranulf pasó por alto el gruñido de Walter. Ninguno de ellos sabía, de momento, que la dama tuviera tantas tierras. -¿A cuántos vasallos llevó consigo vuestro padre? -A cuatro. William de Bruce continúa junto a lord Guy, como los caballeros del castillo, aunque ya hemos perdido a dos de ellos, como os conté al presentaras a las viudas. El hijo de sir William ya me ha jurado vasallaje por su padre, que ocupa por mí una casa solariega y un puente con peaje.

Ranulf preguntó, casi con miedo: - ¿Eso es todo?

Ella volvió a menear la cabeza.

-Tengo otros tres vasallos que no partieron con mi padre. Sir john ocupa una finca y cuatrocientos acres cerca de Bedforf. Sir Guiot, una finca y un molino que valen el servicio de tres caballeros. Y lord Simon, padre de Elaine, a la que conocéis, ocupa el Torreón Forthwick, un molino y dos ricas casas solariegas.

Walter dejó escapar un sonoro gruñido. Ranulf ya no estaba seguro de sus pensamientos. Clydon no era sólo igual a las propiedades de su padre, sino que las sobrepasaba.

A falta de algo mejor que decir, pues estaba francamente sobrecogido, preguntó:

-¿Y cuánto os debe lord Simon, como servicio de caballeros?

-Doce caballeros por cuarenta días, si me fueran necesarios. Pero si lo que os interesa es el ingreso, equivale a doscientos cuarenta marcos al año.

- ¿Y los otros?

-El servicio de quince caballeros y medio.

Ranulf calculó rápidamente y observó, con suspicacia:

-Pero eso representa sólo quinientos cincuenta marcos de ingresos, señora mía. ¿De dónde proviene el resto que proclamasteis? No ha de ser de las tierras bajo vuestro dominio, sin duda.

Ella replicó, paciente:

-No. Las tierras no endeudadas rinden ochocientos marcos al año. La tutela es de dos fincas con sus aldeas, y suma ciento cincuenta. Del torreón y la ciudad de Birkenham es de donde...

-¡Birkenham! -exclamaron los tres hombres, al unísono. -¿La ciudad de Birkenham es vuestra? -preguntó Ranulf. -Y el torreón que la custodia -completó ella-.¿Conocéis Birkenham, por lo que veo?

-¿Quién no conoce esa ciudad, señora? ¡Es casi tan grande como Lincoln!

-En efecto -respondió ella, sin la menor presunción en la voz-. Pero como os decía, Birkenham es la más rica de las propiedades; sus aportaciones suman quinientos marcos al año. Es también el feudo que ha vuelto a mí, pero no he averiguado aún los ingresos adicionales que eso representa ni lo sabré hasta el día de San Miguel.

-Pero ¿por qué subenfeudó vuestro padre una propiedad que vale más que Clydon, si sus aportaciones, por sí, suman quinientos marcos al año?

Por fin ella sonrió.

-¿Nunca habéis tratado con mercaderes y hermandades de artesanos, sir Ranaulf? Birkenham es el feudo más rico, pero también el más problemático; además, demanda mucho tiempo para quien no resida allí. Para mi padre fue un alivio ponerlo en otras manos.

-¿Y ahora será problema mío? -graznó él.

-No tiene por qué representar un problema -le indicó ella, frunciendo el ceño-. Sólo debéis decidir si queréis conservarlo o si lo entregáis a vuestros hombres o a uno de los míos. Otorgádselo a sir Walter -se burló-. Con su labia, puede tratar muy bien con los exigentes mercaderes.

-¡Por todos los santos, Ranulf! -protestó Walter, horrorizado-. ¡No se te ocurra siquiera...!

-Pues no mereces menos, por haberme enredado en esto -gruñó Ranulf por lo bajo. Luego, a Reina-: Ahora, si habéis terminado, volvamos a las condiciones. ¿Qué deseáis de mí, señora?

-Poseo tierras en abundancia y preciosos trofeos de Tierra Santa, pero en la actualidad no hay dinero alguno, tal como sin duda habéis notado. No lo habrá sino después de la cosecha y las rentas a cobrar el día de San Miguel.

-¿Cómo es posible eso? ¿Os han robado? Esos forajidos de vuestros bosques...

-No, nada de eso -le aseguró ella-. Las cruzadas no son baratas, sir Ranul£ Mi padre se llevó más de la mitad de nuestra riqueza en oro y joyas para mantener el gran ejército que lo acompañaba. También marcharon con él la mayoría de nuestros caballeros y cincuenta soldados de Clydon.

-¿Por eso estabais tan mal protegida?

Eso provocó una mirada del monje y un rubor femenino.

-En parte. Debía reemplazar la guarnición y los caballos, pero sólo repuse los hombres... y perdí treinta de ellos en combate. Muy poco después de partir mi padre, Forthwick y Brent fueron atacados. En Torre Brent, los sembrados y la aldea fueron incendiados antes de que mis hombres llegaran; por eso no recibí ingreso alguno de esas propiedades el año pasado, y en cambio me costó mucho reconstruir la aldea y cuidar de que sus pobladores no murieran de hambre. Pero lord Simon fue capturado y se me pidió rescate; en eso empleé casi todo el dinero que me restaba. Y al perder treinta hombres a los que acababa de pagar un año de salarios, no me fue fácil reemplazarlos, sobre todo porque los inconvenientes se presentaron en cadena para obligarme a postergarlo. Durante el resto de ese año, dediqué lo que se me debía en servicio de caballeros para custodia del castillo, aunque nunca fue política de mi padre hacerlo así. Luego me fue posible contratar a otros hombres para formar una guarnición de cincuenta y cinco soldados, al cobrar las rentas vencidas el año pasado.

-Es poco para un castillo tan grande, pero no todos están allí -le recordó Ranul£

Ella le clavó una mirada melancólica antes de responder:

-Sólo en esta última quincena volvieron a faltarme. La hija casada de lady Margaret estuvo de visita durante el mes anterior y necesitaba una escolta de diez hombres para volver a Londres. Sir Arnulf, otro caballero del castillo, requirió de otros diez para que lo

acompañaran a Birkenham, donde lo envié en mi nombre. Y uno de mis alguaciles solicitó ayuda por cierta matanza producida en una de mis casas solariegas, de modo que le envié a un caballero con cinco hombres, hace sólo cuatro días.

Había sido entonces cuando sir William tuvo la loca idea de enseñarle a defender su propio castillo y de hacerle forjar una armadura.

-Sé que el número es escaso -concluyó-. Ya he dicho que hasta ahora, desde hace mucho, no he tenido suficiente para más.

-Pero el año pasado cobrasteis vuestros derechos.

-Y este año sufrí más catástrofes de las que quisiera recordar. En un incendio desaparecieron todos los edificios del recinto de Colina Roth, incluidos los graneros, que acababan de llenarse. También las murallas necesitaban reparaciones, que habían sido iniciadas pero no coticluidas. Me robaron más de cien ovejas, lo cual me impidió vender ninguna, y todas las vacas. Sospecho que Falkes de Rochefort tuvo algo que ver en eso. Fue menester reemplazar el ganado, así como los caballos para la guarnición, aunque todavía no tengo suficientes para todos mis hombres. Y...

-Por tanto, lo que necesitáis de mí es dinero.

-Sí, pero no demasiado. Lo suficiente para finalizar las reparaciones de Colina Roth y para enfrentarme a cualquier otra emergencia que surja antes de San Miguel. Ya tenéis los hombres necesarios para incrementar la guarnición, aunque en Colina Roth y en Torre Brent harían falta unos cuantos. Y varios caballeros más no sobrarían, por cierto. ¿Es demasiado pediros?

La respuesta de Ranulf vino acampanada de una mirada agria.

-Ya sabéis cuánto tengo; por lo tanto, no ignoráis que esto no me será penoso en absoluto. Pero ¿qué hay del pago obligatorio que deben haceros vuestros vasallos en el día de vuestra boda?

-Ese pago se realiza al celebrarse la boda de la hija mayor del seiíor, pero yo, técnicamente, ya no lo soy. Ahora soy la señora feudal, y nada se paga por la boda del lord ni de la lady. De cualquier modo, ese dinero sería para cubrir los costos de la boda, que no será carga alguna. En los depósitos de Clydon hay provisiones en abundancia. Nunca hemos corrido peligro de pasar hambre.

Ranulf estaba aún tan insatisfecho que apenas podía soportarlo. ¿Cómo era posible que ella lo ofreciera todo y pidiera sólo una nimiedad a cambio? Claro que algún hombre debía recibir todo eso, pero lord john o lord Richard, sin duda, le habrían aportado indecibles riquezas y el poder de sus familias. Era allí donde la dama estaba equivocada. Él no tenía relaciones, familia que le prestara ayuda ni poder al que recurrir si se presentaba la necesidad. Si ella lo hubiera sabido, no habría propuesto que la mitad de las propiedades pasaran a la familia de su marido a la muerte de éste.

Ranulf se puso tenso al recordar eso y lo que en verdad significaba. Tendría que hablar con la joven al respecto, pero no en presencia del monje.

Miró al religioso y preguntó:

-No habéis anotado todo esto, ¿verdad?

-No, milord. Sólo el inventario de las propiedades de la dama, que pasarán a vuestro poder con el matrimonio, que-

dando estipulado qué se hará a la muerte de cualquiera de vosotros y qué habéis acordado pagar, por vuestra parte. Ahora sólo necesito hacer la lista de vuestras propiedades. Luego podréis volver ante el padre Geoffrey para pronunciar vuestros votos. Los términos legales serán entregados más adelante. Las copias del contrato completo estarán listas por la mañana.

Ranulf no dijo nada. Detestaba mencionar lo poco que aportaría a esa boda. Pero el monje esperaba.

-Su aportación al matrimonio es de siete mil marcos, para dar una cifra redonda -dijo lady Reina, sin la menor inflexión en la voz-. La mitad de su riqueza.

El monje quedó horrorizado ante lo exiguo de la suma. -Pero...

-Sin peros -interrumpió ella, enérgica. Pero agregó, con más moderación-: Sir Ranulf también se compromete a darme hijos, a proteger a mis gentes y mis propiedades según su capacidad y... y a no golpearme, pues dado su inusitado tamaño, un golpe suyo podría matarme.

Todas las miradas se volvieron hacia Ranulf y gozaron del intenso rubor que le inundaba el rostro. Ese último requisito era inaudito, pues todo hombre tenía derecho a golpear a su esposa, lo mereciera ella o no. El monje sería el primero en decirlo así. Sin embargo ella acababa de establecer algo que Ranulf no había tenido en cuenta. Menuda como era, él no se atrevería a levantarle la mano, pues en verdad podría matarla.

Pero ¡los hijos! ¡Hacerlos figurar en el contrato, para que él no pudiera ignorarla! ¿Acaso lo creía capaz de tomar todo cuanto ella tenía y luego encerrarla en alguna parte? La idea era tentadora, pero ¿I no lo haría jamás. ¡Por los clavos de Cristo! Con tanto como recibía, se sentiría obligado por el honor a tratarla con el más tierno de los esmeros.

-¿Estáis... eh... de acuerdo con esto, sir Ranulf? -preguntó el monje, vacilante.

-Sí -asintió él, malhumorado-. Pero antes de terminar con las condiciones necesito cambiar unas palabras con la señora.

Se levantó y tomó a Reina de la mano, para llevársela a rastras antes de que ella pudiera contradecirle. La joven pensó que su intención era castigarla antes de firmar el contrato. Se había atrevido a demasiado, considerando que no estaba en situación de exigir nada. Pero las cosas marchaban bien. Después de todo, Ranulf había accedido antes de llevársela fuera de la habitación.

Cuando él se detuvo ante la puerta, ella contuvo el aliento. Habría querido cerrar los ojos con fuerza, pero no quiso aparentar miedo. Si él la castigaba, sería sólo su merecido por haberse decidido a aceptarlo. Era una locura ponerse bajo el imperio de aquel hombre, un perfecto desconocido. No poder impedirle que vendiera sus tierras, si así lo deseaba. No tener derecho alguno, ni siquiera el de apelar a las cortes sin ¿l. Otorgar tanto dominio sobre ella a un hombre que parecía detestaría. Pero ¿qué alternativa cabía? Casarse con un viejo codicioso, a quien nada le importaría de Clydon, pues sólo quería aprovecharse de sus riquezas.

Se estremecía con sólo pensar en Rothwell, después de lo que de ¿I le habían contado... en realidad había interrogado a algunos de sus hombres, pues no confiaba en sir Walter. Ranulf se ocuparía de las tierras, cuanto menos. El hecho de que hubiera ahorrado por tanto tiempo para poseer tierras propias lo revelaba así. Y era sobradamente capaz de mandar en Clydon. Ése había sido el factor decisivo y explicaba que Reina no hubiera tratado de buscar ayuda en el monje, que tampoco era, realmente, garantía. Ni john ni Richard habrían podido desempeñarse tan bien como ese gigante, cuando de combatir se tratara. Dado su tamaño, era dudoso que alguien pudiera derrotarlo.

-¿Qué motivos habéis tenido, señora, para esas ridículas exigencias? -inquirió Ranulf, en un ronroneo grave-. ¿Creéis acaso que no soy Fapaz de cuidar de vos y de lo vuestro?

Reina suspiró. Ese era el tono más suave que jamás le había oído; era un buen presagio, pues al menos no la atropellaba.

-En absoluto. Creo que seréis muy capaz de proteger Clydon.

El no estaba seguro de haber oído bien. ¡Un cumplido! ¿De boca de ella? ¡Increíble!

-No fueron ésos los sentimientos que demostrasteis antes, en el campamento -le recordó.

-No seáis estúp... -Reina se mordió la lengua. Por Dios, tendría que aprender a cuidarse ante aquel hombre-. Eh... os pido perdón por lo que dije anteriormente. Estaba alterada y no lo dije en serio.

-Si me creéis capaz, ¿por qué- insistís en verlo todo por escrito?

-Ese requisito y el otro fueron sólo una cortina, por así decirlo, para aminorar el impacto de lo último.

Él frunció el ceño.

-Con el cual abusasteis de vuestra suerte, por cierto.

-Por cierto -reconoció ella, bajando los ojos al amplio pecho que tenía ante sí-. Pero habéis accedido. En cuanto a mencionar los hijos, ya sé que era innecesario. Dejarme embarazada os beneficia, pues fortalece vuestra situación para el caso de que Rothwell o cualquier otro proyecte apoderarse de mí dejándome viuda.

-Habláis con mucha franqueza de las relaciones íntimas, señora. ¿Estáis preparada para ellas?

Reina comprendió que él lo preguntaba sólo para azotarla. Y dio resultado.

-Sí -susurró.

-¿Esta noche?

Los ojos de la joven volaron a los de él.

-¡No es esta ceremonia la que cuenta! Debemos casarnos de nuevo en Clydon, ante la presencia de mis vasallos y de sir Henry. Supuse que aguardaríamos...

-¿Para volver a Clydon sin haber consumado el matrimonio y vuestros vasallos puedan expulsarme? No, señora, no tendréis base alguna para anular el acuerdo. Estipulasteis que yo debía datos hijos; cuanto antes nos ocupemos de ello, mejor.

Ella sintió que sus mejillas se acaloraban rápidamente y con ellas su mal genio. Aquel hombre actuaba así sólo para ajustar cuentas con ella. Reina sabía perfectamente que no le atraía en absoluto, que no deseaba acostarse con ella. Probablemente no lo habría hecho jamás si ella no lo hubiera avergonzado estableciendo exigencias con respecto a hijos frente a otros. Con los labios apretados, preguntó:

-¿Eso es todo?

La expresión del joven se tornó asombrosamente intranquila.

-En realidad, no fue por eso que os pedí que me acompañarais.

Ella habría podido decir que no existía tal petición, que él se había limitado a sacarla a rastras, pero prefirió no aclarar el punto. Lo que él deseaba decir, fuera lo que fuese, le resultaba obviamente difícil.

-Dijisteis que yo era un caballero vulgar.

-Y vos admitisteis que lo erais -concordó ella, sorprendida de que eso le preocupara.

-Siendo así, ¿por qué mencionáis a mi familia, si sabéis que soy bastardo?

-Supongo que uno de vuestros progenitores ha de ser de alcurnia; de lo contrario no se os habría adiestrado para caballero. Y como habitualmente es el hombre quien esparce su simiente por cualquier parte, sin pensar ni preocuparse, también supongo que el de origen noble es vuestro padre, no vuestra madre. ¿Me equivoco?

Él apretó los labios y volvió a fruncir el ceño. -No. En eso también acertáis.

-¿Acaso vuestro padre ha muerto?

-Para mí es como si no existiera. En toda mi vida sólo he hablado dos veces con él, señora. Sólo cuando tenía nueve años se dignó reparar en mí, aunque debía de conocer mi existencia, puesto que nací en la aldea del castillo.

-Sin duda os reconoció, puesto que os hizo adiestrar.

-Eso no importa. Tiene un heredero y no me necesita, ni yo a él. Aunque mi hermanastro muriera, yo ya no aceptaría nada de él. Es demasiado tarde.

-Ese gran rencor debería avergonzamos, señor -se atrevió Reina a amonestarle-. Vuestro padre no podría pasar por alto a un heredero legítimo para nombramos a vos. Hacéis mal en...

-¿He dicho acaso que el otro fuera un heredero legítimo, señora? Mi hermanastro también es bastardo y, por añadidura, varios años menor que yo. Su buena suerte surge del hecho de que su madre sí era una dama. Una ramera, pero dama al fin.

Reina no supo qué decir. Habría debido dejar las cosas así, pero no pudo. El acababa de hacerle una verdadera confesión y ya no le parecía un desconocido. ¡jesús, si hasta se sentía indignada por solidaridad con él!

-Reconozco que eso no es justo; al parecer, debo pediros perdón otra vez. En realidad tenéis motivos para guardarle rencor. Si un hombre debe escoger a un hijo natural como heredero, no debería actuar de otro modo que si estuviera escogiendo entre sus hijos legítimos: según la ley, hereda el mayor. ¿Quién es ese hombre?

Ranulf quedó desconcertado por la firmeza de su respuesta. Bien sabía él que eso era injusto, pero le resultaba inesperado que ella lo pensara así. ¿Una dama que no defendía a alguien de su clase?

Pero no contestó a su pregunta.

-No importa quien sea, pero no quiero que él reciba nada de lo vuestro. Si yo muriera, quiero que toda vuestra herencia retorne a vos; y no sólo la mitad de lo mío, sino todo cuanto poseo debe ser vuestro también. Quiero que eso sea establecido en el contrato.

Ella lo miró con ojos dilatados por la incredulidad. -Como... como lo deseéis.

-¿Queda bien entendido que esta alianza no os brindará el auxilio de nadie sino el mío?

-Sí. -Ella había vuelto a dominar su voz-. Pero nunca necesitaré otro auxilio que el vuestro. Tendremos todo el que necesitemos de Shefford, si fuera necesario.

Ranulf se sintió extraño al oírle decir «tendremos» de ese modo, incluyéndolo. Nunca antes había sido incluido de ese modo. Y ella estaba demostrando que también sabía ser razonable, al menos durante ese tipo de discusiones. Claro que él estaba pasando por alto las estipulaciones que ella deseaba incluir aún en el contrato. Y al recordarlo, la cogió por debajo de los brazos y la levantó a su misma altura.

-Ahora estamos de acuerdo y podemos terminar con este asunto. Pero debéis entender algo más, mi generalete. Aunque os hayáis protegido contra mi puño, si alguna vez merecéis castigo, vuestro trasero entablará relación con la palma de mi mano. No os sintáis con demasiada libertad de provocarme a voluntad.

Luego la puso nuevamente de pie y la acompañó al aposento, donde intercambiarían los juramentos y el beso de la paz. ¿Paz? Reina se preguntó si alguna vez volvería a gozar de esa condición.

CAPÍTULO XV

A Reina le resultaba difícil acostumbrarse a temer a un hombre, cuando nunca en su vida había sentido miedo de nadie. Siempre se había visto protegida de las duras realidades padecidas por otras mujeres, aunque no las ignoraba. En sus primeros años recibió amor en abundancia de sus padres; en los últimos seis años, tras la muerte de su madre, Roger de Champeney lo había redoblado. Tampoco se la envió a Shefford para que se educara allí, pues su madre no quería alejarse de su único vástago. Aprendió en el hogar a usar la aguja y el telar, a leer, a escribir y hablar latín, francés y hasta el inglés, tan poco usado. Sabía todo lo necesario para administrar un castillo y sus propiedades circundantes, por dentro y por fuera; hasta podía tomar decisiones financieras y legales, aunque eso era lo más tedioso y ella reconocía de buen grado que no tenía mucha habilidad para el dinero.

Sabía lo que era el miedo, por supuesto; lo había sentido al morir su madre, al marchar su padre a las cruzadas, al quedar sola para cuidar a Clydon, con la única ayuda de sus pocos vasallos, y al enterarse de la muerte de su padre. El día en que Falkes de Rochefort envió a sus hombres para que la capturaran, tuvo miedo, pero no de Rochefort personalmente. Ni siquiera le había tenido miedo aquella noche en que se escabulló en su alcoba para caer sobre ella, con sus sucias intenciones. En ese momento sintió indignación, tanta que lo hizo arrojar al foso.

Claro que si él hubiera logrado apoderarse de ella y obligarla a aceptarlo por esposo, entonces tal vez le habría tenido miedo... quizá hasta el extremo de matarlo. Su padre no le tenía aprecio y ella confiaba en su criterio cuando de hombres se trataba. Por eso no había prestado la menor atención a la propuesta matrimonial de sir Falkes.

Pero otro acababa de adueñarse de ella, y éste sí le inspiraba miedo, aunque no albergara la idea de matarlo. Le temía tanto que no habría hecho el intento... y tampoco deseaba hacerlo. El miedo estaba allí, pero era distinto y no se debía a los mismos motivos.

En esos instantes lo consumía todo, pues iba hacia el campamento, hacia la cópula prometida. Descontando eso, empero, Ranulf merecía el beneficio de la duda. Ella lo había aceptado. No era su candidato preferido, ni siquiera el segundo de su elección, pero posiblemente habría sido el tercero, si se lo hubieran propuesto en circunstancias diferentes. Después de todo, Fitz Hugh tenía mucho a su favor.

jamás se cansaría de mirarlo, aunque no era tonta como para dejarle saber que ella lo encontraba muy atractivo. Le había visto usar su espada con una habilidad impresionante, y si se podía creer en la palabra de su amigo Walter, era más que impresionante. Estaba habituado a mandar, pero no sólo eso: sus hombres lo dejaban mandar con gusto; no eran muchos los que sabían inspirar ese tipo de lealtad. Era joven, era fuerte, era bondadoso para con los animales, tal como ella lo había comprobado gracias al gato pardo que cabalgaba en su hombro. Y no tenía otras obligaciones. Tanto lord john como lord Richard habrían tenido que dividir su tiempo entre las propiedades de Reina y las propias, y quizá hasta las de sus respectivas familias. El hecho de que Ranulf se dedicara íntegramente a Clydon lo convertía en el mejor de los candidatos.

Sí, tenía mucho a favor... pero también mucho en contra. La preocupación más grande e inmediata de Reina era su tamaño: un arma de por sí. Luego, su mal genio, que ella había podido apreciar con bastante frecuencia. Y sus atroces modales. El hecho de que

desconfiara de las damas y les tuviera inquina, tal como sir Walter explicaba, no le haría las cosas fáciles. Y era imprevisible. ¿Quién habría pensado que pudiera acobardarse ante la posibilidad de recibir una propiedad como Clydon?

También habría problemas con Theodric, a menos que Ranulf aceptara olvidar el desdichado incidente entre ambos. Y quedaba por ver cómo manejaría a los aldeanos.

Probablemente lo que Reina temía (aparte de su tamaño) era que aquel hombre no tuviera ninguna consideración con sus sentimientos. Ella le disgustaba. Ya la había tratado con rudeza más de una vez. Y el hecho de que ahora tuviera la facultad de herirla y ofenderla a voluntad le hacía pedazos la paz interior. Sin embargo, también en ese aspecto merecía el beneficio de la duda. Sólo quedaba esperar que aquel matrimonio no resultara el peor error de su vida.

Su caballo avanzaba lentamente tras el de él, regresando al campamento. Ninguno de los dos llevaba mucha prisa. Ella había tenido la esperanza de pasar la noche en la abadía, donde alguien pudiera oírla si gritaba. Pero no fue así. - El padre Geoffrey le había ofrecido alojamiento, desde luego en cuartos separados. Su flamante esposo, hombre de tantos recursos, habría podido hallar el modo de llegar hasta el de ella para hacerle el amor. Eso habría aliviado sus temores, siquiera en parte. Pero él rechazó el ofrecimiento.

Reina no se sentía casada, pero lo estaría antes de que acabara la noche. Sus estremecimientos interiores no cesaban al pensar en eso. Sabía lo que iba a ocurrir. Lo había imaginado con frecuencia, con Richard y hasta con John, pero nunca con un gigante. Hasta entonces había esperado con ansias la noche de bodas, pues ya estaba demasiado crecida como para no haber experimentado aún el acto de amor. Y ahora sólo podía maldecirse a sí misma por haber acicateado a Ranulf hasta el punto de que quisiera poseerla aquella misma noche, cuando habría podido contar con varios días para acostumbrarse a la idea, si hubiera mantenido la boca cerrada en vez de mencionar los hijos.

Pero contó con un pequeño respiro. Al desmontar ante la tienda, Ranulf la señaló con la cabeza, diciendo:

-Haced lo que necesitéis. Pronto me reuniré con vos.

El «pronto» resultó dos horas después, con lo cual quedó demostrado que él temía la consumación tanto como ella. Necesitó animarse con dos botas de vino que el padre Geoffrey les había obligado a aceptar, para celebrar la ocasión. A ella también le habría venido bien un poco de vino, pero no tenía más que agua en la jarra de la gran tienda. También tuvo ocasión de conocer a su querida: una muchacha corpulenta y fornida, casi tan bella como Eadwina, que no estaba exactamente despatarrado en la cama, pero poco le faltaba: sentada en el borde, descansaba sobre los codos, con las rodillas separadas en la posición más provocativa y puerca que Reina hubiera visto.

El encuentro fue una sorpresa para ambas; era obvio que la muchacha no estaba allí para ayudar a Reina, sino que esperaba el regreso de Ranul£ Por lo visto, nadie le había revelado el motivo por el que su amante había abandonado el campamento. Y allí estaba, esperando a que él entrara y viera su inequívoca insinuación.

Sin embargo, Reina no se horrorizó, sobre todo porque fue la otra la que se espantó. Se levantó precipitadamente, tartamudeando algo como que había pensado que sus servicios podían ser necesarios. Luego suplicó a Reina que no revelara al señor su presencia. Estaba claro que nadie la había llamado; de lo contrario Ranulf no habría hecho que su flamante esposa entrara en la tienda.

¿O sí? «No, Reina, concédele el beneficio de la duda.»

-¿Cómo te llamas?

-Mae, señora -dijo la muchacha, de prisa-. Me llamo Mae.

-Bueno, Mae, ya que estás aquí, puedes ayudarme con mis lazos, por esta única vez -dijo Reina, como al desgaire-. Puesto que me he casado con el señor, espero que ésta sea la última vez que te vea. Por la mañana volveremos a Clydon. Sabrás comprender si te pido que no te demores aquí.

Mae se limitó a asentir; no podía creer en su buena suerte de escapar tan fácilmente, dadas las circunstancias. Una vez había sido azotada por orden de una dama, quien sólo tenía sospechas de que su esposo había visitado a Mae. Sabía de otras rameras que habían desaparecido por obra de señoras celosas. Ese era uno de los motivos por los que se había hecho mujer de campamentos; en ellos rara vez había damas; en cuanto a las mujeres de los soldados, no tenían sobre ella poder de vida y muerte. Si el señor se había casado, alabado fuera Dios, ella no quería saber nada más de él. No valía la pena arriesgar la vida por amor. En adelante, las prostitutas de Clydon se encargarían de él, si aquella dama era tan indiferente como parecía.

Reina, compadecida de la nerviosa Mae, la despidió antes de que acabara de desatarle la chaqueta de lana. Ella misma terminó la tarea; no fue más difícil de lo que había sido vestirse sin ayuda. Se sentía desnuda sin las bragas y las medias, que Kenric había pasado por alto al recoger ropas para ella en la oscuridad. Pero al menos el muchacho le había traído un par de zapatos. Casarse descalza habría sido el toque final de un día verdaderamente horrible.

En la tienda había varias cosas; desde luego, un mercenario como su marido debía llevar consigo todas sus pertenencias. Había una caja fuerte cerrada con llave, un pequeño arcón que no podía contener más que unas pocas ropas y, sobre él, una vasija con agua y una toalla que Reina tenía la intención de usar; probablemente no podría conseguir un baño allí. Sobre una mesa baja había algunas herramientas, una jarra de agua, vasos y varias velas gordas. El jergón para dormir era, en realidad, un colchón muy grueso, muy largo y de metro y medio de anchura: hecho especialmente para el gigante, sin duda. Estaba cubierto por una manta de lana suave y sábanas de hilo, mejores de las que ella esperaba. En un rincón había un armario con los instrumentos de su oficio, junto con varias armas largas, que no cabían en él; entre ellas una espada como la que Ranulf usaba... y un gato pardo.

Por un momento Reina quedó sorprendida ante aquella segunda invitada; los relucientes ojos amarillos la miraban con fijeza desde las sombras. Pero al punto le agradó su presencia. Los gatos le gustaban; acostumbraba asegurarse de que los felinos de Clydon estuvieran tan bien alimentados como los perros de caza, pues también cumplían con una finalidad: impedir que los roedores proliferaran demasiado.

La presencia del gato en la tienda de Ranulf probaba lo que ella había sospechado al verlo en los hombros del caballero. El animal era una mascota. Lo curioso era que un hombre tan corpulento y engurruñado eligiera un animal tan pequeño para mimar. Y feo, además. Tenía la cola torcida en el extremo, probablemente porque en algún momento se la había pisado. Su pelaje era corto y ralo: necesitaba leche fresca y algún huevo de vez en cuando. Las zonas de piel enrojecida revelaban, sin duda, un gran número de pulgas.

Aparte todo eso, parecía bastante amistoso, pues se acercó ante los suaves sonidos que ella emitió para atraerlo y fue a frotarse contra su pierna. Reina se inclinó para rascarle las orejas y obtuvo un fuerte ronroneo de contento. Sonrió. Por lo menos, alguien en el campamento parecía gustar de ella.

Vestida sólo con su camisa, Reina se ocupó de su arreglo personal, sin dejar de conversar con el gato, que continuaba pasándole entre las piernas y le respondía con su fuerte ronroneo. Era un sonido sedante, y en realidad ella necesitaba que la sedaran. Hizo todo

lo posible para no acostarse en el jergón, hasta revolvió el arcón de Ranulf en busca de un peine.

Pero no era mucho el tiempo que podía dedicar a su cabellera, pese a lo enredada que estaba, y pronto terminó. Era inútil preguntarse qué retrasaba a Ranulf. Vendría cuando estuviese dispuesto. Reina tuvo la idea de dormir mientras esperaba, pero comprendió que le sería imposible.

Por fin, levantó al gato y lo puso en el centro de la cama, para matar el tiempo quitándole las pulgas. El animal parecía disfrutar con sus atenciones; cuando se puso patas arriba, estirado, para facilitarle la tarea, ella descubrió que se trataba de una hembra. Absorta en la operación, no oyó entrar a su esposo... pero la gata sí. En un segundo dejó de ronronear y se levantó con un siseo. Reina recibió un fuerte arañazo por haber supuesto que la gata era cordial.

Incrédula, siguió con la vista al felino, que se alejó a saltos para lanzarse a los brazos de Ranulf. Puesto que él no se sorprendió, debía de ser algo normal. Pero Reina se sintió algo ofendida. Mientras se frotaba el arañazo del muslo, se dijo que nunca más volvería a atender a aquella traidora. ¡Atreverse a tratarla así, cuando ella le había permitido llevar sus pulgas a la que, desde ese momento, era su cama!

Ranulf aún no la había mirado, pues estaba muy ocupado con su mascota. Reina se tomó un instante para sacudir las sábanas. Un momento después entró Kenric y ella se apresuró a esconder las piernas bajo la manta.

Probablemente tendría que acostumbrarse a eso. El escudero tenía funciones que cumplir, como la de desarmar y desvestir a su esposo. Pero la alcoba del señor, en Clydon, tenía una antecámara. Tal vez lograra convencer a su esposo para que se desvistiera allí. Pero tal vez (se dijo, mientras observaba el proceso en silencio), tal vez decidiera no intentarlo.

Buen Dios, ¿eran auténticos los bultos que se veían sobre la chaqueta? Al desaparecer la prenda emitió una leve exclamación. Eran auténticos, sí: gruesos músculos que se tensaban y ondulaban con cada movimiento. Theo se lo había dicho sin que ella le prestara atención. Todo piel dorada y tan bello, había dicho, y era verdad. El hecho de que Theo lo hubiera visto desnudo le inspiró un poco de envidia, en tanto esperaba, conteniendo el aliento, a que desaparecieran las calzas. Ranulf despidió a Kenric y se acercó al cuenco, para humedecerse con agua fría todo el cuerpo. Sólo después de usar . la toalla, ya humedecida por ella, pareció recordar su presencia y se volvió bruscamente, para atravesarla con aquellos ojos violáceos.

- ¿No... habéis dormido?

Reina sintió un pequeño nudo de nerviosismo, que se enroscaba y moría en su pecho. Había visto con sus propios ojos qué tipo de mujer prefería, y ella no se parecía en absoluto. Desde luego, él había pensado que ella estaría dormida. ¿Se arrepentía de su promesa? ¿Por qué, si no, había tardado tanto en reunirse con ella? ¿Y por qué venía con paso inseguro y tambaleante?

Bien, Reina no se quedaría donde nadie la deseaba. La cópula tendría que suceder, algún día, pero podía quedar para cuando ambos se hubieran habituado a la idea.

Se incorporó en el centro de la cama, sintiendo algo parecido a la desilusión, aunque sólo habría debido experimentar alivio. -No, no dormía. Esperaba para saber dónde deseáis que duerma.

Lo dijo tranquilamente, aunque con el mentón en alto, como desafiándole a tratarla de mentirosa.

Él no lo hizo. Se limitó a mirarla con atención, durante un tiempo horriblemente largo. Después dejó caer la toalla, sin darse cuenta.

-Dormiréis allí... conmigo -dijo con voz ronca, sorprendiéndola... y quizá sorprendiéndose a sí mismo.

Pero continuaba mirándola, como si dudara de lo que veía. Un momento después desató las ataduras de sus calzas, arrancándolas en su prisa. Reina dilató los ojos. Tuvo la clara sensación de que él se arrojaría sobre su cuerpo... y no se equivocaba mucho. El la tendió en la cama. Reina perdió el aliento y, un momento después, la camisa.

- Esperad...

-¿Eres virgen?

No esperó respuesta. Ella comprendió que poco le importaba si lo era o no, y eso la ofendió. Por lo visto, aquel hombre había decidido que era preciso terminar cuanto antes. Como para demostrarlo, le plantó la boca en los labios durante un horrible segundo y luego subió sobre ella. Bueno, ella también asumiría la misma actitud. Lo mejor era terminar cuanto antes, para averiguar hasta qué punto cabía temer la próxima vez... si había una próxima vez.

Reina se preparó para ser aplastada, pero no fue así. En cambio, lo sintió entrar sin desgarrarla; fue suave y fácil. ¿Acaso con sólo mirarlo sus humores se habían puesto a fluir, sin que él la tocara siquiera? Quedó sorprendida y experimentó una ambigua sensación de placer, distinta de todo lo que conocía. Y entonces sí, algo la desgarró.

El grito se le cortó por obra de aquellos labios magulladores. No habría podido decir cómo se las arregló él para besarla al tiempo que se clavaba en ella. Tal vez porque la mayor parte de su estatura estaba en sus largas piernas; tal vez porque tenía la espalda curvada sobre ella, puesto que no la aplastaba, como ella temiera. Sólo le aplastaba los labios; en ese aspecto no le vendrían mal algunas lecciones. Pero en otros... Buen Dios, ¿qué era lo que empezaba a sentir?

Fuera lo que fuese, no obtuvo respuesta, porque su esposo, con un fuerte bramido, había terminado con lo suyo.

CAPÍTULO XVI

Reina se movió cuidadosamente, haciendo inventario antes de levantarse. En realidad, no estaba destrozada. Sentía los labios algo magullados y, entre las piernas, un dolor definido. Pero nada se había roto cuando Ranulf se tumbó sobre ella unos instantes, después de alcanzar su placer.

Eso sí: la habían inducido a error. Wenda decía que era estupendo. Eadwina debía pensar lo mismo, puesto que lo hacía con tanta frecuencia. Reina no habría dicho que esa experiencia era maravillosa, pero tampoco tan terrible como ella lo temía de un gigante. Una vez perdida la virginidad, probablemente no quedaba nada que temer de la cópula,

pero tampoco tenía nada de recomendable. Se vistió de prisa, mientras su esposo aún dormía. Verlo en aquel estado de indefensión no ayudaba a pensar con claridad. Y tenía mucho en que pensar; sobre todo, qué diría a lord Simon, quien probablemente estaría en Clydon cuando ellos llegaran.

El movimiento en el campamento la había despertado. Al salir de la tienda vio actividad en todas partes. Casi un centenar de hombres desayunaban y se preparaban para otro día de viaje. La joven buscó algunos arbustos donde hacer sus necesidades, sin que nadie le prestara atención. Cuando volvió, Lanzo se le acercó con una jarra de cerveza y un trozo de pan del día anterior.

Ella le dio las gracias, pero sin sonreírle, y el muchacho se marchó presuroso. Tal vez aprendiera el manejo de las armas bajo la tutela de Ranulf, pero carecía penosamente de cortesía caballeresca. A ninguno de los dos escuderos le haría daiío pensar que ella estaba disgustada por el papel que habían jugado en su secuestro. Ambos debían aprender que las artes de la guerra no bastaban para convertir a un hombre en caballero. Era menester aprender cortesía y gracias sociales, así como la pleitesía debida a una dama; sobre todo, debían aprender cómo se trataba a una señora en todo momento, aun durante un secuestro. A ella no se la había tratado así.

Alguien se le aproximó; en esta oportunidad, la traidora gata de Ranulf, que volvió a frotarse contra las piernas de Reina.

-Conque así son las cosas, ¿eh? -Reina frunció el ceño-. ¿Crees que no adivino tus intenciones?

Hubo un «miau» por toda respuesta; luego la criatura se alejó a brincos hacia Lanzo, que acababa de bajarle una lata de sobras de comida. Reina sacudió la cabeza, no estaba segura de tener deseos de tontear con un gato. Probablemente fuera necesario, si su esposo tenía intenciones de llevar el animal al castillo.

En ese momento oyó ruidos en la tienda y volvió a ella. Ranulf la miró bizqueando al abrir ella una rendija, dejando entrar el sol brillante de una bella mañana primaveral.

-¿Dónde está *lady Elía?* -preguntó, gruñón.

Reina se puso rígida.

-No sabía que hubiera otra señora en el campamento. -Mi gata -aclaró él.

-¿Cómo -exclamó Reina, aturdida-. ¿Tú gata se llama *lady Ella?*

- sí.

La joven vio por primera vez una expresión realmente simpática en su marido. No estaba segura de que fuera una sonrisa, pero resultaba fascinante.

-Lleva el nombre de la gata más astuta de cuantas conozco -agregó él-. Por eso es muy adecuado.

Cabía preguntar quién sería esa otra Ella, pero Reina no lo hizo. Obviamente, su esposo no tenía muy buena opinión de ella.

-Tu *Ella*...

-Lady Ella...

-Lady Ella está desayunando -dijo Reina, rechinando los dientes. Era un insulto otorgar un título nobiliario a aquella bestezuela esmirriado. Su propio título, por añadidura. Pero no estaba dispuesta a iniciar la primera riña con su flamante esposo-. ¿Queréis que llame a vuestro escudero para que os ... ?

-Todavía no.

Se incorporó al interrumpirla y la manta le cayó en el regazo. Reina apartó la vista. Aquella amplia extensión de pecho dorado era como un imán para los ojos, pero resistió tercamente la atracción.

-Quitaos la ropa.

Ella volvió a mirarlo, con los ojos dilatados de incredulidad.

-Creo no haber oído bien.

-Oísteis perfectamente. -El tono de Ranulf era dulce, pese a su gravedad-. Quiero saber si anoche soñé o si realmente hice el amor con vos.

-Os bastará mirar las sábanas, a vuestro lado, para comprobar que en verdad fue así.

Él lo hizo, y ante el tamaño de la mancha de sangre lanzó un juramento.

-Por todos los santos, ¿os he matado?

-No lo creo -replicó Reina, atrayendo otra vez aquellos ojos violáceos hacia ella-. ¿Os parezco muerta?

Eso provocó un fruncimiento de ceño.

-Os parecéis a la dama con quien me casé. Pero yo quiero saber si soñé o si realmente sois como recuerdo cuando estáis sin ropas. Quitáoslas de inmediato o...

-¡No os mováis! -ordenó ella, con su voz más autoritaria, al tiempo que él se quitaba la manta. Le costaba seguir mirándole de frente, pero se las compuso-. Antes de decir más tonterías, recordad lo que debemos hacer hoy. Si no nos ponemos en marcha cuanto antes, dejando que los soldados sin montura nos sigan a su propio ritmo, no llegaremos a Clydon con luz suficiente como para que se me reconozca con facilidad. Bastante difícil me será explicar a lord Simon, quien probablemente esté allí, por qu¿ me he casado con mi secuestrador. No quiero añadir la dificultad de que no se me permita entrar en mi propio castillo, sólo porque vos preferís malgastar la mañana.

Durante unos momentos él no dijo nada. La miraba con fijeza. Luego se encogió de hombros.

-Muy bien, supongo que puedo esperar hasta la noche.

«Eso es lo que tú piensas», se dijo Reina, mientras escapaba de la tienda, aliviada. Tenía la intención de seguir su plan original: dormiría en su propia alcoba hasta la segunda boda. Mientras no se casara en presencia de sir Henry y éste aceptara el juramento de Ranulf hacia Shefford, ella no se consideraría realmente casada, aunque el acto de amor hubiera sido consumado.

Reina cambió de idea con respecto a lo que diría a Simon Fitz Osbern y a sus otros vasallos. Explicó los motivos a Ranulf durante el viaje. Montaba delante de él, en su caballo de combate; él le había impedido usar otro animal porque aún no confiaba en ella; quería tenerla al alcance de la mano, por temor a que volviera sus hombres contra él. Y puesto que sólo los acompañaban a Clydon los pocos soldados que contaban con montura, Reina no intentó convencerlo de que sus temores eran infundados. Tendría que descubrir por sí mismo si su esposa aceptaba o no el matrimonio, si tenía o no planes para acabar con él.

En cuanto a sus vasallos, logró hacer comprender a Ranulf su idea. Sería más fácil que creyeran en la buena voluntad con que ella aceptaba ese enlace si se les decía que el matrimonio aún no se había consumado. Decir que ella se había casado con él por propia voluntad, en tan breve tiempo, cuando todo estaba hecho y era irremediable, despertaría dudas. Y ella quería que sus vasallos lo aceptaran sin reservas; eso sería más probable si les informaba que Ranulf era el hombre con quien
deseaba casarse y luego celebraban la boda.

Él aceptó a regaiíadientes. A su modo de ver, tenía copias del contrato matrimonial para mostrar si ella intentaba algún subterfugio. Era preciso advertir a sus hombres, que sabían que ella había pasado la noche en su tienda. De cualquier modo,
ninguno se negó a fingir que la boda aún no se había celebrado.

Reina creía tener todas las probabilidades cubiertas, pero no estaba segura. No resultaba fácil pensar con claridad con aquellos brazos gruesos y firmes a cada lado. Además, todavía estaba conmovida y confusa por el incidente de la mañana.

No comprendió por qué le importaba a su esposo cómo era ella cuando estaba desnuda. Ya no tenía posibilidad de repudiarla si su cuerpo le resultaba desagradable; había perdido la oportunidad al quitarle la virginidad. ¿A qué venía, pues, ese capricho de abochornaría obligándola a desvestirse? ¿Le gustaha o no lo que había visto? ¿Estaba acaso horrorizado? ¿Quería sólo verificar o le fastidiaba el no poder recordarla?

El hecho de que él no supiera con seguridad si había soñado o no con el acto de posesión la fastidiaba y lo consideraba un insulto. Aunque para ella no hubiera sido agradable, le habría gustado pensar que se trataba de una experiencia compartida. Por lo visto no era así. Si hubiera sabido que Ranulf, aturdido por la bebida, no sabía lo que estaba haciendo, tal vez habría podido postergar la cosa... pero tal vez no.

De cualquier manera, estaba hecho y era demasiado tarde para hacer especulaciones. Sólo cabía pensar y pensar, y asegurarse de que, la próxima vez, él no estuviera borracho.

CAPÍTULO XVII

Ranulf guardó silencio durante las múltiples y efusivas bienvenidas dedicadas a su esposa; todas se interrumpían en cuanto se veía qué brazos la rodeaban. No le gustó dejar tras de sí a tanta gente estupefacta al cruzar las puertas, con lo cual quedaba sin posibilidades de retirada, pero eso no tenía remedio. En realidad, sólo se inquietó cuando llegaron al patio interior, donde esperaban más de cien soldados y quince caballeros; algunos sólo llevaban espadas; otros, armadura completa; se veían otros aún bajando

apresuradamente la escalera del torreón, como si se les acabara de advertir de que la señora regresaba.

-Estad tranquilo, señor -le dijo Reina, en voz baja, cuando él detuvo su caballo frente a aquel pequeño ejército-. Son sólo dos de mis vasallos, con sus caballeros y sus hombres. Os dije que había mandado por lord Simon, con noticias del ataque. Sin duda, ¿I pasó por sir john en el trayecto.

-¿Sir john? ¿El hombre con quien esperabais casaros?

-No: mi vasallo, john Radford. Es un hombre empecinado, casi inflexible, de modo que la primera impresión que de vos se forme será la que guarde siempre. Tres de estos caballeros son suyos, y veinte soldados. Los otros son hombres de Simon, aunque veo que sir Meyer ha vuelto también. Es el caballero del castillo que envié en ayuda de mi alguacil. Él y sir Arnulf están con nosotros desde hace casi cuatro años. Ambos nos han prestado un servicio excelente, pero como están bajo contrato, a vos os corresponderá decidir si se les renueva o no.

-¿No queréis opinar al respecto?

-Me gustaría que me pidierais opinión sobre cualquier cosa de la que no estuvierais seguro -replicó ella-. Pero no, la decisión final os corresponde.

-¿Es vuestro lord Simon el que marcha hacia nosotros con la mano en la empuñadura de la espada?

Reina hizo una mueca ante lo agresivo de su tono.

-Sí, pero dejad que sea yo quien me encargue de esto. Sería mejor que me dejarais apear y retirarais las manos de mí. De lo contrario, pensarán que aún soy vuestra prisionera.

-¿Es una orden, señora?

-No cometeré la audacia de daros órdenes, señor.

-Ajá -gruñó él-, como no lo hicisteis esta mañana, en mi tienda.

Ella se ruborizó ante. el recordatorio, justo a tiempo para que Simon la viera, lo cual empeoró las cosas. Pero Ranulf desmontó y la dejó en pie frente al otro. No volvió a tocarla, aunque no le resultaría muy difícil hacerlo, pues permanecía muy cerca, detrás de ella.

-Lady Reina, ¿habéis sufrido daños? -preguntó Simon. -En absoluto -respondió ella, con una sonrisa-. Si queréis saber la verdad, Simon, disfruté de una verdadera aventura.

En ese momento, Ranulf se encontró con los ojos azules del hombre, que aún no revelaban hostilidad, aunque tampoco estaban tranquilos. Era de edad mediana, y constitución robusta, aunque su estatura fuera sólo intermedia; eso significaba que debía levantar la cabeza para mirar a Ranulf, cosa que a ningún hombre de rango puede gustarle.

Puesto que estaba estudiando al rubio caballero, Reina se apresuró a presentarlos:

-Permitid que os presente a sir Ranulf Fitz Hugh. Sir Ranulf, mi vasallo, lord Simon Fitz Osbern.

-Pero ¿no es el mismo que ... ?

Ella lo interrumpió:

-Sólo fue un error, Simon. Sir Ranulf no me capturó por su cuenta, sino por orden de un tal lord Rothwell, que le había engañado; aseguró que yo era su prometida y que me negaba a la boda. Naturalmente, en cuanto informé a sir Ranulf de que nunca había oído mencionar a ese Rothwell, el honor le obligó a devolverme al hogar. No fue culpa suya ser confundido por un codicioso que deseaba poseerme a toda costa. Rothwell no se diferencia de De Rochefort, y me alegro de que respondierais tan pronto a mi llamada, pues debemos discutir qué haremos con respecto a mi presuntuoso vecino, aunque me inclino a dejar el asunto así. De cualquier modo, debo ocuparme de mi boda... y de eso también debemos conversar.

Como los ojos del vasallo se volvieran hacia Ranulf, suspicaz, ella agregó:

-¿Cuándo llegasteis?

-Esta mañana, a tiempo para leer la carta que fue dejada aquí -respondió Simon, agrio.

-Ah, la carta -dijo ella, forzando una sonrisa-. Admitiréis, Simon, que fue una treta sagaz y que dio resultado, aunque ni una palabra era cierta. Mirad a este hombre. ¿Os parece capaz de matar a una mujer indefensa sólo para evitar una pequeña escaramuza? Si hubierais querido seguirme, yo habría estado perfectamente a salvo. Pero me alegro de que no lo hicierais, pues probablemente De Rochefort vigila Clydon en busca de otra oportunidad. Difícilmente supiera que yo estaba ausente, puesto que nos fuimos después de los maitines. No puedo deciros lo mucho que me preocupaba eso y cuánto me tranquilizaba la esperanza de que vos estuvierais aquí, listo para defender al castillo de otro ataque.

Esas palabras, apaciguadoras y sedantes, tuvieron el efecto esperado: aliviaron en el caballero la culpa de no haber hecho nada por recuperar a su señora y, además, actuaron como elogio por no haber intervenido.

-Venid, john, Meyer -llamó la señora a los otros caballeros-. Quiero que conozcáis al hombre que ha renunciado a una fortuna sólo por la palabra de una dama. He aquí a Ranulf Fitz Hugh. -Y a Simon-: No tenía por qué creerme, ¿sabéis? Era sólo mi palabra contra la de lord Rothwell.

A esas alturas tuvo que sonreír; no necesitaba mirar a Ranulf para saber que no le gustaba lo que estaba oyendo; en su mente surgían dudas; se preguntaba si no sería ella quien había mentido. Reina, traviesa, esperó un largo instante para agregar:

-Creo que a estas alturas sería conveniente una confirmación. ¿Quiere alguno de vosotros aliviar la mente de sir Ranulf? ¿Alguna vez estuve comprometida en matrimonio con alguien llamado lord Rothwell?

Se oyeron tres decididos «No», pero fue john Radford, quien era aún más entrado en años que Simon, quien agregó de malhumor:

-Va a casarse con john de Lascelles, si el muchacho sabe todavía llegar hasta Clydon, cosa que se está volviendo dudosa.

-No seáis cruel -le amonestó Reina, con suavidad-. Lord john ha tenido sus problemas, que hasta ahora le han impedido venir. Pero en cuanto a mi boda, he cambiado de idea. ¿Queréis venir todos adentro? Discutiremos el asunto durante la cena. Pero antes debo comunicar a mis damas que he regresado sana y salva . y comprobar si mis sirvientes se han vuelto perezosos en mi ausencia. Asumid mis funciones, Simon, y presentad vuestros hombres a mis huéspedes. Atendedlos por mí, ¿queréis? -Por fin se volvió hacia Ranulf-: Me reuniré con vos en el salón muy pronto. -Y con una sonrisa-: Podéis confiar en que mi «pronto» será más breve que el vuestro, señor.

Sabía que él detestaba perderla de vista, pero nada pudo hacer: ella subió corriendo la escalinata y entró en el torreón. Ranulf quedó de pie entre los hombres de Clydon y los otros caballeros que, desaparecida la señora, convergieron hacia él.

Pero sus preocupaciones eran innecesarias. Lord Simon, informado por ella de que aquel caballero y sus hombres eran invitados suyos, no necesitó más para olvidar cualquier interrogatorio suspicaz. Hizo sólo lo que ella le había ordenado: presentó a los dos grupos

de caballeros y después los condujo lentamente al interior del torreón. Se habló de cualquier cosa, salvo del secuestro de la señora.

CAPÍTULO XVIII

-¡Theo! ¿Qué significa esto?
-¡Reina, gracias a Dios!

Encontrar al muchacho amarrado en un rincón de su alcoba la dejó estupefacta.

-¿Has estado así desde que me llevaron? -preguntó, incrédula.

-No. Wenda me encontró y me desató ayer por la mañana. Llevamos la carta aquí dejada a sir William, que todavía está en cama, pero ya no delira. Pero cuando la leyó en voz alta, tuve... tuve tanto miedo por ti que quise ir a buscarte. Sir William me lo prohibió, pero Aubert, ese patán traicionero, me sorprendió anoche intentándolo y ordenó que me ataran así. Cuando le eche mano, lo mataré.
-Cálmate -dijo Reina, severa. Pero no pudo evitar una sonrisa mientras comenzaba a desatarlo-. ¿Qué creías poder hacer, tonto? ¿Crees que he padecido daño en mi pequeña aventura? No sufrí ningún peligro verdadero, y deberías haberte dado cuenta de que así sería. Soy demasiado valiosa como para que me maten antes de la boda.

-¿Y cómo podía yo saberlo si fue él quien te secuestró? -inquirió el joven.

-Bueno, no es tan terrible, después de todo. ¿Acaso no me ha traído de regreso?

-Sí, pero casada con él -gruñó Theo.
-¿Cómo lo sabes?
Los ojos del muchacho se agrandaron.
-¡Sólo bromeaba!
-Pero yo no.

-¡Reina! -gritó-. ¿Cómo pudiste hacerme eso? ¿No sabes lo que siento por él?

-¿Estás celoso, querido?

-Bueno... no, creo que no -admitió él pensativo-. Si no puede ser para mí, prefiero que sea para ti. Pero con él, Reina... ¿Era la única alternativa?

-Sí, pero hizo falta convencer a alguien, ese alguien fue él -dijo ella-. No me secuestró para sí, ¿sabes?, sino para un viejo lord que lo contrató. Y no fue fácil persuadirlo de que me desposara en vez de entregarme.

-¿Quieres decir que tú lo escogiste?

-Podía elegir entre él o el viejo lord. -No fue necesario aclarar más-. Ahora ayúdame a vestirme, y de prisa. No puedo dejarlo por mucho tiempo a solas con mis vasallos.

-¿Qué han dicho ellos de este súbito matrimonio?

-No lo saben ni lo sabrán. No repitas una palabra de lo que te he dicho, ni siquiera a Wenila. En todo caso, teníamos que volver a casarnos en presencia de todos, así que les he hecho creer que la segunda boda será la primera. Les diré que Ranulf ha aceptado mi petición de matrimonio. De ese modo no albergarán dudas sobre mis motivos ni pensarán que fui obligada. No quiero que desconfíen de él.

-Pero si quieres deshacerte de ese marido, Reina, éste es el momento, antes de que lord Simon lo sepa.

-Pero yo lo deseo, Theo. Lo he pensado bien. En realidad, es el mejor para Clydon. Ni john ni Richard podrían dedicarse exclusivamente a la propiedad; Ranulf Fitz Hugh sí. No tiene tierras propias, ni familia que lo ate ni obligaciones que lo alejen de nosotros. Y no es pobre; se encargará de costear todo lo que yo no he podido hacer.

-Y entonces Clydon lo amará ¿Y tú?

Reina apartó la vista.

-Una vez se decidió, se aseguró de que el compromiso no pudiera ser anulado. Queda por ver si lamentaré mi decisión.

-¿Cómo fue? -preguntó Theo, muy sonriente.

Ella, comprendiendo a qué se refería, lo fulminó con la mirada.

-Eso no es algo que te importe.

-Anda, Reina -insitió él, ensanchando la sonrisa-. Quiero saber qué me perdí.

-Si quieres saberlo, fue rudo y rápido.

-Oh, ahora sí que me siento celoso. -Y suspiró.

-¡Idiota! -resopló ella, desdeñosa-. ¿Acaso te gusta así de rápido? Y ahora deja de fastidiarme si no quieres un coscorrón.

Reina quería lucir su mejor vestido en la importante entrevista con Simon y john, pero Theo señaló que debía reservar lo mejor para la boda. Así pues, se conformó con una túnica larga de terciopelo carmesí, con mangas en forma de campana acortadas en el frente; para dejar al descubierto las ajustadas mangas de la camisa, de color amarillo intenso, que asomaba también bajo el profundo escote y en los costados, donde el vestido se abría hasta los muslos. El cinturón de eslabones dorados se abrochaba justo debajo de la cintura y pendía hasta las rodillas.

Theo la convenció de que llevara el pelo trenzado sobre los hombros, con las trenzas envueltas en cintas amarillas; el breve tocado blanco cubría muy'poco. Reina consideraba que las trenzas le daban un aspecto más juvenil, efecto poco apropiado en aquellos momentos. Theo se mostró en desacuerdo, asegurando que nunca la había visto tan

hermosa. Ganó la vanidad, algo que no sucedía con frecuencia. Theo le hizo notar que' puesto que sus vasallos la conocían bien y no se dejarían confundir por su aspecto, en realidad sólo se estaba acicalando para su flamante esposo. Y así debía ser.

Reina no pudo negar que parecía más bonita. Su caro espejo de cristal, con su imagen tanto más clara que el de acero pulido, lo aseguraba así. Theo también. ¿Y quién era ella para discutir el antiguo adagio según el cual era más fácil tratar con el esposo si éste. estaba complacido con el aspecto de su mujer? Valía la pena averiguar si era cierto, pues Ranulf Fitz Hugh tenía que estar muy disgustado con su tardanza.

Lo encontró sumido en una discusión sobre rotación de los sembrados con Simon y john; el tema parecía fascinarle. ¿Dónde estaba el disgusto por la ausencia de su esposa? Por lo visto,

ya no le preocupaba perderla de vista. Reina estuvo a punto de marcharse sin hacer notar su presencia. Había otras cosas que hacer y era una tontería asignar tanta importancia a la preocupación de un hombre.

Pero john la vio antes de que pudiera escurrirse y la saludó. Ella sonrió, antes de que los otros la vieran. Su esposo no delató reacción alguna ante su aspecto, y eso la deprimió aún más, aunque tenía bastante práctica en disimular sus sentimientos.

-No quiero interrumpir vuestra conversación, caballeros. Sólo me detengo para haceros saber que no os he olvidado. Debo atender algunas cosas más antes de reunirme con vosotros.

Ranulf abrí¿> la boca para protestar, pero Simon le ganó de mano.

-Por favor, sefíora. Sabéis que soy, en general, hombre paciente, pero no cuando se me ha despertado la curiosidad. Decidnos qué os ha hecho cambiar de idea con respecto al joven Lascelles.

Ella miró a Ranulf con ojos grandes e inocentes.

-¿No se lo habéis dicho? Qué vergüenza, sefíor. ¿Creíais que dudarían de vuestra palabra?

Tras haber dejado caer esas insinuaciones, a las que él no podía contestar, se sintió vengada por la desilusión de que él no hubiera reparado en su aspecto. Luego se volvió hacia sus vasallos y explicó:

-Aunque mi relación con sir Ranulf haya sido muy breve, me bastó para comprender que es el hombre más adecuado para Clydon y para mí.

-¿Y él quiere casarse con vos? -preguntó john Radford, sin mucha sorpresa.

-Ha aceptado mi proposición -aclaró Reina-. En realidad, no fue fácil persuadirlo. Se mostraba renuente porque no puede aportar tierras propias, aunque tiene medios necesarios para comprar una excelente propiedad, si así lo desea. Lo que le hace ideal para Clydon es que aún no haya jurado fidelidad a ningún lord.

-Conque fue idea vuestra.

La expresión de Reina hizo verdad de la mentira.

-Mía, sí. Después de estudiar todos los aspectos, sin hallar nada a lo que vosotros pudierais oponeros, ofrecí contrato a sir Ranulf y él aceptó. ¿Hay, por ventura, algún motivo por el que pudierais rehusaras a aceptarlo como señor, sabiendo que es mi elegido?

Así dichas las cosas y en aquel tono, si existía alguna objeción no sería expresada en ese momento. Ambos se apresuraron a asegurarle que sir Ranulf les parecía aceptable.

-¿Os parece que mis otros vasallos pensarán lo mismo? -preguntó ella a Simon.

-No veo por qué no. Saben tan bien como nosotros que es urgente casaros... con un hombre que hubiera merecido la aprobación de vuestro padre.

-Me alegro, porque ya he enviado mensajeros con la misión de convocarlos, y también a sir Henry. La boda se llevará a cabo en cuanto estemos todos reunidos. Mi padre habría sentido gran respeto y admiración por sir Ranul£ Vosotros lo conocíais bien: sabéis cuánto valoraba la honestidad, el honor, la fuerza y la capacidad por encima de todas las cosas. La fuerza y la capacidad de sir Ranulf están más allá de toda duda. En cuanto a su honestidad y su sentido del honor, he podido comprobarlo personalmente. Mi padre habría estado muy complacido.

Eso acabó de tranquilizar a los caballeros. El resto de la velada transcurrió con normalidad, sobre todo porque Reina invitó nuevamente a sir Walter a compartir la mesa principal. Eso pareció tranquilizar a Ranulf y ayudó a mantener una conversación animada. A ese hombre nunca le faltaba tema de conversación, por cierto.

Pero después de la mesa hubo un momento en que Simon se

las com uso para arrinconarla con la única preocupación que le restaba:

-¿Estáis segura, señora? ¿No habéis dejado que ese cuerpo apuesto obnubilara vuestro criterio?

Ella se echó a reír.

-¡Vamos, Simon! ¡Demasiado me conocéis para pensar así! ¿Soy capaz de anteponer la apostura de un hombre a la conve-

niencia de Clydon? No me engaño pensando que es mi persona lo que sir Ranulf codicia. Sucumbió a las mismas tentaciones que habrían convencido a john o a Richard, si mi propuesta hubiera sido para cualquiera de ellos. El amor y los caprichos no tienen peso alguno cuando de formar alianzas se trata, y ni el uno ni los otros influyeron sobre mí cuando elegía a Ranul£ Es fuerte, capaz...

-¿Fuerte? Ese hombre es un gigante, por si no lo habéis notado, señora mía.

Ella rió entre dientes al ver la expresión sobrecogida de su vasallo.

-Sí, es cierto. Deberíais haber visto cómo puso en fuga a los hombres de Rochefort, y hasta mató a uno de cada dos antes de que pudieran escapar. En caso de necesidad, podréis contar con él, Simon; sobre eso podéis estar tranquilo. Pero lo más importante es que estará disponible cuando quiera lo necesitéis, pues nunca estará fuera, visitando otras propiedades que en nada se relacionen con Clydon.

Con eso Simon quedó satisfecho. Pero a Reina aún le quedaba una dificultad por delante: la asignación de aposentos. Cuando al fin quedó a solas con Ranulf, ya no pudo eludirla más. Tenía que alojarlo en las habitaciones del señor, puesto que Simon siempre utilizaba la alcoba de la torre oeste y ya se había retirado a ella. Las habitaciones del señor eran las más apropiadas para Ranul£ Pero ella aún no las compartiría con él.

Desde luego, para él sería un alivio y no una molestia. Sólo cabía sospechar que podía irritarse, porque aquella mañana, tras requerirle que se desnudara, había dicho que eso podía esperar hasta la noche. Probablemente él lo había olvidado, pero ella estaba preparada, si acaso no era así. Lo que la preocupaba era si él aceptaría.

Cuando Ranulf estaba por hablar, solos ambos ante el hogar, ella se adelantó:

-Acompafíadme, señor.

Un sirviente esperaba al pie de la escalera para iluminar el camino. Lanzo había recibido ya indicaciones sobre el sitio donde debía poner la armadura de Ranulf, que se le había quitado a su llegada, dejándole la espada. El jovencito aguardaha en la antecámara, medio dormido en un jergón, pero se espabiló en cuanto entraron.

-¡Veréis lo que es este sitio, Ranulf! -exclamó entusiasmado-. ¡Parece la cámara de los tesoros!

Reina, sonriendo, los precedió hasta la habitación más grande. Ambas estaban bien acondicionadas e iluminadas profusamente por varios candelabros.

- Son algunos de los tesoros que mi padre conquistó en Chipre -explicó ella, señalando la fina alfombra turca que cubría buena parte del suelo y dos enormes tapices, con diseños extranjeros-. ¿Sabíais que el rey se detuvo allí para conquistar triunfalmente la isla?

-No -respondió Ranulf, distraído-. Lo que acontece lejos de Inglaterra nunca me ha interesado mucho.

Ella sonrió para sus adentros, pues lo veía francamente sobrecogido por las comodidades que ofrecía la alcoba. La cama con dosel era enorme; sus cortinas, de rico terciopelo azul, lucían el escudo de armas de los De Champeney. Dentro de los dos gruesos muros exteriores había una letrina individual, regada por una cisterna desde el techo, para reducir el olor; dos hondas ventanas cuyos antepechos, cubiertos de armiño, servían de asiento, y un armario empotrado en la pared, donde se guardaban objetos valiosos, tan grande que sus padres lo habían utilizado como guardarropa para sus atuendos
de gala.

Para la ropa de uso diario había numerosos arcones, así como uno grande, con cerradura, para objetos valiosos, que contenía los preciosos platos de oro, aceites exóticos y cálices con incrustaciones de piedras preciosas, enviados por el padre desde Tierra Santa. En la alcoba de Reina había uno parecido, donde ella guardaba los documentos importantes de la familia, la vajilla de plata, ricos paños comprados a los mercaderes de Birkenham, sus costosas especias y algunas joyas y monedas.

La chimenea estaba apagada, puesto que los tapices y las alfombras reducían las corrientes de aire. Ante él había una silla rara, como las dos que había abajo, ante la mesa principal; una gran alfombra de pieles, varios banquillos y una mesa pequeña, donde había una jarra de vino. La gran tina de baño

había sido retirada del rincón en donde permanecía siempre, oculta tras un biombo, y estaba llena de agua. Aún se veía elevarse el vapor. En un banquillo próximo esperaban una gruesa toalla y un pan de jabón importado, de agradable perfume, también comprado a los mercaderes de Birkenham.

- ¿Deseáis... deseáis mi ayuda para bañaros?

Por suerte, su voz sonó lo bastante nerviosa como para que él meneara la cabeza, dándole oportunidad de retirarse.

-En ese caso os deseo buenas noches, señor.

Y desapareció antes de que él comprendiera que ésa era su intención. Reina creyó haber escapado con facilidad, pero se equivocaba. Él la alcanzó ante la puerta de su propio aposento. Sin duda su voz grave despertó a las mujeres que dormían en el aposento de las damas, entre ambos.

-¿Qué significa esto, señora?

Ella esperó que él la siguiera al extremo del pasillo. Entonces replicó:

-No creo que tal explicación sea necesaria. Vos dormís allí, yo duermo aquí... mientras no estemos casados.

-Pero sí estamos casados -recordó él frunciendo el cefío.

-Pero nadie lo sabe, señor, y vos accedisteis a ello. ¿Queréis provocar un alboroto que mancille mi honor, cuando dentro de pocos días volveremos a casarnos?

-¿Y qué será de vuestro honor cuando no haya sangre alguna en las sábanas de la boda para que todos la vean? –le espetó él.

Reina estaba preparada para esa pregunta. Sacó de sus ropas una diminuta redoma, llena de un líquido rojo.

-Esto solucionará el problema. Ahora vuelvo a desearos buenas noches.

¡Cuánto habría reído si hubiera podido verle la expresión, después de cerrarle la puerta en la cara! Pero en ese momento temía que ¿I golpeara la puerta e insistiera en sus derechos maritales; sin embargo, no fue así.

Reina se felicitó por la victoria de esa breve tregua. Se negaba a Pensar en lo que ocurriría en pocos días, cuando ya no pudiera seguir evitando el rudo lecho marital que para sí misma había tendido.

CAPÍTULO XIX

-Ven, Ranulf. Si tanto deseas pasearte, salgamos a caminar por las fortificaciones - sugirió Walier.

-En este momento no puedo salir.

- En ese caso, al menos siéntate y aparta los ojos de esa puerta. No se abrirá sólo porque la vigiles. Y si no te sientas, alguien acabará por reparar en tu tensión.

Ranulf, suspirando, se reunió con Walter a la mesa, pero no pudo relajarse. El Gran Salón estaba más atestado que nunca: sir Henry había llegado, ya avanzada la tarde, con un cortejo de veinte caballeros y otros tantos escuderos. El número de señoras también se había duplicado con las esposas de Simon y john, sus hijas, las mujeres de los otros vasallos y castellanos, que llegaban con sus esposas, y seis damas del grupo de sir Henry, entre las que se hallaban la esposa y las dos hijas casadas del conde. El ambiente era tan festivo como si las celebraciones ya se hubieran iniciado, aunque la boda no se efectuaría hasta el día siguiente.

Apenas terminada la cena se retiraron las mesas de abajo. Casi todos los presentes danzaban al compás de las rítmicas melodías tocadas por un grupo de juglares instalados en la galería. Unos pocos hombres de edad jugaban al ajedrez, pese al ruido. También había juegos de dados en el otro extremo del salón, entre los escuderos. Y los sirvientes serpenteaban entre la muchedumbre, manteniendo siempre llenas las copas de cerveza y vino.

Ranulf, por fin, se había librado del estrecho escrutinio al que lo habían sometido durante la comida; sin embargo, aún quedaban damas que no podían quitarle los ojos de encima.

Walter tenía razón: se estaba mostrando tan nervioso como cualquier novio y haciendo el papel de tonto, sólo porque Reina se había encerrado en uno de los aposentos contiguos con sir Henry.

-¡Vaya! -exclamó Walter, interrumpiendo sus pensamientos-. ¡Habría jurado que eras tú el que tanto se resistió a aceptar este glorioso botín! Y hete aquí, haciendo de tu aceptación una cuestión de vida o muerte.

-¿Te gustaría una pequeña práctica de armas?

Walter rió entre dientes.

-¿Tienes ganas de atravesarme? Antes dime qué te puso a favor de Clydon.

-Sabes muy bien que nunca me opuse a Clydon. A lo que me oponía era a casarme con una dama.

-Sí, lo sé. Pero ella viene con el botín. ¿Qué te hizo cambiar de opinión con respecto a ella?

-No he cambiado de opinión. Aún desconfío de ella como de la peste, pero tal como has dicho, ella viene con el botín.

-Por ahora ha respetado su parte del trato.

-¡No me agobies, Walteri

Su amigo ignoró audazmente la advertencia.

-¿No es cierto, acaso? Te ha presentado en términos tan favorables que todos sus hombres están dispuestos a jurarte lealtad. Además, les gustas.

Obtuvo por respuesta una mirada tan sombría que Walter no pudo,dejar de reír.

-Y aún ahora trabaja para superar el último obstáculo posible.

-¿Te parece?

-¿Es eso lo que te preocupa? ¿La crees capaz de arruinar en el último momento lo que ha hecho hasta ahora? No resulta razonable pensar así.

-Pero las mujeres no piensan como nosotros, los hombres. Y éste es el momento perfecto para lanzar la estocada: cuando nadie la espera. ¿Sabes dónde duerme? Conmigo, no. No se considera debidamente casada.

Walter quedó boquiabierto. Luego estalló en carcajadas.

- ¡Increíble! Debí comprender que tu inquietud tenía otro motivo. ¡Por los clavos de Cristo, Ranulf! Si necesitas una mujer, ¿por qué no has tomado una? Las hay por docenas, y bien dispuestas a llamar tu atención.

Ranulf no respondió. Se rehusaba a reconocer que, irritado como estaba por la actitud de su esposa, había observado a las muchachas. Cada vez que decidía abordar a alguna e indicarle sutilmente sus deseos de que fuera más tarde a su alcoba, se encontraba bajo la vigilancia de Theodric, aquel condenado mariquita, casi como si el muchacho pudiera leerle los pensamientos. Resultaba frustrante hasta lo indecible, pero él no estaba dispuesto a arriesgarse a disgustar a su esposa antes de que pasara a serlo ante los ojos de los suyos. Sin duda, su «doncello» lo estaba frustrando deliberadamente. Y cuanto más se veía privado de mujer, más deseaba estar con una.

Pero ella lo denunciaría como libertino si no se contenía por unos días. Y Ranulf no le daría ese gusto. A las damas les encantaba moralizar, aun a las hipócritas que retozaban tanto como sus respectivos esposos. Malditas, todas ellas.

-Se diría que no deseas vivir mucho tiempo, ¿verdad, Walter?

-Está bien, está bien, no te fastidiaré más. Pero al menos he logrado distraerle de lo que ocurre en ese cuarto, ya ves que resulto de utilidad.

-Pero este hombre no tiene propiedades, lady Reina, ni siquiera una finca. ¿Cómo pudo vuestro padre haberlo elegido por encima de todos los caballeros terratenientes entre los cuales podía escoger?

Reina no tenía preocupaciones con respecto a esa entrevista' Henry era un hombre menudo, no más alto que ella, con aspecto de escribiente. Sin embargo, en ausencia de lord Guy detentaba todo el poder de Shefford. Pero no era hombre que se vanagloriara de

ese poder ni se deleitara con el miedo que podía provocar. Era sensato e inteligente. Bastaría con una explicación razonable para que comprendiera su punto de vista.

-Un hombre carente de otros deberes e intereses importantes hará de Clydon su principal preocupación -respondió-. Mi padre no tenía interés en aumentar los dominios de Clydon, sino en protegerlos y conservarlos tal como se los dio el conde. Sir Ranulf no tendrá un señor feudal que esté en conflicto con su debida lealtad al conde, como sucedería con otro lord. ¿Cómo podéis oponeros, si conviene a los intereses del conde contar con un hombre que sólo le rinda homenaje a él, como mi padre en su momento?

-No había pensado en eso, pero tenéis razón, desde luego. Reina sonrió.

-Además, sir Henry, es rico. Es mercenario desde hace tiempo, y ya sabéis la gran demanda que hay de ellos en la actualidad, puesto que tantos caballeros nobles han ido a las cruzadas. -Le entregó la copia del contrato matrimonial que él llevaría al castillo de Shefford. Esperó a que sus ojos se ensancharan ante la parte de Ranul£ Luego agregó-: Podría haber comprado tierras hace mucho, pero ha estado atareado en ganar más dinero. Todavía puede comprar si consideramos que es necesario. ¿Aún os parece importante?

-No, en absoluto. Deberías haberme dicho antes que goza de tanta prosperidad.

Ella se encogió de hombros.

-Lo que nos interesa es su capacidad.

-Cierto, cierto -reconoció él, distraído, mientras echaba un vistazo al resto del contrato. Luego-: ¿Os devuelve todo? ¿Cómo hizo vuestro padre para que accediera a eso? Los hombres suelen luchar para no dar nada, pero él os devuelve todo lo vuestro y, además, ¡todo cuanto posee pasa a vos!

-Sabéis que mi padre era demasiado generoso para proponer algo así -replicó ella-. Eso fue propuesto por el propio Ranulf, pues no desea que sus familiares se beneficien con este matrimonio; no los reconoce como familia. A nosotros nos favorece aceptar esa idiosincrasia.

-Por cierto -concordó sir Henry-. Nunca he visto contrato matrimonial tan ventajoso para la novia. Lord Guy quedará muy complacido.

A Ranulf se le hizo un nudo en el estómago (al menos, ésa fue su impresión) al ver la sonrisita presumida con que Reina salía de la habitación, acompañada por sir Henry.

-Shefford aceptará con gusto vuestro juramento, sefíor -le dijo, transformando la sonrisita presumida en otra muy amplia.

Él no lo pudo creer. Imposible. Era imposible que ella se sintiera feliz por cargar con él. El golpe bajo se produciría, sin duda, antes de la ceremonia nupcial o durante la ceremonia misma. Pero se produciría.

Esa noche, Ranulf se acostó muy pesimista. Estaba seguro de que dormía por última vez en la alcoba del señor. ¿Clydon, suyo? Había sido una bonita fantasía, por un tiempo muy breve.

Por la mañana, como primera medida, hizo que Lanzo afilara su espada. Si tenía que batirse para escapar de allí, lo haría. Además, hizo que el muchacho indicara a los otros que estuvieran preparados. Walter se desternillaría de risa, pero eso era preferible a acabar degollados. Y no se trataba sólo del nerviosismo de cualquier novio antes de la boda. Después de todo, lo que estaba a punto de suceder era una mera formalidad. Ya estaba casado... aunque su esposa quisiera ignorarlo.

Lo que ella había hecho era de una crueldad indescriptible. Lo más honrado habría sido rechazarlo en cuanto sus hombres le salieron al encuentro. Pero no: ella había decidido esperar a que llegara el representante de Shefford, con más soldados aún, para engañar a

Ranulf, dejándole pensar que Clydon podía ser suyo, que ella lo quería como lord. La única demostración franca de sentimientos había sido su negativa a compartir el lecho. Eso habría debido servir de indicación a Ranulf, en vez de irritarlo hasta la furia.

La llegada de su atuendo de bodas le despertó poco entusiasmo, aunque Lanzo estuvo a punto de desmayarse de admiración. El manto de terciopelo purpúreo, ribeteado de armifío blanco, era lo más fino que había poseído en su vida; claro que nunca había sido proclive a gastar dinero en ropas, puesto que no tenía a quién impresionar y había cosas mejores en que

invertir su paga. La chaqueta, de mangas largas, tenía tantos hilos de plata que, de lejos, parecía un paño enteramente plateado y no fina seda blanca. Incluso las calzas eran de la mejor calidad; incluían un cinturón con hebilla de plata, haciendo juego con el broche de su manto, ambos decorados con pequeñas piedras purpúreas. Y todo parecía recién confeccionado.

El calce perfecto indicaba que las ropas habían sido cortadas especialmente para él. Pero el ánimo de Ranulf, aún sombrío, le impedía prestarle atención.

Apenas atendió a los elogios de sus amigos, que ponderaban su nuevo atuendo; ni siquiera reconoció a su esposa cuando ella entró en el salón y casi no se enteró de que lo llevaban fuera del torreón, para la breve cabalgata hasta la aldea, en cuya iglesia se realizaría la ceremonia. Acicateado por el sacerdote, logró repetir los términos del contrato matrimonial, lo que él debía aportar al casamiento, y dio a su esposa un anillo en prenda de la dote estimada, junto con un presente de monedas de oro. El anillo y el dinero representaban el juramento. Luego intercambiaron sus votos, para que todos los escucharan, y antes de que Ranulf pudiera cobrar conciencia estaban ya entrando en la iglesia para la misa de esponsales.

Sin embargo, durante el largo oficio no llegó a comprender que ya estaba todo hecho. Se había casado nuevamente con su encumbrada esposa. Aunque sus hombres estaban preparados para cualquier eventualidad, él estaba tan aturdido que habrían podido derribarlo sin que hubiera visto llegar el golpe. Sólo terminada la misa, cuando sir Henry se acercó a él para recibir su juramento de fidelidad a Shefford, comenzó a sospechar que se había comportado como un idiota. Terminado ese acto, los vasallos de Clydon se apresuraron a imitarlo y le juraron lealtad, reconociéndole como señor.

Pasado el aturdimiento, pero no el asombro, Ranulf miró a su esposa, que iba cogida de su brazo, en tanto abandonaban juntos la iglesia:

-¿Os habéis casado conmigo?

Ella gorjeó con una risa suave; luego se le acercó para susurrarle:

-Me alegro de que hayáis estado presente en nuestra primera boda, seiíor, porque no parece que seáis muy consciente de ésta.

Los vítores de la multitud que esperaba afuera cayeron sobre un novio de cara muy roja.

CAPÍTULO XX

Si Ranulf pensaba que la comida del día anterior, en honor a sir Henry, había sido un verdadero festín, su banquete de bodas fue digno de un rey. Se sirvieron seis platos: el doble de lo acostumbrado; cada uno consistía en numerosas preparaciones: carne, ave, pescado, huevos, verduras, postres. El último fue una sutileza: un preparado de azúcar, pasta y gelatina, modelado formando escenas de amor cortesano.

Se observó -la ceremonia completa: el despensero fue el primero en entrar, con el pan y la mantequilla, seguido por el mayordomo y sus ayudantes, que llevaban el vino y la cerveza. Los escuderos se alinearon detrás de las mesas para servir a sus respectivos caballeros, cortar las carnes y reemplazar los sucesivos platos de madera.

Dada semejante variedad, todos quedaron con el apetito bien saciado. Había asado de ternera, cerdo salvaje, cordero, venado, perdices y pavos reales. También había perdices en salsa de mostaza y jengibre o rellenas de huevos y hierbas, o carnes guisadas para quienes tuvieran dentadura débil. Para proporcionar diferentes sabores de aves sirvieron también gallos silvestres, ánades reales, garzas, chorlitos y alondras. Para quienes preferían el pescado, había rodaballo con salsa de manzanas agrias y especias, ostras sobre un lecho de perejil empapado con vinagre, eglefino con mantequilla de ajo, sardina hervida con salsa de menta y acedera o arenque fresco, cangrejos, mejillones, lampreas y tartas de pescado. Los postres fueron demasiados como para enumerarlos, desde frutas especiales hasta pasteles dulces con rellenos variados.

Su esposa no había mentido al decir que en Clydon no faltaban provisiones. Con semejante abundancia, el festín se prolongó durante el resto del día, por supuesto. Los entretenimientos no cesaban: música, chistes y cuentos proporcionados por los invitados o por artistas ambulantes, contratados por decenas para la ocasión.

Al volver de la letrina, Ranulf vio que se habían retirado las mesas de abajo para iniciar el baile. Los danzarines circulaban cantando y agarrados de la mano. Su señora estaba participando. Al verle reír y cantar con los otros, él comprendió que la veía realmente por primera vez en todo el día, aunque ella nunca se había alejado mucho de su lado desde que salieran de la iglesia.

La joven encandilaba con un encanto especial, que no surgía, por cierto, sólo de su brillante atuendo. Su camisa era de la misma seda blanca que la túnica de Ranulf, entretejida con hilos de seda; su túnica, de seda azul intenso, con los bordes bordados de plata; un cinturón que refulgía de piedras preciosas, rojas y azules, le ceñía las caderas. No llevaba manto ni velo que opacara la riqueza de sus ropas; el pelo, negro y lustroso, flotaba libremente a su alrededor durante la danza, coronado por una diadema de plata que se inclinaba encantadoramente a un lado.

Tenía las mejillas arreboladas y sus adorables ojos azules centelleaban de placer. Sin previo aviso, el cuerpo de Ranulf cobró vida. A eso siguió rápidamente el fastidio.

Retomó su asiento ante la mesa alta: el asiento de honor, sí, la silla del señor, su silla. No importaba que le hubieran ofrecido el mismo sitio en todas las comidas anteriores: ahora le correspondía por derecho. Sin embargo, cuando pensaba en el tormento de las dudas que había llevado a su cama la noche anterior, no lograba encontrar satisfacción alguna. Y ella se había divertido al verlo tan desconcertado en la iglesia. Lo más probable era que hubiese provocado deliberadamente sus sospechas, con su sonrisita presumida, sólo para hacerlo sufrir durante la noche. Era tortuosa, desdeñosa y cruel, como todas las señoras

que él conocía. Sin embargo, al verla bailar con descuidado abandono, sintió un deseo lascivo. Sin duda se había vuelto loco.

Ella volvió sin aliento, con los rizos cortos adheridos a la cara húmeda, riendo por una broma que un noble le había gritado desde el otro extremo del salón. No echó siquiera una mirada a Ranul£ Por eso ¿I dio un respingo, arrancado de sus negros pensamientos, al oírle decir:

-¿No bailáis mi señor?

- No.

-Yo lo hago rara vez, pero hoy los invitados esperan que dancemos.

Ranulf no estaba de humor para conversaciones tan frívolas. -¿Cuándo os retiraréis? Quiero decir, ¿tardarán mucho vuestras damas en escoltaras fuera del salón?

-Oh, pero si todavía es temprano.

A él lo fastidiaba que Reina no lo mirara. Hasta llegó a preguntar:

-¿Tenéis vuestra pequeña redoma?

-Desde luego -respondió ella, distraída.

Tampoco eso provocó la reacción deseada. Ranulf tenía deseos de sentarla en su regazo, para ver si eso la hacía reaccionar. Pero por fin los ojos cerúleos giraron hacia él, demostrando que ella había estado atenta a sus preguntas. Pero interpretaba mal sus motivos.

-No tenéis que preocuparas por la ceremonia del lecho -le dijo, en suave murmullo-. No podéis repudiarme, ni yo a vos; por ende, no hay necesidad de que nos presentemos desnudos frente a todos los invitados, para la inspección.

Él gruñó, aún más fastidiado. ¿Era posible que no se ruborizara nunca cuando hablaba de esos temas? El dominio que tenía sobre sus emociones resultaba notable, pero en ese momento lo irritaba.

Por fin ella interpretó correctamente el fruncimiento de ceño:

-¿No os divertís, mi señor? ¿Hay algo que yo pueda ... ?

-Podéis ir al lecho, señora, y cuanto antes. Quiero terminar con las formalidades del día.

Por fin ella se ruborizó y bajó la vista al regazo. Guardó silencio un largo instante, pero al fin hizo un gesto afirmativo, breve y rígido, y se levantó para retirarse.

Ranulf se inclinó en el asiento, sintiendo que la tensión lo abandonaba. No se había dado cuenta de lo importante que le resultaba la respuesta a recibir en esos largos segundos de silencio. Si ella hubiera tratado de contradecirlo... pero no. Había tomado sus palabras como orden y obedecido, dejándole una sensación muy satisfactoria, que le duró dos minutos. Sólo entonces cayó en la cuenta de que, en realidad, aún era temprano y de que su esposa se había estado divirtiendo en grande, antes de que él le impusiera su humor sombrío. Y en realidad no tenía motivo para estar tan enfurruñado. ¿Acaso no era el señor de todo cuanto veía? ¿No tenía tanto poder como su propio padre?

Sí, pero ¿qué había hecho para ganarlo?

-¿Qué hace eso aquí?

Reina vio el «eso» en cuestión plantado en el centro de su lecho nupcial. Había hecho espulgar a *lady Eífa* a su llegada, pero no sabía que la bestezuela compartiera el aposento con su dueño.

-Es la mascota de Ranulf -respondió a la áspera pregunta de dama Hilary.

-¿De veras? -Otra de las damas rió infantilmente.

Reina también sonrió. Si eso les parecía divertido, ¿qué dirían cuando vieran aquel feo animal envuelto al cuello del gigante?

-Pero nunca se ha permitido entrar animales en esta planta -insistió dama Hilary.

Reina se encogió de hombros.

-Ahora Clydon tiene un nuevo señor. Si él desea tener a su mascota en su alcoba, ¿quién va a contradecirlo?

-Vos, señora.

Caramba, qué confianza le tenían. Si hubieran visto la celeridad con que había corrido a buscarlas para que la acostaran, no pensarían ahora que ella podía deshacerse de una gata esmirriado. Al aposento se lo llamaba «la alcoba del señor», desde luego, pero los dormitorios eran, por tradición, dominio de la señora, quien podía elegir con quién compartirlos... mientras no se tratara de su esposo.

Pensando en él y en lo mucho que la había abrumado al gruñirle aquella orden de acostarse, dijo a dama Florette:

-Llevadla a la cocina para que le den un poco de leche caliente. -De inmediato se le ocurrió que el cocinero podía disgustarse y agregó-: Explicad al personal de la cocina a quién pertenece, para que no la echen a los establos.

-¿Muerde? -preguntó la joven viuda, cautelosa.

Hilary tomó a *lady* Ella por el pellejo del cuello y se la ofreció a Florette.

-Si os muerde, devolvedle el mordisco.

Eso provocó la risa general y calmó un poco el nerviosismo de Reina. Ya había pasado por el primer acoplamiento, que era el peor, y no tenía muchos motivos para estar nerviosa... pero lo estaba. Quizá había hecho mal en ordenar que se aguara el vino de su esposo hasta reducirlo a poco más que agua coloreada. Si se hubiera achispado un poco, divirtiéndose más, tal vez no tendría tanta prisa de llevarla al lecho. Quizá había hecho mal también en provocarlo. La conducta de Ranulf había sido extraña durante todo el día, vacilante entre el desconcierto y la simple acritud; no era humor para aceptar de buen grado una broma.

¿Qué se podía esperar de un gigante sobrio y malhumorado? ¿Otro encuentro apresurado y rudo? ¿O rudo y largo? *¡Pardiez,* había sido una locura meterse en ésas! ¿O tal vez ni siquiera habría acto de amor?

Esa idea le animó un poco. Después de todo, ella le había mostrado la redoma de «sangre» que tenla para manchar las sábanas nupciales. Ranulf no estaba obligado a acostarse con ella sólo porque toda Clydon lo esperara así. Y sólo había dicho que deseaba concluir con las formalidades, no que tuviera intenciones de...

Reina había recuperado todo su nerviosismo, pero ése era el estado en que supuestamente debía encontrarse, de modo que no provocó más comentarios que las bromas usuales en la ocasión.

Guardó silencio mientras le quitaban cuidadosamente las ropas para guardarlas en el armario, pero al ver la blanca camisa en manos de Hilary recordó que su esposo no había hecho ninguna mención de la ropa nueva. Sus damas habían trabajado muchas horas, a petición de ella, para terminar a tiempo el manto y las calzas. Ella misma le había cosido la chaqueta, haciendo juego con sus propias prendas, para lo cual utilizó otra pieza de aquella preciosa seda con hilos plateados que había estado reservando. ¿Por qué se había tomado tantas molestias? Difícilmente volvería a hacerlo, si el hombre se lo agradecía tan poco.

Sin embargo lucía bien, muy apuesto. ¿Qué necesidad había de recibir su agradecimiento, si una podía sentirse tan orgullosa al verlo con su espléndido atavío?

Suspiró. De inmediato recordó dónde estaba y se ruborizó. Pero nadie la había oído. Las mujeres estaban demasiado ocupadas en festejar con risitas las bromas que hacían.

Lady Margaret sacó un peine y comenzó a acicalar la larga cabellera de Reina. Al cabo de un rato oyeron que los hombres se aproximaban y la joven fue puesta en la cama con celeridad. Allí debía esperar, como la virgen en el altar del sacrificio... y así se sentía.

Si alguien suponía que los alegres camaradas de Ranulf lo llevarían en andas hasta franquear el umbral, como solía ocurrir, Reina podía asegurar que dificilmente ocurriría así. ¿Quién sería capaz de alzarlo? Y nadie lo intentó. Pero la joven habría sentido multiplicarse sus temores si hubiera sabido que él mismo encabezaba la jauría en la escalera.

Las bromas soeces continuaron, más escabrosas que nunca tras la llegada de los hombres. Reina se negó a escuchar; tampoco quiso ver a Walter, que se atrevía a despojar al novio de su chaqueta. Se centró en la cacería que había preparado para la mañana, en lo que haría preparar para la cena, si la mitad de los invitados se quedaba a pasar el día completo... y era probable. Pensó en la visita que debía a los aldeanos para atender sus enfermedades, cosa que había descuidado en los últimos días. Pensó en cualquier cosa que la distrajera. Y de pronto la puerta se cerró, interumpiendo su concentración. Reina tragó saliva con dificultad: estaba a solas con su esposo.

Él mismo había cerrado la puerta y, sin más pérdida de tiempo, fue directamente a la cama. Aún llevaba las bragas y las calzas, pero nada más. Reina contuvo el aliento. ¿Saltaría otra vez sobre ella?

Esta vez no fue así. Ranulf le arrancó las mantas.

Reina ahogó una exclamación, un sonido diminuto que sólo ella advirtió. El le miraba el cuerpo con tanta atención que, si el techo se le hubiera caído en la cabeza, no se habría inmutado. La joven seguía sin respirar, temerosa de moverse, temerosa hasta de cubrirse con las manos, sin saber qué haría a continuación el imprevisible gigante con el que se había casado.

-Conque no era sueño -comentó él.

Los ojos de Reina se movieron cautelosamente hasta hallar los de él, ahora oscurecidos hasta el añil. Él parecía sorprendido por lo que había descubierto. Y expresaba otras emociones que ella no pudo determinar.

-¿Eso es bueno... o malo?

La única respuesta fue un gruñido. ¿Acaso esperaba cumplidos, después de todo lo que le había hecho pasar? Pues podía esperarlos sentada. Pese a eso, ¡por todos los santos!, bien se alegraba de que cuanto había llevado en la mente en los últimos días no fuera sólo un sueño.

Ahora la recordaba claramente, de pie en el centro de su cama, vestida con una camisa corta, como una pequeña valkiría a punto de batallar con él. Eso lo había inflamado otra vez, como al verla a horcajadas en el caballo. ¡Pero su cuerpo desnudo! ¿Quién habría podido pensar que aquella mujer ocultaba formas tan perfectas bajo las ropas? Aunque fuera de corta estatura, todos sus miembros guardaban proporciones exactas.

Quería permanecer así, mirándola. Quería arrojarse sobre ella. Lo irritante era no poder hacer ambas cosas al mismo tiempo. La vez anterior no había estado seguro de nada. Pero ahora, si bien su lascivia no era menos rampantel podía dominarla... o al menos eso esperaba. Por lo clavos de Cristo, ¿se encontraría siempre en desventaja con esa señora?

Una rodilla descendió sobre la cama; luego, la otra. Oyó su exclamación ahogada y volvió a mirarla a los ojos, apreciando lo que antes le había pasado inadvertido.

-¿Tenéis miedo? -preguntó.

El gesto afirmativo lo tomó por sorpresa, sobre todo porque recordaba sus sarcásticas palabras, dichas en la mañana posterior a la boda, al preguntarle él, estúpidamente, si la había matado: «¿Acaso os parezco muerta?».

Comenzó otra vez:

-Sin duda sabéis que...

- Lo sé.

-¿A qué teméis, pues? ¿Creéis que soy diferente de los otros hombres?

Ella emitió un sonido ahogado que produjo en Ranulf un rápido fruncimiento de ceño. En seguida bajó la vista a su propio cuerpo y reconoció, a regañadientes:

-Sí, un poco diferente, tal vez.

El gemido se agudizó, lo cual le hizo juntar las cejas un poco más.

-No hace falta que deis detalles. Y tal como os apresurasteis a decirme, ya una vez soportasteis mi tamaño sin morir. ¿Qué teméis ahora?

-Supongo... supongo que es lo desconocido, el... el no saber por qué estabais tan impaciente por tenerme aquí, a solas.

Él la miró con incredulidad.

-De no saber... Señora, ¿por qué otro motivo pude mandaros a acostar?

-Pero vuestra impaciencia...

-¿Qué esperabais, si la única mujer que en adelante debe estar en mi lecho no acude a él? Puedo mantener la abstinencia como cualquier hombre, cuando es necesario, pero la abstinencia forzada no le va a mi carácter. Será mejor que lo sepáis desde ahora: no me gusta que se me niegue lo que deseo.

Y volvió a fruncir el ceño: acababa de comprender que ella, astutamente, le había hecho admitir que la deseaba, aunque él sólo experimentara una fugaz lascivia. Porque era sólo lascivia, ¿no? Por cierto. Cualquier hembra podía satisfacer esas ansias, aunque las hubiera provocado ella. Pero en ese caso, ¿por qué la había obligado a abandonar los festejos, si le hubiera sido posible escabullirse por unos instantes con cualquier moza de buen ver, sin que se lo echara de menos?

Unos dedos en la frente lo sobresaltaron, interrumpiendo sus pensamientos.

-¿Por qué lo hacéis? -preguntó ella.

- ¿Qué?

-Fruncir el ceño con tanta frecuencia, sin motivos fundados. ¿Sabéis que nunca os he visto sonreír?

-Si queríais sonrisas, debisteis haberos casado con Walter -replicó él agriamente.

-Sí, él tiene cierto encanto alegre... pero me he casado con VOS.

-Así ha sido, pero ¿por qué? Y esta vez quiero saber la verdad, señora, pues no se trató de que os vierais obligada a elegir entre Rothwell y yo. Tuvisteis oportunidad de desecharme, una vez estuvisteis de regreso aquí.

-Pero ya escuchasteis lo que dije a mis vasallos. Era la verdad, Ranulf. Decidí que vos erais el mejor candidato para Clydon.

-¿Y para vos?

-Clydon está ante todo.

Había tardado un momento en responder, y la respuesta resultaba muy poco satisfactoria. Pero lo tenía claro si esperaba recibir cumplidos de aquella mujer. Nunca le había dado motivos para pensar que lo deseaba. De cuantas mujeres conocía, era la primera que no lo miraba con algún interés, sexual o no. Y él la había desposado; estaba casado con una mujer que mostraba miedo cuando menos correspondía, que prefería evitarlo, sobre todo en la cama, cuando otras mujeres se disputaban el mantenerse en su lecho. Bueno, ella misma se lo había buscado. Le gustara o no, sería suya.

-¿Aún tenéis miedo? -preguntó con sequedad. - No.

-Me alegro, porque ya me habéis rechazado demasiado tiempo con estas tonterías.

-No creo que fueran...

-¡Por todos los santos, no se os ocurra discutir ahora, señora!

Ella emitió un sonido que se pareció sospechosamente a una risita, pero a Ranulf ya no le importaba. Había dominado su lujuria hasta entonces sólo porque no le gustaba que ella le temiera; cuanto menos, que le temiera en la cama. Pero mientras hablaba para calmarla, aquella mata de vello entre sus piernas le subyugaba; brillo negro contra una pálida piel blanca, era un imán para su mirada... y para sus manos. Por fin, cedió.

Ella aspiró bruscamente al sentir que un dedo se deslizaba dentro de su cuerpo, pero no fue eso lo que detuvo a Ranulf, sino el hecho de encontrarla seca, sin una gota de humedad que lo alentara; eso nunca le había ocurrido hasta entonces.

Aun sabiendo lo que iba a ocurrir, ella no estaba lista. Resultaba frustrante, considerando que su deseo no había disminuido en absoluto. ¿Y qué sabía él de excitar a una mujer, sobre todo a una dama? Generalmente era él quien no estaba listo y no a la inversa. Pero cabía esperar algo así de una mujer que se mostraba tan indiferente.

Y de pronto se le ocurrió otra idea. La miró ásperamente, e indagó:

-La vez anterior, ¿estabais tan poco dispuesta como ahora?

En ese caso, el dolor habría sido mucho más intenso, lo cual explicaría su actual renuencia y su miedo anterior. Sin embargo, la respuesta fue un rubor que se expandió hasta sus adorables pechos. Y ella era una dama que no se avergonzaba de llamar a las cosas por su nombre.

¿Se equivocaba? ¿Acaso el generalete no era tan inmune a él como aparentaba? En el momento en que se lo preguntaba, su dedo fue empapado por una humedad caliente, aunque no lo había movido, y el rubor de la joven se acentuó aún más.

La carcajada de Ranulf fue espontánea; se sentía más que aliviado: encantado. Su risa sorprendió a Reina que lo miró como si lo creyera loco, pero a él no le importó.

- ¿Ocurre... ocurre algo malo, mi señor?

-No, todo está bien.

Se sentó en la cama para desanudarse los cordones, aunque no apartó la mirada de ella. No recordaba lo que había hecho en la ocasión anterior, pero sus dedos impacientes volvieron a romper los lazos para quitar el resto de la ropa. Y estaba impaciente otra vez. Ella lo deseaba. No se había casado sólo por el bien de Clydon. ¡Ja! Aquella pequeña bruja no cedería una pizca, haría cualquier cosa por disimular la verdad, pero había cosas imposibles de ocultar, y ella acababa de descubrirlo.

-Si vuestra intención es... -comenzó, nerviosa. Luego lo intentó otra vez-: ¿No cerraréis primero las cortinas?

-Después -dijo Ranul£

E impidió cualquier otra pregunta cubriéndole la boca con la suya, en tanto la ponía en la posición adecuada. ¡Qué bien sabía esa mujer! ¿Cómo podía haberlo olvidado? Retrasó la penetración... hasta que las manitas le rodearon el cuello, vacilantes. Esa pequeña respuesta fue su perdición: se hundió en su calidez con un gruñido. ¡Qué maravillosa sensación! ¿Cómo había olvidado también eso? Era como una mano suave que lo estrechara, atrayéndolo hacia adentro, más adentro.

Lo que hasta entonces había sido sólo una necesidad física, igual que el comer o el orinar, ahora parecía diferente. Quiso saborear la sensación, pero el desear y el conseguir no siempre se funden. En ese momento lo reconoció. Su cuerpo no estaba dispuesto a contenerse, no podía hacerlo. Y ya no importaba. Todo perdió importancia, en medio de la culminación más plena de su vida. Oyó vagamente un rugido capaz de estremecer las vigas del techo y no supo que era suyo.

CAPÍTULO XXI

El alféizar de la ventana estaba sombreado y silencioso, con la frescura del aire nocturno que emanaba de los paneles de vidrio. Reina, sentada en el asiento cubierto de pieles, con las piernas recogidas contra el pecho y los brazos alrededor de ellas, contemplaba pensativamente el cielo, que viraba poco a poco al malva, luego al espliego. Su esposo aún dormía. Había dormido apaciblemente durante toda la noche, a partir del momento en que se apartara de ella. Reina no había tenido tanta suerte.

Había pasado largas horas tendida a su lado, escuchando su respiración suave y pareja. Habría preferido que él roncara a todo pulmón, para tener algo de qué quejarse, puesto que no podía quejarse de lo que en verdad le molestaba. Pero él no le dio más satisfacción en ese sentido que en lo otro, rato antes. Reina había estado muy cerca de... ¿de qué? No estaba segura, pero sin duda valía la pena, puesto que podía provocar en él, fuera lo que fuese, aquel primario rugido de placer.

Esta vez, sin dolor, había sido diferente; resultaba muy grato tenerlo dentro de su cuerpo. La sensación era muy extraña pero no daba miedo: al principio, cálida y lánguida; después había aparecido otra vez ese aleteo en su vientre. Entonces la calidez se hacía más intensa, la respiración se tornaba difícil y algo empezaba a acumularse en su interior, centrado en su ingle: algo muy, pero muy agradable. Y de pronto todo terminó, dejándole una frustración tan aguda que había estado a punto de golpear a su marido, instantáneamente dormido.

Pero no cometió la locura de hacerlo. Y la frustración tampoco duró tanto. Fueron otros pensamientos los que la

mantuvieron despierta: pensamientos provocados por la extraña conversación que habían mantenido.

Todo aquello, al recordarlo, tenía algo de irreal. Nunca habría imaginado que a Ranulf podía preocuparle el nerviosismo de su mujer, pero así era. ¡Y qué divertido había estado al asegurar que no se diferenciaba de los otros hombres, considerando que, además de ser un verdadero gigante, era sumamente atractivo! Y después, al decir que su impaciencia se debía a que se le había negado lo que deseaba... ¿Ella? Parecía improbable.

Reina sabía que no era hermosa. Tenía una boca demasiado ancha y grande para cara tan pequeña; su pelo era negro y feo; sus pechos, tan menudos que no valía la pena reparar en ellos. Tenía buen cutis y eso la salvaba. La gente parecía reparar siempre en sus ojos antes que nada. En un buen día podía pasar por bonita, pero ya era mucho decir. Entre sus sirvientas las había más agraciadas; algunas eran realmente hermosas, como Eadwina. Y ella había visto con sus propios ojos el tipo de mujeres que atraía a Ranul£ Ella no era de esa clase.

¿Por qué un hombre de aspecto tan estupendo como Ranulf Fitz Hugh podía haber dicho semejante cosa? El valor de Reina radicaba en lo que podía aportar al matrimonio, no en sí misma: ella lo sabía desde siempre. Sin embargo, él había dicho aquello, y Reina había experimentado un placer embriagador al oírlo... antes de restarle crédito.

Después, sus papeles se invirtieron de algún modo. Ella le oyó dudar de su propia valía; eso le dio una pauta de lo que tanto le había molestado en los días anteriores: no estaba convencido de que ella lo considerara el mejor amo para Clydon. ¿Qué podía importarle lo que ella pensara, al fin y al cabo? Eso no tenía sentido alguno.

Después, la impaciencia del joven volvió, y ella descubrió que en verdad la deseaba. No fingía. Si su tensión contenida había sido palpable desde un principio, el motivo quedó a la vista cuando su mano buscó el centro de la femineidad de Reina. En ese instante, ella vio por casualidad el bulto erecto que ocultaban las bragas. Cualquiera fuese el motivo, durante la noche anterior él había experimentado un fuerte deseo... probablemente porque ella se le había negado y Ranulf no toleraba las negativas.

Aún no llegaba a comprender, empero, aquella risa triunfante que tanto la sorprendiera, sobre todo tras la bochornosa pregunta sobre si la vez anterior había estado preparada. Obviamente, él no recordaba nada de aquella primera noche; de lo contrario no le habría sido necesario preguntar. Y con sólo recordar lo preparada que había estado, la misma humedad le calentó la entrepierna. Entonces, la carcajada: la primera que ella le escuchaba, transformándolo, haciendo de él un hombre completamente diferente, mucho menos gruñón, hosco e inabordable.

Pero eso no duró. En la segunda oportunidad él no se le había echado encima, pero la sensación fue la misma, debido a su aflebrada prisa por obtener de ella lo que obtenía, fuera lo que fuese. Al evocarlo, Reina volvió a recordar su frustración y frunció el ceño. ¿Sería siempre así, apresurado y fugaz? ¿Eso era lo normal? ¿Acaso la falta radicaba en ella, que no era lo suficientemente rápida en sus reacciones?

Unos ruidos en la cama le llamaron la atención. Sorprendida, vio que la luz del amanecer había hecho desaparecer todas las sombras del cuarto. La vela solitaria que ella había encendido para ponerse la bata y preparar las evidencias en las sábanas se había apagado, ya consumida, pero tampoco hacía falta. Reina no había pensado en esas sábanas la noche anterior; por suerte, despertó temprano, con tiempo para que «la prueba» se secara antes de que llegaran las damas para retirar las sábanas, como indicaba la tradición.

Su esposo, dos veces desposado, estaba sentado en la cama. La arruga que le surcaba la frente no desapareció del todo al hallarla, por fin, en el rincón más alejado del alféizar.

- ¿Escondida, señora?

-¿A plena vista, mi señor?

Su gruñido se oyó con claridad en toda la alcoba.

-¿Por qué no me despertasteis?

Ella estiró las piernas y sintió que se le habían entumecido, de modo que tardó un momento en levantarse.

-Es temprano, pero tal vez queráis vestiros ahora mismo. No hay modo de saber cuándo llegará nuestra compañía. -¿Qué compañía? Ah, sí, cómo he podido olvidarlo.

No era una pregunta y fue pronunciada con tono seco. Entonces Ranulf bajó la vista a las pocas gotas de sangre que ella había dejado caer en la sábana, a su lado; una ceja dorada se arqueó.

-No hacéis justicia a mi virilidad, señora, cuando en verdad os arrancó un verdadero charco de sangre. Quizá debería haber ofrecido a la inspección la verdadera sábana.

Ella no podía creerlo. ¿Su gruñón esposo, haciendo bromas? ¿O no era broma? Se adelantó hacia el lecho, a paso lento.

-¿De verdad... de verdad guardáis esa sábana?

-Sí. Está en ese arcón, y me gustaría que la sacarais. Este engaño que hemos llevado a cabo no me sienta bien. Quiero que vuestros hombres sepan la verdad.

Ella agrandó los ojos un momento, pero luego se relajó. También a ella la molestaba el engaño. Y ahora que la segunda boda estaba cumplida, no había ninguna necesidad de mantenerlo.

-Sí. Ahora aceptarán la verdad con mejor disposición. Hoy mismo lo diré.

Ranulf pareció sorprenderse de que ella no discutiera, pero Reina aún no había terminado.

-Sin embargo, con las mujeres la cosa es distinta. Para no provocar dudas y chismorreas, ellas deben tener la certeza de que vos no dudáis de mi virtud, y sólo vos podéis asegurarles eso. Podéis solucionar lo de las sábanas como gustéis, pero eso corre por vuestra cuenta.

Pensó que ¿I se resistiría, a juzgar por su cara de disgusto, pero él hizo una breve señal de asentimiento. Después de todo, no era tan difícil convencerlo, y eso le quitó una preocupación de la mente. Pero aún no había terminado.

-Sin embargo, lo que le dije a sir Henry debe mantenerse.

-¿Qué le dijisteis?

-Que erais el hombre elegido por mi padre para mí. Mi propio padre inició el engaño con lord Guy y no quiero que se lo tilde de mentiroso.

-¿Y él me habría aceptado como esposo vuestro, señora?

-Sí, creo que sí.

- Sea.

- Bien. Y ya que estamos despejando el ambiente, por así decirlo, ¿no sería hora de que comenzáramos a tutearnos? ¿Recuerdas mi nombre?

-Conque ha vuelto el generalete, y con verdadero sarcasmo. Es lo que me hacía falta para despertarme.

Reina se puso rígida.

-No es ése el nombre que me gusta, esposo mío.

-Lo que te gusta no me interesa mucho, por ahora... esposa mía.

Ella retiró su conclusión anterior sobre que él era un hombre fácil de tratar. Casi tan fácil de tratar como un cerdo salvaje.

-No es bueno iniciar la jornada con una reyerta -dijo fríamente.

-A mí me sienta bien -gruñó él, sin duda sólo para contradecirla.

-¿De veras? Es lo que os hace falta para despertamos, ¿eh? -replicó ella, utilizando las palabras de Ranulf-. Será mejor que os deje.

-Adónde vais?

Ella se detuvo cerca de la puerta. -No creo que os incumba...

- ¿Adónde?

Conque su propia vida ya no le pertenecía. Reina había previsto que debería renunciar a eso al elegirlo en vez de Richard o john, a quienes habría podido manejar con facilidad. Se volvió hacia él con un suspiro.

-A esta alcoba sólo fue traída esta bata -explicó, señalando el terciopelo blanco que la envolvía-. Iba a mi antigua habitación para vestirme y disponer que traigan aquí mis pertenencias, mientras salimos de cacería. A menos que hayáis cambiado de opinión y prefiráis no compartir conmigo estos aposentos.

El frunció el ceño ante el dejo de esperanza que se detectaba en la voz de su esposa.

-Dormiréis aquí, como corresponde.

Lo mismo había dicho la noche anterior. ¿Por qué se mostraba tan obstinado, si en verdad no la deseaba allí?

Con un gesto de aquiescencia, no menos rígido que el de Ranulf un momento antes, Reina continuó su camino. Se negaba de plano a pedirle permiso para retirarse. Si era necesario hacerlo, pasaría en ese cuarto el resto de su vida. Él no volvió a detenerla. Eso habría debido mejorar el humor de Reina, pero no fue así.

Y lo menos que deseaba, por cierto, era enfrentarse a Theo, que la esperaba en su propia alcoba para asediarla con preguntas ansiosas.

-¿Y bien? ¿Cómo estuvo esta vez?

-¿Quieres todos los detalles morbosos o te bastará con unas pocas palabras? -le espetó ella.

-Conque fue otra vez rudo y rápido.

-No tan rudo -reconoció ella, a regañadientes-, pero terminó sin darme tiempo a darme cuenta de que había empezado.

Theo se sentó pesadamente en un banquillo; su rostro joven mostraba un absoluto desencanto.

-¿Conque aún no te ha complacido?

-¿Complacerme? -resopló ella, mientras se acercaba al cofre instalado a los pies de la cama-. Dime una cosa, Theo: ¿se supone que la mujer debe sentir algo especial durante la cópula, o es sólo el deseo de otorgar al hombre los favores que él desea?

-No es a mí a quien debes preguntar, Reina. Yo lo disfruto, por cierto.

-Bueno, pues yo no.

-Pero sabes que falta algo. De lo contrario no estarías tan fastidiada. -Theo le sonrió-: Pregunta a Wenda, tal vez ella pueda describirte cómo es para las mujeres.

-No quiero preguntar a Wenda -replicó ella, con un mohín-. Dime, ¿es normal que termine tan pronto?

-Normal, no. Pero míralo de este modo, Reina: ese hombre encantador ya te ofrece el supremo cumplido de no poder contenerse por lo mucho que lo excitas o...

-¡Habla en serio, tonto!

Él esquivó la camisa que Reina le arrojó, protestando:

-¡Pero si hablo en serio! 0 de lo contrario, como te decía, es su modo de ser y no le importa que sientas placer o no. Por desgracia, hay hombres así.

-Y yo me he casado con uno de ellos. -La joven suspiró, sentándose en la cama con una chaqueta en una mano y una camisa en la otra-. ¿Qué voy a hacer?

-Puedes decirle que no te satisface su modo de... -¿Estás loco? -chilló ella-. ¡No puedo decirle eso! Theo se encogió de hombros. -En ese caso, excítalo otra vez cuando haya terminado. Habitualmente, los hombres actúan con más lentitud la segunda vez.
Eso concitó el interés de la muchacha. -¿0 sea... inmediatamente después? -Sí.
-¡Pero si se duerme!
-Despiértalo.
Ella frunció el cefío
-No creo que le guste.
-No le molestará, si lo haces bien.
-¿Cómo? ¿Y cómo lo excito?

-¡Reina! -exclamó él, poniendo los ojos en blanco-. ¿Acaso tu madre no te enseiió nada sobre cómo se complace un esposo? Lo tocas, lo acaricias por todas partes... Oh, si yo pudiera... -Ruborizado, continuó de inmediato-. Lo acaricias, sobre todo donde más cuenta.

Ella ensanchó los ojos.

- ¿Allí?

-Allí.

-Oh, bueno, supongo que no ha de ser tan difícil.

¿Qué estaba diciendo? ¿Cómo se atrevería a hacer semejante cosa?

-Pues bien, espero verte sonreír mañana por la mañana.

Ella lo fulminó con la vista.

-Ése es sólo el menor de mis problemas. No imaginas lo insufrible y fastidioso que puede llegar a ser. Si alguna vez vuelvo a sonreír, será por milagro.

CAPÍTULO XXII

Reina echó un vistazo al claro, suspirando. Se habían detenido mientras los galgos olfateaban los matorrales, tras haber perdido el rastro del gran venado que divisaran rato antes. La túnica de lana fina que llevaba la muchacha era ideal para montar, pero hacía calor, aunque todavía no era temporada, y las gotas de sudor le molestaban en las sienes, empapándose la camisa de hilo. En otra ocasión no habría reparado en eso, atrapada por el entusiasmo de la cacería, pero en esa oportunidad tenía demasiadas cosas en la mente.

No prestó atención a su esposo, que había detenido su caballo junto a ella; al menos, trató de no prestarle atención. Aquel bribón insufrible había mostrado a las damas la otra sábana, la primera. Reina tuvo que sufrir miradas de horror y compasión, que probablemente continuarían hasta que alguien se molestara en recordar que ella había vuelto a Clydon en perfecta salud. Eso era lo que había conseguido por decirle que hiciera su voluntad. Y él parecía encontrarlo todo muy divertido.

Hasta había sonreído a su esposa al reunirse con ella en el salón para el desayuno. Reina habría debido desconfiar de esa sonrisa, pero por entonces estaba demasiado intrigada por el extraño aleteo que volvía a sentir en el vientre. ¿Podía ser algo provocado por esa sonrisa? *¡Pardiez!* Sería mejor que ¿I continuara con su humor de cerdo salvaje.

-¿No son éstos los bosques donde habitan los bandidos que oí mencionar?

Reina se vio obligada a prestarle atención. -¿Te refieres a los terribles forajidos que atacaron tu campamento, aquella noche, obligándote a partir tan de prisa?

Ranulf no mordió el anzuelo. Tuvo el descaro de dedicarle otra sonrisa ante el recordatorio de la triquiñuela que había empleado para sacarla de Clydon aquella noche fatídica. Dos sonrisas en pocas horas. Decididamente, el episodio de las sábanas le había mejorado el humor. Tal vez encontraba una perversa diversión en el hecho de que las mujeres de Clydon le tuvieran miedo, por el momento, como si él tuviera un arma monstruosa dentro de las bragas, y no un pene como cualquiera. Reina no le hallaba la gracia.

-Creo que a esos mismos forajidos me refiero -respondió él, con un tono que, para su carácter, era muy simpático-. ¿Crees que veremos algún rastro de ellos?

Reina decidió refrenar, momentáneamente, su fastidio, puesto que él parecía interesado de verdad.

-Tal vez divises alguna señal de su paso, pero no los verás. Parecen saber por anticipado cuándo saldrá un grupo numeroso de Clydon o de Warhurst. Entonces se diseminan al este y al oeste, abandonando los bosques.

- ¿Warhurst?

-La pequeña población que hay al otro lado del bosque. En realidad, Warhurst sufre sus ataques más que nosotros. Ocasionalmente roban una saca de granos o un barril de manteca a mis aldeanos...

-¿Y esos importantes robos de vacas y de ovejas que mencionaste?

-Pueden ser obra de ellos, pero no lo creo. Sólo son aldeanos proscritos. ¿A quién venderían esos animales? Y en los bosques consiguen toda la carne que necesitan. No, lo que suelen hacer con frecuencia es asaltar a los pequeños grupos de viajeros que transitan por la ruta del norte, la cual atraviesa estos bosques; en especial, a las caravanas de mercaderes que van a Warhurst. Como te dije, atacan más a esa aldea que a Clydon.

-¿No has tratado de desalojarlos?

Ella no pudo dejar de sonreír, como si recordara con afecto.

-Mi padre solía ir todos los meses con sus hombres para limpiar la zona. Hasta se divertía con la persecución: a su regreso se desahogaba maldiciendo a los bergantes, pues nunca lograba atraparlos. Como te dije, parecen saber cuándo se los amenaza. El castellano de Warhurst envía patrullas con frecuencia, pero ese hombre es un imbécil y lo burlan con facilidad. Los proscritos son simples aldeanos, pero tienen astucia.

-¿Crees que vigilan tanto a Clydon como a Warhurst? -Estando los bosques tan cerca, no les sería difícil. Él la estudió por un momento antes de decir: -No crees que sean una auténtica amenaza, ¿verdad? -Me habéis entendido mal, señor. Para mi padre eran como un deporte que nos divertía a ambos. Pero desde su partida han importunado más. Es cierto que, hasta donde puedo asegurarlo, no han matado a nadie, pero algunos visitantes de Clydon sufrieron sus ataques. A un lord le robaron casi cien marcos, que me sentí obligada a reponer. Después de todo, los bosques son míos.

-Y por lo tanto, también los proscritos son vuestros -resopló él.

-Míos, sí... y ahora vuestros. -Eso, por fin, hizo que Ranulf frunciera el ceño. Ella estuvo a punto de reír-. Tendréis que aceptar lo malo junto con lo bueno, señor.

-¿Hay más cosas malas?

Ella sonrió.

-Por cierto. Dejadme pensar. Está Tom, el herrero. Cada pocos meses bebe en demasía y trata de incendiar la aldea. Nadie sabe por qué, ni siquiera él.

- ¿Y no lo has hecho ahorcar?

-¿Por qué? Es un buen herrero y paga con su trabajo los daños que causa. Espero que no tratéis de solucionarlo todo con la horca.

-¿Y si así fuera?

Ella se puso rígida, levantando el mentón en un gesto desafiante.

-En ese caso discutiremos mucho.

-Tal vez, pero no por eso. La frecuencia con que yo utilice la horca está por verse, pero será mi decisión de señor. ¿No es así, señora?

Había captado su desafío y le respondía en un plano de igualdad. Ella lo miró por un largo instante. Observó sus facciones implacables, la evidente tensión de su cuerpo. ¿Qué podía decir? Ella misma le había concedido el poder de hacer su voluntad al casarse con él. Pero se había casado con él para que protegiera a su pueblo, no para que lo ahorcara arbitrariamente.

Pero no podía haberse equivocado tanto con respecto a él. Sin duda, esa pregunta sobre Tom era sólo una manera de probarla. De lo contrario, ¿cómo podía Ranulf saber de qué modo trataba ella con su gente? Hacía mal en alterarse.

Pero tardó en tranquilizarse. Con tono aún duro, respondió: -Sí, como señor casi todas las decisiones os corresponden. - ¿Casi todas?

-¿Queréis cargar también con mi parte? Si debo limitarme a bordar, decídmelo.

Ranulf no dijo nada. Observaba los ojos de la muchacha, que centelleaban de rencor, y su cuerpo tembloroso; sintió un fuego abrasador en la ingle. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Otra vez? Pero allí estaba, tirándole de las entrañas, haciéndole olvidar la conversación y la cacería.

En ese instante, los perros encontraron el rastro y el grupo partió tras ellos, incluida su esposa. Ranulf quedó lleno de una ira irrazonable, como un animal al acecho que hubiera perdido el rastro de su presa. Entonces comprendió que no tenía por qué enfurecerse. Lo que había vacilado en aceptar, tanto la noche anterior como esa misma mañana, cristalizó por fin en su mente: Reina de Champeney era ahora Reina Fitz Hugh, su esposa, suya. Le pertenecía por entero,

Clavó espuelas a su caballo, pero con un presa distinta en la mente.

Reina comenzaba a relajarse, pensando que había dejado a Ranulf atrás y que no volvería a ser molestada por sus irritantes modales, al menos por un rato; se equivocaba. El gran corcel volvió a ponerse junto a su palafrén, pero en esta oportunidad no fue para trotar a su lado. Antes de que ella pudiera darse cuenta, Ranulf estiró la mano y le quitó las riendas; súbitamente, la pequeña yegua tuvo que seguirlo a la espesura.

Nadie se percató. Eso fue lo primero que Reina pensó. Los otros miembros del grupo se limitaron a continuar, sin siquiera volver la vista. El segundo pensamiento la hizo palidecer, recordando su actitud desafiante de los minutos anteriores. Sólo se le ocurría que él se había ofendido y pensaba castigarla de inmediato.

Pero ¿por qué? Ella se había enojado sin disimularlo, pero no era la primera vez. ¿Merecía una paliza? El podía pensar que sí. Y ahora tenía derecho a aplicársela. No, no era así: había jurado no golpearla al firmar el contrato matrimonial. Pero nada se decía de no castigarle el trasero. Y Ranulf había llegado a advertirle que bien podía hacerlo.

Palideció un poco más y se inclinó hacia adelante, tratando de recuperar las riendas. Pero en ese momento su yegua se detuvo detrás de Ranulf. La muchacha, conteniendo el aliento, le vio desmontar. Estaba demasiado asustada como para hacer otro tanto; ni siquiera se le ocurrió huir.

Sólo se recuperó cuando las manos del hombre le ciñeron la cintura.

-No fue mi intención...

No pudo ir más allá en su intento de apaciguarlo, pues se vio desmontada a tirones, aplastada contra el pecho de su marido y sofocada por su boca contra la de ella. ¿Un beso? Sí, probablemente él lo llamara así. Reina no estaba segura de que eso fuera besar, sobre todo porque él le hundía la lengua en la boca. Trató de empujarla con la suya, rechazándola. Eso provocó en Ranulf una especie de gruñido e hizo que la estrechara con

más fuerza. Lo extraño era que no dolía; por el contrario, encendía una llama trémula en el pecho.

Cuando él la depositó en el suelo, Reina sintió que las piernas le flojeaban. Casi no podía respirar y sus pensamientos estaban en desorden. Cuando logró reunirlos en algo coherente, el manto de Ranulf estaba ya tendido en tierra. Se había quitado la espada y luchaba con las ataduras de su ropa interior.

-¿Qué ... ?

Una mirada feroz la interrumpir. -¿Sois mi esposa o no?

Aquella mirada y aquel tono deberían haberle servido de advertencia, pero no fue así. Reina quedó sorprendida por la pregunta.

-Soy vuestra esposa, desde luego. ¿Acaso no nos casamos dos veces, para que no hubiera duda alguna al respecto?

-Así fue. Y por lo tanto, deseo hacer uso de mis derechos.

Ella dilató los ojos, incrédula.

- ¿Ahora?

Él se encogió de hombros, aunque en su mirada no había dejo alguno de despreocupación.

-Soy joven y apasionado. Es lo que exigisteis, ¿no? - Pero...

Una vez más, fue imposible terminar la frase, mucho menos protestar. Él la sujetó por la cintura con un brazo y la acostó en el manto, para empezar a besarla. En el fondo de su mente, Reina pensaba que aún había tiempo para explicarle, en términos razonables, que el señor y la señora de Clydon no se apareaban en los bosques. Él tendría que dejar de besarla para desvestirla: entonces se lo diría.

Tonta ella, por pensar así.

Porque él no dejó de besarla. No la desvistió, se limitó a arrancarle las bragas y a bajarse las propias. Un momento después estaba dentro de ella, cabalgando con una veloz urgencia que llegó a su culminación en menos de un minuto.

Reina no sintió nada. Eso, más que otra cosa, la hizo
desquiciar cuando él se dejó caer a un lado.

-¡Maldita sea, Ranulf ! Tal vez estés habituado a levantar las faldas a cualquier sierva con la que te cruces, ¡pero conmigo no actuarás así! Soy tu esposa, no una cualquiera que hayas encontrado en los sembradíos. Si me deseas, tendrás al menos la decencia de quitarte primero las ropas y desvestirme.

-Como quieras.

Como él alargara la mano hacia su falda, ella ahogó un grito y se apartó bruscamente, poniéndose de pie.

-¡Ahora no, so bruto animal! Estoy harta de tus habilidades de animal por lo que resta del día.

Él no pareció ofendido. Por el contrario, la dejó estupefacta con una carcajada. Y sonrió como un perro saciado mientras se acomodaba la ropa interior.

-Quizá he tardado un poco en acostumbrarme a la idea de que me perteneces -le dijo, con aquella sonrisa enloquecedora~, pero tú misma lo has confirmado y no voy a seguir resistiéndome a la idea. Será mejor que te habitúes a mis costumbres cuanto antes, pues te tomar¿, lo quieras o no, cuando lo desee.

-¿Y en cualquier parte?

Él echó un vistazo a los matorrales que los rodeaban; no eran protección alguna, por cierto. Tuvo la audacia de reír entre dientes.

~Sí, en cualquier parte. No, no me importa.

Ella pasó a su lado, con los labios tiesos de furia.

-A mí me importa, y no volveré a salir de Clydon contigo, si persistes en tu actitud.

Eso provocó más risas, llevándola al borde de la frustración. No pensaba pedirle ayuda para volver a montar, pero mientras forcejeaba por elevarse, Ranulf le puso una mano en el trasero y le dio el impulso necesario. En vez de agradecérselo, Reina se ruborizó intensamente y giró en redondo.

Con un poco de suerte, se reuniría con el grupo antes de que notaran su ausencia. Y con otro poco de suerte, su esposo se perdería en los bosques, para no regresar a Clydon hasta el crepúsculo, con un malhumor acorde al de ella.

CAPÍTULO XXIII

Ranulf siguió a su esposa con la vista. Se alejaba al trote, desandando el trayecto que habían hecho, sin saber que él seguía sonriendo. Era como las otras damas que conocía, pero también diferente. Y esa diferencia le proporcionaba un bienvenido alivio. La mayoría de las damas lloraban, suplicaban, utilizaban argucias o aplicaban todas las malas artes imaginables para salirse con la suya. Ésta no. Era demasiado franca. Ya cortaba suavemente con su hiriente sarcasmo, ya dejaba en libertad su mal genio, que a él no le molestaba en absoluto. Por el contrario: lo divertía, por provenir de una mujer tan menuda.

¿Por qué se había enfadado esta vez? Ranulf no lo sabía con certeza, ¿Era posible que se opusiera a un rápido revolcón en los bosques, en un bello día de primavera?

Lady Anne nunca se había negado. A la inversa, había sido ella quien instigara la mayor parte de sus encuentros, en los sitios más extraños. También lady Montfort había tratado de seducirlo en los bosques, después de hacer que él la acompañara a cazar con halcón. Y si él no le dio gusto, no fue por el sitio en que estaban ni por la circunstancia de la dama, pues era entonces tan apasionado como ahora y buscaba alivio cuando y donde fuera. Pero aquella mujer tenía cincuenta años, y a él le gustaban las mozas más jóvenes. Para un muchacho de quince años, las abuelas tenían poco atractivo.

Ranulf apartó los recuerdos antes de que amenazaran su buen humor. Y su humor había sido bueno desde que, en el enfrentamiento matinal con su esposa, saliera él ganador. Eso fue algo inesperado. Quería que los vasallos de su mujer

supieran la verdad sobre la primera boda, pero si Reina le hubiera dado motivos válidos para continuar con el engaño, él habría cedido. Después de todo, ella conocía bien a esos hombres y estaba más capacitada para juzgar sus reacciones. Si ella prefería mantener engañado a sir Henry, estaba bien. Tal vez algún día, cuando su seiíor lo conociera mejor,

él podría contarle la verdad. 0 tal vez no. Si Reina quería conservar intacta la memoria de su padre, Ranulf no tenía nada que objetar.

Pero ella se había mostrado de acuerdo, al menos en parte, demostrando que no era tan inflexible como algunas damas solían mostrarse por pura perversidad. Él mismo sufría esa tendencia, a veces; aquella mañana, por ejemplo, no había podido resistir la tentación de arrojar las verdaderas sábanas de boda al grupo de mujeres sonrientes que se habían precipitado sobre él, apenas Lanzo terminó de vestirlo.

Las mujeres se sorprendieron al verlo solo. Más aún cuando él les contó la verdad. Pero la reacción ante la sábana fue realmente hilarante, casi tan exagerada como lo había sido la de él al ver la mancha. Por lo menos, él tenía a su esposa para probar que no la había matado. Las damas no contaban con eso para calmar su horror, puesto que Ranulf se había ausentado de manera muy conveniente.

¿Reina? Reina, sí. Era un nombre adorable, que él difícilmente olvidaría, pese a las acusaciones que ella le hacía. Pero ¿qué importaba el nombre? ¿Y qué importaba dónde hicieran el amor? ¿Podía ser eso, en realidad, lo que la irritaba? Ella había tratado de protestar, sólo para tornarse suave y dócil ante el beso. ¿O le molestaba acaso que él no la hubiera desvestido? Claro que no había para escoger, en ese aspecto. Para desvestirla habría necesitado un tiempo que el traidor agazapado en sus bragas no estaba dispuesto a concederle. Nunca había tenido tan poco dominio sobre esa maldita cosa. Y se estaba convirtiendo en un hábito.

En realidad, no era mal hábito, se dijo Ranulf con una sonrisa, mientras recogía su manto. Había cosas peores que desear a la propia esposa. De pronto su sonrisa se ensanchó y se convirtió en una risa sofocada: acababa de divisar en el suelo una prenda de hilo blanco. ¡En su ira, ella se había marchado sin sus bragas!

Recogió la prenda, hecha del hilo más suave que jamás tocara. No recordaba haber sentido esa suavidad al arrancársela, pues en aquel momento sólo estaba atento a lo que había dentro. Se frotó la tela contra la mejilla, pensando en los lujos con que su esposa mimaba su cuerpo. Eso fue un error; en cuanto percibió su olor, su virilidad volvió a excitarse. ¡Otra vez!

Ranulf, malhumorado, guardó la prenda bajo su chaqueta. Pero su fastidio no duró mucho. Al imaginar la expresión de su generalete cuanto él le devolviera las bragas, tornó a reír por lo bajo.

Y riendo por lo bajo estaba cuando Walter lo halló. Siguió riendo tras el rápido examen de su amigo, que temía que su esposa lo hubiera eliminado.

-¿No puede uno demorarse por motivos que no sean el asesinato?

-¿Qué podía pensar yo -gruñó Walter-, si desapareciste con ella en un bosque que no te es familiar? Además, cuando me crucé con tu esposa, estuvo a punto de fulminarme con la mirada.

-sí, cuando nos separamos estaba muy iracunda.

-¿Os apartasteis para discutir?

-Por qué nos apartamos no es cosa que te incumba, querido amigo -replicó Ranulf.

Walter aceptó eso por unos segundos, al cabo de los cuales estalló:

-¡Conque os retrasasteis por otros motivos! ¡Por todos los santos, Ranulf! ¡No me digas que... no serías capaz de ... i ¡Por los clavos de Cristo! ¿En el bosque? ¡Con razón está otra vez furiosa! ¿No sabes que las damas gustan de ser cortejadas con gentileza?

El bufido de Ranulf sonó muy fuerte.

-¿Qué necesidad hay de cortejar a una esposa ya conquistada?

Walter emitió un ladrido de risa. -Creo que has pasado demasiado tiempo evitando a las damas. Has olvidado lo que significa vivir entre ellas, sometido a sus cambios de humor y sus rencores. Y tu dama gobierna en tu casa. Recuerda qué desagradable resulta que a tus ropas les falten remiendos, tus cenas lleguen mal preparadas y no haya ladrillo caliente en tu cama en invierno.

Ranulf sonrió.

-Son cosas de las que he prescindido hasta ahora.

-Pero ahora tienes una esposa que se encargará de tu bienestar... o no. Y no hay motivos para seguir prescindiendo de eso, lord Ranul£

A Ranulf le tocó entonces ladrar de risa.

-¿Lord? Estás decidido a ponerme de mal humor, pero hoy no te será posible. Estoy muy contento con lo que me ha tocado en suerte. Deja que yo me preocupe por mi mujer y sus enojos.

Walter meneó la cabeza, pero acabó por encogerse de hombros y sonreír.

-Muy contento, ¿eh? Y no eres capaz de agradecerlo, cuando fui yo quien convenció a la dama para que te aceptara.

-¿Que tú la convenciste? Si se convenció fue por mi bello rostro. ¿Acaso no se desmayó con sólo verme?

-Cayó a tus pies, sí.

Continuaron bromeando hasta reunirse con el grupo de caza. La presa había caído ya y los cazadores se estaban ocupando de ella; se conversaba con gran entusiasmo. Walter se unió al grupo, pero Ranulf volvió a su reticencia al ver nuevamente a su esposa, sobre todo porque ella lo ignoraba deliberadamente.

¿Habría algo de verdad en las palabras de Walter? ¿Acaso se mostraba demasiado rudo con ella? De algún modo se había olvidado de lo menuda que era: al menos, menuda en comparación con él. ¿Le habría hecho daño? Quizá era demasiado terca para decírselo y prefería el enfado.

Si algo sabía de damas, ese algo no le gustaba. Pero en verdad era muy poco. Las dos que lo habían vuelto contra la especie habían hecho un buen trabajo, pues desde entonces él evitaba a las señoras de la nobleza. Y ahora estaba casado con una de ellas: una mujer que él no comprendía en absoluto y que le hacía dudar de su propia conducta, aunque él no pudiera comportarse de otro modo.

Reina tenía razón al decir que él estaba habituado a servirse de las mujeres sin rodeos. Tratándose de sirvientas o aldeanas, era necesario ganar tiempo, pues ellas rara vez disponían de un rato para sí mismas. Y siempre habían sido fáciles de conquistar; se brindaban a cambio de una baratija o una buena comida; a veces, por nada, pues su tamaño les resultaba excitante y querían comprobar cómo era.

Nunca había tenido que cortejar a una mujer; ni siquiera a lady Anne, pues había sido ella quien iniciara el romance. Pero nunca se había quejado de su rudeza, si es que había sido rudo. No recordaba gran cosa de esos apasionados encuentros, salvo el apresuramiento, por el temor de ser descubiertos. Por entonces él sólo tenía quince años y estaba embobado. Cuando se le despejó la cabeza ya era demasiado tarde para apreciar la dulzura femenina.

Racionalmente, él sabía que era injusto al comparar a todas las sefíoras con esa zorra de Anne, pero lo hacía. En cuanto a su esposa, estaba bien enterada de la educación que él había recibido y había apreciado sus modales antes de decidirse por él. Todos aprendemos por el ejemplo, y sus ejemplos habían sido su padrastro, el herrero, y Montfort: dos hombres brutales y rápidos para el golpe. Walter había tratado de enseñarle otras cosas y le hacía muchas bromas por su falta de modales corteses, pero él mismo había estado a punto de perder los suyos en los años pasados al servicio de Montfort.

Ranulf era lo que era, producto de su educación. Si su esposa deseaba algo distinto, tendría que buscarlo en otra parte...

Esa idea se abrió paso en su buen humor. No, ella no buscaría nada en otra parte. Lo había escogido y tendría que reducir sus pretensiones como correspondía. Pero no se podía decir que, hasta el momento, la hubiera tratado bien.

Desde el momento en que la había conocido, la había dejado caer al suelo, la había atado y envuelto en una manta y hecha cubrir con sacos de cereal. Y sólo Dios sabía cómo le había quitado la virginidad en la verdadera noche de bodas, pues por entonces estaba demasiado bebido como para recordar el papel desempeñado. En aras de la justicia, ella no merecía ese trato. ¿Y qué costaba ser un poco menos... brutal? Sí, ésa era la palabra que ella había usado.

Por lo menos, podía intentar ser como ella deseaba; como recompensa estaban las comodidades que Walter había mencionado. Y Reina le había dado mucho, más de lo que él soñara nunca. Lo intentaría, sí.

CAPITULO XXIV

Cuando cruzaron el primer puente levadizo de Clydon, Reina había recuperado en parte el buen ánimo. Aunque ella no hubiera disfrutado la cacería, sus invitados sí, y aún estaban muy alegres. Volvían temprano, con tiempo para refrescarse antes de iniciar el nuevo festín que les aguardaba. Después, casi todos iniciarían el viaje de regreso a casa, a fin de aprovechar el resto de la tarde. Entonces Clydon volvería a la normalidad, al menos por la mañana, lo cual sería un verdadero alivio.

Reina solía disfrutar de la compañía y habitualmente insistía en que sus huéspedes se quedaran tanto como descaran, pero esta vez no era así. Necesitaba tiempo a solas para aclimatarse al drástico cambio experimentado en su vida. Hasta había ideado una manera para librarse de su marido por un tiempo, siempre que él estuviera de acuerdo.

Pero no podría librarse de todos los invitados. Según vio al entrar en el salón con el grupo de cazadores, había uno más. John de Lascelles se levantó del banco instalado junto al hogar, donde estaba conversando con lady Elaine, y cruzó el salón para reunirse con Reina.

Ella había aminorado el paso. Su primera reacción fue de crudo enojo, pues en ese momento no estaba muy complacida con su esposo y todo habría sido distinto si john hubiera llegado una semana antes. ¡Sólo una semana! Luego se sintió arrepentida. El tenía sus propios problemas, pues se había hecho cargo de las tierras de su hermano. No era posible culparlo también de los de ella, por mucho que le hubiera gustado culpar a alguien. Además, no podía olvidar que ella misma había elegido a Ranulf, y por motivos importantes. Si comenzaba a detestarle, era sólo por mala suerte.

Aparte de esos sentimientos, Reina se alegró de ver a su viejo amigo, pues hacía más de un año que él no visitaba Clydon. En ese tiempo había perdido más peso del normal y se le veía un poco pálido; por lo demás, estaba igual. Sus ojos verdes aún revelaban un corazón tierno; su expresión cálida, el placer de verla otra vez. Reina esbozó también una sonrisa cordial y le devolvió el breve abrazo.

-Lady Elaine me ha dicho que debo felicitaras, Reina. ¿Por eso revelabais tanta urgencia en vuestra carta? ¿Era una invitación a presenciar vuestra boda?

Reina aceptó de buen grado esa excusa.

-Por cierto. Me habría gustado mucho que asistierais a la boda.

Inmediatamente lamentó sus palabras y el doble significado que encerraban; no había sido su intención darles ese sentido, pero lo captó al oír que su mayordomo sofocaba un bufido de risa. Notó que Theo se inclinaba contra la pared, desgarbado, y le vio poner los ojos en blanco. Simon y Guiot le volvieron rápidamente la espalda para ocultar la cara.

Pero ¿qué otra cosa podría haber dicho? Probablemente, John se habría mostrado muy feliz de tomarla por esposa, sobre todo porque el poder otorgado por Clydon habría aliviado sus dificultades actuales. Si le decía que lo había convocado para una propuesta matrimonial, sólo le provocaría una innecesaria amargura.

-¿Por qué tanto secreto, Reina? ¿Por qué no lo especificasteis en vuestras cartas?

-¿Cómo? Ah, sí. Tenía problemas con uno de mis vecinos; interceptaba mis mensajes -respondió ella, evasiva-. Quería casarse conmigo, ¿comprendéis?

-Apostaría a que habláis de lord Falkes. Pero luego hablaremos de ese tema. Ahora decidme cuál de estos nobles caballeros es el afortunado señor que os ha conquistado.

Estaba mirando por encima del hombro de Reina, hacia los rostros que no reconocía. ¡Por Dios! ¿Cómo había podido ella olvidarse de Ranulf?

Se volvió en redondo y lo encontró detrás de ella, tan cerca que se dio de narices contra su duro pecho. ¡Maldito hombre! ¿El también la había escuchado? ¿Había percibido la melancolía de sus palabras, al lamentar que John no hubiera asistido a la boda? Observó su expresión, pero sólo detectó curiosidad. Entonces recordó que no conocía a John. Tal vez tampoco reconociera su nombre, puesto que lo había oído sólo una vez.

Se apresuró a presentarlos, con la esperanza de separarlos de inmediato, pero no fue posible. No habría podido decir qué esperaba de Ranulf; antagonismo, tal vez, al ver a John como rival. Sólo hubo una ceja dorada que se arqueaba hacia ella y una clara diversión bajo el gesto de su cara, falsamente blando.

-¿Dónde he oído antes ese nombre? -preguntó.

-Sin duda yo misma os lo mencioné -respondió ella secamente. Y a John-: Acompañadme y cuidaré de que podáis refrescamos antes de sentaros a la mesa. Sir Henry partió esta mañana; podéis ocupar su alcoba.

Deliberadamente se llevó a John a rastras antes de que Ranulf pudiera agregar una palabra más. El muy bribón lo sabía. Pero ¿qué le divertía tanto? John se aproximaba más a la estatura de ella que a la de él, sí. No era tan ancho de hombros ni de brazos tan gruesos; en realidad, era bastante estrecho. Pero al menos John era amable y gentil; él no la habría revolcado en los bosques.

Cuando volvió al salón, oyó la atronadora carcajada de su marido. Estaba con sus amigos: Walter, Searle y los otros. Reina enrojeció de enfado, imaginando que estaban bromeando a costa del pobre John. Dispuesta a no permitirlo, se dirigió directamente hacia el grupo, muy irritada.

-Me gustaría deciros una palabra a solas, señor.

-¿Como generalete o como esposa?

Probablemente era una broma, pero como él nunca le había hecho una broma hasta entonces, ella no lo interpretó así. De cualquier modo, no estaba de humor para guasas.

Lo fulminó con la mirada, negándose a repetir la petición, pero él no se apartaba para seguirla. Reina miró con intención a cada uno de sus compañeros, hasta que los muy lelos captaron la indirecta y se retiraron.

-Eso no era necesario, señora -aseguró Ranulf con mirada divertida-. Entre ellos y yo no hay secretos.

Eso la hizo ruborizar, sin que ella supiera por qué. ¿Sería capaz de contarles sus intimidades? No, imposible; por cierto, no tenía de qué jactarse en ese sentido.

-Me alegro de que tengáis amigos con quienes compartirlo todo. Yo también tengo amigos, pero no lo comparto todo con ellos. ¿Me expreso con claridad, señor?

-No mucha.

Ella apretó los dientes ante esa deliberada perversidad. La sonrisa de Ranulf revelaba que sabía muy bien a qué se refería su esposa.

-En ese caso os lo diré con toda claridad. No digáis a lord John nada que pueda hacerle conocer la verdadera razón por la cual lo llamé a Clydon. No hay motivo para que lo sepa y sí muchos motivos para que siga ignorándolo. Pero lo más importante es que no deseo que lo sepa.

-¿Y si desatiendo vuestros deseos?

Ella entornó los ojos hasta reducirlos a grietas furiosas.

-Hacedlo, si queréis fastidiarme. Es vuestra prerrogativa, desde luego. Pero quien a hierro mata, a hierro muere, y yo tengo mis modos de saldar cuentas.

En ese momento no le importó la reacción que pudiera provocar en él. Ranulf, en vez de enojarse por la amenaza, se echó a reír.

-No dudo de que pensarías algo muy desagradable para castigarme, Reina, pero no necesitas preocuparse por tu amiguito. jamás te delataré como dulce mentirosa que eres, mientras tus engaños y tus verdades a medias no provoquen daños.

Ese brusco tuteo la tomó tan de sorpresa que, de momento, no captó el verdadero significado de sus palabras. Por fin comprendió: acababa de ofrecerle apoyo marital, no sólo ahora, sino para cuando fuera necesario. Era algo que ella no esperaba. ¿Lo decía en serio?

Fuera en serio o no, el solo hecho de que lo hubiera ofrecido después de su amenaza hizo que Reina bajara la mirada, con una incómoda sensación de culpa. Y la sensación aumentó al comprender que él se las había ingeniado para hacerle descender a su grosero lenguaje.

No era común en ella mostrarse tan quisquillosa e irritable. La causa era el incidente en el bosque, pero no sabía por qué. De cualquier modo, eso no justificaba provocar a Ranulf

hasta hacerle perder el buen humor, sobre todo cuando aún había invitados, que no debían presenciar una reyerta entre ambos.

Contrita y con la cabeza gacha, dijo: -Os lo agradezco, señor.

-No, no me des las gracias por lo que te corresponde... así como no debes esperar que yo te agradezca lo que me cortesponde.

Ella alzó la mirada con un destello suspicaz. La sonrisa de Ranulf le reveló que había interpretado bien la intención oculta: él le estaba recordando, indirectamente, que estaba en su pleno derecho si la tumbaba en el bosque o dondequiera se le antojara. Reina olvidó su aire contrito.

Pero antes que pudiera hallar una respuesta adecuada sobre esos derechos y lo que pensaba de ellos, su marido continuó, con otro tono:

-Sólo por curiosidad, me gustaría saber si en verdad te habrías casado con ese pequeño...

-No lo digáis, no -siseó ella con energía-. ¿Os atrevéis a juzgar a un hombre por su aspecto?

-Su aspecto me dice que yo podría hacerlo desaparecer con un soplido.

La risa que se leía en los ojos violáceos la irritó más aún.

-¿Eso pensáis? -desafió-. Tal vez John no gane muchos torneos, pero no por eso carece de habilidad con la espada ni de la velocidad que no poseen los brutos corpulentos.

-Estoy dispuesto a poner eso a prueba.

Ella arqueó despectivamente una ceja.

-¿Mediríais vuestro aliento contra su espada?

-No es eso lo que quise decir -bufó él.

-Desde luego, no. Pero si desenvaináis vuestra espada en mi fiesta de bodas, como no sea para cortar una porción de carne, os daré tantos coscorrones como a cualquier otro tonto.

-¿Te crees que podrías alcanzarme la cabeza?

Había hecho mal en olvidar que él, tan poco caballeroso, era capaz de aceptar el desafío de una dama.

-Con el banquillo, si fuera necesario -replicó.

Eso provocó una risa ahogada.

-Estando yo cerca, no necesitáis banquillo alguno.

Reina dio un brinco atrás al ver que él avanzaba estirando las manos hacia su cintura para levantarla hasta su altura. Alargó un brazo para impedírselo, en tanto echaba un vistazo a su alrededor para ver si alguien estaba observando tanta ridiculez. Nadie los miraba, pero eso no alivió su exasperación.

- *¡Pardiez,* no hay modo de tratar con vos! Y tengo demasiadas cosas que hacer como para perder el tiempo intentándolo.

- ¿Reina?

Le había vuelto la espalda, pero giró otra vez hacia él, dispuesta a hacer restallar todo su genio. Apenas llegó a abrir la boca. Por puro reflejo, atrapó lo que él le arrojaba.

-Creo que es tuyo -aclaró él, con expresión engañosamente blanda-. No son cosas que se abandonen en cualquier parte, mujer. Puede provocar raras ocurrencias en los hombres.

Ella no comprendió hasta que miró lo que tenía en las manos. Entonces aspiró tan bruscamente que se ahogó con el aire, aumentando el color subido que le inundaba la cara. Horrorizada, guardó las bragas en su ancha manga, clavando en su esposo una mirada fulminante, digna de su humor, y se marchó, antes de que alguien notara que acababa de encogerse.

En aquel momento se sentía de medio metro de estatura.

CAPÍTULO XXV

El crepúsculo fue un horrible banco de nubes que amenazaron lluvia, pero Reina volvió al torreón antes de que cayeran las primeras gotas. Había pasado el resto de la tarde en la aldea, atendiendo las enfermedades y heridas que descuidara la semana anterior. Tenía por costumbre pasar allí una o dos horas cada pocos días, a menos que hubiera algún enfermo grave. Por fortuna, esta vez no era así.

La hermana del panadero, que aún no había podido llevar un embarazo a término, estaba otra vez embarazada y necesitaba una nueva provisión de muérdago. La vieja Delwyn necesitaba hierbas para sus articulaciones hinchadas. Alma *la Pelirroja,* la prostituta de la aldea, había recibido una coz de su vaca mientras la ordenaba; el pequeiío corte recibido en el pie se había convertido en una llaga grande a consecuencia de la infección. Reina le dejó cola de caballo para varias aplicaciones, junto con el ungüento cosmético, hecho con primaveras, que Alma siempre lograba sacarle para reducir sus pecas. Tuvo que atender también los resfriados habituales, las gargantas doloridas y las fiebres de siempre; había una mordedura de perro que requería de aliso, algunas llagas purulentas y tiñas a tratar con bayas. Y ya que estaba en ésas, preparó una mixtura de violeta dulce para sí misma, pues necesitaba sus efectos calmantes.

Tardó mucho más de lo necesario. Aún después de su descuido, su eficiencia le permitió atender a todos en sólo dos horas. Se demoró más en hacer visitas y responder a las numerosas preguntas sobre el nuevo señor... y para esconderse. Tras la envoltura de pulcras excusas, sufría de simple cobardía, que la llevó a descuidar a sus invitados durante el resto del día *sin* el menor remordimiento.

Pero ¿quién iba a criticarla? El almuerzo se sirvió tarde porque ella se había retrasado en regresar al salón; cuando lo hizo fue para sentir que enrojecía a cada mirada de Ranulf, pues sabía, de algún modo, que él se reía de ella para sus adentros. jamás superaría la mortificación de no haber tenido conciencia de que le faltaba aquella prenda. Pero él lo había sabido desde el principio, ese demonio, ese bellaco lleno de malos chistes.

Escapó lo antes posible. Y aún ahora no se decidía a regresar. Sólo cabía esperar que su esposo no estuviera, que Simon, siguiendo sus indicaciones, le hubiera convencido de acompañarlo.

Al desmontar, al pie de la escalinata, vio que Aylmer la observaba. Arrojó sus riendas al palafrenero que esperaba, pero el niño no corrió a saludarla, según tenía por costumbre. Entonces cayó en la cuenta de que no lo veía desde hacía varios días. En realidad, ¡por Dios!, desde el ataque de Falkes de Rochefort. Claro que él no solía entrar en el salón;

además, ella había delegado en sus damas muchas de las tareas que la llevaban a cruzarse con él, a fin de dedicar más tiempo a sus invitados.

Aylmcr estaba sentado junto a un depósito, con la espalda contra la pared. Al ver que Reina lo observaba, apartó la vista. Ella comprendió entonces que el niño tenía algún problema serio; cruzó el patio para reunirse con él; no tenía mucha prisa en entrar en el torreón, aunque las primeras gotas de lluvia habían empezado a caer. Sólo cuando estuvo a su lado notó que el niño no estaba solo: tenía a *lady Elía* acurrucada en su regazo.

Sin mencionar a la gata, preguntó al niño: -¿Me has estado evitando, Aylmer? Él no levantó la vista para responder. -Estabais ocupada, señora.

- Es cierto.

Reina se puso en cuclillas junto al chico. El corto alero del depósito no la protegía de la lluvia, pero ella lo ignoró al igual que el niño. ¿Por qué la gata no corría en busca de abrigo? Aquel animal era tan estúpido como feo.

-¿Pensabas que todo sería diferente ahora que me he casado?

-¿Y no es así?

Seguía sin mirarla, pero no lograba disimular lo sombrío de su expresión. Ella no estaba segura de lo que le tenía tan preocupado, pero algo sospechaba.

-Pronto todo volverá a la normalidad -le aseguró-. La única diferencia es que Clydon vuelve a tener señor y más hombres para protegernos. ¿No te parece que eso nos beneficia?

-Nos arreglábamos muy bien...

-No, Aylmer, eso no es cierto y tú lo sabes. Y ahora dime qué haces aquí, en vez de estar ayudando al panadero.

-Vino a la cocina -susurró Aylmer, a manera de explicación.

-¿Quién? Ah, él. ¿Y bien?

-Huí corriendo. Y ahora Aldrich me azotará por eso, sobre todo porque tiene que hacer muchos barquillos para los invitados.

-Deja que yo me encargue de Aldrich. -Reina se dijo que, si el panadero había azotado a Aylmer, haría servir sus orejas como postre en vez de los barquillos-. Pero hiciste mal en huir, Aylmer. -No pudo terminar el reproche; después de todo, ella también había hecho lo mismo-. No importa. A veces uno tiene motivos para desaparecer por un rato. ¿Por qué huiste?

-¿Por qué? -Por fin el niño la miró sorprendido, como si la respuesta le pareciera obvia-. No quería que el señor me viera. Temo que me eche del torreón por cojo.

Reina gruñó para sus adentros. Habría querido abrazar al muchacho y asegurarle que eso no ocurriría jamás, pero ¿cómo, si tenía razón? Había quienes reaccionaban ante los lisiados de modo despreciable, como si los consideraran una amenaza, y ella no conocía a Ranulf lo suficiente como para asegurar que no actuaría así.

Escogió la lógica; sólo cabía esperar que resultara cierto.

-Si te expulsara, Aylmer, sería porque te tiene miedo. Y yo siempre he oído decir que los gigantes no temen a nada... salvo a otros gigantes.

El intento jovial no tuvo éxito. En vez de esbozar una sonrisa de alivio, Aylmer quedó pensativo por un momento, cavilando sobre lo que ella acababa de decir. Tal vez hasta lo aceptaba. Pero no era eso lo único que le preocupaba.

-Cuando él camina, el suelo tiembla. Se le oye dentro del torreón, aun cuando está afuera. ¿No le teméis, señora?

Era lógico que un niño tuviera miedo de alguien con la estatura intimidante de Ranul£ Por Dios, hasta los hombres fornidos le temían.

-Debemos tener en cuenta que los hombres altos suelen tener también voz potente y paso fuerte. Eso no significa que sea perverso o cruel. Fíjate en esta gata. ¿Te parece que un hombre perverso la tendría como mascota?

Los ojos de Aylmer se agrandaron. -¿Decís que el gato es de él? -Sí. ¿No lo sabías?

-Pensé que era un gato extraviado y que necesitaba atención. Como lo encontré revolviendo el cubo de los desperdicios, en la cocina, me pareció mejor ahorrarle un puntapié del cocinero y lo traje aquí.

-Fuiste muy bondadoso, Aylmer. Pero no es gato, sino gata, y el cocinero no le habría dado ningún puntapié, porque sabe de quién es.

-Ah -murmuró él, otra vez sombrío.

Reina sonrió ante esa expresión abatida.

-Pero es cierto que necesita atención. ¿Quieres encargarte de ese trabajo?

Por fin el niño sonrió.

-Sí -dijo, y la sonrisa vaciló-. Pero ¿el señor me lo permitirá?

Reina se encogió de hombros.

-Se lo preguntaré muy pronto. Por ahora, salgamos de esta llovizna antes de que descargue un aguacero. Puedes llevar a *lady Ella* a la cocina.

-¿Así se llama?

-Sí, aunque parezca tonto. Además, Aylmer, di al maestro Aldrich que, si te levanta la mano, tendrá que vérselas conmigo. Pero discúlpate por haberlo dejado sin ayuda.

-Sí, señora.

Se adelantó renqueando, mientras Reina lo seguía sin mucha prisa. Quedaba poca luz, pero no tenía prisa por entrar en el torreón. Ya habrían empezado a cenar sin ella, tal como era costumbre cuando se demoraba en la aldea. Por su parte no tenía hambre; estaba muy tensa por no saber si su esposo estaría allí o no.

Lo supo aun antes de llegar al salón, pues el propio Ranulf casi la atropella al bajar por la escalera. Estaba armado y con cota de malla; sin reconocerla siquiera, emitió un gruñido de fastidio al ver que alguien se le interponía. A Reina no le agradó que la apartaran a empellones y dejó escapar un juramento. El se detuvo algo más abajo: había reconocido su voz.

-Conque aún estáis aquí, señor. -Era una afirmación, no una pregunta, y llena de disgusto.

Él se volvió en redondo para fulminarla con la mirada.

-¿Dónde queríais que estuviera? Pero es mejor preguntar:
¿dónde habéis estado?

-En la aldea, ya que preguntáis. En cuanto a dónde debíais estar vos, Simon iba a sugerimos que lo acompañarais a Forthwick para ver esas tierras.

-Lo hizo, pero me negué. Prefiero familiarizarme con Clydon antes de inspeccionar vuestras otras propiedades.

Tenía razón, aunque ella no lo admitiera.

-¿Y adónde ibais, pues?

Antes que él pudiera responder, Walter bajó precipitadamente, seguido por Kenric. Cuando se estaba por producir otra colisión, Walter se detuvo a tiempo. Kenric, menos afortunado, se estrelló contra su espalda.

-Conque la has encontrado -comentó Walter, después de lanzar una mirada de fastidio al muchacho-. No has perdido el tiempo.

Ranulf se limitó a gruñir, alargando un brazo para que Reina lo precediera hacia arriba. Ella se quedó perpleja ante las palabras de Walter.

-¿Ibais a buscarme? -preguntó, en voz baja.

-Os habíais retrasado, señora -fue la agria respuesta-. En adelante estaréis entre estas paredes antes del oscurecer.

Reina sonrió para sus adentros. Por lo menos, su visita a la aldea había servido para pulverizar el buen humor de su marido. Mejor así, su malhumor era mucho más previsible.

CAPÍTULO XXVI

-Sólo tenía dieciséis años cuando ganó sus espuelas, pero cabía esperar eso, considerando el modo en que blandía la espada a esa edad.

Reina no se sorprendió. Nunca había puesto en duda las habilidades de Ranulf con la espada. Lo que ponía en tela de juicio eran sus modales de caballero.

Mientras Walter le narraba la batalla por la que Ranulf había sido nombrado caballero con tan corta edad, ella observaba a su esposo, que se había detenido al otro lado del salón para intercambiar una palabra con sus dos escuderos. No era la única que lo contemplaba. Al parecer, todas sus damas tenían algún motivo para mirar también hacia allí. Suspiró. Sólo veía problemas en el hecho de tener un esposo que atraía tanto a las mujeres. No por ella, desde luego, sino por esas pobres señoras.

Nunca había entrado en sus cálculos el amor hacia su esposo. Deseaba vivir con él de manera compatible, respetarlo y poder confiar en él. Sólo tenía una de esas tres cosas; no bastaba.

Pero eso no era justo. Aún no conocía a Ranulf como para juzgarlo así. Tal vez había motivos que justificaran su modo de ser. Por eso había pedido a Walter que le hablara de Ranulf. Y fue un acierto: había motivos.

El propio Ranulf le había mencionado que su infancia había sido peor de lo que ella suponía. Creció sin las atenciones de una madre, sometido al temperamento y a los fuertes puños de un hombre brutal, desdeñado a un tiempo por nobles y plebeyos, debido a su bastardía. El cuadro que Walter pintaba no era bonito. Después le habló de lord Montfort:

en vez de mejorar la suerte de Ranulf, se había limitado a cambiar un amo grosero por otro igual.

-No me escucháis, señora.

Ella se ruborizó una pizca, ofreciendo a Walter una sonrisa azorada.

-Temo que los relatos de sangre y muerte nunca me han fascinado. Contadme por qué Ranulf detesta tanto a las damas de la nobleza.

-¿Por qué suponéis ... ?

-No tratéis de eludirme, señor ¿Acaso habéis perdido la memoria? Vos mismo me hablasteis de esa desconfianza con respecto a las damas cuando me convencisteis de que me casara con él. Veo que ya recordáis. Contadme esas experiencias que mencionasteis entonces, las que supuestamente provocaron su acritud contra las señoras de alcurnia.

Walter se rebulló, inquieto.

-A él no le gustaría que lo supierais.

-Pero vos me lo diréis. -Su voz era suave como la seda; su expresión, implacable-. Por causa de vuestra labia estoy casada con un hombre del que ni siquiera sé si me gusta. Estáis en deuda conmigo, sir Walter.

A los movimientos nerviosos del caballero se aiíadió un rubor culpable.

-Si averigua que os lo he contado, me matará. -Lo tendré en cuenta.

El tono de Reina no lo tranquilizó en absoluto; antes bien, parecía una promesa de recordar esa predicción, por si alguna vez deseaba deshacerse de él. Walter se encogió de hombros. No quería que la dama acabara odiando a Ranulf, y eso bien podía suceder si no empezaba a comprenderlo mejor. Y si narrarle el pasado de su marido le ablandaba el corazón, ¿I habría hecho un servicio a su amigo.

-Muy bien -dijo-. Pero antes deberíais saber que Ranulf siempre ha tenido problemas con las mujeres. -¿Con esa cara? -se extrañó ella.

Walter frunció el ceiío ante la interrupción. -Debido a esa cara. Algunos venderían el alma por tener su apostura, pero Ranulf nunca se ha sentido agradecido por poseerla. Aparte el hecho de que es la viva imagen de su padre, a quien ni siquiera quiere oír nombrar, cuando llegó a Montfort se le fastidiaba mucho.

-Pero eso es normal entre jóvenes.

-Sí, y él lo aceptaba de buen grado, pensando que sólo estaba recibiendo una porción algo exagerada de las pullas correspondientes... hasta el día en que vio su propia imagen. En su aldea no había espejos, ¿sabéis?, ni charcos de agua límpida que reflejaran su rostro. El conoció su aspecto cuando uno de los escuderos de Montfort, por rencor, le acercó un espejo a la cara, para demostrarle que era «la doncella bonita», como lo llamaban.

-Y quedó horrorizado -adivinó Reina.

-Sí, y atacó a golpes al muchacho por hacerle ver la verdad. A partir de entonces no le fastidiaron tanto. Pero entonces comprendió por qué las niñas lo seguían a todas partes. Y se disgustó. Hasta el momento había pensado que lo veían como un amigo, cuando en realidad era su hermosura lo que las fascinaba.

-¿Queréis hacerme creer que eso no le agradó?

-A esa edad no podía agradarle, señora. Venían en tropel: las muchachas de la granja, las de la cocina, las camareras; reían como tontas y estorbaban nuestro entrenamiento. Y los caballeros que nos adiestraban sabían quién era el culpable; por eso lo hacían trabajar más que a los otros.

-Pero cuando fue mayor...

-Oh, aceptaba lo que las muchachas le ofrecían, sin duda. Pero no se engañaba al respecto; sabía que sólo deseaban la oportunidad de jactarse ante las amigas por la conquista. Hasta que lady Anne reparó en él. Pero primero estuvo lady Montfort.

-¿La esposa del señor?

-Sí, una dama que ya había dejado muy atrás sus mejores años, tratando de seducir a un chico de quince. Era ridículo. Pero cuando él rehusó el cebo, la señora no lo vio de ese modo. Se puso furiosa. Y salvó su orgullo con una pequeña venganza, informando a su esposo de que Ranulf trataba de meterse bajo sus faldas. Eso le valió una azotaina delante de todos los escuderos.

Reina frunció el ceño.

-¿Y no se defendió?

-Oh, nadie creyó en la acusación de la seiíora, ni siquiera el propio Montfort. Pero no se puede tratar de mentirosa a la esposa del señor, de modo que Ranulf fue azotado ante la mirada de todos los nobles de Montfort. Así fue como llamó la atención de lady Anne, pupila de Montfort. Tenía sólo un año más que Ranulf y era bonita; su sonrisa habría podido iluminar la habitación y sus ojos...

-No os pongáis poético, señor -advirtió Reina, con suave disgusto-. Basta con que digáis que era bella.

Walter sonrió, tímido.

-Sí, era bella, de verdad. Todos los pajes, los escuderos y los caballeros estaban un poco enamorados de ella.

-¿También vos?

Él se limitó a encogerse de hombros.

-Pero cuando lady Anne vio a Ranulf, quedó ciega para todos los otros. Se escabullía hasta la habitación de él para visitarlo, pues estaba baldado por los azotes. Así comenzó la aventura. Como podéis imaginar, él estaba completamente embobado. El problema es que creía que ella también lo estaba.

-Si vais a decirme que toda esa desconfianza nació de un desengaño amoroso...

-Ojalá hubiera sido sólo eso, señora. Pararé si no estáis dispuesta a escuchar hasta el final...

¿Esa impresión había dado? ¿Qué pasaba con ella? Estaba oyendo hablar de las aventuras de su marido con otras mujeres. Ella misma lo había querido así.

-Continuad, sir Walter, que yo me esforzaré por refrenar mis conclusiones apresuradas.

Como era lo más parecido a una disculpa que de ella podría obtener, Walter asintió. Su expresión se había tornado muy seria, como Reina nunca se la había visto.

-La mutua pasión duró varios meses, pero inevitablemente llegó el día en que dio frutos. Lady Anne confesó a Ranulf que estaba esperando un hijo.

Para Reina no fue una gran sorpresa. Más la habría sorprendido enterarse de que Ranulf nunca había engendrado un bastardo. El hecho de que tuviera un hijo de una señora no era tan corriente, pero tampoco tan raro. Prueba de eso era su hermanastro, el noble.

Sin censura, preguntó:

-¿El niño era de él?

-Sí. Al menos, él no lo puso en duda. - ¿Se casaron?

-No. Él estaba dispuesto; se podría decir que lo deseaba desesperadamente. La quería, quería a su hijo. Pero ella no lo aceptó. Oh, jugó con él durante un tiempo más, presentando una excusa tras otra para no decir a lord Montfort que deseaban casarse. Pero Ranulf no cedía. Por fin ella sucumbió a su insistencia y le dijo la verdad.

»No quería casarse con un escudero sin tierras, por ningún motivo. Ella tenía propiedades, ¿sabéis? Era sólo una casa solariega, pero Montfort le había prometido que, gracias a su belleza, le buscaría un esposo rico. Y eso era lo único que ella deseaba. Cuando Ranulf mencionó su mutuo amor, ella se echó a reír, diciéndole que, a su modo de ver, lo único digno de tener en cuenta era la riqueza.

-No se mostró muy diplomática -comentó Reina secamente, aunque fastidiada consigo misma por sentir un dejo de simpatía hacia el joven Ranulf-. ¿Y la criatura?

-Lady Anne volvió a su casa solariega para dar a luz. Pero cuando Ranulf hubo superado el dolor del rechazo, comprendió que aún deseaba al niño, por muy difícil que le resultara el criarlo. Pero no pudo averiguar dónde estaba ella. Cuando lo supo y llegó hasta allí, se enteró de que el alumbramiento se había producido y la dama, después de recobrarse, vivía en el norte, con su flamante esposo.

-¿Llevó consigo a la criatura? -preguntó Reina.

-No. Lo dio a criar a una familia de su pequeña aldea, pues no quería saber nada de ella.

Reina se apresuró a sacar sus propias conclusiones. Kenric, el escudero de Ranulf, era demasiado mayor para ser su bastardo, pero tal vez Lanzo...

Pero Walter no había terminado.

-Yo acompañé a Ranulf hasta la casa solariega. Él temía que lady Anne se hubiera llevado a la criatura, de modo que se quedó encantado al saber que la había dado a criar. Suponía que, con las pocas monedas que llevaba, sería fácil comprar al niño a los aldeanos. No le costó encontrar a la familia. En ese lugar no había secretos.

-Presiento que el resto de esta historia no me va a gustar -dijo Reina, intranquila, al ver que la expresión del caballero se tornaba sombría.

-Quizá sea mejor que no continúe.

-No, puesto que habéis llegado hasta aquí. Quiero saberlo todo, bueno o malo.

-Pocos días después del nacimiento, la criatura fue entregada a una familia muy pobre, la más pobre de la aldea. También era la más numerosa, pues ya tenía siete hijos. Ella lo sabía. Todos protestaron que no querían una boca más, pero ella los obligó a aceptarla. Quince días después moría de inanición.

~¡Oh, por Dios! -gimió Reina.

Walter, sin mirarla, continuó suavemente:

-Fue la única riña que tuve jamás con Ranulf. Él quería matar a toda la familia e incendiar la aldea. No lo permití. Ellos no tenían la culpa. Era los plebeyos más pobres que jamás habíamos conocido; poco a poco, también ellos estaban muriendo de hambre. Tenían demasiadas bocas que alimentar para malgastar comida en un bastardo rechazado por su señora. Más tarde, uno de los sirvientes de la casa admitió que Anne sabía lo que podía ocurrirle a la criatura y lo deseaba. Obtuvo lo que deseaba.

Reina cerró los ojos; por un momento no pudo hablar. Lamentaba no haber interrumpido el relato. Lamentaba haberse enterado de eso. Por Dios, los niños eran los únicos inocentes de verdad. Muchísimos morían por causas naturales, pero eso era antinatural, deliberado. ¿Qué clase de mujer era capaz de hacer eso, cuando le habría costado tan poco hallarle un hogar decente al bebé?

- ¿Qué... qué fue? ¿Lo sabéis?

-Una niña, fuerte y saludable al nacer. Por eso tardó tanto en...

Reina lo acalló con un gesto antes de echarse a llorar. Sentía que las lágrimas se iban formando y luchaba contra ellas, apartando aquel horror de su mente. Eso no tenía nada que ver con ella.

¿A quién trataba de engañar? Eso le había ocurrido a su propio esposo, que aún sufría los efectos, y eso, muy ciertamente, la afectaba a ella. Pero no era justo que él culpara a todas las mujeres por lo que había hecho una perra sin corazón.

-Analicémoslo desde un punto de vista realista -dijo, logrando dominarse, aunque su voz sonaba algo dolorida-. Esos hechos ocurrieron hace once o doce años.

-Ocho -corrigió él.

La sorpresa arrancó a Reina de sus cavilaciones. -Supuse que él era mayor.

-Siempre ha parecido mayor por su tamaño, pero sólo tiene veintitrés años, señora.

-De cualquier modo, ocho años son suficientes para descubrir que no todas las mujeres son iguales.

-¿Qué sentiríais si os hubiera ocurrido a vos? -replicó Walter-. Lady Anne era toda dulzura y suavidad. Nunca levantaba la voz. Nunca decía una palabra desagradable a nadie. Ocultaba muy bien su implacable codicia, su falta de sentimientos. ¿Creéis que Ranulf podía confiar en las sonrisas simpáticas de cualquier otra señora, a partir de entonces?

-¡Pero no todas somos así!

-Lo sé, pero hará falta mucho para convencerlo de ello. -Y entonces Walter gruñó-: Sonreíd. Ahí viene.

-Estáis loco. Ahora no podría sonreír aunque mi vida dependiera de eso. Y si lo hiciera, él se extrañaría de mi sonrisa. Hoy no ha merecido ninguna de mi parte, por si no os habéis dado cuenta.

-Pero ¿lo perdonaréis?

-Lo que me habéis dicho sólo explica su desconfianza por las mujeres de alcurnia -le susurró ella-. No explica sus deplorables modales de patán.

-Eso se puede corregir, señora, si vos hacéis el esfuerzo.

No hubo tiempo de replicar, pues Ranulf se sentó en el banco, a su lado. Por suerte, Walter le dio tiempo para dominarse, manteniendo una breve conversación con su amigo. Luego presentó sus excusas y se fue, dejándolos a solas junto al hogar.

Reina aún no podía mirarlo, sus sentimientos la confundían y no se sentía capaz de hablar. ¿Quién habría pensado que semejante hombre podía despertar su compasión? Parecía tan indestructible, tan inmune a las emociones tiernas... Pero ¿habría sido así en su primera juventud? En ese momento notó que Eadwina lo miraba soñadora, desde el otro extremo del salón, y se olvidó de todo.

-¿Os hice daño esta mañana? - ¿Qué?

-Esta mañana, en el bosque -aclaró Ranulf-. ¿Os hice daño?

Reina estuvo a punto de decirle que sí. Pero en realidad había sentido enojo, desilusión, frustración; dolor, no. Y una mentira no era modo de iniciar una relación.

-No, no me hicisteis daño.

-¿Estáis segura?
- sí.
-Si os lastimo, ¿me lo diréis?

Ella lo miró con incredulidad. ¿Qué le pasaba? ¿O era otra muestra de su extraño humor? Fuera como fuese, Reina había superado la irritación.

-Si me lastimáis, estad seguro de que gritaré tan fuerte qué lo sabréis vos y todos los demás. Quedaos tranquilo, señor.

Él frunció el ceño. Tal vez habría debido preguntárselo antes, pero ella estaba de malhumor desde la mañana. Y ahora convertía una cosa en otra. Y empezaba a merecer la otra.

-Si os doy una tunda sobre mi rodilla, señora, estad segura de que no me importará quién se entere.

¿Y ella le había tenido compasión? Sin duda estaba loca. -Gracias por la advertencia - respondió con sequedad. Y quiso levantarse. La mano de Ranulf la detuvo.

-No era mi intención... -Se interrumpió, acentuando la arruga del ceiío-. ¿Por qué estás hoy tan iracunda?

-Pensadlo. La respuesta vendrá sola.

-Ya lo he pensado, pero no me viene a la mente ninguna respuesta clara. Preferiría que me lo dijerais.

-Muy bien. -Reina miró a su alrededor para asegurarse de que nadie podía oírlos. Luego volvió a enfrentarse a aquellos penetrantes ojos violáceos-. No disfruté.

-¿Que no disfrutasteis de qué? -Ya sabéis de qué -siseó ella.

Ranulf empezó a sonreír, pero lo pensó mejor. Y entonces cometió el error de decir:

-Se supone que las esposas no lo disfrutan.

Reina lo miró fijamente, preguntándose qué haría si le arrojaba algo por la cabeza.

-¿Qüién os dijo esa tontería? No, dejadme adivinar, un sacerdote. Y vos creéis todo lo que dicen los sacerdotes. ¡Necio! Un sacerdote no es Dios. Es un hombre, sujeto a todos los errores que cometen los hombres. Uno de cada dos cae en los mismos pecados que cualquiera de nosotros. Por el buen Dios, usad el sentido común. No: mejor aún, preguntad a cualquier esposa que encontréis en el castillo qué piensa de esa anticuada estupidez. Pero no esperéis que me agrade ser tratada como si fuera menos que una prostituta.

Bien, ahora sabía lo que pensaba su propia esposa del asunto. La siguió con la vista, conteniendo la risa. ¡Por todos los santos, que enérgica era, hasta para blasfemar! ¿Conque deseaba placer?

El humor de Ranulf desapareció. ¿Cómo conseguirlo, si temía herirla con su pasión, tan pequeña y delicada era?

CAPÍTULO XXVII

Reina se deslizó silenciosamente al interior de la alcoba. Habían dejado una vela encendida, que proporcionaba luz suficiente para cruzar el cuarto hasta el ropero del muro. Dejó allí su cesto de medicamentos y se apresuró a quitarse el manto.

Ranulf siguió durmiendo. A ella no le gustó que hubiera dejado abiertas las cortinas del lecho. El menor ruido podía despertarlo. Pero por lo visto hasta entonces, Ranulf solía dormir profundamente.

Había sido un alivio que la llamaran otra vez de la aldea, aunque el motivo le provocó muchas horas de preocupación. La hermana del panadero había sufrido una caída y estaba a punto de abortar. Pero después de trabajar media noche y de utilizar todos los remedios que se le ocurrieron, Reina había reducido el peligro a una mera posibilidad de que el bebé se perdiera, cosa a la que la mujer era propensa. Si permanecía acostada por un tiempo, hasta que la criatura se afirmara bien, aún podría llevar el embarazo a término.

Lo que la aliviaba era la excusa de escapar, por esa noche, del lecho matrimonial, al menos hasta que Ranulf estuviera dormido. Aún le parecía imposible lo que le había dicho en la última conversación. Después de pensarlo, la horrorizaba imaginar cómo debía de haberle caído; lo sorprendente era que no se le hubiera reído en la cara. Ahora debía de pensar que ella lo deseaba o, cuanto menos, que deseaba el placer que él podía darle, y eso era mucho peor. Los hombres nunca dudaban de sus propias proezas: ¿qué otra cosa podía pensar él? Que ella encontrara defectos en su técnica tan expeditivo, por cierto que no. Oh, maldita boca la suya.

Abrió bruscamente el ropero e hizo un gesto de horror ante el chirrido de los goznes. Un agitar de sábanas, a su espalda, la hizo tirar bruscamente de su túnica, sin molestarse en desatar los lazos; la arrojó junto con el manto al ropero, sin cuidado alguno. Pensó hacerse un jergón para pasar en él el resto de la noche. Pensó acurrucarse en el suelo mismo, allí donde estaba. No quería que Ranulf se despertara, bajo ningún motivo, pero ¿qué excusa podía darle por la mañana, si él la encontraba durmiendo en el suelo?

La camisa era más ajustada; tuvo que desatar los lazos' Mientras luchaba con ellos, en la penumbra, la voz de Ranulf la sorprendió.

-Ven aquí, Reina.

El hecho de tener el corazón en medio de la laringe le dificultó la respuesta:

-Un... un momento.

-Ahora mismo.

La orden, dada con aquel tono particular, le llevó los pies hacia adelante. Sólo cabía esperar que él no estuviera del todo despierto; tal vez sólo quería asegurarse de que ella habla regresado sana y salva para volver a dormirse.

Se detuvo a un par de metros de la cama. - ¿Sí?

Ni siquiera vio el movimiento de la mano. Un momento después caía sobre él; acabó de espaldas junto a Ranulf; luego oyó el ruido de su camisa al desgarrarse.

- ¿Qué... qué haces? -logró balbucear.

Demasiado tarde. También la enagua se desgarró por el medio.

-Lo que pediste -respondió él, en el más razonable de los tonos-. Dijiste que ambos debíamos estar desnudos. Yo ya lo estoy. Y tú estabas tardando demasiado.

- Y eso te autoriza a...

Su furioso comentario quedó inconcluso. Hasta le sorprendió haber podido decir tanto; él no la había llamado para hablar. Plantó la boca sobre la de ella, con una feroz posesividad, y un momento después hizo lo mismo con su cuerpo.

Sin embargo, esta vez fue diferente. Sus embates no eran tan rápidos ni tan fuertes. Había cierta languidez en sus movimientos: una ondulación embriagadora que provocó un torbellino de sensaciones deliciosas en su interior. Y sus labios no se centraban sólo en la boca de ella, sino que se paseaban por toda su cara; por fin llegaron a una oreja, y la sensación, intensamente placentera, le provocó tal conmoción que se estremeció bajo el cuerpo de Ranulf, impulsándolo más adentro... con lo cual puso efectivo fin a los movimientos.

Abrió bruscamente los ojos al oír el rugido. Sentía ganas de gritar: «¡Todavía no!». Pero él había terminado y la miraba con satisfacción en los ojos. Bastó eso para inspirarle ganas de matarlo. Esa vez la había llevado más cerca que nunca de lo que provocaba en él esos rugidos, sólo para dejarla otra vez con una sensación de dolorosa frustración, los nervios desquiciados y la mente chisporroteando de furia impotente.

Ranulf se dejó caer a un lado con un suspiro. -Lo hice otra vez, ¿no?

-Sí, grandísimo tonto -respondió ella con los dientes apretados-. Lo hiciste otra vez.

-Temo que no estaba del todo despierto. Si quieres, podemos intentarlo de nuevo.

Ella le apartó bruscamente la mano que había apoyado en su hombro.

-¡No me toques! ¡Estoy tan furiosa que sólo quiero pegarte!

-Pues pégame.

-No me tientes, Ranul£

-Pero si lo digo en serio. Ya que no me dejas intentarlo otra vez, ¿qué manera mejor de aliviar tu enfado? Hazlo, generalete. No puedes hacerme daño.

Ella lo intentó, por cierto. Le golpeó en el pecho y en el vientre hasta que le dolieron los puños; ni siquiera conservó fuerzas para apartarlo, cuando él la atrajo contra su cuerpo.

-¿Te sientes mejor ahora?

-No -murmuró ella con terquedad.

Él rió entre dientes.

-¿Es por la camisa desgarrada?

- ¡Ohhh!

Entonces él rió francamente.

-Te enojas con demasiada facilidad, mujer. Y ahora que te has agotado, también a mí me sería fácil...

-¡No se te ocurra!

Reina sintió que el encogía el hombro bajo su cabeza. -Los hombres no solemos discutir cuando ya estamos saciados; cuando no lo estamos, las cosas son distintas.

-¡Vaya, eso me tranquiliza!

-Te arriesgas demasiado, considerando que tengo la mano tan cerca de tu trasero, damisela.

Un bostezo arruinó el efecto de la amenaza. Reina resopló: -Eso podría ser más gratificante que tus...

-Si completas la frase lo lamentarás. -Aquella amenaza resultó más efectiva, sobre todo porque Ranulf puso la mano sobre la curva de su trasero-. Tú ofreciste las condiciones y yo he cumplido con mi parte. Si has cambiado de idea y prefieres que busque a otra, dilo ahora mismo.

Contuvo el aliento, aguardando la respuesta. No había sido su intención ofrecerle ese tipo de salida y no sabía qué hacer si ella aceptaba. Pero Reina no dijo nada. Por no abusar de su buena suerte, él calló.

Reina también contuvo el aliento y por el mismo motivo. Ojalá él no exigiera la respuesta que le dictaría el orgullo.

Sólo cuando Ranulf estuvo ya profundamente dormido ella cayó en la cuenta de que la falta de respuesta era también una respuesta.

CAPÍTULO XXVIII

Tras- la lluvia de la mañana, el día resultó húmedo. Eso no impidió a los niños correr por toda la aldea con sus juegos. Las mujeres se sentaron a trabajar delante de cada casa, convergiendo bajo la sombra de los robles para chismorrear mientras hacían sus labores. A esas horas del día había pocos hombres, pues había sembrados que atender y zanjas que cavar, ya en los terrenos propios, ya en los del señor. Los que permanecían en la aldea estaban ocupados reparando arados y herramientas; uno llevaba a un par de bueyes a pastar; varios estaban empajando un tejado; un joven desgarbado perseguía a una cabra en el patio de la parroquia. Hasta los viejos y los baldados eran útiles: alimentaban a los pollos que escarbaban los patios traseros, recogían huevos o trabajaban en las pequeñas huertas cultivadas detrás de cada casa.

Era la primera vez que Ranulf visitaba el caserío desde su boda. Cuando apareció por la calle central, con *lady Ella* encaramada a su hombro, todos los trabajos cesaron. Sólo un alma atrevida le gritó su saludo. Casi todos descontaban del nuevo señor; se preguntaban por qué estaba allí, si los aldeanos trataban siempre con el alguacil. Una larga experiencia les indicaba que la presencia del señor no auguraba nada bueno. Pero como no eligiera a nadie para ejercer un interrogatorio o un castigo, ignoraron su presencia o fingieron ignorarla.

Ranulf no sabia con certeza qué estaba haciendo allí. Había tenido una vaga idea y había actuado sin sopesarla. Y una de las cosas que no había tenido en cuenta era la impresión que causaría al entrar en la choza de Alma *la Pelirroja.*

La casa fue fácil de encontrar, gracias a las indicaciones que le había dado uno de sus hombres. Dos gansos se acoplaban ruidosamente en el patio delantero, lo cual resultaba irónicamente apropiado para esa residencia. La puerta estaba abierta de par en par, como una invitación. Una marrana salió chillando, seguida por un cuenco de madera volador, un momento antes de que Ranulf agachara la cabeza para entrar.

-Si vienes por negocios, cierra la puerta. Si no, deja abierto para que entre luz.

Ranulf tardó un momento en localizar la voz, pues la puerta era la única fuente de iluminación y la casa era más grande de lo que parecía desde afuera. Alma estaba cambiando las sábanas de una sólida cama, situada contra el muro de un lado. Al otro lado, una vaca amarrada mascaba plácidamente los juncos que cubrían el suelo de tierra apisonada. Abundaban allí los pequeños lujos: en la cama, colgaduras y sábanas finas; en los muros, vajilla de loza y cacerolas de bronce; las velas no eran de maloliente sebo, sino de dulce cera de abejas; de un caldero que hervía en el hogar abierto, en medio de la habitación, surgía el aroma de la carne de venado para la cena; obviamente, una parte había llegado hasta allí en pago de los servicios prestados.

Ranulf no cerró la puerta. La pelirroja lo había visto entrar, pero aún no sabía quién era. Pasó un momento antes de que la curiosidad le hiciera volver para mirarlo. Aun entonces no lo reconoció, pues él tenía la luz a la espalda. Fue su estatura lo que le delató, haciendo que ella palideciera de horror.

-¡Dios me proteja! ¡Vos aquí! -exclamó. Y palideció aún más-. Oh... quiero decir... por favor, señor. La señora ha sido buena conmigo. Rara vez me regaña, me trae ungüentos especiales y...

-¿Por qué la mencionas?

-Porque... si averigua que habéis venido a verme, me odiará.

-¿Por qué?

Como ella se limitó a mirarlo fijamente, Ranulf gruñó:

-No, no he venido por eso y ella no tendrá motivos para pensarlo.

Eso asustó aún más a la mujer. Avanzó a tropezones hasta la mesa de caballete y se dejó caer en el banco, apretando el borde de la tabla hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

-¿Queréis expulsarme?

-¿Qué? -Ranulf frunció el ceño. Luego dijo-: No seas tonta, mujer. Tus servicios son aquí tan útiles como los de cualquier otro aldeano. Lo que quiero de ti es un consejo.

-¿Un consejo? -repitió ella, aturdida.

-Sí. -ltanulf se adelantó, quitándose los guanteletes para meterlos bajo el cinturón. *Lady Ella* saltó a la mesa-. Más específicamente, tus conocimientos sobre las mujeres.

La sonrisa fue lenta, pero brillante una vez completa. - ¡Por supuesto! ¡Lo que gustéis, señor, lo que gustéis! No tenéis más que Preguntar.

-¿Cómo puedo complacer a mi esposa sin hacerle daño?

Se sentó en el banco, junto a ella. *Lady Ella* se acercó, buscando caricias. Él no reparó en los ojos de Alma, redondos de asombro.

-¿Le hacéis daño?

-Todavía no. Al menos, eso creo. Pero si la tocara como lo deseo, temo que la lastimaría. Creo haber perdido el control que tenía sobre mi pasión desde que la conozco.

-¿Por qué pensáis que la lastimaríais?

Él levantó las manos y se las miró con el ceño fruncido.

-¿Con estos dedos? Están habituados a mujeres grandes y fuertes, a las que no molestan las caricias rudas. ¿No crees que lastimarían a una mujer tan menuda y delicada como mi señora?

Las manos se descargaron contra la mesa, terminada la pregunta. La gata, sobresaltada, se encaramó otra vez en su hombro. Él la bajó hasta su pecho para calmarla. La pelirroja contempló las manos que acariciaban al animal.

-¿Ese gato es vuestro, mi señor? -preguntó, pensativa. - sí.

-Veo que le tenéis cariño. Una vez tuve un gato al que adoraba. Lo amaba tanto que a veces quería estrujarlo, sólo para demostrarle lo mucho que lo quería. ¿No sentís a veces lo mismo?

Él sonrió, sin dejar de rascar las orejas de la gata. -Sí, con frecuencia.

-¿Pero no cedéis al impulso? -No, desde luego. La mataría. -0 la heriríais gravemente.

Él volvió a fruncir el ceño.

-¿Qué tiene esto que ver con lo que te he preguntado?

- Si podéis ser suave con un gato, sabiendo que de otro modo lo lastimaríais, ¿por qué no con vuestra esposa?

-¿Comparas a mi esposa con una gata?

- No, no, en absoluto - aseguró ella -. Sólo quiero señalar que esas manos, a las que tanto teméis, no lastimarán a la señora sino lastiman a la gata, que es mucho más pequeña.

-Pero la gata no me provoca lascivia -gruñó él.

Alma tuvo que morderse los labios para no sonreír.

-No, por supuesto. Lo que trato de sugerir es esto: cuando estabais con otras mujeres no se os ocurría que podíais hacerles daño, así como no pensabais que podríais lastimar a un perro o a un caballo con una enérgica palmada afectuosa. Pero sí sabéis que podríais lastimar a vuestra gata. La idea está presente, aun cuando no estéis pensando en ello. Lo mismo ocurre con la señora. Sabéis que es diferente de las otras, que debéis ser más cuidadoso con vuestra fuerza cuando la tocáis. Aun cuando perdierais el dominio de vuestra pasión, la idea estaría allí, para atemperar vuestra fuerza y proteger a la señora.

-¿Cómo? Te digo que nunca he sufrido una lujuria tan sobrecogedora como la que me acosa desde que la conocí. Ni siquiera importa dónde estemos; cuando me ataca no hay forma de contenerme. No pienso en nada, salvo en la irresistible necesidad de poseerla.

-Comprendo -dijo Alma *la Pelirroja.*

Se preguntaba si a él se le había ocurrido pensar que estaba enamorado de su mujer. Parecía improbable. Y no sería ella quien cometiera le estupidez de sugerirlo. Pero si él no creía posible el contenerse en las garras de la pasión, ¿cómo ayudarlo? Mejor dicho, ¿cómo ayudar a la señora?

-Eso da otro cariz a las cosas -continuó, observándole otra vez las manos-. La señora es pequeña y delicada, sí. Pero es una mujer. Y nosotras, las mujeres, tenemos más fuerza y resistencia de la que los hombres nos reconocéis. Tal vez vuestras caricias no le hagan ningún daño.

-No quiero causarle dolor para comprobarlo.

-Mostradme, pues. Creo que puedo apreciar por mí misma lo que una mujer resiste.

Ante la expresión vacilante del caballero, sonrió para alentarlo; sin embargo, al ver el tamaño de aquellas manos, lamentó no haber mantenido la boca cerrada. También se corría el riesgo de que, una vez lanzado a la acción, no pudiera detenerse. Pero ¿cómo, si no, podría aliviar la preocupación de ese hombre? Lo extraño era que él se preocupara. Y sería una pena que la señora no conociera nunca el placer de sus caricias.

-No es mi intención tentaros, señor. jamás. Sólo se trata de una prueba para determinar la potencia de vuestro tacto. Nada más.

-Comprendo -gruñó él-. Pero no tienes en absoluto la constitución de mi señora.

Ella tuvo que sonreír.

-Un pecho es siempre un pecho. Grande o pequeño, experimenta el mismo dolor o el mismo placer. Tocadme como acostumbráis, para que yo pueda...

Él lo hizo sin darle tiempo a concluir. Alma no pudo evitar un gesto de dolor.

-Ya comprendo, señor. La verdad, vuestra mano es fuerte -se vio obligada a admitir. Y entonces se atrevió a agregar lo que había dicho a más de un caballero-: Pero un pecho no es la vaina de una espada. No se os caerá de la mano si lo sujetáis con suavidad... ¡Oh, Dios mío, vuestra señora!

- ¿Qué?

Ranulf se volvió hacia la puerta. Su esposa estaba enmarcada por el vano, con el cesto de pociones medicinales en la mano. Pero apenas llegó a verla, ella desapareció.

-¡Tenéis que seguirla y explicarle! -exclamó Alma.

-¿Para qué? Si la sigo, lo más probable es que vuelva a darle un revolcón en los bosques. Y eso no le gusta mucho.

Alma lo miró horrorizada; la noticia la distrajo por un momento.

-¡Pero ella pensará que ... mujeres se oponían tenazmente a lo que ella había sugerido, y

-No seas tonta, mujer -le interrumpió él-. Te he dicho que ella no tiene motivos para pensar así. No se me niega, aun cuando no le gusta. ¿Qué necesidad tengo de otras mujeres?

Alma no le dijo que muchos hombres van en busca de otras mujeres para pasarlo mejor, cuando a sus esposas les disgusta la cópula. Claro que esas mujeres suelen despachar a sus esposos hacia otras con su bendición. La total falta de preocupación que él mostraba acabó por calmar sus temores. Tal vez lady Reina le estaría agradecida. Y si no era así, Alma se encargaría de que sintiera gratitud... aunque fuera de un modo indirecto.

-Señor, temo que he encarado esto de modo equivocado.

Me preguntasteis cómo podíais complacer a vuestra señora sin hacerle daño. Y hay una manera que he pasado por alto. Tal vez si comenzáis lentamente... Al principio, no la toquéis con las manos. Usad los labios y la lengua.

-No será lo mismo.

-¿Por qué no? Podéis tocarla con la boca en cualquier parte que toquéis con las manos.

-¿En cualquier parte?

- sí.

-¿En cualquier parte?

La pelirroja rió entre dientes al adivinar sus pensamientos.

-Sí, allí también. Sé que a la mayor parte de los hombres no se les ocurre, pero los pocos que lo hacen gozan con ello. Es posible que ella se resista, claro, pues le parecerá extraño. Pero si insistís, no sólo le gustará, sino que de ese modo podéis

llevarla a la plenitud de su placer.

-¿Cómo es posible eso?

Alma se ruborizó por primera vez en muchos años.

-Tenéis que confiar en mí, señor: eso puede ocurrir. Y de ese modo no hay prisa por aprender qué caricias la complacen

y cuán suave debéis ser. Habrá tiempo de sobras para eso, a medida que lleguéis a conocerla mejor.

Él no hizo más preguntas. Dejó en la mesa una moneda de plata, más dinero del que ella había visto nunca, con la promesa de darle el doble si lo dicho era verdad.

Si lo dicho era verdad o no, dependía de la dama. Algunas en ese caso era raro que el hombre insistiera mucho. Pero el nuevo lord no parecía propenso a ceder con facilidad. Lejos de eso, estaba decidido a ver gozar a su dama, le gustara a ella o no.

¡Qué no habría dado Alma por ser una pulga del lecho conyugal, aquella noche!

CAPÍTULO XXIX

-Pero ¿por qué ahora, señora?

-Porque es el momento perfecto, Aylmer. -«Ahora que el muy bastardo se siente culpable por su infidelidad», agregó Reina, para sus adentros-. Hoy dirá que sí a todo lo que yo le pida.

-Eso me temía -murmuró el niño.

Reina frunció el ceño.

-¿No querías ocuparte de *lady Ella?*

-Sí, quiero, pero no pensé que para eso tuviera que enfrentarme al seiíor.

-No debes preocuparse. Espera en el alféizar de la ventana hasta que yo te llame. -Luego le revolvió el pelo con una sonrisa, para tranquilizarlo-. Ve, Aylmer. No tienes nada que temer de él.

La sonrisa se le deshizo en cuanto el niño le volvió la espalda. Cómo se las había arreglado siempre su madre para actuar así, no lo sabía, pero era una de las pocas enseñanzas que de ella había recibido: que en un mundo de hombres, donde las mujeres tenían tan poco dominio sobre su propia vida, donde hacía falta la autorización masculina para hacer o conseguir cualquier cosa, era preciso aprovechar todo lo que ayudara a obtener un sí, cuando cabían dudas al respecto.

Una vez, su madre le había dicho que la culpa era una emoción estupenda para aprovechar. Aunque ella nunca había sospechado infidelidades por parte de su esposo. En vida, aprovechaba las promesas olvidadas, los descuidos y ese tipo de cosas intrascendentes. Ella no había tenido un marido que entrara en celo por un arrebato, como la hija.

Pero ¿cómo se las componía una para pedir tranquilamente algo, si estaba ardiendo por dentro? Claro que su madre no había tenido un temperamento tan explosivo como el suyo; sabía componérselas para que su esposo supiera cuándo estaba disgustada con él de manera

sutil; culpable o no, él no dejaba de pensar que su esposa tenía razones para eso y se precipitaba ante cualquier oportunidad de compensarla, ya fuera con un vestido nuevo o con una visita a la corte.

Reina no imaginaba a su gigantesco esposo haciendo algo tan normal como tratar de apaciguar una conciencia culpable. Tampoco se imaginaba a sí misma sugiriéndole algo con calma, cuando sentía deseos de partirle algo en la cabeza. Pero si su madre había podido, ella también podría. Sin embargo, en cuanto tuviera el acuerdo que deseaba lo mataría. ¡Ese cerdo, ese miserable sin corazón!

¿Cómo había sido capaz de ... ? No, no, a qué preguntarse eso. De nada servía ponerse furiosa por algo así. Según la opinión general, la infidelidad conyugal no era importante. Ella lo sabía y nunca había supuesto que su matrimonio pudiera ser distinto. ¿Qué mujer podía pretenderlo? Salvo su madre, desde luego.

Lo mejor que Reina había soñado era que su esposo no la avergonzara trayendo a sus amantes a la casa, como hacían algunos. Pero esto ¿no era igualmente malo? Visitar a Alma *la Pelirroja,* a plena luz del día, a la vista de todos los chismosos de la aldea, ¡apenas dos días después de la boda! Reina habría podido comprender mejor si lo hubiera encontrado en algún rincón oscuro con Eadwina. Los hombres babeaban por Eadwina. ¿Por qué debía ser diferente su lascivo esposo?

¡Pero Alma! En verdad, la mujer no era fea, con su flamígero pelo y sus ojos incitadores, azules como los pensamientos. Y estaba llena de curvas, como las que prefería su esposo. Pero él sabía bien que Reina, a diferencia de la mayoría de las damas, visitaba a sus aldeanos para atender sus enfermedades. Tenía que saber que, si recurría a la ramera del caserío, su señora se enteraría de inmediato.

¿Y si él deseaba que ella se enterara? ¿Sería ése su modo de castigarla por tantas quejas? Ella se había estado quejando perversamente. ¿Acaso pensaba castigarla? No, lo más probable era que sólo deseara una cabalgata más satisfactoria. Sin embargo, Reina no olvidaba la pregunta de la noche anterior, sugiriendo que tal vez ella estuviera más a gusto si él buscaba a otra. ¿Y si había tomado su silencio por asentimiento y no por negativa? ¿Podía ser tan estúpido?

-El joven Malfed me ha dicho que deseáis hablar con migo.

Bien. Al estar advertido, él pensaría que su esposa deseaba mencionar lo de Alma. Pero ella no tenía intenciones de hacerlo, con lo cual lo confundiría.

Reina compuso sus facciones lo mejor posible y se volvió para enfrentarse a su pecador esposo... sólo para quedar a su vez, confundida. No sabía cuál era la expresión de un hombre que se estaba ahogando en la culpa, pero no podía ser una simple mirada inquisitivo. Hasta tenía a *lady Ella* ronroncando en sus brazos, muy satisfecha, sin percibir agitación alguna en su dueño.

-Sentaos, señor. -Le señaló la silla del dueño de casa, que había puesto frente al hogar para esa entrevista-. ¿Un poco de vino?

Él asintió, mientras ocupaba el asiento. Reina levantó la mano y un sirviente se acercó con la bebida. Ella no había pasado por alto el suspiro de su esposo al sentarse. ¿Tan cansado estaba tras sus esfuerzos en la aldea? Tuvo que ejercer toda su voluntad para entregarle el cáliz de vino, en vez de volcárselo en la cabeza.

-Mi alguacil me ha informado que esta mañana os llevó a ver los campos y el molino.

-Sí.

Él tomó un sorbo de vino para no mirarla a los ojos (al menos, eso pensó Reina). Ella se puso frente al hogar para mirarlo desde arriba.

-¿Supongo que el resto de vuestra jornada ha sido igualmente productiva?

Él se ahogó con el vino y tuvo que escupir. La gata, siseando, abandonó de un brinco su regazo. Reina la levantó para limpiarle las gotas de vino del pelaje; luego la

depositó en un banco cercano, donde el animal se dedicó a lamerse con detenimiento. Ranulf seguía tosiendo.

-Tal vez el vino sea demasiado fuerte, mi señor -dijo Reina con toda inocencia-. ¿Preferiríais cerveza?

El la fulminó con la mirada, jadeando:

-Preferiría que fuerais al grano.

-¿De qué? Hay algunas cosas que debemos discutir, pero si estáis demasiado exhausto tras jornada tan agotadora, esos temas pueden esperar.

Ranulf no pasó por alto el énfasis que ella daba a ese supuesto cansancio. Y en realidad estaba exhausto, pero de haber estado cabalgando como un demonio por los bosques, en busca de forajidos o de cualquier presa que apartara su mente de lo que Alma *la Pelirroja* le había dicho. 0 eso o ceder a la lujuria que sus sugerencias le habían inspirado. Y no pensaba permitir que su maldita verga volviera a gobernarlo.

Mientras pudo mantener a raya a esos pensamientos le fue bastante bien, aun en presencia de su esposa. Pero sus insinuaciones empezaban a distraerle. ¿Qué demonios suponía ella que lo había cansado tanto? Si quería saber qué había estado haciendo, ¿por qué no se lo preguntaba directamente? No era costumbre de Reina andarse con rodeos, siendo tan franca. Y él percibía su nerviosismo. Se la veía serena, demasiado serena, pero irradiaba la tensión de una emoción poderosa.

-¿Ha ocurrido algo que yo deba saber? -preguntó.

Esa pregunta pareció desconcertaría.

-Que vos debáis... Deberíais saberlo mejor que yo, mi señor.

¿Y eso qué significaba?

-No importa -suspiró él-. Decidme lo que deseáis, antes de que esté realmente demasiado cansado como para prestar atención.

Reina apretó los puños por detrás de sus faldas. Las cosas no marchaban como ella había supuesto. ¿Por qué no actuaba como cabía esperar? Él sabía que ella estaba enterada de lo que había hecho. Podría haberle dado muchas excusas para justificar su presencia en la casa de *la Pelirroja,* si Reina no lo hubiera visto con la mano apretada contra el gran pecho de la mujer. Eso significaba que sólo tenía un motivo para estar allí.

¿No le importaba, pues, que ella lo supiera? ¿O pensaba que ella no se atrevería a regañarlo por lo que había hecho, que no osaría siquiera mencionarlo? La mayoría de las esposas no se habrían atrevido, temerosas de recibir una paliza si se quejaban de la errabundo conducta del marido. Reina, gracias a su contrato matrimonial, no padecía esos temores; de todos modos, ese miedo no le habría impedido hacer a ese hombre todos los reproches que mereciera.

Pero aún no. Antes quería ver si él sólo fingía despreocupación.

-Muy bien, señor. Esto no nos llevará mucho tiempo; son sólo unas cuantas decisiones que necesito de vos. En primer lugar, hemos recibido un ofrecimiento de compra con respecto a la tutela de la heredera de De Burgh. Simon me trajo la carta de un vecino suyo; es un joven lord que afirma ser capaz de administrar las propiedades de la niña. No quise mencionarlo hasta que todos nuestros invitados se hubieran marchado.

-Conque nuestro pichón de lord se ha ido.

Ella apretó los labios ante aquel tono despectivo.

-Sí, lord john nos abandonó esta mañana.

-Espero que me hayáis despedido de él. Después de todo, me gusta tratar bien a quienes han perdido ante mí.

-Él no perdió ante vos; perdió por no haberse presentado -le espetó ella-. Y como ni siquiera sabe que ha perdido, vuestra cortesía es superflua. De cualquier modo, si se la

hubierais ofrecido personalmente tampoco se habría enterado. Es bastante difícil identificar una muestra de cortesía cuando a uno le gruñen.

-Yo no gruño, señora.

-Si vos lo decís, milord -replicó ella con dulzura, con el gruñido aún sonándole en los oídos.

Él estuvo a punto de levantarse de un brinco, pero se contuvo y la sorprendió con una risa contenida, en tanto se reclinaba hacia atrás.

-Al menos, yo no chillo como vuestro ratoncito.

-No es ningún... -Reina cerró la boca, fulminándolo con la mirada-. Muy gracioso, señor. ¿Podemos volver ahora al tema que nos ocupa? ¿A la tutela?

-¿Cuánto han ofrecido?

-Cuatrocientos cincuenta marcos y dos palafrenes. -¿Por qué tanto?

-En realidad es poco, si se tiene en cuenta que se trata de dos casas solariegas, cada una con su propia aldea y rentas de ciento cincuenta marcos anuales; el ingreso de las fincas es considerablemente superior. También es preciso tener en cuenta la edad de la criatura, que aún no tiene dos años. Habrá tutela para muchos años antes de que se case y sus propiedades pasen a ser administradas por su esposo. Quienquiera que administre su feudo tendrá una buena ganancia.

-En ese caso, ¿por qué venderla?

-No estoy sugiriendo que la vendamos. No sugiero nada en absoluto. Sólo menciono un ofrecimiento que debe ser contestado, en un sentido o en otro. Pero tarde o temprano será preciso hacer algo. La viuda, que cuenta con un alguacil y varios caballeros, se las está arreglando bastante bien por cuenta propia, pero sólo porque aún no ha tenido problemas.

-Por ende, sugieres que venda la tutela.

-No, no lo sugiero -respondió ella, con voz rechinante-. Simon quizá conoce bien a su vecino, pero nosotros no. Y hay otras posibilidades que nos beneficiarían más.

-Podría designar un administrador que me responda, supongo, pero los administradores, cuando no se los vigila de cerca, suelen guardarse las ganancias. También podría prometer a la niña en matrimonio y dejar que su prometido administrara desde ahora lo que tarde o temprano sería suyo.

A Reina le sorprendió que él conociera las diversas opciones; empero, no había mencionado la que ella deseaba.

~Tal como decís, no siempre se puede confiar en un administrador. Pero si prometéis a esa niña en matrimonio ahora mismo, tendrá que ser a un hombre que ya tenga edad suficiente para administrar; de ese modo los perjudicáis a ambos: él tendrá que esperar muchos años para tener herederos y ella acabará casándose con un viejo, lo cual no la hará feliz.

-Si elijo a Searle o a Eric, no. Dentro de diez años, ellos tendrán sólo veintiocho; no es gran tragedia para una muchacha casadera.

Eso era verdad, maldito hombre.

-Pero de ese modo obtendríais sólo el servicio de un hombre, cuando podríais contar con dos, si en cambio casarais a la viuda. El padrastro podría contar ahora con los beneficios de la tierra y tendría suficiente para comprar una propiedad considerable para sus propios herederos. Desde hace tiempo pienso en sir Amulf, pero he postergado el asunto, pues lo necesitaba en Birkenham.

-Dime, Reina: si esto era lo que deseabas desde un principio, ¿por qué no me lo dijiste?

-¿Estás de acuerdo?

-Estoy de acuerdo con que lo mejor es casar a la viuda, pero ¿aceptas que quiera conocer a ese sir Arnulf antes de tenerlo en cuenta?

-Por cierto.

-Bien. -Ranulf se levantó-. Pero la próxima vez que desees algo de mí, ve directamente al grano. No hay necesidad de perder el tiempo con rodeos.

-No he terminado -interrumpió ella, irritada porque él se atreviera a regañarla en esos momentos. Hay otro asunto: tu gata.

-¿Qué pasa con ella?

Reina llamó al niño, experimentando su primera vacilación en tanto ambos esperaban que él se acercara, con su paso lento. Pero había triunfado en su primer objetivo y, por tanto, estaba convencida de que Ranulf tenía remordimientos, sí, aunque no los demostrara.

En esa oportunidad fue directamente al grano.

-Aylmer, aquí presente, se ha encariñado con tu mascota. Trabaja en las cocinas, pero quiere encargarse también de cuidar a *lady Ella:* darle de comer, cepillarla y todo lo demás.

-¿Es otro como tu Theo? -preguntó Ranul£

-Yo siempre he cuidado de él, si a eso te refieres. Es huérfano.

Sólo entonces Ranulf miró al niño, mientras su esposa lo observaba a él. Su inquietud iba en aumento, aunque él no revelaba en su expresión los pensamientos que le pasaban por la cabeza. Había hecho mal en arriesgarse así. Habría debido ocultarle al niño en vez de enseñárselo. ¿Y si Ranulf decidía expulsarlo? ¿Qué podría hacer ella?

Y el pobre Aylmer estaba horrorizado. No levantaba la vista y Reina notó que le temblaban las piernas. Su galope hacia el pánico se convirtió en un piafar furioso: ¿cómo osaba Ranulf torturar así al pequeño con su silencio?

Reina levantó el pie con la intención de dar un puntapié a su esposo. En ese momento él dijo a Aylmer, con voz que, en él, resultaba suave:

-Conque te gusta mi gata, ¿eh? -Sí, milord -susurró.

-Pues cuida de no alimentarla en demasía.

Aylmer tardó un momento en comprender que había obtenido el permiso deseado. Levantó la vista, con una sorpresa que pronto se convirtió en una amplia sonrisa.

- ¡Sí, señor!

Reina tardó un momento más en bajar el pie. ¡Qué cerdo, mantenerlos en suspenso de ese modo! Eran remordimientos. En realidad, se estaba ahogando con ellos. Y ya que estaba dispuesto a pagar, lo mejor era aprovechar el momento.

-Lleva a *lady Elia* a la cocina, Aylmer. Como ha pasado el día fuera, con lord Ranulf, ha de tener mucha hambre. -Esperó a que el niño levantara cuidadosamente el animal y se alejara, cojeando. Luego se enfrentó nuevamente a su esposo-. En cuanto a...

-Debisteis haberme prevenido antes de presentármelo, sefíora.

Ella se puso tensa, a la defensiva.

-¿Por qué? ¿No os gusta que un tullido atienda a vuestra preciosa gata?

-Ese trabajo era de Lanzo; no le gustará que un lacayo de cocina se lo quite.

-Aylmer no es ningún lacayo. Sus padres eran arrendatarios libres. Cuando murieron nadie quiso recoger al niño, ni siquiera ayudarlo. Lo trataron como si su cojera fuera una enfermedad contagiosa. Él era débil y enfermizo; por dos veces estuve a punto de perderlo por enfermedades leves que apenas habrían afectado a un niiío normal. Es pequeño e indefenso, pero tiene orgullo. No acepta caridad: trabaja para pagar su manutención. Y si le dedico un afecto especial es porque no tiene a nadie.

-Con un general como respaldo, ¿a quién más podría necesitar?

Ella pasó eso por alto.

-Ya que hablamos de tu gata...

-¿De ella hablamos? Pensé que el tema era el niño.

-El niño corre por mi cuenta, la gata te corresponde, sobre todo cuando se trata del sitio en donde duerme. No me gusta despertar con su hocico pegado a la cara, como esta mañana. Nunca debió permitírsela la entrada en la alcoba.

-Ella va donde yo voy y duerme donde yo duermo. Siempre ha sido así.

-Eso estaba muy bien cuando dormíais en tiendas, milord, pero un dormitorio no es sitio para animales.

- ¡Y yo que creía que a mí también me teníais en esa categoría! ¿Acaso pensáis expulsarme también a mí de la alcoba?

- ¡Como si aceptarais iros! -resopló ella.

-No, no lo aceptaría. Y tampoco se irá *lady Ella.*

-Debemos seguir discutiendo el tema.

-El tema queda cerrado, Reina -dijo él con firmeza-. Ahora hazme preparar un baño. Si quieres reunirte conmigo, ven. De otro modo, nos veremos a la hora de la cena.

Ella tuvo que apretar los dientes para no llamarlo cuando le vio alejarse. Supuestamente, ese hombre debería haber aceptado todo lo que ella pidiera, sin negarle nada. Pero era preciso reconocer que conseguir dos mercedes de tres solicitadas no estaba mal. De cualquier modo, si él creía que con eso purgaba su infidelidad, estaba muy errado.

CAPÍTULO XXX

-Te sentirás mejor si se lo cuentas a alguien.

Reina, sin contestar, mantuvo los ojos cerrados, en tanto Theodric la peinaba con suavidad. Cabía lamentar que el muchacho advirtiera tan bien sus estados de ánimo. Nada le había dicho ella sobre la visita de su esposo a Alma; tampoco tenía intenciones de hacerlo. Él se enteraría muy pronto, en cuanto el chisme llegara al castillo, pero era de esperar que no relacionara eso con su inquietud. La confesión podía hacer un bien al alma; la humillación, no.

Sentía necesidad de pasearse por la habitación en vez de permanecer tranquilamente sentada en un banquillo. Ese rito nocturno solía tranquilizarla mucho, pues Theo tenía manos mágicas cuando se trataba de aliviar sus tensiones. Pero su desasosiego iba en

aumento en vez de disminuir, a medida que se acercaba - el momento en que Ranulf haría su aparición.

-¿Acaso te han hecho abrirte otra vez de piernas entre el castillo y la aldea?

-No seas grosero, Theo.

- ¿Sí o no?

-No -rechinó ella.

Él le tironeó del pelo hasta hacerle echar la cabeza hacia atrás, a fin de mirarla a la cara.

-¿Con quién estás furiosa, si no es con tu gigante?

-Theo...

-Si no me lo dices, iré a susurrarle al oído que lo esperas con ansias... en el lecho.

-Hazlo y no respondo por tu vida -le espetó ella, levantando bruscamente la cabeza.

Aquello bastó para que ¿I no insistiera. Pero el silencio siguiente no hizo sino irritar aún más los nervios de la joven. Por fin decidió contar al menos la mitad.

-No te equivocaste de hombre, Theo, sino de motivos. Yo creía haber convencido a Ranulf para que casara a Louise de Burgh con sir Arnul£ Pero durante la cena, él indicó a Searle y a Eric (y también a Walter) que lo acompañaran a conocer a la viuda.

-¿Y bien?

-Me di cuenta de que piensa entregarla a uno de ellos, cuando esta tarde casi me prometió casarla con Arnulf.

-No me parece hombre capaz de faltar fácilmente a una promesa, Reina.

-En realidad, no me lo prometió -reconoció ella, reticente-. Pero sabe que yo deseo ese enlace y dijo que tendría en cuenta a Arnulf.

-Tenerlo en cuenta no equivale a escogerlo en firme, por cierto. Yo diría que está tomando precauciones por si sir Arnulf no le gusta.

-No comprendes, Theo. Me debe su apoyo en esto.

-¿Por qué?

-No importa por qué, pero me lo debe -aseguró Reina, impaciente-. Y Arnulf es el más adecuado para ese sitio. Nos ha prestado excelentes servicios. Ha demostrado ser muy capaz de semejante responsabilidad. Merece una recompensa. Y por añadidura, conoce a la dama y le tiene aprecio. Forman una buena pareja.

-Ah, pero ¿qué piensa ella al respecto? Tal vez le gustaría poder escoger entre varios.

-¿Desde cuándo importa eso, especialmente siendo la dama tan joven?

-¿Necesito recordarte que tú no eras mucho mayor que lady Burgh cuando, con mucha lógica, escogiste a John de Lascelles y a Richard de Arcourt como posibles maridos? Y no sólo eso: hasta cambiaste de idea a último momento.

-Lo cual demuestra que, aun a los diecisiete años, toda mujer es idiota si cree saber lo que le conviene -replicó ella, con tono de disgusto.

-Vaya, vaya, sabes que el gigante sigue siendo el mejor, aunque hayas tenido tu primera discordia con él. No puedes pretender que él esté siempre de acuerdo contigo. Reina, como no lo estaría tu... padre.

Reina levantó los ojos, pues las palabras de Theo se habían perdido en el silencio. Ranulf acababa de entrar sin hacer ruido y los miraba fijamente; su expresión se tornaba más y más sombría. Lanzo, de pie tras él, mantenía la vista fija en el techo, con el cuello rojo de vergüenza.

Theo carraspeo para llamar la atención a Reina. Como eso no diera' resultado, le clavó un dedo en el hombro. Sólo entonces vio ella lo que provocaba la reacción de los dos recién llegados: la bata se le había abierto por delante, dejando al descubierto un pecho y una buena porción de ombligo.

Ahogando una exclamación, se cerró la prenda bruscamente y clavó en su marido una mirada furiosa. Ya era demasiado que eso le hubiera ocurrido una vez. Dos veces resultaba insoportable.

-No estaría mal que llamarais a la puerta antes de entrar, milord -dijo, cáustica -Algunos acostumbran hacerlo.

-¿A mi propia puerta? Creo que no.

-Si estáis solo no tiene importancia. Pero no entráis solo.

-Vos tampoco estáis sola, señora. Y quiero conocer el motivo.

Con demasiado retraso, Reina comprendió que su ceño fruncido no era el de siempre: ardía de furia; tenía tensos los tendones del cuerpo y sus ojos violáceos despedían llamas. Y esos ojos estaban fijos, no en ella, sino en Theodric. Pero también Reina estaba furiosa, y no sólo por el bochorno que acababa de pasar.

Levantándose bruscamente, inquirió:

-¿Qué insinúas? Sabéis que Theodric es mi sirviente personal. ¿Qué puede estar haciendo aquí, sino cumplir con sus funciones?

-¿Y qué funciones son ésas, para que estéis sentada ante él medio desnuda?

-No seáis estúpido -le espetó ella-. Me mira tal como os miraría a vos... No, no es así: preferiría sobradamente miraros a vos. En mí ni siquiera repara, tal como Lanzo no repara en vos cuando os baña u os viste.

-¿Acaso ésas son sus funciones? -Desde luego.

-¡Pues desde ahora no, por Dios! -bramó Ranul£ Y a Theodric-: ¡Lárgate!

Reina se puso tensa y alargó un brazo para detener al muchacho.

-No tienes por qué irte, Theo.

-¡jesús, Reina! -graznó Theo, a sus espaldas-. ¿Quieres que muera?

-No te preocupes.

-Yo de ti no apostaría, esposa -dijo Ranulf, con voz más amenazante por su tono más suave-. Si lo piensas, recordarás que le debo una azotaina. Y se la administraré de muy buena gana si no desaparece antes que...

No fue necesario continuar. Theo ya se había deslizado por debajo del brazo extendido y corría hacia la puerta. Lanzo rió entre dientes ante esa cómica salida. Reina lo fulminó con una mirada antes de volver la espalda a los dos hombres. En este momento estaba a punto de perder los estribos y gritar como una tonta.

-Tú también puedes irte, Lanzo -dijo Ranulf, en un tono que indicaba que sus emociones estaban otra vez bajo control-. Mi señora me ayudará a desvestirme.

-¿Para que me acuses de usurpar otro de sus trabajos? -exclamó Reina, por encima del hombro, con una mirada dolida-. No contéis con ello, señor.

-¿No es vuestro deber asistir a vuestro esposo en lo que él os pida?

-No me habléis de deberes, después de ese arrebato infantil.

- ¿Os negáis?

-Gracias, Dios mío -dijo ella alzando la mirada al techo-. Por fin lo ha comprendido.

-Se diría que no sólo vuestro Theo se merece una paliza. Ella no le oyó acercarse por detrás pero estaba tan cerca que su aliento le movía los cabellos. Tampoco oyó la puerta al cerrarse, pero ambos estaban solos.

-Tal vez Theo se muera de miedo ante ese tipo de amenaza, pero yo no soy tan cobarde.

-¿Qué amenaza? Cuando lo juzgue necesario, te aseguro que te resultará difícil sentarte en una semana, cuando menos. -La mano de Ranulf se apoyó en su nuca para obligarla a volverse hacia él-. ¿Es necesario, Reina?

-¿Me estás pidiendo permiso? Él sonrió.

-No soy tan tonto como para dejar el asunto Por tu cuenta. Te he preguntado si es necesario. ¿Vas a seguir con tus desa*fíos?*

-No -susurró ella, resentida y acobardada.
-Bien. Cuando entré no pensaba en castigarte. Lo que tenía en mente era muy distinto.

Ella se apartó con brusquedad, dilatando los ojos de suspicacia.

-No pensarás... después de... ¿cómo te atreves a pensar que yo ... ?
-Hemos tenido un pequeño desacuerdo -interpuso él, encogiéndose de hombros-, pero ya ha pasado.
-¿Que ha pasado? ¿Pequeño? -balbuceó ella-. Si eso opinas tú, bien. No cabía esperar otra cosa de semejante bruto. Pero no obtendrás de mí esa cosa tan distinta que tenías pensado, ¡después de haberlo hecho con Alma!

-¿Con ... ? Será mejor que os expliquéis ahora mismo, señora.

-¿Yo? -exclamó ella- ¿Visitáis a una prostituta y soy yo quien debe dar explicaciones?
-Conque eso es lo que os ha tenido sobre ascuas todo el día. -Sonrió inesperadamente. Luego aumentó la ira de su esposa echándose a reír-. ¡Y yo le dije que no erais tan tonta!
-¿Le dijisteis... tonta? -balbuceó ella-. Pues sí, debo de serlo, si pensaba que mi esposo no sería capaz de avergonzarme tan abiertamente.
Él meneó la cabeza, siempre sonriente.
-Nunca os he avergonzado, señora mía...

-... y mañana lloverán monedas de oro - resopló ella -. Será mejor informar al halconero para que se prepare a ver esa maravilla.

-... ni tenéis motivos para estar furiosa.
-¿Debo preguntarme todos los días en qué lecho he de encontramos, sin decir nada al respecto? ¿Eso pretendéis?
-¿Me encontrasteis en el lecho con esa mujer? -Os sorprendí con la mano en su pecho. ¿Acaso estabais discutiendo sobre la renta, mi señor?

Su sarcasmo se tornaba cada vez más agudo. Él había olvidado en qué momento había aparecido ella en la puerta de *la Pelirroja.*

-En realidad, estábamos hablando de ti. -Por cierto. -El tono de Reina se tornó seco. -La puerta estaba de par en par, como recordarás. -Eso sólo demuestra que me dijisteis la verdad al asegurar que no os importa contar o no con intimidad. En el bosque, en la choza de una ramera con la puerta abierta. ¿Qué importa?
¿Tenía que acordarse de eso justo ahora?

-¿Sabes, generalete?, habrías podido ahorrarte esos dolorosos celos si ayer hubieras respondido a mi pregunta. Si no querías que me desahogara con otra que tú, debiste decirlo.
-Conque lo admites -dijo ella, vacilante. -¿Y tú? -contraatacó él.

-Puesto que tú no sabes ser discreto, tendré que serlo yo -replicó ella amargamente-, aunque no veo la utilidad cuando todo está ya hecho. Y no estaba celosa. Horrorizada y humillada, sí, pero celosa no.

-Muy bien, no estabas celosa -concedió él, aunque su sonrisa revelaba que no lo creía así-. De cualquier modo, habrías podido evitarte problemas si me hubieras preguntado simplemente qué estaba haciendo allí.

-Cuando un hombre visita a una prostituta es para hacer una sola cosa.

-En ese caso, ¿por qué me limité a conversar con ella? -¿A conversar? -bufó Reina-. ¿Poniéndole las manos en los pechos?

El rió entre dientes.

-¿De qué otro modo habría podido ella determinar si mis caricias te harían daño o no?

-¿A mí? ¿Acaso la acariciaste por mi bien? -se burló ella-. Inténtalo otra vez, por favor.
Por fin él frunció el ceño.
-Si yo hubiera necesitado de una mujer, no me habría hecho falta ir a la aldea para hallarla. Aquí hay muchas que no se me habrían negado, incluida tú misma. Lo que yo necesitaba era una respuesta que sólo podía darme una mujer de vasta y variada experiencia. Sólo por eso visité a Alma *la Pelirroja,* y eso fue lo único que ella me brindó. Aun cuando su respuesta me excitó, no me demoré con ella para aprovechar su profesión. Pero si te hubiera encontrado aguardando afuera, joven señora, puedes estar segura de que habrías tenido pruebas de tu equivocación.
Ella no pasó por alto el significado de esas palabras, que le enrojeció las mejillas. Y le creyó, aunque no fuera prudente, porque deseaba creerlo. Pero eso significaba que, al acusarlo así, había hecho el papel de una verdadera tonta. Cabía agradecer que él no hubiera perdido la paciencia por completo. Pero seguía con el ceño fruncido, y eso aumentó la incomodidad de la joven.

- ¿Quieres ... ? -Tuvo que carraspear; por el momento él no podía mirarla a los ojos-. ¿Quieres decirme cuál era la respuesta que buscabas?

El dio un paso hacia ella. Su voz fue un rumor grave y ronco.

-Quería saber cómo darte placer sin dañarte.

Reina levantó bruscamente la cabeza; sintió una intensa indignación.

-¿Eso le preguntaste?
- sí.
-¡Pero si nunca me has hecho daño!

-Tampoco te he tocado como me gustaría, por miedo a que estas manos te lastimaran cuando yo perdiera el control, cosa que me ha ocurrido una y otra vez contigo. -La expresión dubitativo de su esposa lo exasperó-. ¡Mira lo menuda y delicada que eres! Nunca llevé a mi lecho a una mujer tan frágil. No hago más esfuerzo para alzarte que para levantar a *lady Ella.*

Eso era una exageración, pero ninguno de los dos cayó en la cuenta. Ranulf la sujetó por debajo de los brazos y la levantó. Ella lo miraba desde arriba, pero él no elevó la vista más allá del seno, subyugado por la bata entreabierta. Ambos pechos asomaban sus grandes aureolas oscuras, en fuerte contraste con lo cremoso de la piel; los pezones se pusieron erectos ante su mirada, como si se estiraran hacia sus labios. Él les dio el gusto, inclinando la cabeza apenas lo suficiente para degustar uno; luego lo succionó profundamente.

Reina adivinó lo que venía cuando los ojos de su marido se oscurecieron hasta el añil, y contuvo el aliento, esperando. De pronto emitió un leve gemido. Dejó caer la cabeza hacia atrás, con un torbellino caliente en el vientre. Alargó las manos que tenía suavemente posadas en los hombros de Ranulf y le hundió los dedos en la melena dorada. Poco importaba no tener el cuerpo apoyado contra el suyo, sino suspendido en el aire. De cualquier modo, sus miembros se habían convertido en gelatina. Los de él, en cambio, permanecían firmes como una roca; ni siquiera los brazos que la sostenían delataban temblor alguno.

Por fin le soltó el pecho, sólo para lamer el trayecto hacia el otro, arrancándole un gemido aún más profundo. La sensación, a fuer de intensa, se tornó insoportable, pero a Reina no se le habría ocurrido pedir ayuda.

De pronto se sintió elevada a mayor altura. Los labios de Ranulf no se apartaron de su piel, presionando besos acalorados contra su vientre; se detuvieron por un instante en su ombligo, para hurgarlo con la lengua. Ella apenas había recobrado el aliento después de ese ataque, cuando se sintió descender otra vez, poco a poco, mientras una lengua trazaba un sendero desde el vientre hasta el cuello, a la mejilla y, por fin, se hundía en su boca para un beso ardoroso que le curvó los dedos.

Por fin, cuando él la depositó en el suelo habría caído a los pies de su esposo si no hubiera estado aferrada aún a su pelo. Se derrumbó contra él; casi no se dio cuenta de que Ranulf le desprendía los dedos y le bajaba los brazos para deslizarle la bata por los hombros, hasta que la prenda resbaló al suelo. Sólo supo que él la levantaba otra vez, ahora en sus brazos, y apenas tuvo conciencia de que la llevaba en vilo. Pero ningún otro pensamiento penetró en la neblina de placer que aún experimentaba.

El placer no disminuyó. Aun cuando él la dejó en el lecho y se apartó para quitarse la ropa, el escozor continuó. Lo contemplaba, apreciando la carne dorada que se iba revelando, la potencia que la había sostenido en alto durante tan largo rato, manifestada en cada ondular de músculos. Deseaba tocarle la piel, probarlo como él la había probado. Nunca habla experimentado una expectativa tan ardiente. Y cuando sus ojos se encontraron con los de él, otro estremecimiento de sensaciones la recorrió por entero, pues las pupilas de Ranulf ardían de pasión, asegurándole que realmente esta vez sería distinto. Pero ella no habría podido imaginar hasta qué extremo.

Cuando él volvió a la cama, sus labios retornaron para tentarla con besos suaves, incitarla con mordiscos e inflamaría dondequiera la tocaban. Por fin se convirtió en una llamarada de calor y deseo. La frustraba que él no le permitiera tocarlo, pues le sujetaba las manos con fuerza, sin soltarlas.

Por fin se preparó para satisfacer el deseo de sentirlo en su interior. Ranulf se arrodilló entre sus piernas, depositó un beso más en su vientre estremecido y luego...

-Ranulf, qué... no, no hagas... ¡no!

Él lo hizo, y fue como salir disparada a través del techo. La mitad de su cuerpo se apartó de la cama, pues su espalda se arqueó como por voluntad propia, tratando de escapar al fuego de aquella lengua. Pero no lo consiguió; tampoco le era posible liberar las manos. Trató de incorporarse, pero él la inmovilizó con un brazo cruzado sobre el vientre, manteniéndola a su merced.

La merced no existía. Continuó probando su esencia, consumiendo en su fuego la sorpresa y el miedo, hasta dejar escapar una satisfacción salvaje y asombrosa. Esa respuesta no parecía brotar de ella; sin embargo, la sentía, la disfrutaba y, con indefenso abandono, se dejó llevar adonde fuese. Un latido nuevo y glorioso le estalló entre las piernas, arrancándole un grito capaz de competir con el habitual bramido de Ranulf.

Y mientras flotaba en la sofocante secuela, él la poseyó, manteniéndola en la cresta de una pura dulzura mientras volaba hacia su propio desahogo. Sólo que la ola adquirió inesperadas dimensiones ciclópeas y, en el último instante, el grito de Reina se unió al de él en otro estallido de palpitante éxtasis.

CAPÍTULO XXXI

Fue una desagradable sorpresa despertar del sueño más placentero para encontrarse con el trasero de un gato directamente contra su cara. Por un momento, Reina no logró comprender qué estaba viendo. Después, el espantoso olor que le atacó las fosas nasales le permitió identificarlo. Con un chillido, saltó de la cama. Pero cuando giró en redondo para fulminar con la mirada a la inoportuna criatura que reposaba en su almohada, quedó paralizada al ver a su esposo.

Su grito de indignación lo había despertado. Por obra de sus reflejos de guerrero, estaba ya de pie al otro lado de la cama, espada en mano. No lograba adivinar qué la había alarmado así, como fue obvio por la mirada inquisitivo que le dirigió, con una ceja arqueada.

El fastidio de Reina no se calmó. Por el contrario, aumentó considerablemente al caer en la cuenta de que ambos estaban desnudos. Y el recuerdo de la víspera acabó de ofenderla. Por eso, cuando al fin él le preguntó qué la había asustado, Reina respondió sin importarle quedar como una tonta. La gata era la culpable de ese nuevo bochorno y sería la gata quien cargara con la culpa.

-Esa rata felina me ha lanzado una ventosidad a la cara.

Ranulf no rió. Reina lo habría preferido, pues eso hubiera podido aliviar la tensión que aquella situación absurda estaba creando. Lo que hizo fue envainar la espada con mucha calma y volver a la cama. La falta de todo comentario bastó para irritar a la joven. Y lo que acabó de enfurecería fue que él levantara a *iady Ella* para acariciarla.

-¿Y bien? -exclamó ella.

-¿Y bien, qué? Es algo normal. Los animales tienen tantos gases intestinales como nosotros.

-¡Pero ella -aseguró Reina, señalando a la culpable con un dedo- lo hizo a propósito!

-¡Qué ridiculez! ¿Por qué odias a los gatos?

-Yo no odio a los gatos. Por el contrario, me gustan. Odio a esa gata y me niego a seguir compartiendo la alcoba con ella. Si no se va, me voy Yo.

Como él se limitó a mirarla en silencio, con aire de considerarla loca, Reina salió tempestuosamente de la habitación; se detuvo sólo a recoger la bata que la noche anterior quedara en el suelo. Cuando estuvo afuera, en el pasillo, se le ocurrió que no tenía adónde ir. Ya había asignado su antigua alcoba a Elaine y a Alicia, que la compartían, y no le gustaba molestar a las otras mujeres a horas tan tempranas. Tampoco podía bajar con esas ropas. Aunque apenas estaba amaneciendo, por entonces ya habría algunos sirvientes levantados.

En el pasillo se habían consumido las antorchas; la luz que penetraba por los hondos alféizares era apenas discernible. El pozo de la escalera estaba aún más oscuro, pero Reina avanzó en esa dirección. El suelo estaba frío; sentada en la escalera, al menos podía envolverse los pies en la bata. Con un poco de suerte, nadie pasaría por allí; de lo contrario, no se le ocurría ninguna excusa para explicar por qué estaba sentada en la oscuridad, en los peldaños fríos, abrigada sólo con una bata.

Al cabo de un momento empezó a respirar con más calma. El torbellino de sus pensamientos tardó un poco más en serenarse; cuando así fue, dejó caer la cabeza contra las rodillas, gimiendo.

«No hice eso, jesús, dime que no dije ni hice nada de eso.»

No hubo voz divina que respondiera. Reina volvió a gemir. Ranulf pensaría que estaba casado con una loca, y no se equivocaba mucho. Debía de estar loca, si había dejado que su mal genio se desbordara de ese modo. El día anterior había tenido motivos (o creído tenerlos), pero esta nueva idiotez no tenía excusas. La gata era tan astuta que libraba contra ella una guerra sutil; ¿quién iba a creerlo? Ella misma lo hubiera

dudado, si no hubiese visto el modo particular con que *lady* Ella actuaba. Y... caramba, otra vez estaba inventando excusas descabelladas. Nadie en su sano juicio podía atribuir motivaciones humanas a un gato.

Era preciso enfrentarse a la verdad: estaba celosa de *lady Ella*... pero con razones. El absurdo ultimátum que había planteado a Ranulf demostraba que a él le interesaba más su preciosa gata que su esposa, pues era ella quien se encontraba allí, en los fríos peldaños, mientras el felino recibía sus mimos en una cálida cama: la cama de Reina.

De pronto se sobresaltó: algo le había rozado el muslo. Divisó apenas una sombra pequeña y oscura, que bajaba los peldaños. *¿Lady Ella?* Pero si ella había cerrado la puerta de la antecámara...

Reina se puso tensa: su esposo estaba de pie en el peldaño de atrás. Había llegado el momento de disculparse, de pedirle perdón por su tontería. Pero no hubo palabras que pudieran atravesar su mortificación. Al parecer, estaba adquiriendo la costumbre de humillarse a sí misma en presencia de su marido. Pero esta vez era la peor; detestaba imaginar lo que él debía de estar pensando.

-¿Volverás de buen grado o tendré que llevarte en brazos?

Ella se levantó para enfrentarlo. Sólo veía su silueta, sin expresión que la ayudara a conocer sus pensamientos. Tampoco su voz grave le brindaba pista alguna.

-¿Qué significa eso? -preguntó, vacilante.

-Significa que cedo, generalete. Preferiría que trataras de tolerar a *lady Ella,* pero si no puedes, no puedes. Por tanto, la gata dormirá con Lanzo.

Reina debería haberse mostrado magnánima, decir que no le importaba, que él podía conservar a su gata donde gustara. Pero acababa de vencer, y sin culpabilidad masculina que la ayudara. Valía la pena saborear aquella sensación sin concesiones.

- Gracias.

-¿Por qué? No me has dado alternativa. Ella sonrió para sí, pues eso no era del todo cierto. Ranulf habría podido llevarla al cuarto a rastras obligándola a aceptar su voluntad sin tener en cuenta sus sentimientos.

-¿No estás enojado?

Ranulf sin responder, se hizo a un lado para darle paso. Era mejor aprovechar la buena suerte y dejar el tema en paz. Él no parecía enojado aunque habría tenido derecho a estarlo. A los hombres, en general, no les gustaban los ultimátums.

Se ciñó la bata para protegerse del frío y subió un escalón... para encontrarse alzada en brazos.

-¿No has dicho ... ?

-Calla -interrumpió él-. No me había dado cuenta de que estabas descalza.

¿Qué podía responder a eso? Tenía, en verdad, los pies terriblemente fríos. El había tenido el buen tino de ponerse las calzas y los zapatos, mientras que a ella sólo se le había ocurrido recoger la bata. Esa caballerosidad resultaba inesperada, pero agradable. La disfrutaría mientras durara. Por otra parte, le gustaba estar en sus brazos.

Lanzo continuaba durmiendo, impertérrito ante las ¡das y venidas en la antecámara, allí donde tendía su jergón, todas las noches. Estaba habituado a responder cuando Ranulf levantaba la voz para llamarlo, pero el amo había hablado en voz baja.

El aposento estaba mucho más iluminado que antes, pues el alba daba paso a la aurora. Ranulf la dejó al llegar a la cama. Sólo entonces ella le estudió el rostro para averiguar su estado de ánimo. La enorme sonrisa era suficiente explicación.

-Conque por eso no te has enojado. Mi conducta te divierte.

Ranulf se sentó junto a ella, pero sin mirarla; mantenía la vista fija en sus propios pies, estirados hacia adelante.

-Hasta ahora había visto que las mujeres pelearan y se pusieran celosas por mí, pero nunca por mi gata.

-¿De veras? -replicó ella, indignada.

La carcajada que él había estado conteniendo estalló de pronto, haciéndolo caer en la cama. Se volvió de lado a lado, bramando de risa. Reina buscó con la vista algo con que pegarle.

-Juro -jadeó él, sujetándose el vientre sin dejar de reír que nunca he visto... ni oído..... nada tan divertido... como acusar a un gato... ¡de pedorrear a alguien!

¿Era eso lo que ella había dicho? Ni siquiera era lógico. Los animales no podían dominar esas cosas, no más que los humanos.

-Reconozco que puedo haberme apresurado al lanzar esa acusación. Debería haber dicho que ella lo habría hecho deliberadamente, si eso fuera posible.

Eso provocó otro paroxismo de risa. Ranulf ya lloraba. Reina tuvo que morderse el labio para impedir que se le curvara, pues su humor se le había contagiado.

-Basta, Ranulf -protestó, exasperada~. Me he comportado como una idiota, sí. No hace falta que me lo recuerdes.

-No, como una idiota no. -La obligó a tenderse a su lado y se inclinó hacia ella, sonriente-. Estuviste absolutamente deliciosa.

-Y tonta -agregó ella, reconfortada por la mirada de él.

-Tonta, sí. ¿Sabes que nunca me había reído tanto? Me alegro de que seas tan tonta, generalete.

Ella levantó una mano para limpiarle las lágrimas de las mejillas.

-Lo lamento.

- ¿El qué?

-Que hayas tenido tan poco de qué reír en tu vida. Ranulf le cogió los dedos y se los llevó a los labios.

-Cuidado, señora, o descubriréis en carne propia qué hago con las mujeres que me miman por compasión.

-Sé exactamente lo que haces -bufó ella-. Te aprovechas a fondo de su compasión para llevarlas a tu cama. Una vergonzosa táctica masculina.

-No más vergonzosa que las tácticas femeninas que utilizaste ayer, al suponer que yo padecía de remordimientos.

-Yo nunca... -Pero en medio de la negativa, la sonrisa de Ranulf provocó otra en ella-. Con mi padre siempre dio resultado.

-Yo no soy tu padre.

Ella arqueó una ceja.

-¿No te importa no tener paz en tu casa?

Reina se puso tensa: él había inclinado la cabeza para aferrar entre los dientes el borde de su bata y la estaba abriendo. Se derritió ante la lengua que giraba alrededor del pezón descubierto. Los ojos que se volvieron a ella centelleaban de satisfacción masculina.

-Creo haber descubierto un modo más delicioso para hacer las paces.

-Tal vez -reconoció ella, con un susurro gutural. Luego se incorporó y pudo agregar, indiferente-: Pero ya estamos en paz.

-No tan pronto -rió él.

Un dedo enganchado en el cuello de la bata la obligó a tenderse otra vez. También le apartó la bata de los hombros. Ahora tenía los dos pechos descubiertos; por la expresión con que Ranulf los contemplaba, Reina adivinó que esa conversación no se prolongaría mucho.

-¿Todavía te enoja el que yo haya buscado a Alma? Reina se debatió, incómoda.

-Podrías haberme formulado a mí la misma pregunta. -¿Me habrías dicho que te complaciera como lo hice? -No, puesto que ignoraba que fuera posible. -También yo.

Él le rozó la mejilla con los labios, siguiendo un camino hacia la boca, pero no la besó. Se limitó a deslizarle la lengua por el labio inferior, tentador, hasta que ella se sintió obligada a presionar sus labios contra los de él. Luego se echó atrás, sonriente.

-Ahora dime si disfrutaste.

-¿Tienes alguna duda? -preguntó ella.

-No, pero quiero oírlo de tu boca. Dilo, Reina. -Acentuó la exigencia con otro beso, dejando que sus labios pendieran apenas por sobre los de ella-. Dilo.

-Yo... disfruté.

-Si lo hago otra vez, ¿no protestarás?

-No es eso lo que he dicho. ¡Espera, Ranulf! Ya es de día... la mañana... buen Dios -concluyó, con un suspiro de felicidad.

CAPÍTULO XXXII

Reina cortó la última hebra y se levantó, extendiendo la prenda terminada para su última inspección. Y tuvo que sonreír. Al ribetear el terciopelo azul con bandas de brocado de seda color marfil, había logrado una bata digna de un rey. Quedaba por ver si su esposo aceptaba usarla, y no sólo porque él no estuviera acostumbrado a usar bata, sino porque toda su ropa era deslucida: simples prendas de lana o hilo, sin adornos y casi siempre necesitadas de algún arreglo. No se le podía acusar de ostentoso ni de exhibicionista, aunque estaba, desde hacía tiempo, en condiciones de gastar mucho más en ropas. El hecho de que prefiriera atuendos sencillos decía mucho en favor de su carácter.

Al coser aquella bata, ella se había permitido un lujo, puesto que sólo ella y los pocos sirvientes que entraban en la alcoba lo verían lucirla. El resto del nuevo guardarropa que pensaba hacer para su esposo sería de buena calidad, pero más modesto... al menos mientras él no se habituara a la idea de que los ricos lores del reino debían mostrarse elegantes y presentar un mejor aspecto que el de sus vasallos.

Mientras cosía el terciopelo, los comentarios que recibió de las damas mayores fueron picantes, los habituales en esta situación para cualquier recién casada, y ella los aceptó de ese grado.

-¿Estáis segura de querer cubrir con eso hombros tan magníficos?

-Lo que quiero es quitarle la bata, no ponérsela.

-Lo lamentaréis, si hace como mi William y decide dormir con ella puesta -dijo lady Margaret.

-Si no está habituado a usar bata, ¿por qué cambiar algo tan bueno?

Lo que ellas no parecían comprender (y Reina no estaba dispuesta a explicarlo) era que ver un cuerpo como el de Ranulf paseándose desnudo por la habitación, hacía estragos en el equilibrio de una mujer, al menos en el suyo. Cuando él estaba desnudo, Reina cometía estupideces, como mirarlo fijamente con descarada falta de tacto, o acusar de malas intenciones a una pobre gata. No pasaría mucho tiempo sin que ella sucumbiera a los impulsos sensuales que aquella piel dorada provocaba en ella: querría tocarlo, acariciarlo, degustarlo, aunque él no se lo mandara. Y entonces, ¿qué pensaría ¿I? Después de todo, el hecho de que Ranulf le hiciera el amor con tanta frecuencia era sólo el cumplimiento de un trato. Eso terminaría en cuanto ella quedara encinta.

Lo de enfundarlo en una bata era un seguro contra la tentación. Garantizaba que ¿I no la creería desolada por la pérdida de su cuerpo, llegado el momento. Si él hubiera continuado como en un principio, tal problema no habría existido. Pero sus nuevas técnicas la tenían cautivada. ¡Dios, cuán cautivada! Y él lo sabía. Además, se mostraba dulce y encantador en su placer por tan gran hazaña, reacción típicamente masculina, probablemente, como la

del niño que logra su primera victoria contra obstáculos insuperables. Por lo tanto, a ella le correspondía hacerle creer que mantenía, básicamente, su indiferencia. Por lo menos, debía salvar su orgullo.

Reina cogió la prenda terminada para llevarla a su alcoba. La dejaría en la cama, para que Ranulf la viera. Era de esperar que se sintiera obligado a usarla, pues había sido cosida especialmente para él. En caso contrario, Reina se encargaría de provocar corrientes de aire en el cuarto, retirando algunos tapices. Un poco de frío le haría frenar su impudor.

-En vuestro lugar, lo pensaría mejor -pronunció dama Hilary, con voz de sonsonete, provocando una risita traviesa entre las más jóvenes.

Reina sonrió a su pesar. Si las circunstancias de su matrimonio hubieran sido otras, lo habría pensado mejor, sí. Pero difícilmente podría olvidar que había sido preciso casi retorcer el brazo de Ranulf para que aceptara desposaría. Pese a sus nuevas habilidades amatorias, de las que estaba tan orgulloso, si . n duda preferiría practicarlas con alguna otra.

-Si os veis obligada a regalarle una bata, perded la vuestra -sugirió Florette, muy seria-. De ese modo él no usará la suya con mucha frecuencia.

Por fin lograron provocar el rubor que buscaban. Pero antes de que Reina pudiera pronunciar una respuesta adecuada, Wenda apareció en el vano de la puerta e interrumpió las alegres risas. Venía exhausta, con una mano en el pecho, señales de que había llegado a toda carrera. Tampoco perdió el tiempo en rodeos, una vez hubo recobrado el aliento.

-Milady, será mejor que vengáis cuanto antes. Han regresado los caballeros de lord Ranulf, y dos de ellos están malheridos.

En el cuarto de labores se hizo el silencio. El corazón de Reina había dado un vuelco ante las primeras palabras, pensando que Ranulf había sufrido algún percance. No habría podido explicar el porqué de esa reacción, pero al recuperar el color también recobró la eficiencia de su mente.

- Hilary, Florette, venid conmigo. -Arrojó la bata a Wenda-. Pon eso en mi alcoba cuando vayas a buscar mis medicamentos. Margaret, recoged lo que haga falta y reuníos conmigo abajo. Elaine, enviad a alguien en busca de mi señor. No podemos aguardar su vuelta.

-¿Dónde está?

-En la aldea, según creo. -«Pagando una fortuna a Alma, ***la*** *Pelirroja»,* agregó para sus adentros, pues no estaba segura de que Ranulf hubiera bromeado al asegurar que los consejos de la mujer valían su peso en oro-. ¿Florette?

La joven viuda no se había levantado para reunirse con ella; por el contrario, aún miraba a Wenda con el semblante pálido.

- ¿Es... sir Walter está entre los heridos?

-No lo sé, señora -respondió Wenda-. Aún los estaban llevando al torreón cuando el maestro Gilbert me envió en busca de lady Reina.

Esa respuesta no mejoró el color de Florette; Reina tuvo que preguntarse si la encantadora morena sentía cierta ternura por Walter de Breaute. Obviamente, sus propios problemas la habían hecho perder el contacto con lo que ocurría en su casa. Ni siquiera sabía que los hombres de Ranulf hubieran abandonado Clydon ese día.

-Tal vez sea mejor que permanezcáis aquí, Florette -sugirió, decidiendo que la mujer sólo serviría de estorbo si sir Walter estaba entre los heridos y ella lo amaba-. Margaret puede...

-No. Necesito saberlo.

-Por cierto, pero...

-Oh, por favor, señora -insistió Florette-. Fue sólo la sorpresa. Ya estoy bien.

Reina vacilaba, pero acabó por asentir y abandonó el cuarto de labores.

Aun antes de llegar al salón oyó las invectivas que Searle de Totnes lanzaba contra los hombres que lo llevaban. Había recibido un golpe de pico en el muslo y, aunque la cabeza metálica había sido extraída, aún tenía clavados en la herida eslabones de sus calzas de malla, que se movían con cada sacudida. Sin embargo, su voz revelaba que su estado no era tan grave como Wenda había dado a entender. Walter, por el contrario (en efecto, él era el otro herido), estaba inconsciente. No tenía buen color y sangraba por más de una herida.

Los seguía Eric Fitzstephen. Reina le dirigió las preguntas para las que requería respuesta, mientras los portadores depositaban a los caballeros en alcobas separadas, contiguas al salón.

-¿Cuánto hace que sir Walter está sangrando?

-Demasiado tiempo -replicó Eric, con voz ronca de preocupación-. Recibió un tajo en el costado a poco de iniciada la reyerta, pero continuó combatiendo. Estábamos a buena distancia de Clydon cuando nos emboscaron.

-¿Cayó del caballo al recibir esa herida en la cabeza? -preguntó ella-. Debo saber si tiene heridas internas.

-No, no hay costillas fracturadas ni nada parecido. Ninguna de las dos heridas lo derribó. Fue al ver su propia sangre, cuando todo terminó, que... ch...

-Comprendo -interrumpió Reina, asumiendo que a un caballero le resultaba difícil hablar del desvanecimiento de un par-. ¿Sabéis quién lo hizo?

-Estábamos en la ruta del bosque, milady.

Probablemente eso lo explicaba.

-Muy bien. He mandado por Ranul£ Haz que una de mis damas te atienda esos rasguños antes de que él llegue, pues querrá escuchar un informe completo de lo ocurrido.

Encontró a Florette inclinada sobre Walter, en la alcoba donde lo habían puesto. Estaba otra vez muy pálida, pero en actividad. Retiraba con cuidado las vendas improvisadas que le habían puesto en la cabeza.

-Dejad eso -dijo Reina enérgica-. Ahí la hemorragia ha cesado, pero en el costado aún sigue.

- ¿No... morirá, señora?

-No cometerá semejante tontería -pronunció Reina; sin embargo, no podía asegurarlo mientras no viera las heridas.

Lo más dificil fue retirar la pesada armadura de Walter para llegar a la herida. Hizo falta la colaboración de dos hombres para lograrlo moviéndolo lo menos posible. Luego cortaron sus ropas con celeridad, dejando al descubierto su herida.

«Demasiado tiempo», había dicho Eric. Y no era exagerado. Walter tenía todo el costado izquierdo rojo y empapado hasta las botas; la herida, desigual, aún goteaba. El arma, cualquiera fuese, había atravesado la cota de malla justo por debajo de la costilla inferior, pero en vez de penetrar en el cuerpo para causar la muerte, había sido desviada por la costilla, tras lo cual desgarró la carne en diagonal. Era profunda, pero no parecía tan grave; al menos, no lo habría sido si hubiera cerrado a tiempo. Ahora el peligro era que hubiera perdido demasiada sangre y estuviera muy débil para luchar contra la infección.

Reina trabajó de prisa; limpió la herida y aplicó un ungüento para detener la hemorragia. Dejó que Florette hiciera la sutura mientras ella se encargaba de la herida de la cabeza. Era sólo un pequeño corte en la piel, pero abajo había un grueso chichón. Eso se habría podido evitar con un casco. Walter tendría un fuerte dolor de cabeza durante muchos días, lo cual le enseñaría a no salir nuevamente de Clydon sin casco.

Walter no despertó ni por un momento, lo cual fue una suerte, pues había muchos puntos de sutura a aplicar. En cambio, no resultó fácil hacerle tragar el tónico que Reina le

preparó. Ella dejó que Florette se encargara de eso, mientras iba a verificar el estado del caballero más joven.

Las potentes quejas de Searle, que se tornaban más estruendosas ante los cuidados de Hilary, se oían con claridad en la cámara vecina. Sólo cuando la dama hubo terminado a medias se acallaron. Pero al ver a Reina, el caballero volvió a alzar la VOZ.

-Sois cruel, señora, por haberme enviado a esta bruja.

-Esa bruja tiene manos más suaves que las mías, señor; agradeced que yo estaba muy ocupada con sir Walter y no pude atendemos personalmente.

Eso le hizo callar y provocó una risita ahogada en la corpulenta dama, quien comentó:

-¡Ni los niños arman tanto jaleo por un pinchazo!

-¡Un pinchazo! -Searle estuvo a punto de atragantarse.

-Sólo tres puntos de sutura, señora -informó Hilary. -¿Tan pocos? Sir Walter acaba de recibir casi veinte. ¿Lo oísteis acaso gritar pidiendo misericordia? -Reina sonrió, compadecida del joven, que se había ruborizado-. Estamos bromeando, Searle. A veces el gritar alivia el dolor. Deberíais haber oído a mi padre cuando se clavaba una simple astilla en el patio de ejercicios. Para poder quitársela teníamos que llenarnos las orejas de trapos.

-¿Walter está ... ?

-No os preocupéis. Todavía está inconsciente, pero en este momento es lo que le conviene. Sus heridas no son tan graves como parecían, pero serán muy dolorosas cuando despierte. Ahora bebed esto. -Le tendió un brebaje de amapola blanca, mezclada con vino caliente-. Os aliviará el dolor y hará dormir, que es lo que también a vos os conviene.

-Pero Ranulf..

-Eric responderá a sus preguntas.

En ese momento se abrió violentamente la puerta de la alcoba vecina. Searle se apresuró a tragar su brebaje.

-¿En cuánto tiempo hará efecto?

Reina lo miró frunciendo el ceño.

-¿Qué os pasa?

-Se pondrá furioso. Preferiría estar dormido cuando se enfurezca.

-Pero ¿qué motivos tiene para enojarse? A menos que vosotros tres hayáis actuado mal. ¿Fue así?

-Tenemos un muerto y dos heridos. Ellos eran sólo quince. Deberíamos haber hecho mejor papel, señora.

-Y vosotros, ¿cuántos erais?

- Seis.

Reina le clavó una mirada de disgusto.

-Dormid, atolondrado. Hilary, cuidad de que el señor, mi esposo, no entre bruscamente a perturbarle.

-No es poco lo que pedís, milady.

Hilary también recibió una mirada de disgusto por ese innecesario sarcasmo.

-Muy bien, yo misma me encargaré. -Y Reina se retiró, murmurando-: jesús, ¿tres a uno les parece buena proporción? ¿Acaso Ranulf piensa que todos sus hombres son gigantes como él?

Eric estaba apoyado contra la pared, ante la alcoba de Walter, débil; al parecer, ya había contado a Ranulf lo ocurrido. La puerta seguía franca, y Reina vaciló al ver a Ranulf dentro. Estaba junto a la cama de Walter, contemplándolo con el cuerpo tan tenso que parecía hecho de piedra: los músculos abultados, los puños cerrados contra el flanco. Ella no pudo verle la expresión, pero sin duda estaba furioso, puesto que había asustado a Florette al punto de haberle hecho abandonar a su paciente: también ella esperaba fuera del aposento.

Cuando Reina llegó a su lado, él no se movió ni desvió los ojos para mirarla.

-No es posible que estés furioso con él por haber sido herido, Ranul£ ¿Crees que lo hizo a propósito?

-El muy tonto sabía que iba a cruzar los bosques, señora. Sabía que ese lugar hervía de bandidos. Sin embargo, sólo fue con tres hombres de armas.

-Pero también los acompañaban tres caballeros bien armados. Los forajidos rara vez atacan a los viajeros que marchan en grupo y armados.

-Esta vez lo hicieron.

¿Qué cabía replicar? Él tenía motivos para estar enojado. Pero cuando la miró, no fue enojo lo que ella vio en sus ojos, sino un miedo profundo, terrible.

-Señora, por favor, no lo dejéis morir -dijo, con sincero pesar-. Si lo ayudáis a recobrarse, contaréis con mi más profunda gratitud.

Reina sintió un nudo en la garganta. Experimentaba el irresistible impulso de abrazarle y asegurarle que no había nada que temer. Pero la compasión y los consuelos vacuos no eran modo de tratar con aquel hombre.

-¿Qué estáis pensando, señor? -exclamó, con voz deliberadamente severa-. Por mucho que me gustara contar con vuestra obligación en los momentos en que así me conviniera, debo deciros que De Breaute no va a morir... Sus heridas son leves comparadas con algunas que he visto.

-En ese caso, ¿por qué no despierta?

-Porque le di algo para hacerle dormir, y también a sir Searle. Es la mejor manera de recobrar fuerzas después de haber perdido sangre. Pero ninguno de los dos está tan malherido que no vaya a protestar por el largo reposo al que los obligo.

No estaba segura de que su esposo lo creyera, pero al cabo de un instante él asintió secamente y salió de la alcoba. Reina suspiró, pero el alivio duró poco. Al mirar a Walter comprobó que aún estaba horriblemente pálido. No era de extrañar que Ranulf lo hubiera creído moribundo.

-Será mejor que me escuches, De Breaute. -Se inclinó hacia el herido para susurrarle ásperamente al oído-. Si me haces quedar como mentirosa muriéndote, pasaré el resto de mi vida rezando para que pases la eternidad pudriéndote en el purgatorio. No sé por qué estúpidos motivos, pero él te quiere.

Y por él te recobrarás muy pronto.

La escuchara él o no, Reina se sintió mejor por haberlo dicho.

Florette aún rondaba la puerta, ansiosa, de modo que Reina la hizo pasar; le dio instrucciones para que vigilara la fiebre y la mandara llamar al primer síntoma. Al echar un vistazo al salón, descubrió que Ranulf estaba otra vez conversando con Eric, pero sólo oyó el final del diálogo al acercarse.

-Envía un mensajero de confianza al castellano de Warhurst. Dile que podrá apresar a los forajidos si envía tras ellos a una fuerza numerosa, mañana al romper el alba.

- ¿Es cierto?

-Sí. Después de que los persiga hasta ponerlos en nuestras manos, podrá quedarse con lo que de ellos reste para hacer su voluntad.

Reina se alejó sin que Ranulf la viera. Era lógico que no reparara en ella, puesto que sólo pensaba en derramar sangre. Ella nunca le había oído hablar en ese tono, pero cualesquiera fuesen sus planes para el día siguiente, prefería no conocerlos. Casi compadecía a los forajidos, pero habrían debido ser eliminados tiempo atrás.

CAPÍTULO XXXIII

El cielo tormentoso reducía el calor, pero en nada aliviaba la impaciencia de Ranulf, en tanto avanzaba la mañana. Habían salido de Clydon en la oscuridad, al promediar la noche y en pequeños grupos, a intervalos. Otra precaución fue cabalgar primero hacia el sur y luego regresar rodeando los bosques, a fin de que la encerrona no fuera descubierta.

Ranulf había tomado los sesenta y ocho caballos existentes en Clydon, incluido el melindroso palafrén de su esposa. Aun así, algunos hombres tuvieron que montar de dos en dos, a fin de que los cien convocados pudieran acompañar a Ranulf hasta donde él deseaba antes de romper el alba.

Eric y sir Meyer se encaminaron hacia el este, con la mitad de los hombres; Ranulf continuó por el linde occidental de los bosques. El hecho de no conocer el terreno no fue obstáculo, al menos en el límite del oeste. El arroyo que corría paralelo al bosque, a lo largo de una legua, formaba un barranco bajo que bastaría para ocultar los caballos, aún diseminados para vigilar los puntos por donde pudieran salir los proscritos. Necesitaban permanecer escondidos para aprovechar la sorpresa. Sólo cabía esperar que Eric hubiera hallado una protección parecida.

Entre el bosque y el arroyo había un ancho sembrado de avena de muy poca altura; no ofrecerían cobertura alguna a los forajidos, una vez se los atrapara en el medio. Según uno de los hombres de Clydon, el campo de avena pertenecía a la viuda de Burgh, por lo que a Ranulf no le importaba sembrarlo de cadáveres y pisotear las tiernas plantas. Hasta había pensado enviar a un hombre a la casa solariega, a fin de reclutar todos los hombres de los que la viuda pudiera prescindir; pero decidió no hacerlo. En caso de que lord Rothwell

decidiera ir a ver qué había sido de su novia o si había nuevos problemas con Falkes de Rochefort, entonces habría llegado la ocasión de convocar a sus vasallos.

-¿Habrá salido algo mal, Ranulf? -preguntó Kenric, a su lado-. Tal vez los hombres de Warhurst tuvieron suerte, por una vez, y los han atrapado.

Ranulf se limitó a gruñir, pues a él se le había ocurrido lo mismo. Los bosques medían sólo unas cuantas leguas de anchura: ¿cuánto podía tardar en salir un hombre que corriera para salvar la vida? Claro que aquellos forajidos tenían astucia. En ese mismo instante podían estar en el límite del bosque, atentos a cualquier trampa, antes de decidirse a correr hasta la vega siguiente, hacia el oeste.

Y entonces vio un movimiento, aunque tardó un momento en asegurarse. ¡Por eso aquellos hombres habían eludido la captura durante tantos asíos Sin caballos y vestidos con los colores del bosque, podían confundirse fácilmente con el follaje circundante; hasta debían de resultar invisibles en la copa de un árbol. Si los perseguidores no eran muchos, no había motivos para salir del todo. Warhurst debía de haber enviado una patrulla tan numerosa que estaban nerviosos y se arriesgaban a salir.

Los hombres eran ya dos; ahora, tres. No llevaban prisa. El primero se volvió para decir algo a sus camaradas, mientras otros salían de los bosques. Si se habían diseminado para huir de los soldados de Warhurst, obviamente habían vuelto a reunirse antes de arriesgar la salida a campo abierto. Era más de lo que Ranulf podía pedir. Había temido que salieran de uno en uno, pues de ese modo sólo se podría capturar a un puñado antes de que los otros lo advirtieran y volvieran a perderse entre los árboles.

Ranulf dio la orden de prepararse, aunque la banda de proscritos que cruzaba el sembrado no podía pasar inadvertida. Ahora sumaban casi cincuenta, lo cual agradó a Ranul£ Treinta y cuatro de sus hombres les saldrían al encuentro. Los demás estaban apostados con ballestas, para abatir a los que se pusieran a su alcance. Ranulf no tenía intenciones de perder a uno solo; por lo tanto, primero debía cortarles la retirada hacia los bosques.

Lo que siguió fue una farsa que habría podido asquear a un guerrero curtido. El elemento sorpresa dio resultado. Al ver que una hilera de jinetes cargaba desde el terraplén, delante de ellos, los proscritos quedaron boquiabiertos durante interminables segundos; luego se dieron la vuelta y echaron a correr. Los alcanzaron algo más allá del medio del campo, lo que les hizo perder el coraje, pues los bosques estaban muy lejos. Varios fueron derribados en el paso, pero cuando Ranulf giró hacia atrás se encontró con toda la banda postrada; todos habían arrojado sus armas y gritaban pidiendo merced, como si fuera una treta bien ensayada.

Ranulf se disgustó, pero no le quedaba sino aceptar la rendición, a menos que deseara iniciar una verdadera masacre. Sin embargo, no cejaría en la venganza que buscaba. Eric había dicho que cinco bandidos habían abandonado la lucha para perderse en el bosque al ver que estaban siendo derrotados. Haría ahorcar a esos cinco y al jefe de la banda. Los demás podrían volver a Warhurst.

Ranulf desmontó e hizo serías al maestro Scot, para que le dijera lo que deseaba. No tuvo que esperar mucho, pero el fornido maestro de armas volvió con un solo hombre. Rasurada la mandíbula cuadrada, cortado el bigote y pelo castaño aún más corto que el de Ranulf, no se parecía al forajido que uno imaginaba. Nada en su aspecto indicaba que viviera a la intemperie. No estaba sucio, sus ropas eran pulcras y, aunque un momento antes había pedido piedad a gritos, como los otros, en su mirada no había miedo alguno; hasta era demasiado directa.

-Dice ser el jefe -informó el maestro Scot, aunque Ranulf ya había llegado a esa conclusión.

-¿Sabéis quién soy? -preguntó al proscrito.

-Me ocupo de conocer a todos mis vecinos y de saber a qué se dedican, lord Fitz Hugh: tanto a los nuevos como a los viejos.

-Eso indicaría que posees algún grado de inteligencia. Pero si lo poseyeras, habrías observado y esperado hasta conocer mi disposición antes de atacar a los míos -replicó Ranulf, áspero.

-Eso hice. Mis hombres vigilaban Clydon y los dos caminos que conducen a sus puertas. Los hombres que atacaron a vuestros compañeros no eran de mi grupo. Siguieron a los vuestros desde el sitio de donde partieron, y esperaron a que se adentraran en el bosque para atacarlos.

-¿Los siguieron a caballo y atacaron desmontados? -se burló Ranul£ Y agregó, en voz baja y más amenazante-: No creas que saldrás bien librado con sólo contar unas fábulas. Si supieras de dónde venían mis hombres, no intentarías decir que los culpables salieron de allí.

-Venían por el estrecho sendero que lleva desde la casa solariega de Keigh a Warhurst o a Clydon sin dar un rodeo de varias leguas por la ruta del oeste. Y por allí venían los vuestros y los que les seguían. Eso lo sé, porque uno de mis hombres, que estaba cazando en la zona, los vio apartarse de la senda. Si vuestros compañeros venían de Keigh o de más allá, como decís, no lo sé. Pero el camino del bosque no describe una línea recta, lord Fitz Hugh. Describe muchos recodos para evitar los árboles más añosos. Según mi hombre, los que seguían a los vuestros se mantenían entre los árboles; cuando llegaron a la curva más cerrada, acortaron camino para adelantarse a vuestros hombres, dejaron sus caballos ocultos en la espesura y salieron a interceptarlos. Es irrazonable atacar desmontados, tal como pensasteis, sobre todo contra jinetes... a menos que se quiera que la culpa recaiga sobre otros, sobre alguien que no posee caballos.

- ¿Vosotros?

-Veo que aún dudáis, pero el sentido común ordenaba una emboscada mejor. A lo largo de la ruta hay varios puntos en donde el follaje de los árboles es denso. Yo habría dispuesto a mis hombres allí, a ambos lados del camino y hasta tendidos a lo largo de las ramas que lo cruzan, para que cayeran sobre el blanco desde todos lados; de ese modo todo habría acabado pronto y con éxito asegurado. Preguntad a vuestros hombres; os dirán que todo sucedió de modo muy distinto. Les habría sido fácil girar en redondo y huir en vez de luchar.

-¡John! -aulló Ranulf.

Los hombres de armas que habían acompañado a Walter el día anterior estaban a muy poca distancia; Ranulf no tuvo que formular la pregunta.

-Es cierto, señor. Llegaron a la carrera, todos juntos, desde un mismo lado de la ruta; tuvimos tiempo suficiente para desviarnos de dirección a fin de evitarlos. Ahora que lo pienso, no fue ataque digno de hombres supuestamente diestros en el asalto.

-¿Dónde está el hombre de Clydon? -preguntó Ranul£ -Aquí, milord.

-¿Te llamas Algar? -Ante el gesto afirmativo, Ranulf preguntó-: ¿Qué piensas de la historia de este bandido?

- Que es cierto lo que dice de sus métodos. En todos los asaltos de los que hemos tenido noticia, las víctimas aseguraban que los bandidos los habían rodeado en segundos, cayendo hasta del cielo. Rara vez tenían tiempo para blandir un arma. Nosotros, en cambio, tuvimos tiempo sobrado para eso.

-¿Podríais haber sido seguidos desde la casa solariega de Keigh sin saberlo?

-Sí -admitió Algar, algo renuente-. En realidad, ninguno de nosotros prestaba mucha atención a la ruta. íbamos riendo tanto que no habríamos oído ningún perseguidor.

- Explícate.

-Sir Searle quedó cegado por la viuda; vuestros otros dos caballeros lo llenaban de pullas, sobre todo porque la dama no correspondía a su interés.

Ranulf ni siquiera había recordado preguntarles cómo habían sido recibidos en Keigh Manor. El motivo de aquella visita había quedado olvidado a la luz del ataque sufrido a manos de los proscritos... si eran proscritos quienes habían atacado.

-¿Cómo encontrasteis a lady Burgh?

-Ahora que lo mencionáis, milord, comenté a Wat, que Dios lo reciba en su seno, que la señora parecía cambiada desde la última vez que la vimos en Clydon.

-¿En qué aspecto? -Se mostraba cortés, pero bastante fría. Siendo una mujer necesitada de marido, cabía esperar que recibiera de buen grado a tres apuestos caballeros, pero se alegró más de verlos partir.

-¿Le dijeron ellos a qué iban?

-Sir Searle debe de habérselo dicho. Como he comentado, estaba deslumbrado.

_ ¿Acaso insult¿) a la señora?

-¿Con sus declaraciones de amor eterno?

-Le faltó algo de tacto -resopló Ranulf-. Pero ¿qué tenía la dama contra Eric y Walter? ¿Acaso ellos también se mostraron ofensivos?

-En absoluto. Por eso me llamó la atención la actitud de la señora.

- ¿Se te ocurre algún motivo por el que pueda haberse
comportado así?

-A mí sí -dijo el proscrito, sin vacilar en atraer otra vez la atención de Ranul£ Continuó:

_ Según rumores, Louise de Burgh ha puesto sus afectos en William Lionel, un caballero de su casa. Si tiene a un esposo entre ceja y ceja, ¿puede recibir de buen grado a otros candidatos?

-¿Cómo sabes esto? -interpeló Ranul£

El hombre se encogió de hombros.

-Tenemos nuestros medios para averiguar. Así supimos de vuestra llegada y también quién era el que hicisteis huir de Clydon aquella mañana.

-Ya sabemos quién fue el atacante de Clydon. -¿Lo sabéis, milord?

Aquello fue dicho en un tono como para no dejar dudas: el proscrito sabía algo que Ranulf ignoraba. Y al caballero nunca le había gustado servir de juguete. En un abrir y cerrar de ojos, sujetó al hombre por la pechera de su jubón de cuero y lo levantó hasta la altura de su cara.

~ Harías bien en hablar de inmediato, antes de que yo recuerde para qué te hice traer.

~¡Huyeron hacia Warhurst!

-Mientes -siseó Ranulf-. Sé de buena fuente que el castellano de Warhurst es un imbécil. ¿No lo ha demostrado al dar por cierto el mensaje que le envié anoche, actuando conforme a él sin saber de quién provenía? Así lo indica el hecho de que estéis aquí.

-Es como decís, señor. Pero el lord del castillo no es imbécil. Y lord Richard estuvo en Warhurst toda esa semana. También en la ruta, esa mañana, con una tropa numerosa. Ni él ni sus hombres lucían sus colores. Yo mismo le vi regresar a Warhurst, con una herida en el hombro derecho. Difícilmente puedo confundir al hombre que me convirtió en proscrito, sólo porque deseaba a mi esposa.

Ranulf lo depositó lentamente en tierra. Luego, para desconcierto de sus hombres y sus prisioneros, estalló en una carcajada. ¿Era posible que su generalete se hubiera equivocado tanto al elegir a ese personaje como candidato a esposo? ¿Era posible que el pichón de seiíor feudal hubiera cometido el error de pretender apoderarse de ella por la fuerza, ignorando que ella lo deseaba por marido? ¡Por los clavos de Cristo, ésa sí que era buena!... si era verdad. Dominándose al fin, clavó los ojos en el proscrito.

-Sois una auténtica fuente de información, maese bandido.

El hombre se irguió en toda su estatura; el color le iba volviendo a las mejillas.

-Lo que sé de la viuda de Burgh son sólo rumores y suposiciones. Es joven; en muchos aspectos sigue siendo una niña. Yo sería el primero en dudar que ella hubiera enviado a sus hombres tras los vuestros. Sin embargo, sé con seguridad que mis hombres no participaron y que los atacantes venían de la zona de Keigh Manor. La solución es simple, sin duda, sólo que yo no la tengo ni pretendo conocerla. Sin embargo, lo que sé de Richard de Warhurst es verdad.

-Así dices, pero tú mismo admitiste tener buenos motivos para mancillar su nombre - señaló Ranulf.

-Los tengo, como todos los hombres que me acompañan. El padre de ese hombre es poderoso; por eso él se considera por encima de la ley. En Warhurst es así, pues nadie puede contradecirlo. Quien lo intenta no tarda en unirse a nuestra banda.

-¿Acaso todos sois de Warhurst?

-Sí. Fuimos expulsados sin ser oídos y se nos separó de nuestras familias. Si no lo hizo lord Richard, lo hizo su castellano o esos gordos mercaderes que le caen en gracia, pues imitan su manera de actuar; acusan falsamente a cualquiera sólo porque codician sus pertenencias o, simplemente, porque no le tienen simpatía. Podéis comprobar cuanto os he dicho interrogando a cualquier persona de Warhurst.

-Si así son las cosas, ¿por qué no habéis buscado justicia en la corte del condado?

-¿Contra un señor feudal, que aún tiene a nuestras familias entre sus murallas, sometidas a sus caprichos?

Ranulf emitió un gruñido, pues conocía de primera mano el poder de esos pequeños tiranos. Montfort era uno de ellos.

-Tú no eres un plebeyo cualquiera. ¿Qué hacías en Warhurst?

-Trabajaba como escribiente de lord Richard -replicó el hombre, disgustado-. Ni siquiera el hecho de que yo conociera sus ganancias mal habidas le impidió deshacerse de mí.

Ranulf arqueó una ceja.

-¿Ganancias mal habidas? ¿Ganado y ovejas robadas, por ejemplo?

-Sí, entre otras cosas.

-¿Ganado y ovejas robados a Clydon, por ejemplo? -especificó Ranulf.

-No sé de dónde provenían los animales, pero los llevaba al norte para venderlos.

-Dime una cosa más -pidió Ranulf-: ¿Por qué en Clydon nadie ha sospechado de la tiranía de este pequeño seiíor, si son vecinos tan próximos?

-¿Cómo podían sospecharlo? La señora no tiene necesidad de frecuentar los mercados de Warhurst; los mercaderes de su propia Birkenham la proveen de todo; por eso no ha oído ninguna queja. Pero lord Richard visita Clydon con frecuencia y, fuera de su pequeño reino, se convierte en otro hombre. Es capaz de engañar a cualquiera que no le conozca y hacerle creer que no tiene en el cuerpo una pizca de maldad. Es joven y astuto; sólo es lord de Warhurst desde hace cuatro años. Si la señora y su padre hubieran oído algún rumor contra él, se habrían apresurado a defenderlo. Vos mismo dudaréis de cuanto os he dicho cuando lo conozcáis, pues provoca ese efecto en la gente: parece digno y virtuoso, aunque es todo lo contrario.

-No necesito conocerlo para dudar de ti, hombre. Todo lo que has dicho es materia de duda. ¿O suponías que yo aceptaría ciegamente la palabra de un proscrito como verdad divina? Pero tu relato hace que te libres de la horca durante un tiempo, al menos hasta que yo hable con lady de Burgh para averiguar qué sabe de esto. Si compruebo que no me has causado daño alguno, entonces investigaré lo demás.

CAPÍTULO XXXIV

Louise de Burgh, de pie en el umbral de su salón, presenciaba con horror la llegada de jinetes y más jinetes que cruzaban sus puertas para amontonarse en el patio interior. Se le había anunciado la llegada de lord Fitz Hugh, pero demasiado tarde para que ella pudiera cerrarle los portones. Ahora comprendía que con eso no habría podido detenerlo: sus hombres continuaban entrando, cincuenta, sesenta, más, y entre ellos el gigante, a lomos de su inquieto, y enorme caballo de combate. La miraba de frente.

Sólo pudo reconocer a uno de los hombres: sir Eric Fitzstephen. Ese, al menos, no había muerto. Pero ¿y los otros dos visitantes del día anterior? ¿Significaba su ausencia que no habían sobrevivido a la emboscada?

¡Qué locura había cometido! Se había arrepentido muy poco después de mandar a sus hombres al ataque. Envió a otro para que los detuviera, pero era ya demasiado tarde. Y ahora, su señor feudal venía a tomar venganza. Y todo era culpa de Searle de Totnes, maldito patán. Si él no hubiera dicho que le bastaba pedirla a lord Ranulf para que él se la diera como esposa, agregando que pensaba pedírselo, ella no habría cometido semejante estupidez.

Claro que también era culpa de William, por mostrarse tan reacio a desposaría. Searle de Totnes no la habría alterado tanto si la hubiera conocido casada. Pero no podía culpar aWilliam: lo amaba. Con un poco de tiempo lo habría convencido de que formaban una pareja ideal. Ahora era demasiado tarde.

¿O no? Lord Fitz Hugh se presentaba con un pequeño ejército, pero ¿cómo podía saber lo que había hecho ella? ¿Cómo, si ella no confesaba? Tampoco los pocos hombres que regresaron de su ataque del día anterior admitirían su culpabilidad. Y William, a quien el maldito sentido del honor podría haber obligado a actuar, no sabía nada. Bastaría con que ella...

-¿Louise de Burgh?

Se estremeció. El no había desmontado; ni siquiera se había molestado en acercarse. Su voz resonó en el patio como una trompeta.

Tendría que gritar para responder o acercársela. Prefirió no hacer una cosa ni la otra. Por el momento, se limitó a asentir con la cabeza.

-¿Son éstos vuestros hombres, señora?

Louise echó un vistazo a su alrededor: todo el mundo había salido a contemplar al nuevo señor de Clydon, incluso los sirvientes. Pero no había nada que temer, desde luego; al menos, así lo creían ellos. También William estaba allí, con los hombres de armas, el ceño fruncido ante la actitud de lord Fitz Hugh. Ésos eran los hombres a los que Fitz Hugh hacía referencia. Sólo quedaban doce, pues el día anterior habían caído diez.

Antes de que pudiera asentir, en respuesta a la pregunta, lord Ranulf interpeló:

-¿Quién de vosotros es William Lionel?

Entonces Louise bajó los peldaños a toda carrera.

-¿Para qué buscáis a sir William? -gritó-. Él ni siquiera estaba aquí a... ayer...

Era demasiado tarde para retirar unas palabras que prácticamente la condenaban, a juzgar por la mirada de lord Ranulf. Por fin desmontó. Louise palideció al ver la estatura de aquel gigante que iba hacia ella. Quiso echar a correr, pero la paralizaba el terror.

-Habría jurado que no era culpa vuestra, señora. Cuando Eric sugirió que, probablemente, vuestro hombre Lionel habría actuado por cuenta propia para eliminar a sus competidores, me sentí inclinado a creerlo así, aunque él no recordaba haber sido presentado a ese hombre.

Para Ranulf había sido una sorpresa ver aparecer a Eric en el momento en que él, tras despachar a la mitad de sus hombres con el grupo de prisioneros, rumbo a Clydon, se preparaba para cabalgar con el resto hacia la casa solariega de Keigh. Eric observó que no tenía sentido que él siguiera esperando la salida de los forajidos por el este del bosque, puesto que la patrulla de Warhurst acababa de aparecer por allí. Por lo tanto, fue directamente con sus hombres a reunirse con Ranul£ Tras oír la historia del forajido, se apresuró a defender a la viuda.

«Es muy bella -había dicho-. Si Searle no hubiera sucumbido tan pronto a las flechas de Cupido, yo mismo os la habría pedido. Cualquiera podría asesinar por ella, y ese caballero amante sin duda vio peligrar sus posibilidades al averiguar el por qué de nuestra visita.»

Ahora Ranulf se arrepentía de haberle prestado oídos. Habría debido confiar en su instinto, que dudaba ante todo de cualquier dama, simplemente porque todas eran traicioneras y mentirosas. Y ella era hermosa: sedosa cabellera de trigo, ojos como zafiros, juventud y miedo... justificado. Correspondía ahorcarla, pero el generalete se opondría.

-¿Qué pasa aquí, lord Fitz Hugh?

Ranulf, al girar, se encontró ante el caballero que le había llamado la atención anteriormente. Supuso, sin equivocarse, que se trataba de sir William Lionel. Era alto y apuesto, de pelo negro y dulces ojos grises; no le costaría inspirar pasión a una joven solitaria. Quedaba por resolver quién deseaba a quién.

-Vuestra señora decidió que tenía demasiados pretendientes y que correspondía matar a algunos -replicó Ranul£ -Vuestra acusacion es grave, señor. -De cualquier modo, ella es la responsable. -No mientras no lo demostréis, y yo seré su campeón para dirimir la cuestión.

Eso despertó inmediato interés en Ranulf. Miró al hombre con más atención. No estaba mal: medía casi un metro ochenta, era corpulento y mostraba disposición. Tras

haber pasado la mitad de la noche y toda la mañana esperando el combate,Ranulf se sentía frustrado. Tal vez aquélla era su oportunidad. -¿Contra mí?

Hubo un respingo de sorpresa, pero sir William se repuso de inmediato y asintió secamente. La sonrisa de Ranulf fue lenta y escalofriante por lo que sugería. Lady Louise se apresuró a romper en lágrimas y arrojó los brazos al cuello de William.

-¡No podéis luchar contra él! ¡Por favor, William! No hice nada, al menos él no puede probarlo. Y lady Reina me protegerá.

-Basta -dijo William, áspero, haciéndola a un lado. -¡Es que os matará!

-Debisteis pensar en eso antes de actuar con vuestra habitual impetuosidad infantil.

Le volvió la espalda y avanzó hasta el centro del patio. Ranulf hizo una seña a Eric para que inmovilizara a la dama en caso necesario, y fue a reunirse con su desafiante. Hubo una breve espera, en tanto el escudero de sir William iba en busca de su yelmo, a fin de armarlo tal como lo estaba Ranul£ Hecho eso, Ranulf desenvainó la espada y atacó.

Tenía esperanzas de haber hallado, por fin, un adversario digno de él. La verdad, William Lionel se desempeñó muy bien en los primeros instantes. Era de movimientos veloces e instinto certero; su hoja o su escudo bloqueaban todos los golpes. Pero no sabía hacer otra cosa. Como de costumbre, la ofensiva de Ranulf no daba oportunidad para el contraataque. Sus poderosas estocadas se sucedieron sin pausa hasta que Lionel cayó de rodillas por puro agotamiento, sin poder levantar ya el escudo.

Agachó la cabeza, aguardando el golpe mortal, demasiado exhausto como para afligirse. Oyó, en cambio, que Ranulf envainaba su espada y levantó la vista sorprendido. El gigante sonreía, con la respiración apenas agitada. William sacudió la cabeza, confuso.

-No es mérito alguno disfrutar de este triunfo, cuando el destino de la señora es el que pende en la balanza.

Ranulf rió ante la mala interpretación del hombre.

-No he hecho nada que pueda repugnaros, señor. El destino de la señora estaba decidido, lucharais por ella o no.

-¿Por qué aceptasteis mi desafio, pues?

-Necesitaba ejercicio. Como mi adversario de costumbre está en cama, gracias a la traición de la señora, por mucho tiempo no podré contar con alguien capaz de enfrentárseme. Pero no habéis preguntado por ese destino. ¿Tan poco la amáis?

-No la amo en absoluto. Es bella, sí, pero también superficial y malcriada como un niño, demasiado caprichosa para mi gusto.

-¿Sabíais que os deseaba?

-Sí, pero nunca le di esperanzas. Al contrario, hice todo lo posible para demostrarle que no me interesaba; hasta le rogué que me permitiera abandonar su servicio. Pero no quiso creerme.

-¿Y por qué os ofrecisteis a ser su campeón?

-Aunque sea una zorrilla malcriada y tonta, aún soy su servidor hasta que me libere.

Ranulf contuvo otra risa ante el rencor que denotaban aquellas palabras.

-Muy elogiable. Me vendría bien un hombre de tales convicciones a mi servicio, si estáis dispuesto. En cuanto al destino de la señora, sir William, no tenéis por qué preocuparos. La casaré con uno de mis hombres para asegurarme de que no cometa más travesuras. Le guste o no, aprenderá a ser fiel a su señor, aunque su trasero cargue con el peso de la enseñanza.

-Lección que debió haber recibido hace mucho tiempo -resopló William, de total acuerdo.

Entonces Ranulf se alejó, arrojando su yelmo a Kenric. Por casualidad, su vista cayó sobre la viuda, que estaba demasiado lejos para oír lo que se había dicho de ella. Estaba pálida, angustiada y temblando de miedo, pues su campeón no había logrado liberarla por

medio del combate. Pero al acercarse Ranulf para informarle de su decisión, la vio cambiar de actitud. Sus facciones se suavizaron, relajó el cuerpo y su mirada adquirió un sesgo sensual. Ranulf casi pudo oír el girar de sus engranajes mentales. Había visto demasiadas expresiones similares como para equivocarse: era el aspecto de la mujer dispuesta a seducir a un hombre para obtener lo que desea. -Ni lo penséis, señora -le gruñó, antes de volverle la espalda.

Ella podía esperar a que Searle se recobrara. Entonces él mismo le informaría sobre su destino. Hasta entonces, que ardiera de preocupación en su encierro; era mucho menos de lo que merecía por las vidas que había costado su idiotez.

Y si esa idiotez no hubiera llevado a otros descubrimientos, Ranulf se habría mostrado bastante menos blando.

CAPÍTULO XXXV

-Ya viene, señora.

Reina no esperó a oír más: salió a toda prisa de su alcoba, bajó la escalera, cruzó el salón y siguió bajando escaleras hasta llegar al patio, en el preciso momento en que Ranulf desmontaba. Sin pensar en el caballo de combate cuyas riendas él aún retenía, se adelantó como una tromba y echó los brazos al cuello de Ranul£

El juramento que le oyó pronunciar fue la primera indicación de que había hecho mal en actuar tan impulsivamente. La segunda fue sentir que todo el cuerpo de Ranulf se sacudía ante el tirón de las riendas. Luego oyó al caballo, que se elevaba de manos para ejercitar su especialidad: pisotear al tonto capaz de correr hacia él, aunque fuera su amo. Reina emitió un pequeño grito y se soltó para ponerse a buen resguardo.

Cuando finalmente Ranulf logró dominar al animal, estaba ya furioso. Pero le bastó una mirada a la cara cenicienta de Reina, tan parecida al miedo de Louise de Burgh, para guardarse el enojo para mejor ocasión. Avanzó hacia su esposa y la alzó en brazos.

-Qué tontería habéis hecho, señora -dijo.

-Lo sé. Una cosa estúpida e inconsciente. No volverá a ocurrir.

-Bien -replicó él quedamente-. Ahora dime por qué has hecho esa cosa estúpida e inconsciente.

Ella bajó los ojos con timidez, mientras elevaba las manos vacilantes hasta los hombros de su marido y las deslizaba por ellos, hasta aferrarse otra vez a su cuello.

-Estaba preocupada -le susurró al oído-. Me asusté al ver que los hombres regresaban con prisioneros y decían que tú te habías ido. Pensé en William Lionel, que no es hombre de poco físico. Temí que combatieras con él y resultaras herido.

Sus estremecimientos, según descubrió un momento después, eran de risa. Eso convirtió su preocupación en fastidio Lo mismo ocurrió con el fuerte abrazo que recibió antes de ser depositada en el suelo.

-No seas tonta, mujer.

La sonrisa que él le dedicó fue el acicate que su mal genio necesitaba para estallar.

- Sí, debo de ser tonta, puesto que me preocupo por un patán de poco seso, capaz de meterse en un sitio donde se sospecha que hay traición con tan pocos hombres para guardarle las espaldas.

-Los hombres de Eric se reunieron conmigo antes de que fuéramos a la casa solariega -observó él, sonriente.

-Ah -murmuró Reina, aunque todavía no estaba del todo satisfecha-. Aun así, debiste haber esperado.

-¿Para qué? Estaba allí y tenía hombres de sobras para enfrentarme a un mero puñado. En cuanto a Lionel, no es un alfeñique, pero mírame, Reina, y dime por cuál de los dos apostarías.

Ella le clavó una mirada agria por aquella presunción. -Sólo hace falta un hombre con una flecha para derribar a un gigante, Ranul£ No eres invencible.

-Tal vez no -concedió él-. Pero tampoco soy idiota. Hace siete años que tomo fortalezas y derroto ejércitos en nombre de otros. ¿Crees que puedo descuidarme ahora que trabajo para mí mismo?

-Supongo que no -reconoció ella a regañadientes.

-¿Por qué te preocupas, pues?

-Las mujeres no necesitamos motivos para preocuparnos -replicó ella, irritada-. Como tenía ganas de preocuparme, lo hice.

-Señora, antes de que continuéis diciendo cosas cada vez más insensatas, debo deciros que mis pies no resistirán mucho tiempo más. Deberíais estar ofreciéndome un baño, una comida y una cama, en vez de regañarme por un trabajo bien hecho. ¿Sabéis cuánto llevo sin dormir?

Un color subido inundó las mejillas de Reina.

-¡Buen Dios! ¡Haberlo dicho antes! Entrad, señor, entrad y tendréis lo que deseáis.

Él dejó que lo precediera por la escalinata. Observando el meneo de sus caderas, sacudió la cabeza. Lamentaba que Reina hubiera utilizado esas palabras: por una vez, estaba demasiado exhausto para aprovecharse de ellas.

Reina no habría podido decir qué la había despertado, pero de inmediato supo que estaba sola en la cama. Sintió un leve temor, seguido de un sobresalto, al ver a Ranul£ Estaba apoyado contra el poste de la cama, con las cortinas apartadas para contemplarla mejor. Más aún la inquietó verlo desnudo, bañado en bronce por la luz de la vela. Si él había reparado en la nueva bata puesta sobre su arcón de ropas, era obvio que no le prestaba atención.

-¿Ocurre algo, señor?

- No.
-¿Qué hacéis, pues, ahí?
-Te observaba dormir -dijo él, sencillamente. Y agregó con la misma sencillez-: ¿Sabes que roncas?

Ella quedó boquiabierta, pero se apresuró a negar: - ¡No ronco!

-Sí que roncas. No mucho, pero de cualquier modo roncas.

¡Qué terrible decirle eso a una mujer! Y lo peor era no poder responderle del mismo grado.

-Gracias. Me habría apenado muchísimo seguir viviendo sin saberlo.

Él rió entre dientes.

-No te enfades, generalete. Aún me siento en la gloria por las atenciones que me prodigaste ayer. Nadie me atendió nunca con tanta ternura.

¿Cómo enfadarse con él, después de oír aquello?

-No hice otra cosa que bañaros y datos de comer.

-También calentaste mi vino y mis sábanas, y cubriste las ventanas para oscurecer la habitación, y enviaste a todas tus damas abajo, para que ningún ruido me molestara a hora tan temprana. Hasta me arropaste antes de salir de puntillas.

¿Se estaba burlando de ella o le daba las gracias? Reina, de cualquier modo, se ruborizó. En aquel momento lo había creído dormido de puro cansancio. Además, la aliviaba tanto tenerlo de regreso sin un solo rasguño que era un placer ponerlo cómodo. Pero ¿sería verdad que nadie lo había arropado nunca? Sintió el impulso de echarle los brazos al cuello para abrazarlo, pero él no era una criatura a la que se pudiera consolar; era una tontería intentarlo.

-Pensé que dormiríais hasta la mañana, mi señor. ¿Os ha perturbado algo?

«Sí, tú -pensó él-, al acurrucarte contra mi cuerpo.» Pero no lo dijo, porque ya la había hecho ruborizar.

-No, bastaron unas pocas horas para restablecerme. Aún no me he habituado al lujo de dormir una noche entera. Pero estaba tan fatigado que no pregunté por Walter. ¿Cómo está?

-Despertó y comenzó a quejarse, tal como predije. -Al menos en esta ocasión decía la verdad-. ¿Me diréis ahora lo que ocurrió en la casa solariega de Keigh?

-¿Acaso no importunaste a mis hombres con esa pregunta, una vez me hube acostado?

Su sonrisa sabedora la irritó, pero al cabo de un momento ella también sonrió, reconociendo:

-Eric me lo dijo. Me contó también vuestro combate con Lionel.

-¿Y bien?

-Magnífico, no hubo enfrentamiento y yo no tenía motivos para preocuparme -aceptó ella, renuente-. Pero ya os dije que las mujeres no necesitamos motivos para eso.

-Lo que en verdad me intriga, señora, es que os preocuparais.

-¿Creéis que quiero cargar con el problema de elegir otro esposo? -contraatacó ella.

-¿Eso significa que estáis complacida con vuestro actual esposo?

-Satisfecha.

Él emitió una risa retumbante.

-Esa palabra puede interpretarse de muchas maneras.

Reina rechinó los dientes.

-Os apartáis del tema, mi señor. Eric no me dijo cuáles eran vuestras intenciones para con lady Louise.

Ranulf se acercó para sentarse en su lado de la cama. Por un momento la joven contempló su ancha espalda. La fuerza que sugería le provocó un agradable escalofrío que apartó sus propios pensamientos del tema. Luego él se reclinó sobre un codo, puesto junto a la cadera de Reina, sorprendiéndola con una expresión seria.

-La viuda permanecerá encerrada en su alcoba hasta que Searle esté lo bastante repuesto como para desposaría... si aún desea hacerlo, después de conocer su perfidia.

Reina se envaró.

-¿Eso significa que no habéis pensado en sir Amulf, como os pedí?

-No. Tengo pensado ponerlo al frente de Birkenham. -¡Pero eso es demasiado! -exclamó ella, sorprendida. -¿Por qué, si es tan leal como habéis dicho y si resulta de mi agrado?

- Pero... pero pensé que daríais Birkenham a Walter. -El no la quiere.

-Eso dijo, lo sé, pero pensé que bromeaba.

Ranulf sonrió.

-Hablaba muy en serio. Sabe que siempre tendré un puesto para él sin abrumarlo con responsabilidades que no desea. Si lo cargara con ellas, se limitaría a volver a su casa, donde será bienvenido y nadie le pedirá otra cosa que el combatir en caso necesario.

-Siendo así, ¿por qué lo enviaste a Keigh Manor? Él se encogió de hombros.

-Para que los dos caballeros mas jóvenes no se liaran a golpes por la dama si ambos decidían que la deseaban.

-¿Y si él también se hubiera encaprichado con Louisc? -No era probable, pues siempre ha mostrado un agudo interés en una de tus damas. ¿O no lo has notado?

-Eadwina no es una de mis damas.

Ranulf rió ante aquella indignada protesta.

-No me refería a ella. El interés de Walter por Eadwina es sólo una necesidad. Todo hombre debe atender a sus necesidades mientras piensa en el matrimonio. ¿O aprobarías que se introdujera a escondidas en el lecho de dama Florette?

-No apruebo una cosa ni la otra. No comprendo que un hombre no pueda dominar su lascivia por breves períodos. Si Walter quiere a Florette, y puedo asegurarte que a ella le encantaría aceptarlo, ¿no puede esperar a casarse? Tú esperaste. -Por segunda vez, vio que la cara de su esposo se encendía de rubor y concluyó, inexplicablemente ofendida-: ¿O no esperaste?

Él percibió el tono ahogado de la pregunta y le apoyó una mano en la mejilla.

-¿Habría estado tan impaciente por gozar de ti, después de la segunda ceremonia, si me hubiera estado acostando con una de tus mozas? Pero no voy a negarte que lo pensé, por puro fastidio ante el hecho de que me cerraras tu puerta. Y si me dices que también es malo pensarlo, te daré una azotaina.

Ella no pudo dejar de sonreír, pues sabía muy bien que él no lo decía en serio. Y su alivio era demasiado como para que una azotaina la preocupara.

-No, no lo diré. De lo contrario, habría que condenar a todo hombre viviente.

-Me alegro de que seas razonable -gruñó él, incorporándose.

Era obvio que ella no creía en sus amenazas de azotaina, pero Ranulf no logró decidir si eso le gustaba o no. ¿Cómo se domina a una esposa que no teme a las represalias? Si alguna vez se presentaba la necesidad de castigarla, ella podía sentirse humillada y no

perdonarlo jamás; la lección a enseñar, cualquiera que fuese, no merecía la pena. Pero faltaba averiguar por qué pensaba que no lo valía.

-¿Te ocurre algo, Ranulf?

-Acabo de acordarme de los prisioneros -respondió él, gruñón, necesitado de una distracción ante el rumbo que

estaban tomando sus pensamientos-. ¿Dónde se les ha instalado?

-En una de las torres de la muralla. Debo reconocer que me sorprendió verlos llegar.

-¿Por qué?

-No pensé que tu plan diera resultado, puesto que cambiaste de opinión y, en vez de enviar a un mensajero, enviaste a Warhurst un mensaje sin firma. Sólo un perfecto idiota iniciaría acciones sobre una información tan poco fidedigna.

-Conté con que el castellano fuera tan imbécil como tú decías, y lo era.

-Pero ¿por qué corriste ese peligro?

-Si el plan no daba resultado, no quería desempeñar el papel de tonto.

Ella tuvo que contestar con una sonrisa, ante aquella muestra de vanidad.

-Oh, muy prudente, señor.

Ranulf percibió su ironía y frunció el ceño.

-Prudente o no, resultó, señora. Y como el mensaje iba sin firma, en Warhurst no saben que tuve algo que ver; también ignoran que los proscritos están en mi poder.

-Sin embargo, te oí decir que pensabas devolverlos a Warhurst. ¿Has cambiado de opinión también sobre eso?

-Por el momento, sí.

-¿Piensas ahorcarlos personalmente?

-No tienes por qué horrorizarse, mujer. Si merecen la horca, serán ahorcados. Pero me inclino a pensar que corresponde un castigo menos duro, y hasta dejarlos sin castigo, si es cierto lo que dicen sobre Warhurst. Eso es lo que pienso averiguar mañana.

-¡No se puede creer en la palabra de un proscrito! -protestó ella.

-Eso pensaba yo, pero lo que dijo el jefe sobre la casa solariega de Keigh resultó ser cierto.

-¿Y qué han dicho sobre Warhurst?

-Sólo que tu estimado lord Richard ha estado allí en estas últimas semanas; que salió de Warhurst con una fuerza numerosa la misma mañana en que yo encontré una fuerza numerosa atacando Clydon, y que esa misma mañana volvió a su ciudad, herido. El hombre dijo muchas cosas más, pero... ¿Te ríes? No encuentro nada humorístico en lo que he dicho.

Reina trató de dominarse, pero se le escapó otra carcajada. Fue el ceño de su esposo, cada vez más torvo, lo que le inspiró seriedad, aunque no total.

-No puedo creer que hayas dado crédito a esa historia ridícula.

-¿Por qué te parece ridícula? -¿Qué motivo podía tener Richard para atacarme? -El mismo que atribuiste a Falkes de Rochefort.

-¿Casarse conmigo? -Ella sonrió-. Olvidas que yo estaba dispuesta a casarme con Richard.

-No, no lo olvido. Pero dime, Reina, ¿lo sabía él?

Eso acabó con el regocijo de la joven. El placer que vio en su esposo ante su nueva expresión la fastidió aún más.

-Lo supiera o no, jamás me convencerás de que Richard quería perjudicarme; no lo conoces, Ranul£ Es más afable y dulce que...

-¿Eso crees? -interrumpió él, con una sonrisa burlona-. ¿Tan segura estás? ¿Y si fuera un hombre muy distinto cuando está tras las murallas de su pequeño reino? ¿Acaso lo has visto dentro de Warhurst? ¿Sabes cómo se comporta allí o cómo lo trata su gente?

Prosiguió contándole el resto de lo que el proscrito había revelado de su lord Richard y terminó:

-¿Y si tan sólo una parte de eso fuera cierto?

-¿Sólo porque un proscrito lo dice? -desdeñó ella-. Tenía que decirte la verdad sobre Keigh, sin duda, porque ibas a ahorcarlo y él lo sabía. Como eso le dio tan buen resultado, tejió otra fábula de injusticias sufridas para obtener su otra meta: la libertad total. Y ya admites que estás pensando concedérsela. Oh, el hombre es astuto, sí. Pero no me convencerás de que Richard no es la mejor persona del mundo. Y ya sé por qué prefieres creer tanta tontería. -Sin darle siquiera la posibilidad de desmentirla, prosiguió, acalorada-: Por el mismo motivo que te encantó menospreciar a lord john. Quieres que yo esté eternamente agradecida por haberme casado contigo y no con uno de ellos. Pero como ya estoy agradecida, no necesitas...

Él puso súbito fin a aquella parrafada volviéndose para aterrizar medio encima de ella. Un dedo cruzado sobre los labios de la muchacha le impidió la menor exclamación.

-Os habéis alterado por nada, señora -dijo, sonriendo abiertamente-. Yo no dije que creyera una palabra de todo eso. Sólo que quiero llegar a la verdad. Según vos, Richard es un santo. Aceptaré vuestra palabra mientras no vea pruebas de lo contrario. Pero analicemos ahora esa gratitud que acabáis de confesar. ¿Acarrea algún beneficio a su destinatario?

Al ver la dirección que habían tomado sus pensamientos, así como su mirada, Reina no pudo pronunciar palabra. Los pechos se le ponían tensos bajo sus ojos; el rubor, ardiente. Cuando él volvió a mirarla a los ojos, ella apenas pudo sostenerle la vista, ahogándose en la expresión que ya había aprendido a reconocer.

Sin aliento, esperó que la boca de Ranulf iniciara su magia. Sin embargo, fue su mano la que le cubrió el pecho; él no apartaba los ojos de los suyos. Sus dedos eran cálidos y suaves, infinitamente excitantes; jugaron con sus pezones hasta dejarlos erectos, provocándole una leve excitación con algún pellizco algo más fuerte, que intensificó la emoción al relajarse.

Pero él no dejaba de observarla, alerta a su aliento entrecortado. Por fin preguntó:

-¿Te hago daño?

- No.

-¿Me lo diríais si así fuera?

-Por Dios, ¿vas a empezar otra vez con ésas?

Reina oyó su risa un momento antes de que su lengua le lamiera los labios. En el curso de la hora siguiente, la joven logró experimentar los beneficios por los que él había preguntado, con un considerable grado de placer mutuo.

CAPITULO XXXVI

Reina vio que el gigante cruzaba el salón hacia ella, acompañado por su mayordomo, pero aun así no pudo dar crédito a sus ojos: sabía muy bien que Ranulf aún estaba en cama. Aquellas horas de sueño restaurador se habían prolongado durante el resto de la noche y toda la mañana. Ella acababa de estar en la cocina, donde había dado órdenes de postergar el almuerzo para esperarlo. Theo, que no se había movido del salón hasta su regreso, respondió negativamente al preguntarle ella si Ranulf había salido un momento antes.

Si no era su esposo el que marchaba hacia ella, se trataba de un hombre igualmente enorme, aunque ella habría jurado que eso era imposible. Tal como había ocurrido al ver a su esposo por primera vez, sólo reparaba en el tamafío de aquel hombre. No reparó en su cara sino cuando lo tuvo casi ante sí; luego, su melena dorada, al quitarse él la cofia. Gilbert debía de haberlos presentado antes de escapar, pero Reina, estupefacta, no oyó una palabra.

Pelo y piel dorados, ojos de color violeta intenso, el mismo rostro: el de Ranulf, pero no era Ranulf. Todo aquello resultaba increíble. ¿Sería su hermano? No, puesto que, según él mismo dijera, su hermano era menor. Aquel hombre era mayor, aunque no mucho. No tenía edad suficiente para ser su padre, pero no podía ser otra cosa. Sin embargo, no se trataba de un padre amoroso. Al recordar eso, Reina recordó también su reacción indignada al oír la historia de labios de Ranul£

-No os preocupéis, lady Reina. Con frecuencia causo este efecto en las mujeres.

Sin duda él repetía esas palabras por costumbre; estaban destinadas a tranquilizar a las damas, azoradas tras haber quedado sordas, ciegas y mudas ante su extraordinario aspecto. Pero en esta oportunidad estaba equivocado. La estupefacción de Reina estaba justificada: no todos los días una conoce a una versión idéntica y mayor del hombre con quien se ha casado.

-¿Habéis venido a visitar a Ranulf?

-¿A Ranulf? -A él le tocó entonces mostrarse asombrado. Pero luego sonrió, comprendiendo-. Con que por eso me mirabais así: por el parecido. Es extraño, ¿verdad?

-Mucho -respondió ella, pues todavía le costaba creer que dos hombres de diferente edad pudieran parecerse tanto.

-En realidad, yo ignoraba que Ranulf estuviese en esta zona. La última noticia que tuve de él fue que estaba combatiendo para uno de los lores de la frontera. Claro que eso fue el año pasado, y a él no le gusta pasar mucho tiempo en un mismo sitio.

¿Cómo podía él saber eso? Según decía Ranulf, sólo había hablado con ese hombre dos veces en toda su vida. Quizá ese hombre fingía familiaridad e interés paternal sólo porque, a la vista de quienes los conocieran a ambos, no se podía negar que eran padre e hijo.

-Tal vez haya tenido ese hábito, sí, pero es difícil que abandone Clydon por algún tiempo -replicó ella, muy envarada.

El hombre pareció confundido por su actitud, pero también curioso ante sus palabras.

-Conozco muy bien Clydon y sus muchas tierras, lady Reina; sin embargo, nadie me ha dicho que tuvierais el tipo de problemas que podría llevaros a requerir de las habilidades especiales de mi hijo. De cualquier modo, puedo aseguramos que habéis contratado al mejor.

¿Era verdadero orgullo lo que se detectaba en su voz? ¿Qué derecho tenía a enorgullecerse del hijo que casi había abandonado?

-Naturalmente, nos cabe agradecer las excepcionales habilidades de Ranulf, milord, pero temo que habéis comprendido mal. No he contratado a Ranulf- estoy casada con él. Es el nuevo señor de Clydon.

Al ver la sorpresa de su visitante, Reina dejó de avergonzarse por la que ella misma había experimentado rato antes. El la miró con incredulidad durante largos instantes. Luego echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

-¿Dudáis de mis palabras? -se encrespó ella.

Él tardó un momento en recobrar el aliento para responder. -No, en absoluto, milady. Siempre supe que Ranulf sabría hacerse una posición, pero nunca sospeché que llegara a superar la mía. Si está en el castillo, realmente me gustaría verlo.

-Pero no es a eso que vinisteis. ¿Qué os trae por aquí, milord?

-El carro donde llevaba mi equipaje perdió una rueda a poca distancia de aquí. Se me ocurrió pediros prestados los servicios de vuestro herrero, para acelerar la reparación, y aprovechar la oportunidad para presentaras mis respetos. Ahora quizá os dignéis decirme por qué os ponéis a la defensiva.

-¿A la defensiva? Yo creía estar mostrándome bastante grosera, pero si preferís decirlo de otro modo...

En vez del rencor que semejante descortesía hubiera provocado en cualquier otro, la respuesta fue otra carcajada. La verdad, no era fácil insultar al padre ni al hijo. Reina acabó sintiéndose abochornada por haberlo intentado. Después de todo, el hombre era un huésped y estaba bajo su techo, aunque no hubiera sido invitado. No merecía su antagonismo por hechos pasados que en nada se relacionaban con ella. ¿Y si Ranulf se alegraba de verlo? Si ella lo expulsaba antes de que su marido tuviera oportunidad de decidir, lo pagaría muy caro. En resumidas cuentas: se estaba comportando de un modo abominable para con un hombre al que ni siquiera conocía. ¿Cómo se llamaba? Por Dios, preguntárselo ahora sería otro insulto.

-Debo pediros perdón...

-No, no -le interrumpió él, aún sonriente-. Me gusta vuestro temperamento, seiíora. Es un rasgo necesario para tratar con mi hijo, empecinado e intimidador como suele ser. Una mujer con menos agallas se dejaría abrumar.

Una vez más, Reina se preguntó cómo podía él saber eso, si había tratado tan poco a Ranulf. Pero no lo preguntaría. De momento, lo mejor era retirarse cuanto antes, para no cometer más descortesías. No obstante, su comentario merecía una res~ Puesta.

-Ranulf no es tan temible como parece, cuando una se acostumbra a sus rugidos. Pero vos debéis de saberlo... -Se interrumpió, horrorizada por haber caído otra vez en las mismas; era de esperar que él no hubiera detectado ese último sarcasmo-. Sentíos en vuestra casa, señor. -Indicó un banco junto al hogar, lejos del trajín de los sirvientes que aún estaban acomodando las mesas-. Pronto almorzaremos, como podéis ver, y será un placer que nos acompañéis. -Decía la verdad, pero no sabía cómo lo recibiría Ranulf-. Y ahora, excusadme en tanto busco a mi esposo para que os atienda.

Sin darle tiempo a responder, se alejó apresuradamente; sólo se detuvo para ordenar a un sirviente que llevara vino al caballero. Se sentía alterada y ansiosa, pero también fastidiada por la conducta del visitante. Actuaba como si Ranulf fuera su hijo bienamado, cuando en verdad apenas lo había reconocido como tal. ¿Acaso pretendía aprovecharse de la buena suerte de Ranulf? Sí, eso explicaba que se hubiera alegrado tanto al saber que su hijo era lord de Clydon, pero no su orgullo paternal al saber que no estaba allí sólo como mercenario.

En verdad, Reina no sabía qué pensar. Desde luego, Ranulf podía haberse callado algunos hechos. Sin embargo, su amargura era auténtica al hablar de su padre. Eso era real y había provocado en ella antipatía por ese progenitor indiferente. Si Ranulf no le guardaba afecto alguno, sin duda tendría sus razones, las conociera ella o no.

Al recordar esa amargura, la preocupación de Reina aumentó. Avergonzada por su propia conducta había invitado a ese hombre a comer. Ahora se arrepentía. Si Ranulf se negaba a recibirlo... Peor aún: si le exigía que se marchara, la vergüenza de Reina sería aún mayor, aunque ella misma hubiera intentado que se fuera. Una vez ofrecida la hospitalidad, equivalía a un ofrecimiento de paz, que no se retiraba sino cuando el huésped cometía actos contrarios a esa buena voluntad.

Pero Reina olvidó todo eso al descubrir que Ranulf aún estaba en la cama, aunque despierto, atento a la precipitación con que ella se acercaba. Reina buscó inmediatamente síntomas de palidez o de color excesivo en su tez, que pudieran indicar una enfermedad. No los había; sin embargo, debía de estar enfermo para haberse demorado en el lecho tantas horas, despierto; sobre todo, considerando que había mencionado sus intenciones de interrogar a los prisioneros y enviar a uno de sus hombres a Warhurst para que hablara con la gente de la ciudad. La joven se maldijo por no haber subido antes a ver cómo estaba.

-Debiste mandar a por mí.

Lo seco de su tono desmentía la suavidad de sus manos en la frente y el cuello de su marido.

-No estás afiebrado -agregó, con gesto de preocupación-. ¿Qué te aqueja?

Ranulf la miró sin comprender. Luego respondió: - Es más abajo.

Ella bajó la mirada hasta posarla en el vientre, desnudo sobre la sábana que le rodeaba la cadera. Aplicó la mano pero no hizo sino rondar la zona. Notó que él tensaba los músculos ante el contacto, señal segura de que estaba dolorido. Entonces sintió miedo: aquello era más grave de lo que ella pensaba.

Con la garganta súbitamente seca de temor, chirrió: - ¿Aquí?

La voz de Ranulf tampoco fue firme al responder: -Más abajo.

Los ojos de Reina descendieron un poco más. Con la misma celeridad se llenaron de suspicacia y volvieron lentamente a los de él.

-Ahí, ¿eh? ¿Y qué es lo que puede afectaros ahí?
-Una hinchazón muy dolorosa...
-¡Ooooohhh!

-¡Vaya! -Él sonrió de oreja a oreja ante la indignación de su mujer.

-¡Eres insufrible, Ranulf! ¡Pensé que estabas gravemente enfermo! Si vuelves a asustarme así...

Sentía un fuerte impulso de abofetearle. Y como él continuaba sonriendo, cedió.

- ¡Ay!

-Te lo mereces -gruñó ella-. Ahora tengo algo que curar"

El se frotó el hombro como si en verdad le doliera, quejándose:

-Ya lo teníais, señora.

-Sí: tu sentido del humor; falta le haría una buena purga. Y ahora dime el verdadero motivo de que aún estés en cama. ¿Acabas de despertar?

Él meneó la cabeza.

-He estado practicando paciencia, generalete. Estaba aquí, acostado, esperando que vinieras a regañarme por mi pereza.

-Déjate de bromas.

-Pero si hablo en serio. ¿Habrías preferido que bajara para traerte a rastras? ¿No te parece que tus damas habrían arqueado una ceja?

Las cejas de marta de la propia Reina se juntaron sobre la nariz.

-No serías capaz de... de...

Pero él era capaz, y así lo demostraba su expresión taimada, si no las experiencias anteriores. Además, era demasiado tarde para fingir que no comprendía el porqué de esas cejas enarcadas.

-¿Debo darte las gracias?

-Nunca falla -aseguró él, riendo entre dientes-: cuando no me abrumas a regaños, recurres al sarcasmo. Pero en este caso deberías darme las gracias, generalete. No siempre seré tan considerado. A veces llevaré prisa y...

-Y entonces cualquier rincón oscuro bastará, ¿no? Por esa burla se encontró tendida en la cama. -Cualquiera, sí, aunque prefiero esta mullida cama. -¿Más que los bosques?

-Mucho más.

Ella contuvo una sonrisa, pero no le era posible seguir enojada cuando él se mostraba así. Nunca habría imaginado que, dentro de ese gigante ceñudo, existía un hombre juguetón.

Pero comenzaba a agradecer que así fuera. Más aún: acabaría por aficionarse a ese lado cariñoso, y en eso radicaba su problema. De cualquier modo, mientras durara pensaba aprovecharlo... pero no ahora.

Antes de que los suaves mordiscos en el cuello le hicieran perder la memoria, barbotó:

-Ranulf, tendrás que dejar esto para luego.

-No, a menos que el torreón se esté incendiando.

No dejó de mordisquearla. Y ahora que había perdido el miedo a acariciarla, sus manos también se mantenían muy ocupadas.

-Ranul£.. he venido a decirte... Abajo hay alguien que deberías... Tienes que... ¡Ranulfi -exclamó, al sentir un mordisco en el lóbulo-. Bueno, podemos dejarlo para después -

decidió. Pero en seguida se arrepintió con un suspiro-: No, Ranulf, no podemos. Es tu padre.

Él se quedó inmóvil. Al cabo de un momento se echó lentamente hacia atrás para mirarla:

- ¿Mi qué?

-Tu padre está abajo. Ha pedido verte.

En él se reveló la sorpresa; por un fugaz segundo, también algo parecido a la alegría, aunque Reina no habría podido asegurarlo. Pero cualesquiera que fuesen esas primeras reacciones, pronto las cubrió una emoción mucho más sombría, la misma que ella le había visto al oírle hablar de su padre.

Ranulf abandonó la cama; ella pensó que lo hacía para vestirse, pero no fue así. Empezó a pasearse; mejor dicho, a rondar como un animal nervioso. La bata que ella le había cosido para esas ocasiones yacía sobre el cofre. Por el momento, a Reina le importó muy poco. Ranulf sabía poco de pudores; lo más probable es que la bata no fuera usada jamás. Y su cuerpo era espléndido a la vista. Tan cruda masculinidad provocó en ella una reacción totalmente primaria haciéndole lamentar el haber abierto la boca.

Pero ya era demasiado tarde. Aunque detestaba interrumpir esas ¡das y venidas, tuvo que preguntar:

-¿Lo recibirás?

-¿Cómo diablos se enteró tan pronto?

Reina tuvo la sensación de que él no hablaba con ella, de que ni siquiera había oído su pregunta. De cualquier modo, respondió:

-Si te refieres a nuestra boda, no estaba enterado. Al menos, hasta que yo lo mencioné.

Eso atrajo la atención de Ranul£

-¿Tú le has dicho ... ? En ese caso, ¿a qué ha venido?

-No es ningún misterio, Ranulf.- su carreta del equipaje se rompió al pasar por aquí. De otro modo no se habría detenido en Clydon. Gilbert lo trajo y...

-Y tú adivinaste quién era -concluyó él, disgustado.

-¿Que adiviné? Por Dios, no hacía falta ser adivina. No me dijiste que fuera tan joven ni que tú eras una copia casi exacta.

-¿Crees que me complace ese estrecho parecido? No imaginas cuántas veces he sido confundido con ¿I por personas que llevaban algún tiempo sin verlo. Hasta hubo quienes se negaron a creer que no fuéramos la misma persona. ¿Sabes lo que significa que se te confunda con alguien a quien ... ?

No completó la frase. Ella lo hizo en su lugar: -¿Con alguien a quien desprecias? ¿Es así, de verdad? Ranulf frunció el ceño:

-¿Qué es lo que desea, mujer? - Felicitarte, quizá.

El ceño se tornó más sombrío. Ella se apresuró a agregar, malhumorada:

-¿Por qué no bajas a preguntárselo?

-¡Muérdete la lengua!

Ella parpadeó; luego sus labios se curvaron imperceptiblemente. Le había oído decir esas mismas palabras a Walter; sabía que no eran una expresión de furia, sino, antes bien, una

frase de afecto. Ella podía ser receptora de sus rugidos, pero no de su cólera; al menos, todavía no.

-Eso significa que no lo recibirás.

-No, no lo recibiré -gruñó él.

-Qué lástima ~replicó ella, en tono ligero y como si el asunto estuviera resuelto-. Me habría gustado saber cómo es que sabe tantas cosas de ti.

-¿Qué quieres decir?

-En algún momento debes de haberle dado motivos para que se enorgullezca de ser tu padre. No me explico por qué...

- Reina...

-¡Era sólo una broma! -exclamó ella, al ver que se acercaba. Y escapó de la cama hacia la puerta antes de agregar-: Pero ¡le tendrías que haber oído cantar tus alabanzas cuando creyó que yo había contratado tus servicios! Tal vez quería asegurarme de que valía la pena pagarte. Fue un placer corregir su error. Sin embargo, debo confesar que al principio me mostré muy descortés. No me explico por qué. Pero te alegrará saber que, tratándose de insultos, es tan impermeable como tú. No hubo modo de ofenderlo.

-Sin duda no fue culpa tuya, hábil como eres para morder justo en la yugular.

Ella sonrió para sus adentros, pero dio un paso más hacia la puerta antes de hacer la confesión final:

-Yo aún no lo conocía y no tenía excusas para mostrarme tan poco hospitalaria. Por eso se me ocurrió invitarlo a comer con nosotros, para disculparme.

-¿Qué dices? -estalló él.

Ése era el momento justo para escapar deprisa.

CAPÍTULO XXXVII

Reina tuvo que taparse la boca con la mano mientras corría hacia la escalera. La expresión de Ranulf era muy cómica, estaba entre la sorpresa y la furia. Pero en realidad había hecho mal en actuar de aquel modo. Él no dejaría de ajustar cuentas con ella por haberle puesto en semejante aprieto. Y tal vez ni siquiera diera resultados. No porque ella deseara recibir a su padre debía él presentarse para impedirlo. Y de cualquier modo, ¿qué era lo que esperaba lograr? ¿Que todo estuviera bien en cuanto se viesen? Esto difícilmente sería posible. Y en verdad, no quería ser ella quien pidiese al padre de Ranulf

que se fuera. Ya había sido demasiado grosera. Si Ranulf no lo quería en el castillo, que fuera él mismo quien lo expulsara.

Reina se detuvo en lo alto de la escalera, pues aún tenía que dar alguna explicación a ese hombre, cuando volviera al salón sin su hijo. ¿Una excusa, una mentira, la verdad? ¿Qué sería más creíble? Si conocía a Ranulf tan bien como daba a entender, ¿no estaría esperando esa reacción suya?

Aún cavilaba sobre el problema, con el ceño fruncido, cuando una mano se cerró sobre su hombro, dándole un susto de muerte, pues no había oído que nadie se acercara por detrás. Al volverse en redondo comprendió por qué: allí estaba Ranulf, descalzo... desde los pies a la cabeza. Reina quedó boquiabierta: nunca se habría atrevido a provocarlo, a no ser por la seguridad de poder escapar a su ira franqueando la puerta del cuarto; no podía creer que él se atrevería a seguirla así.

-¿Estás loco? -acusó, sintiendo en las mejillas el ardor de la vergüenza que él habría debido sentir. Imaginó a diez sirvientes que aparecían de pronto y presenciaban la total falta de pudor de su marido-. ¡Estás desnudo, por Dios!

-¡Desnudo de paciencia, señora! -gruñó él, a manera de respuesta-. ¡Os habéis ganado el castigo que merecíais hace tiempo!

-¿Os vestiréis antes, al menos?

De inmediato Reina lamentó su atrevimiento. La loca era ella, por provocarlo aún más. Supuso que él la arrastraría a la alcoba, para aplicarle el castigo, o que se la cruzaría sobre las rodillas allí mismo. Teniendo en cuenta su último e imprudente comentario, no se lo podía criticar.

Por fortuna, él no hizo ni lo uno ni lo otro, pues no había olvidado el motivo principal de su enfado.

-Por ahora volveréis al salón, señora, y retiraréis vuestra invitación.

Reina suspiró para sus adentros. ¿Era necesario que él se mostrara tan... tan inflexible? Su respuesta, la única que podía dar, lo pondría aún más furioso, pero sólo con ella.

-No puedo hacerlo, mi señor.

- ¿Cómo que no puedes? No te lo pido, mujer. Te lo ordeno.

- Lo sé.

Ella pareció empequeñecerse, a continuación dijo:

-Y me gustaría cumplir, pero ¿cómo? Esto ya no es sólo un asunto entre vos y vuestro padre. Me equivoqué al invitarlo sin antes haberos consultado, pero ya está hecho. Siendo vuestra esposa, no hablo sólo por mí, sino también por vos, en vuestra ausencia. ¿Queréis que retire mi hospitalidad, acarreando la vergüenza sobre mí y sobre Clydon? ¿Es eso lo que me exigís?

El le clavó una mirada fulminante, pero al fin dijo:

-Dale de comer, pero quiero que se vaya cuanto antes. Bendito hombre; no era tan inflexible, después de todo.

-Sí, mi señor. Y ¿puedo decirle ... ?

-¿Lady Reina? -La voz de Florette llegaba hasta ellos. Reina ahogó una exclamación y se puso carmesí.

-¡Vete! -susurró a su marido.

-No hemos terminado -replicó él, terco.

- ¡Estás... estás desnudo, Ranulf!

- -¿Y qué?

-Lady Reina... -Florette apareció en el recodo de la escalera-: Dama Hilary quiere saber...

-Ahora no -le espetó Reina, volviéndose hacia la dama para desplegar sus anchas faldas frente a Ranulf, aun sabiendo que eso no bastaría para ocultar su enorme constitución.

- Pero...

-¡Ahora no, Florette!

La mujer se retiró de inmediato, pero Reina no habría podido asegurar que no hubiera tenido tiempo de echar un buen vistazo a su marido. La situación era tan exasperante que puso en actividad su propio mal genio. Se volvió y fulminó a su esposo con la mirada.

-En mi vida he presenciado terquedad más necia. Si quieres pasearte desnudo delante de mis damas, bien podrías venir ahora al salón. ¿Por qué beneficiar a una sola? No dudo que a todas les encantaría verte el trasero al aire.

-No cambies de tema, Reina.

Ranulf parecía divertido y eso la enfureció aún más. Él no llegaba a sonreír, pero estaba claro que le costaba no hacerlo.

-Muy bien, milord -rechinó-. Estábamos hablando de vuestro padre, ¿verdad? ¿Puedo decirle que os reuniréis con nosotros a su debido tiempo?

Eso hizo que él volviera a fruncir el ceño, para alegría de Reina.

-Sería una mentira, señora. Vos lo invitasteis. Vos comeréis con él.

-Como gustéis. -Ella descendió varios peldaños antes de volverse para agregar-: Vuestra presencia no será necesaria para que yo apacigüe mi curiosidad.

-¡Vuelve aquí, Reina!

Ella siguió bajando.

-Os haré enviar la comida, milord.

- ¡Reina!

Ella no contestó. Bajaba de prisa, pues no estaba del todo segura de que él no la siguiera. Había perdido las ganas de reír, pero no dejaba de experimentar una gran satisfacción por haberlo fastidiado por segunda vez. Sabía que el ajuste de cuentas llegaría más tarde, pues difícilmente él olvidaría el castigo prometido. Pero en eso pensaría más tarde.

CAPÍTULO XXXVIII

Reina tuvo que dar indicaciones a los sirvientes para que prepararan la comida, además de atender una pequeña crisis de dama Hilary, provocada por sir Searle, que insistía en abandonar su alcoba. Aún no había vuelto a reunirse con su suegro cuando Ranulf bajó por las escaleras presuroso, aún ajustándose el cinturón. Ella no esperaba esa reacción a su último desafío y, por un momento, estuvo a punto de huir, pensando que su cólera lo llevaría a castigarla inmediatamente. Sin embargo, él se detuvo casi patinando al verla junto a la alcoba de Searle, a solas; debió de comprender que ella aún no había vuelto a hablar con su padre. Entonces lo buscó con la mirada. Lo descubrió junto al hogar, conversando con varias damas.

Reina se mordió el labio al presenciar la indecisión y otras dolorosas emociones contra las que él parecía debatirse. No se movía. Se limitaba a mirar fijamente a su progenitor.

Reina comprendió que había sido una falta de sensibilidad importunarlo justamente sobre ese tema. La verdad, merecía una paliza. Ignoraba lo que se sentía al odiar al propio padre, pero no debía de ser nada fácil ir contra el instinto.

Entonces vio que Ranulf se ponía rígido y comprendió que, por fin, el padre había reparado en su presencia. El otro se puso de pie para avanzar hacia Ranulf, con expresión de placer, de inmenso placer. La de Ranulf se tornó súbitamente inescrutable. Sin embargo, su cuerpo permanecía rígido. Ni un sólo músculo se movía.

Reina contuvo el aliento mientras avanzaba para interponerse entre ambos. Rogaba que su presencia bastara para impedir cualquier confrontación. Los dos hombres parecían haberse olvidado del resto del mundo, ambos por diferentes motivos. Pero todos los ojos del salón estaban fijos en ellos, observando con fascinación a aquellos dos hombres, tan idénticos en su extraordinaria estatura. Tal vez por eso Ranulf calló lo que habría dicho de haber estado a solas con su padre.

Soportó el caluroso abrazo, pero sin devolverlo. Su padre no se dio cuenta o, en todo caso, no lo manifestó.

-Por todos los cielos, cuánto me alegro de ver que has sentado cabeza, Ranulf, y en tan buena posición.

-¿Sí? ¿Creíais que iba a ser mercenario toda la vida?

-En absoluto. Siempre supe que tenías grandes ambiciones. No podía ser de otro modo, puesto que te me pareces tanto. Lo que me deleita es que hayas superado todas mis expectativas... y mucho antes de lo que yo esperaba. ¿Cómo lograste semejante hazaña?

-La señora quedó prendada de mí. -La exclamación ahogada de Reina puso en claro el sarcasmo del comentario. Ranulf le sonrió, burlón-. ¿Tenéis algo que objetar a mis palabras, señora?

-No me interesa cómo hayas llegado a ser el nuevo lord de Clydon -corrigió el padre, apresuradamente-. Como sea, te felicito.

-Conque os alegráis por mí -replicó Ranulf fríamente-. ¿Eso pretendéis que crea?

El padre vaciló, sin poder seguir ignorando la hostilidad de su hijo.

-¿Dudas de mí?

-Dadme un motivo para no dudar.

-Yo puedo hacerlo -intervino Reina, fastidiada ante tanta hosquedad-. Es vuestro padre. Es motivo suficiente para desearos el bien.

-Me hicisteis bajar con astutas maquinaciones, señora, y ésa es travesura suficiente. Ahora retiraos. Esto no os concierne.

-Lo que os concierne me concierne a mí -replicó ella-. Y no me iré de mi propio salón, Ranulf. Si queréis que me vaya, tendréis que sacarme a rastras. Pero no os aconsejo que deis semejante espectáculo delante de mi gente; lo lamentaríais mucho más de lo que yo lamento haberos provocado.

¿Una disculpa y una amenaza al mismo tiempo? El ceño de Ranulf se oscureció por un momento. Luego volvió a distenderse. Un momento después estaba riendo entre dientes, sin burla alguna.

-¿Me felicitáis, lord Hugh? Tal vez deberíais ofrecerme vuestras condolencias.

Era evidente que bromeaba, de modo que Reina no se sintió demasiado ofendida. También el padre rió, lo cual era buena señal, teniendo en cuenta la actitud de Ranulf hasta ese momento. ¿Lord Hugh? Puesto que estaba casada con un Fitz Hugh, ella debería haber supuesto que tal sería el nombre de su suegro.

-Señores míos, ¿puedo sugerimos que continuéis con este reencuentro en la mesa? El almuerzo se ha retrasado mucho por la pereza de ciertas personas.

Ranulf no pasó por alto la indirecta y respondió a la sazón:

-¿Así se llama actualmente a la lascivia, señora?

Reina le había vuelto la espalda, pero giró con una exclamación ahogada y dos manchas de color en las mejillas. Iba a decir algo, pero sólo emitió un chirrido. Cerró la boca bruscamente, pero sus gélidos ojos azules expresaron más que muchas palabras. Ranulf no cometió el error de pensar que tenía la última palabra. Más tarde, cuando viera sus propias tripas desparramadas por el suelo, sabría que ella acababa de vengarse.

De momento, cuanto menos la había dejado sin habla, lo cual era una verdadera hazaña. Ella se marchó con una mirada fulminante, dejándolo a solas con su padre, a quien ese último diálogo parecía haber azorado.

-Eso fue... -comenzó a decir, cauteloso. Pero cambió de idea-. No importa.

-Aquí haríais bien en ser franco -replicó Ranulf, en tono neutral-. Yo tengo intención de serlo.

Hugh hizo una mueca ante lo que eso implicaba, pese a la falta de emoción de las palabras.

-Muy bien. Iba a decir que eso fue una falta de caballerosidad. Después de todo, ella es tu esposa.

~Exactamente: mi esposa. Y vos no tenéis ninguna autor¡dad para juzgar lo que ocurre entre ella y yo, si no sabéis qué ha sucedido anteriormente. Baste decir que la sefíora merecía algo mucho peor y que lo sabe muy bien. De lo contrario me habría hecho jirones con el filo de su lengua, aquí y ahora. Tengo entendido que ya habéis hablado con ella; sabréis, pues, lo que quiero decir.

-En realidad, lo había olvidado -admitió Hugh-, pero no he de negar que sabe usar las palabras.

-Dijo que erais impermeable a ellas.

-¿De veras? -Hugh rió entre dientes-. En absoluto. En realidad me encantó. Resulta refrescante conocer a una mujer que no se deja impresionar por mi rango, mi estatura o mi sonrisa. Hasta ahora no me había ocurrido.

-No habéis perdido el encanto, si eso es lo que teméis. Tampoco yo la impresioné mucho cuando nos conocimos.

-Aun así, Ranulf, no has comprendido lo que quise decir. Aunque una dama se comporte como una verdadera bruja, todo caballero debe cuidarse de castigarla o de insultarla, al menos en público.

-¿Otra vez con las reglas de caballería? -bufó Ranulf-. ¿Qué os hace suponer que en Montfort me enseñaron esas cosas? Os aseguro que allí no se trataban delicadezas semejantes.

Hugh se ruborizó.

-Ya te dije que no sabía qué clase de hombre era Montfort, Ranul£ De lo contrario no te habría hecho adiestrar como caballero allí. Fue mi padre quien lo dispuso todo. Lord Montfort era un viejo amigo suyo, y se me aseguró que allí serías bien tratado y educado por los mejores. Además, se me mantenía informado sobre tus progresos, que eran realmente notables. No me sorprendió mucho que ganaras las espuelas a tan corta edad. Yo tenía diecinueve años cuando me armaron caballero. Hasta mi padre quedó impresionado ante tus habilidades.

-¿Creéis que me importa lo que ese viejo pensara? -Ranulf ya no pudo seguir disimulando su amargura-. En todos los años que pasé en la aldea, nunca recibí de ¿I una palabra amable cuando venía a ver cómo estaba. Ni siquiera...

-¿Qué has dicho? -le interrumpió Hugh, áspero.

-¿Era demasiado pedir? ¿Una palabra bondadosa del abuelo a un niño -bramó Ranulf.

-Buen Dios, ¿qué estás diciendo, Ranulf? Él no conocía tu existencia. Yo mismo no estaba enterado. Tenías nueve años de edad cuando él me dijo que existías. Y juró que apenas acababa de enterarse.

Ranulf sólo pudo sostenerle la mirada, sintiendo que se le desgarraban las entrañas. Aquello ponía en carne viva la médula de su amargura: que su padre, por puro desprecio, no hubiera reconocido siquiera su existencia en aquellos primeros aiíos de vida. Nunca se le había ocurrido que tal vez no estuviera enterado. ¿Cómo era posible, si su abuelo lo sabía? Pero estaba pasando por alto el resto de su vida y otras amargas desilusiones. No, no las pasaba por alto, pero el resto no era tan importante.

Con voz desprovista de inflexión, dijo: - Mintió.

-¡No es posible! -insistió Hugh.

-Muy bien -suspiró Ranulf, demasiado dolorido como para que le importara nada-. Mentí yo.

Por la cara de Hugh cruzó una breve expresión de angustia, que sacudió a Ranulf hasta lo más hondo.

-No, sé que no mientes. Buen Dios, ahora comprendo por qué te mostraste tan indiferente y frío cuando nos conocimos. Mi padre me dijo que era natural, puesto que tú también acababas de saber que yo era tu padre. Dijo que debía darte tiempo para que he habituaras a la idea.

-Sí, siete años es tiempo de sobra, especialmente porque no necesitaba habituarme a la idea. Supe quién era mi padre desde el día en que supe qué era un padre. Y supe también que el mío no estaba dispuesto a reconocerme.

Hugh palideció ante aquella acusación. -¿Eso pensaste?

-¿Qué otra cosa podía pensar? Vivía en vuestras tierras, en vuestra aldea. Todo el mundo sabía que yo era vuestro bastardo, aun antes de que mi cara y mi cuerpo tomaran esta forma para demostrarlo.

Reina había oído bastante, demasiado, pero se había quedado a escuchar, consciente de que ambos estaban demasiado perdidos en ese doloroso hurgar el pasado. Pero ya no quería escuchar más, y estaba segura de que Ranulf tampoco lo deseaba. Parecía afligido, con la angustia de su miserable y solitaria niñez en los ojos, en la voz, en cada una de sus palabras. Sufría, y ella lo sintió, y odió al padre por hacerlo sufrir. Lo odió mucho más de lo que él lo odiaba... si lo odiaba, pues en ese caso no habría sufrido tanto.

Aunque no podía calmar el dolor, sí le era posible evitar que empeorara.

-No sé si os habéis dado cuenta, Ranulf, pero esta sala está llena de gente famélica. Sólo se espera que ocupéis vuestro asiento a la mesa.

La interrupción le valió una mirada fulminante, pero logró lo que deseaba. Él asintió con sequedad y marchó a grandes pasos hacia la plataforma. Hugh iba a seguirlo, pero ella lo detuvo por el brazo. Los ojos violáceos que se volvieron hacia ella estaban tan atormentados como los de Ranulf, pero eso no la arredró.

-Juré compensamos por mi grosería anterior -dijo con voz baja y decidida-. Pero me es imposible después de lo que acabo de escuchar. Quiero que abandonéis Clydon ahora mismo.

Él no pareció sorprenderse ante la orden, pero la desoyó.

-No puedo partir antes de arreglar este asunto, señora.

~¿Os negáis a salir de aquí?

Él esbozó una débil sonrisa por la incredulidad que le había alisado el ceño.

-Para repetir vuestras palabras: «Si queréis que me vaya, tendréis que sacarme a rastras». Y tengo serias dudas de que podáis hacerlo personalmente, querida mía.

-El diablo os lleve, pues -siseó ella, sabiendo perfectamente que no podía hacerlo expulsar, al menos sin el permiso de Ranul£ Y le sería muy difícil obtenerlo de é 1; de lo contrario, Ranulf ya se habría encargado de echar a su padre-. Pero os lo advierto, lord Hugh: si hacéis más daño a mi esposo con vuestras palabras, vuestros actos o de cualquier otra manera,

juro que os aniquilaré, junto con vuestra casa y todo aquello que amáis.

-¿Y si lo que más quiero fuera vuestro esposo?

-No habéis podido convencerlo a él de eso. ¿Qué os hace pensar que yo lo creeré?

-Pues es cierto. Lo quiero. Lo he querido desde el día en que me miró con mis propios ojos, como una imagen mía. Antes de que yo abandone este castillo lo habré convencido, aunque deba hacerle aceptar la verdad a golpes.

Y se alejó, dejándola en un mar de dudas y confusiones. Reina no sabía si intervenir o permitir que él tratara de convencer a Ranulf de su sinceridad... si en verdad era sincero. Aunque no lo fuera, si Ranulf le creía, ¿no calmaría eso en parte la amargura que llevaba en su corazón desde hacía tanto tiempo? Pero eso de hacerle aceptar la verdad a golpes...

Las palabras usadas la hicieron sonreír. Lord Hugh era, quizá, el único hombre capaz de hacer semejante cosa.

CAPÍTULO XXXIX

La anguila con sabrosa salsa de hierbas estaba aún caliente; también el pollo con piñones y el espaciado conejo a la crema. Ranulf no tocó el plato puesto ante él; Hugh, tampoco. Reina no solía dejar que las emociones afectaran su buen apetito, pero por cortesía a los hombres que la flanqueaban, se limitó a sorber el vino.

En la mesa reinaba un inusual silencio. Se echaba en falta la chispa de Walter. Aunque las damas de Reina conversaban entre sí en voz baja, la atmósfera sombría que reinaba en el centro de la mesa apagaba su humor. Hasta los sirvientes, advirtiendo la tensión del ambiente, se comportaban mejor que de costumbre.

Por desgracia para Reina, eso no se prolongó hasta el final de la comida. Ella suponía que Ranulf no podía pensar sino en su padre, pero una pequeña parte de su mente debía de estar reservada a ella, por lo visto: Ranulf se incorporó de pronto y le puso una mano bajo el codo, obligándola a levantarse. Sin una palabra de explicación para su padre ni para ella, la apartó de la mesa. Ella no habría dicho nada, pero notó que la llevaba hacia la escalera que conducía a la alcoba.

-¿Qué hacéis? -preguntó, alarmada.

-Necesito una distracción, señora, antes de estallar.

Reina pensó inmediatamente en la habitual lascivia de su marido.

-¿Ahora? -protestó.

-No hay momento mejor, pues no quiero teneros esperando temerosa toda la noche. ¿O pensasteis que me olvidaría de lo que os prometí?

¿Esperando temerosa toda la noche? ¿Qué promesa era aquélla? ¡Buen Dios, se refería al castigo anunciado esa mañana, no a hacer el amor! Reina perdió el color, sólo para recuperarlo aumentado ante la visión de lo que él podía hacer. A su modo de ver, si él la castigaba en esos momentos sería de una manera muy dolorosa, pues necesitaba dar salida al torbellino que la visita de su padre le había causado. Pero si ella impulsaba antes una reconciliación, era probable que las emociones de Ranulf fueran menos turbulentas; entonces tal ve la tratara con más benignidad; tal vez hasta se limitara a un severo regaño.

No trató de detenerlo, pero echó una mirada hacia la mesa, rogando a lord Hugh con los ojos que los siguiera. Por suerte, él estaba observándolos. Un momento antes de que ellos llegaran a la escalera, se levantó, pero su expresión parecía insegura. ¡Maldición! ¿Estaría recordando lo que ella le había dicho antes de comer? ¿No había asegurado que no abandonaría el castillo mientras no arreglara las cosas con Ranulf? ¿Qué mejor oportunidad esperaba para hablar con su hijo a solas?

Reina se dejó arrastrar por la escalera; ya no estaba segura en absoluto de lograr una tregua. En el vientre tenía un apretado nudo: el miedo que Ranulf había mencionado. No quería entablar relaciones con la palma de su mano, que hasta entonces sólo la había tratado con ternura. Pero en realidad merecía algún castigo. Lo había provocado deliberadamente, además de obligarla a enfrentarse a su padre contra su voluntad. Pero ¡por Dios!, Reina no lo había creído capaz de llegar a tanto, después de amenazaría tantas veces sin consecuencia alguna.

Él no la soltó sino cuando estuvieron dentro de la alcoba, y entonces lo hizo sólo para cerrar la puerta y echar el cerrojo. Las palpitaciones de Reina se multiplicaron. El sentido común le decía que todo pasaría muy pronto; si los niños podían soportar una paliza, ella también podría. Pero ¡al diablo con el sentido común!

-Ranulf, ¿no podemos discutirlo?

-No -dijo él secamente, y caminó hacia la cama. Se sentó en el borde, de lado, y dio una palmadita a su lado-. Instalaos aquí, señora, y recoged vuestras faldas.

Reina palideció.

-¿Además queréis humillarme?

-La humillación es la base de esta lección. La molestia física pasará muy pronto, pero la humillación será algo que recordaréis durante mucho tiempo.

-¡También recordaré que esto os dio placer! -le espetó ella.

-En absoluto, señora. No me gusta más que a ***vos,*** pero me habéis desafiado en exceso. Ahora, venid.

Ella permaneció en su sitio como si hubiera echado raíces. -No hagáis que vaya por vos...

«O será peor», habría podido agregar. No lo hizo. La advertencia era demasiado obvia. Reina obedeció, pero nunca había tardado tanto en dar unos pocos pasos. Sus manos ya estaban sudorosas. Lo que tanto temía no era el escozor en el trasero, sino el golpe que acusaría su orgullo. Y no se le ocurría manera alguna de... a menos que...

En un gesto desesperado, le echó los brazos al cuello. -Querías una distracción, Ranul£ Hazme el amor, en vez de castigarme.

A los ojos del marido saltó una llamarada, pero fue sólo por un instante. Sus labios eran una línea dura y recta, inflexible. Poco a poco, se liberó del abrazo y le puso los brazos al costado.

- Después.

A ella también se le encendió la mirada, pero con una llama diferente.

- ¡Maldito seas! Si me tocas después de pegarme, no te lo perdonaré jamás.

-¿Eso significa que me perdonarás por este castigo que te has buscado?

Por una vez, él tenía razón y ella se equivocaba. Claro que lo perdonaría. Pero no pensaba dejárselo saber.

-¡No tienes por qué hacerlo ahora! -exclamó-. Al menos, espera a que se te pase un poco el enfado.

-Ya no estoy enojado contigo -respondió él, paciente-. Hasta comprendo lo que trataste de hacer. -De inmediato endureció la voz, haciéndole comprender que estaba perdida-.

Pero no me dejaré manipular así, señora, y será mejor que lo aprendáis sin más dilaciones.

Ella se preguntó si las lágrimas servirían de algo. Probablemente no. Era demasiado bárbaro para apreciarlas.

-¿Y si prometo ser la esposa aburrida, callada y cobarde que al parecer deseas? No te daré más motivos para que me llames «generalete». ¿No te contentas con eso?

A juzgar por su ceño fruncido, no se contentaba. Cielos, ¿qué había hecho ella para provocar tanto enojo? Pero Reina no tuvo oportunidad de averiguarlo: la tregua que esperaba se presentó, por fin, con un toque a la puerta.

Con un suspiro de alivio, dijo a Ranulf

-Ha de ser tu padre. Llega a tiempo.

El ceño se oscureció notablemente.

- No creo que se atreva.

Reina se encogió por dentro, temiendo que sus próximas palabras empeoraran la situación.

-Yo... eh... creo que yo lo invité.

Ranulf se levantó con un rugido, haciendo que Reina diera un respingo. Pero él se limitó a clavarle una mirada, con la que no le dejó duda alguna sobre lo que pensaba por esa nueva audacia.

-Le... le diré que se vaya -ofreció ella, con voz débil.

-No: lo harás pasar -replicó él, con voz ruda, pero dominada-. Y no te moverás de aquí. No tengo intención de perseguirte por todo el castillo cuando esto acabe.

Ella hizo un gesto de horror, pero fue a abrir la puerta. Por un momento fugaz pensó en volver a desafiarlo echando a correr, pero apartó la idea por pura curiosidad. Y aún tenía una esperanza: que Ranulf se reconciliara con su padre y, por lo tanto, la perdonara por el papel desempeñado en el caso. Era una esperanza muy pequeña, pero la puso otra vez en el bando de lord Hugh.

-Pasad, milord -dijo, cerrando la puerta detrás de él-. Aquí podéis conversar en privado. No reparéis en mí, por favor. Por desgracia no puedo abandonar el cuarto, pues debo recibir un castigo en cuanto vosotros acabéis con lo vuestro, ¿sabéis?

-Reina... -advirtió Ranul£

-¿Qué importancia tiene que se lo diga? -replicó ella, con una mirada rencorosa-. De cualquier modo, gritaré tanto que

se enterará todo Clydon.

-Gracias por la advertencia -dijo Ranulf quedamente, con claro tono de amenaza-. No olvidaré amordazaras antes.

A esa altura Hugh carraspeo, decididamente incómodo.

-Si no es buen momento para...

-No hay ningún momento bueno para abrir viejas heridas -bramó Ranulf-. Pero si estáis decidido a ver sangrar las mías, decid lo que gustéis y acabemos con el asunto.

-¿Crees que esto es más fácil para mí? ¡Descubrir, después de tantos años, que mi padre me mintió! Ahora hasta me doy cuenta de que nos mantuvo separados deliberadamente, tanto antes como después de que supe de tu existencia. Cuando te envió a Montfort él era todavía un hombre activo, pero dejó en mis manos el manejo de todas sus propiedades. Yo era apenas mayor de lo que tú eres ahora, Ranulf, y no sabía nada de administración, pues hasta entonces había vivido prácticamente en la corte, con mi esposa, pensando que faltaban muchos años para hacerme cargo de esas responsabilidades.

Ranulf no dijo nada; la expresión de su rostro no revelaba si sus sentimientos habían cambiado en algo. Reina tuvo deseos de darle un puntapié por ese silencio. Si él no tenía nada que preguntar, a ella le sobraban las preguntas.

-¿Por qué actuó así vuestro padre?

-No lo sé, señora, y sus motivos murieron con él, hace ya varios años. Tal vez se enteró del nacimiento de Ranulf pasados algunos años, y entonces...

-Él lo supo siempre -interrumpió Ranulf-. Mi madre se lo dijo. Por eso la casó con el herrero de la aldea.

-De los bebés nacidos en una aldea, uno de cada dos muere antes de cumplir los dos años -señaló Reina-. Tal vez os ocultó la noticia para que no sufrierais si Ranulf no sobrevivía.

-Señora, si yo hubiera conocido a Ranulf desde su nacimiento, lo habría hecho criar en el torreón, rodeado de todos los cuidados. Simplemente, no sé por qué mi padre lo dejó en manos de plebeyos.

-¡Por Dios! -susurró Reina, recordando a alguien que había entregado su bebé a los plebeyos justamente con la esperanza de que no sobreviviera. Echó un vistazo a Ranulf, preguntándose si él estaría recordando lo mismo o si ya había estudiado esa posibilidad, atribuyendo a su propio padre el deseo de que él muriera. Lo mejor era no mencionarlo, pero Hugh no había concluido.

-Sólo se me ocurre un motivo para que me lo ocultara. Yo tuve otro hijo natural, con una mujer cuya familia era muy poderosa. No me permitieron casarme con ella, pues ya estaba comprometida. Pero se me obligó a nombrar heredero a ese hijo.

-¿Se os obligó?

-Se me arrancó esa concesión al nacer el niño. Mi padre estaba de acuerdo, pues de lo contrario ellos nos declararían la guerra, cosa que, en aquel entonces, no estábamos en condiciones de permitirnos.

-Pero erais muy joven -observó Reina-. Seguramente ellos sabían que os casaríais y tendríais hijos legítimos.

-Sí, pero se me comprometió a proveer para el mantenimiento del niño, aun en ese caso. De ese modo ellos no se veían en la necesidad de hacerlo y contaban con un vínculo no oficial entre las dos familias. Cosa que, además, encantaba a mi padre. Tal vez por esa razón prefirió ocultar el nacimiento de Ranulf, tanto a mí como a la familia de lady Ella.

-¿Ella? -Reina miró bruscamente a Ranulf-. ¿Lady Ella?

El hosco ceño de su marido hizo que estallara en una carcajada. Hugh no comprendió la broma.

-¿Conocéis a esa señora? -preguntó a Reina.

-No, milord, pero mantengo estrechas relaciones con su tocaya. -Un grave rugir de su marido le borró la sonrisa de los labios-. Claro que eso no tiene nada que ver aquí. ¿Por qué vuestro padre os dijo, por fin, lo de Ranulf?

-Yo pasé ese verano en casa, tras varios años de ausencia. La corte estaba de viaje y mi esposa creía estar encinta, de modo que no teníamos prisa por partir. Por entonces, Ranulf había llegado a una edad en que me bastaría verlo para saber que era hijo mío.

- Entonces vuestro padre temió que lo descubrierais por vuestra cuenta y, posiblemente, sospecharais que él os lo había ocultado a propósito. Al informaros de su existencia, fingiéndose tan sorprendido como vos, acabaría con vuestras sospechas antes de que pudierais concebirlas.

-Eso debo suponer.

-Pero una vez que supisteis de él, ¿por qué mantenemos apartados?

-Nuevamente, señora, sólo puedo suponer: no quería que se formase entre nosotros ningún tipo de vínculo.

-¿Formasteis algún vínculo con vuestro otro hijo?

-No. -Hugh suspiró-. La familia de Ella se encargó de su educación y no se me parece en nada. A veces he llegado a sospechar que, en realidad, no es mío. Sin embargo, mantiene conmigo una relación más estrecha que Ranulf, pues Ranulf nunca permitió que me acercara.

-¿Podéis reprochárselo? Tal como veo las cosas, señor, ésta es sólo la tercera vez en su vida que habla con vos. Pasó sus primeros nueve años pensando que no lo queríais. Mientras se le adiestraba como caballero, nunca mandasteis por él ni lo visitasteis. Teniendo en cuenta todo eso, comprendo que dude de vuestra sinceridad. Yo misma dudo.

Aquellas palabras provocaron un fruncimiento de cejas en ambos. Bueno, mala suerte. Ranulf no hacía pregunta alguna y ella quería escuchar algún fundamento de lo que Hugh había dicho. Si en verdad se interesaba por ese hijo, habría debido acercarse a ¿I muchos años antes.

-Tengo entendido, señora, que la administración de Clydon ha estado en vuestras manos en estos últimos años -observó Hugh, a la defensiva-. Decidme, ¿cuántas veces tuvisteis tiempo para viajar por placer?

Ella se ruborizó.

-Realmente, nunca.

-Tampoco yo. Mi padre nunca fue afecto a delegar su poder en otros. Cuando asumí sus funciones pasaron años antes de que hallara a hombres de confianza con los cuales compartir mi carga. Ahora pienso que él tuvo mucho que ver en eso, pero no tengo pruebas. Lo que sí s¿ es que me aconsejaba no

intervenir en el adiestramiento de Ranul£ Puesto que yo recibía informaciones periódicas sobre sus progresos y estaba tan atareado... Pero eso no es excusa. Hice mal y estoy dispuesto a reconocerlo. Nunca debí haber dejado pasar tanto tiempo sin volver a verlo ni reducir mi comunicación con él a meras cartas.

-¿Qué cartas? -interpeló Ranulf, quebrando por fin su silencio-. Sólo recibí dos cartas de vos; ambas, después de haber abandonado Montfort.

-No es posible; debiste recibir muchas más. Te escribí seis cartas al año, cuanto menos, durante todo el período que pasaste en Montfort. No esperaba que respondieras, pues sabía, por propia experiencia, lo anotadora que es la instrucción de un escudero. Sólo quería hacerte saber que no te olvidaba.

Reina estuvo a punto de llorar ante la expresión de angustia con que su esposo gritó:

-¡Os digo que no recibí carta alguna!

Hugh también estaba conmovido por el obvio dolor de su hijo.

-Mi padre debió de haberlas interceptado -murmuró.

- lord Montfort -apuntó Reina, en voz baja-. ¿No decís que era amigo de vuestro padre?

Hugh, sin responder, sin mirarla, dio un paso hacia Ranulf. Reina tuvo la sensación de que sentía la desesperada necesidad de abrazarlo. Ella experimentaba lo mismo. Pero Ranulf había vuelto a dominar sus emociones y su expresión no invitaba a gestos de ese tipo.

-Te escribí, Ranulf -insistió Hugh-. Te lo juro. También mandé por ti cuatro veces, pero en cada oportunidad Montfort respondió con excusas, diciendo que no era momento adecuado para dejarte ir. Supongo que tampoco te enteraste de eso.

A manera de respuesta, Ranulf se limitó a fruncir el ceño. Reina no se atrevía a intervenir otra vez. Era obvio que su esposo no acababa de creer en lo que oía. ¿Por qué creerlo, al fin de cuentas? Sólo contaba con la palabra de su padre, que bien podía ser falsa. De un modo u otro, la reconciliación estaba tan lejos como antes. Para alcanzarla haría falta algo en apoyo del relato de Hugh.

-Aseguráis que recibíais informes periódicos sobre Ranulf mientras él estaba en Montfort, aunque él no os escribiera personalmente, lord Hugh. Lo que no comprendo es cómo sabéis tantas cosas de lo que hizo una vez terminada su instrucción.

Por un momento pensó que él no respondería. Parecía vacilar por vergüenza.

-En realidad, uno de los hombres de Ranulf trabaja para mí.

-¿Un hombre de armas que sabe escribir? -criticó Reina, desdeñosa.

-Era mi escribiente. No le gustó la tarea que le asigné, pero le he pagado muy bien por los riesgos de la vida militar. Al fin acabó por disfrutar con ella.

-Conque me hicisteis espiar -dijo Ranulf, sin mucha sorpresa.

-¿De qué otro modo podía saber de ti? Cuando saliste de Montfort volví a escribirte, como recordarás. Admites que, al menos**,** recibiste esas dos cartas. Pero no respondiste. Eso, sumado a la frialdad con que me trataste en nuestro segundo encuentro, me obligó a aceptar que dificilmente sabría de tu vida.

-Yo era vuestro pecado, imagen vuestra. -El tono de Ranulf había vuelto a llenarse de amargura-. No os inspiraba otra cosa que vergüenza.

-Te equivocas -juró Hugh-. ¿Cómo avergonzarme de un hijo tan igual a mí? -Y en un estallido de exasperación-: ¡Por Dios, Ranulf! ¿Qué debo hacer para convencerte de que te quiero?

Una vez más, Ranulf no contestó. Reina tenía una respuesta, pero lo más probable era que uno de los dos la estrangulara si la decía. De cualquier modo, ¿iba a callar sólo por eso?

-Al parecer, tendréis que hacérselo entender a golpes, lord Hugh.

-No me estáis ayudando, señora -gruñó Hugh.

-¿Cuándo dije que os ayudaría? -preguntó ella, arqueando una ceja-. Según recuerdo, os pedí que abandonarais Clydon antes de causarle más dolor. Fuisteis vos quien dijo que no se

iría sin arreglar esto. Dijisteis que lo amabais desde la primera mirada, y también que lo convenceríais antes de partir, aunque tuvierais que hacerle aceptar la verdad a golpes. Fueron vuestras propias palabras, milord, no las mías. Al parecer, es el único recurso que os resta... a menos que Ranulf haya comenzado a dudar de lo que ha creído cierto por todos

estos años. ¿Qué dices, Ranulf? -Reina cambió la dirección de su ataque-. ¿No puedes creerle? Su padre ha muerto y no puede dar fe de lo que él dice, pero ¿y Montfort? ¿No quieres interrogar a ese escribiente convertido en soldado? ¿Aceptarás simplemente su palabra y el amor que parece dispuesto a darte? Quizá te convenga intentarlo, pues él parece ser el único con quien no tendrías la victoria asegurada. Sería una pena que no quedaras en condiciones de aplicarme el castigo prometido.

-Una pena, en verdad, pero no cuentes con eso -aseguró Ranulf, sombrío.

Reina se encogió de hombros. Si había llegado hasta allí, bien podía arriesgar algo más.

-No has respondido a mi pregunta, Ranul£ Pero antes de que respondas debes saber algo que he notado: este hombre se parece mucho a ti, y no sólo en el sentido físico; tiene el mismo temperamento y es igualmente terco. Cielos, si hasta fruncís el ceño ante las mismas cosas. ¿No compartiríais también el mismo sentido del honor? También quiero señalarte que, si yo no te hubiera creído cuando me hablaste de Rothwell, ahora no estaríamos casados.

-¡Por los clavos de Cristo! -exclamó Ranulf-. ¿Qué tiene eso que ver aquí?

-Estamos hablando de confianza. Yo no sabía cómo era Rothwell; tampoco lo he visto venir a verificar lo que tú asegurabas. Creí en tu palabra sin pedir pruebas. Tú debes la misma confianza a tu padre, sobre todo porque muchas de las cosas que dice pueden ser verificadas, y él lo sabe; por tanto, no tiene motivos para mentir. Y ¿no dijiste tú mismo que tu abuelo nunca te había dado muestras de bondad? No hace falta mucha inteligencia para comprender que, sin querer, has culpado a quien no debías, Ranulf, y no es cuestión de seguir tercamente en el mismo error. Si quieres conocer mi opinión...

-¡Nadie os ha pedido opinión! -exclamaron ambos, con bastante exasperación.

Reina sonrió, satisfecha por haber demostrado lo que deseaba.

-Es cierto, pero oíd -dijo a ambos-: yo no estaría aquí para darla si no estuviera aguardando un castigo. Y no estaría aguardando ese castigo si no hubiera obligado a mi esposo a hablar con su padre. Si debo soportar una paliza por haber concertado ese encuentro, vosotros podéis soportar mi opinión.

-La hemos soportado hasta ahora, pero ya basta -gruñó Ranulf-. Desapareced ahora mismo, señora.

-¿Habéis decidido perdonarme?

-Lo que he decidido es permitir que padezcáis hasta la noche. Atended vuestras tareas, mujer. Ya os ajustaré cuentas más tarde.

Ella marchó hacia la puerta, con expresión agria.

-Siempre supe que eras un patán sin corazón. ¡No esperes más favores de mí!

Después del portazo se produjo el silencio. Hugh, deliberadamente, evitaba mirar a Ranulf a los ojos, temiendo estallar en una carcajada si veía la irritación de su hijo después de ese enfrentamiento. Si el joven tenía sentido del humor, la carcajada no le molestaría, pero ésa era una de las muchas cosas que ignoraba de él. Y si la dama había hecho un favor a alguien, era a él mismo. No quería verla sufrir las consecuencias por eso.

-¿Vas a pegarle?

-¿Con estas manos? -bufó Ranulf-. No quiero matarla, sino darle una lección. Además, ella hizo poner en el contrato matrimonial que no podría golpearla.

-Las condiciones del contrato matrimonial de nada valen en el calor del momento.

-He vivido con esta fuerza desde siempre, milord. Mi esposa es tan menuda que yo temía hasta tocarla. Por mucho que ella diga o haga, nada hará que yo olvide eso. No

tenéis por qué preocuparas. No padecerá otra cosa que la palma de mi mano en el trasero.

Hugh rió entre dientes.

-Método que yo mismo he tenido que usar, ocasionalmente.

-¿Da resultado?

-Sí, aunque esos resultados no siempre justifican los meses de arrepentimiento que ella puede hacerte sentir después... si algo sientes por ella.

Ranulf sonrió.

-En ese caso, tal vez os interese la sugerencia que recibí de una ramera.

Reina no había ido más allá de la antecámara, donde estaba paseándose, en un esfuerzo por calmar su mal genio. Al oír una profunda carcajada se detuvo, relajada. Conque su apuesta era acertada. Bajó las escaleras sonriendo, segura de no tener ya que preocuparse por un posible castigo.

CAPÍTULO XL

Aquella tarde, Reina hizo sus tareas muy satisfecha de sí. Esa sensación aumentó al saber que Ranulf había salido con su padre para recorrer las tierras de Clydon. Aunque a él no le gustaran sus métodos, era evidente que daban resultado. Sin duda había desaparecido la amargura que durante tanto tiempo había hervido en su interior; ahora sería más feliz y, por tanto, más fácil de tratar. Si fuera posible darse palmaditas en la propia espalda, ella lo hubiera hecho.

Pasó un rato con Walter, poniéndole al tanto de lo ocurrido, tanto el día anterior como ése. Ya no le preocupaban sus heridas; no había fiebre y Florette lo vigilaba desde cerca; por eso él no se quejaba por la necesidad de guardar cama. En una semana podría levantarse y caminar, aunque tardaría un tiempo en hacer su vida normal.

Sin embargo, Reina se sorprendió al recordar en su relato a los prisioneros, a lord Richard y sus tierras de Warhurst. Ni siquiera pudo responder a las preguntas de Walter, pues no sabía si Ranulf había enviado un hombre a Warhurst, según era su intención. Lo más probable era que él también se hubiese olvidado, teniendo en cuenta todo lo ocurrido aquella mañana.

Aún no podía creer a lord Richard capaz de tiranía tan despreciable. Decidió hablar personalmente con el jefe de los proscritos. Lo hizo, pero no llegó a convencerse. Sin embargo, el hombre parecía tan sincero que logró plantar en ella algunas dudas, aunque no las suficientes. Confiaba más en su propio instinto, que rara vez le fallaba, y en su padre, que había sido buen juez del temperamento humano. Richard había merecido

el aprecio de su padre, que lo había aceptado incluso como posible yerno. No era posible que ambos se hubieran equivocado tanto con respecto a él.

Reina no pasó mucho tiempo cavilando ese asunto. La satisfacción la inducía a pensar en otras cosas: en especial, en su esposo. No le permitiría olvidar que debía estarle agradecida, sobre todo porque había estado muy cerca de castigarla. Aunque él no lo admitiera, para ella era obvio que, pese al resentimiento superficial, tenía sentimientos profundos por su padre. De otro modo no habría podido sentirse tan herido.

Cuando ellos regresaron, Reina estaba ya en el salón y tuvo la oportunidad de observarlos mientras cruzaban el largo aposento. La actitud de ambos era muy diferente: reían, se tocaban y parecían inseparables; se los habría tomado más fácilmente por hermanos que por padre e hijo. A fin de cuentas, Hugh aún no tenía cuarenta años. Cualquier doncella de la edad de Reina, y hasta menor, lo habría contemplado con buenos ojos... tal como estaban contemplando a su esposo todas las mujeres presentes en el salón. Probablemente era algo a lo que ella tendría que habituarse.

Hizo un gesto a un sirviente para que les ofreciera una bandeja con queso y dulces. No había olvidado que ninguno de los dos había tocado el almuerzo, y la cena tardaría un rato aún. Por su parte, había satisfecho su propio apetito con un simple paseo por las cocinas, donde también recogió a *lady Ella.* Un verdadero demonio interior le hizo jugar con la idea de presentar la gata al padre de Ranul£ Si desistió, fue sólo por la probabilidad de que a Hugh no le resultara divertido el nombre que su hijo había puesto al escuálido animal. No quería provocar olas en la mar que apenas había logrado calmar.

Lady Ella estaba ahora acurrucada a sus pies, junto al hogar, sin mostrarle rencor por haber perdido su privilegiado aposento. Al menos, seguía mostrándose cordial con ella en ausencia de Ranul£ Pero la voz del amo la despertó súbitamente y se alejó a grandes saltos para brincar a sus brazos. Típico. No dejaría que él la descubriera descansando amistosamente a los pies de otra persona.

Reina se preguntó si Ranulf se sentiría tan cómodo con su padre como para presentarle a la gata. Probablemente no mencionaría el nombre del animal, aunque venían hablando de gatos.

-No -decía Hugh-, en tantos años no he logrado acostumbrarme a ellos. Mi esposa tiene tres, a los que hasta permite entrar en nuestros aposentos. He tratado muchas veces de expulsarlos de allí, pero no tengo suerte.

-Mi esposa podría deciros cómo deshacemos de ellos en un abrir y cerrar de ojos.

-Ah, pero sus técnicas podrían no darme resultado. ¿No has caído aún en la cuenta de que, si bien nosotros, los hombres, tenemos la última palabra, nuestras seiíoras ganan casi todas las discusiones y obtienen lo que desean?

-Muérdete la lengua -replicó Ranulf, aunque había risa en sus ojos de violeta-. Espero ganar al menos una de cada dos discusiones en esta casa, de un modo u otro.

Cuando llegaron junto a Reina, la joven ya estaba ruborizada. No era conversación en la que le gustara participar, ni siquiera indirectamente.

-¿Disteis un buen paseo, señores?

-Por cierto -respondió Hugh-. Debo confesar que esperaba hallar algún aspecto en donde mi consejo pudiera ser útil. En cambio, aprendí un par de cosas que quiero poner en

práctica en mis propias tierras. Os felicito, señora: Clydon es tan próspero como me habían comentado.

-Por mérito de mi padre, no por el mío -replicó la joven-. En el fondo era agricultor y amaba la tierra.

-Y su hija es demasiado modesta -agregó Ranulf-. Ha administrado tan bien toda la propiedad que no me veo en la necesidad de hacer gran cosa, aparte de cuidar de sus defensas.

-No restéis importancia a eso, milord. Basta una sola agresión para arruinar muchos años de duro trabajo.

Hugh sonrió.

- En eso tiene razón, Ranul£ No hay finca que pueda prosperar durante mucho tiempo, si no cuenta con un señor capaz de protegerla. Sin duda la señora lo tuvo muy en cuenta cuando se permitió caer cautivada por tus encantos.

Ranulf medio se ahogó de risa. Reina también sonreía. -Él logró arrancarme algunos detalles -admitió Ranulf, mientras dejaba a *Ella* en un banco, junto a su esposa.

-Imagino cuáles -bufó la joven, aunque en realidad aquello la divertía-. Pero venid a descansar. -Se puso de pie para llenar sendos vasos de vino y entregó uno a Hugh, diciendo-: No voy a faltar otra vez a mis deberes de anfitriona, milord. Tengo una alcoba preparada para vos, si queréis refrescamos antes de la cena. Theodric os acompanará a ella cuando hayáis...

-Theodric no lo acompañará a ningún lado -interrumpió Ranulf ásperamente-. ¿Cómo os atrevéis, señora?

-¿Cómo me atrevo a qué? -preguntó Reina, con dulzura-. Eadwina está lista para ayudar a vuestro padre. Theo no hará sino indicarle el camino hasta la torre del este, cuando haya comido algo.

-Ah -fue toda la respuesta de Ranul£

-¿Ocurre algo? -preguntó Hugh.

-Nada en absoluto, milord -le aseguró Reina, tomando su propio vaso, aunque reservó una agria sonrisa para su esposo-. Me gustaría proponer un brindis: por un nuevo comienzo... -hizo una pausa; su sonrisa se convirtió en mueca de satisfacción incontenible- que sólo necesitó de un pequeño empujón para iniciarse.

Hugh rió entre dientes. Ranulf no lo imitó. En ese momento se oyó otra voz, que provocó sendos respingos en Reina y en su suegro.

-Espero no interrumpir.

-¡Qué sorpresa, Richard! -dijo Hugh. Y realmente estaba sorprendido, incómodamente sorprendido, dadas las circunstancias-. Creo que conocéis a mi hijo, ¿verdad, lady Reina?

Ella no respondió. Se había atragantado con el vino al establecer la vinculación y estaba tosiendo. Se dejó caer pesadamente en un asiento, pero se apresuró a rechazar el auxilio de Ranulf, temiendo que la hiciera caer al suelo por darle una palmada en la espalda. Por suerte, él aún no había caído en la cuenta de quién era Richard, aunque sí de que era su hermano.

-¿Estáis bien, señora? -preguntaron a un tiempo Hugh y Richard.

-Sí, por cierto -jadeó Reina, dejando su vaso-. Un vino de mala calidad -agregó a modo de explicación.

Hugh asintió y echó un vistazo a Ranulf. Viendo que éste sólo experimentaba una leve curiosidad por el giro de los acontecimientos, devolvió toda su atención a Richard.

-¿Cómo descubriste que yo iba camino de Warhurst?

-No lo sabía -respondió Richard-. En realidad, yo mismo iba camino de Lyonsford, pero quise presentar mis respetos a lady Reina, puesto que llevo algún tiempo sin visitar Clydon. No sabía que conocieras a la dama, padre.

-No la conocía hasta esta mañana. Si no se hubiera roto la carreta que llevaba mi equipaje, no me habría detenido aquí, estando Warhurst tan cerca.

Reina no prestaba atención al diálogo. Observaba a su esposo. Detectó de inmediato el momento en que él salió de su ignorancia. Como él estaba sentado a su lado, en el banco, oyó la exclamación ahogada y la ruidosa expulsión de aire. Luego él posó los ojos en ella, centelleantes de furiosas acusaciones, y ella no pudo sino encogerse.

Bueno, era culpa de ella, por no haber prestado atención cuando Gilbert presentó a Hugh. De lo contrario habría comprendido que no era sólo el padre de Ranulf, sino también el de Richard, y habría podido advertir a su esposo. Lyonsford, la misma familia con la que su padre había aprobado su unión por matrimonio. Y ella había establecido la misma alianza sin saberlo.

Era demasiado gracioso, aunque por el momento no se atreviera a reír. Queriendo casarse con un hermano, había acabado desposada con el otro, sin siquiera saberlo... y sin que ellos mismos lo supieran. Y ahora su esposo pensaba que ella había tratado deliberadamente de ocultarle la verdad. Y seguiría pensándolo hasta que se encontraran a solas y ella pudiera explicarle. No, ¿por qué esperar? Después de todo, la cosa quedaba en familia.

-No es como supones, Ranul£ Puedes dejar de mirarme con ese ceno. Esta mañana, al ver a vuestro padre, me quedé tan

sorprendida que no oí su nombre cuando me lo presentaron. Así de simple fue.

-¿De veras? -gruñó él.

-Muy bien: dame un motivo por el cual yo quisiera ocultarte que tu hermano es ahora tu vecino, si lo hubiera sabido. Te habrías enterado muy pronto, aunque tu padre no te lo dijera. ¿Por qué ocultártelo?

-Por despecho.

-Yo no soy lady... -¡Por Dios! Había estado a punto de decir «lady Anne», pero no podía revelar que Walter le había hecho esa confidencia-. No tiene importancia -concluyó, muy envarada y fastidiada por no poder ofrecer mejor defensa. La fastidiaba aún más tener que defenderse-. Si así piensas es porque no me conoces en absoluto.

Su voz debió de expresar tanta desilusión que causó efecto. Un momento después, la mano de Ranulf la volvió hacia él.

-Perdona -dijo, malhumorado. Ella comprendió que hablaba con sinceridad; se le veía abochornado-. Son demasiadas cosas las que me están ocurriendo al mismo tiempo.

Ella, sabedora de lo que sentía, le sonrió para asentarlo.

-Nada que no se pueda solucionar, milord. -Y se acercó un poco más para susurrarle-: La clave consiste en hacerse cargo de la situación y asumir el mando... así. -La mirada de alarma que recibió le hizo agregar-: Tranquilo. Esta vez no serás tú el blanco.

Reina se volví¿> hacia los dos hombres, que seguían de pie. Habían interrumpido su propia conversación, aunque no se pudiera saber cuánto habían oído del diálogo entre los esposos. Pero Richard no parecía tranquilo, por cierto.

Era unos quince centímetros más bajo que su padre, de pelo castaño rizado y ojos grises; habitualmente eran tan alegres como los de Searle, pero en aquellos momentos no revelaban buen humor. Hugh tenía razón: ese hijo no se le parecía en absoluto, pero no resultaba extraño. Lo extrafío era el notable parecido existente entre Ranulf y él, que a Richard no podía haberle pasado inadvertido. Cierta vez había comentado que, por parte de su padre, tenía primos y tíos a los que no conocía. Si al ver a Ranulf lo había tomado por uno de ellos, era explicable que estuviera desconcertado por haber oído decir a Reina que eran hermanos. Y si no la había oído, las sospechas no tardarían.

-Bueno, lord Hugh, aunque vuestro padre haya logrado ocultar a los parientes de Richard la existencia de Ranulf, reconoceréis que ahora ha dejado de ser un secreto. ¿Vais a presentar a vuestros hijos o debo hacerlo yo?

Las sospechas debían de existir ya, sí, pero la confirmación hizo que Richard avanzara a tropezones hasta un asiento. Hugh miró a la joven con el ceño fruncido, pero ella no le prestó atención. Tampoco a Ranulf, que estaba igualmente ceñudo por lo brusco de la información. Lo más interesante era la reacción de Richard: antes que sorpresa, revelaba alarma. ¿Por qué? Era el heredero de su padre, así nombrado en su testamento. ¿Acaso pensaba que eso cambiaría a partir de ahora? Tal vez, si suponía que su padre acababa de descubrir la existencia de ese otro hijo.

-No lo sabías, ¿verdad, Richard? -preguntó con más suavidad, recordando tardíamente que ese hombre siempre había sido su amigo.

-No. -Richard miró a su padre-. ¿Y tú? -Sí, desde hace varios años -admitió Hugh.

-¿Cómo no se te ocurrió decírmelo? ¿No pensaste que podía interesarme saber que tenías otro bastardo, mayor que yo?

Esa acalorada acusación fue hecha en un tono y con una expresión tan poco habituales en él que Reina dio un respingo. Notó que a Ranulf no parecía llamarle la atención; claro que él no conocía el temperamento normal de Richard, tan despreocupado. Tampoco Hugh se mostraba sorprendido; quizá había presenciado algún otro arrebato similar. Pero Reina no podía decir lo mismo, y aquel Richard le resultaba muy diferente del que ella conocía. Eso la llevó a recordar, bajo una nueva luz, las palabras del proscrito. Aunque pareciera imposible que Richard pudiera presentar dos caras tan distintas, en realidad así era.

-Nunca tuve motivos para decírtelo -estaba respondiendo Hugh-. Debido a lamentables malentendidos, Ranulf y yo hemos vivido alejados a lo largo de estos años.

-¿Y ya no es así? -acusó Richard.

-Me alegra decir que no, en efecto -replicó el padre. Luego, con más aspereza-: Tu reacción es comprensible, Richard, pero no se justifica. Esto no altera las circunstancias de tu propia vida. En cambio, sí las altera la noticia que te llevaba a Warhurst. Hoy te enteras de que no sólo tienes un hermanastro sino también una hermanastro: el mes pasado, mi esposa dio a luz a una niña llamada Elizabeth.

Richard palideció. Reina echó un fugaz vistazo a Ranulf.- no parecía sorprendido. Obviamente, Hugh ya le había informado de que tenía una hermana y eso no le disgustaba en absoluto. Claro que a él le daba igual. Pero para Richard no era así; tratándose de heredar o no una propiedad tan grande como Lyonsford, debía de importarle muchísimo.

-Las condiciones que se me impusieron al nacer tú, Richard, eran ¡lógicas y no estaban destinadas a aplicarse plenamente. El hecho de que mi esposa pasara tantos años sin darme descendencia puede haberte llevado a esperar más de mí, pero eso no puede ser. Te di Warhurst. Con eso debes satisfacer tus necesidades.

-¿Por qué? ¿Te parece más de lo que un bastardo debería esperar? ¡Olvidas quién fue mi abuelo!

-No, no lo olvido -dijo Hugh fríamente, cediendo por fin al disgusto que le inspiraba su hijo-. Si a alguien le importaba era a mi padre; a mí, no.

Richard no podía asimilar todo aquello al mismo tiempo. Esa hermanita no le parecía real. Era un bebé; los bebés morían. Ranulf, en cambio, era real; estaba allí, presenciando su bochorno. Y a él parecía serle imposible dejar de hacer el tonto.

-Y a él ¿qué le das, padre? -dijo burlonamente, mientras clavaba en Ranulf una mirada furiosa.

Pero volvió a palidecer al ver que Ranulf se levantaba para aceptar el tácito desafío. También Reina se levantó para interponerse. Si ella podía evitarlo, nadie pelearía en su salón. Pero fue Hugh quien desactivó la súbita tensión.

-No creo que eso te incumba, Richard. Lo que él recibe de mí le fue dado hace mucho tiempo, cuando cumplió los diez años, de modo que ya no forma parte de Lyonsford. La transacción fue aprobada por el rey; dictamina que la propiedad pasará a manos de Ranulf cuando cumpla los veinticinco años. No es una ciudad como Warhurst, sino un pequeño torreón, pero tengo la certeza de que él quedará muy satisfecho.

-¿Quedará? -repitió Richard, con una risa despectiva. Al parecer, encontraba algo gracioso en aquello-. ¿Has esperado hasta ahora para decírselo?

Reina sentía deseos de dar un puntapié al joven lord. ¡Pensar que ella había pensado en casarse con ese joven codicioso, vengativo y gimoteante! El relato del prisionero le resultaba cada vez más verosímil.

En un aparte a Ranulf, que estaba detrás de ella, susurró: -Él te contó lo de Elizabeth. ¿Te dijo también esto? Como él no respondiera, se volvió lo suficiente para mirarlo. La expresión de Ranulf era respuesta suficiente.

-No te lo dijo.

Una vez más, Reina no pudo dejar de sentir un enojo irracional contra ese padre. Richard había recibido de él la finca de Warhurst cuando sólo tenía dieciocho años, para hacer con ella su voluntad; a Ranulf, en cambio, se le había asignado una propiedad aún más pequeña, sin siquiera decirle nada. Y no podría disponer de ella sino hasta los veinticinco años. Claro que ahora no la necesitaba, pero ¿qué sentido tenía esperar? Él habría podido utilizarla mucho antes para conquistar una esposa y fundar una familia... y ella no lo habría conocido. Caray, ¿por qué se enojaba? El comportamiento de Hugh la había beneficiado a ella, si no a Ranul£

Sin embargo, Ranulf no debía recibir más sorpresas. Ella se había dejado quitar el dominio de la conversación. También Hugh reparó en la reacción adversa de su hijo mayor y se acercó. Se acercó tanto que Reina quedó casi apretada entre los dos. No había peligro de que repararan en ella desde allá arriba. A veces, la falta de estatura era una verdadera ventaja; hasta entonces Reina no lo había experimentado con tanta agudeza.

-¿Eso te pone contra mí? -preguntó Hugh a Ranulf, cauteloso-. Cuando tomé esa decisión me advirtieron de que podía ocurrir así. Pero yo tenía mis motivos. No quería que te conformaras con tu suerte y dejaras de luchar por mejorarla. Te parecías tanto a mí, Ranul£.. Quise saber hasta dónde eras capaz de llegar solo. -Entonces sonrió con el mismo

orgullo que Reina le había visto antes-. Yo diría que has llegado muy lejos. Para ti, Farring Cross se ha convertido en algo insignificante.

-¡Farring Cross! -Ranulf, que había iniciado la frase con una exclamación ahogada, la acabó en un estallido de risa.

Hugh también reía. A Reina le habría sido imposible saber por qué, si él no hubiera agregado.

-De Millers se volvió loco tratando de ocultarte que él era sólo un administrador de la propiedad. Quedó muy desconcertado al saber que estabas decidido a comprar tu propia finca. Cuando se vio obligado a subir de nuevo el precio, para que no la compraras, temió que lo mataras. De cualquier modo, no le permití que te dijera la verdad.

Reina se escabulló de entre los dos para menear la cabeza ante tanta ironía. Richard seguía sin comprender dónde estaba la gracia.

-¿Trataste de comprar Farring Cross? -preguntó a su hermano.

- sí.

-Es decir, la finca es más rica de lo que nuestro padre ha dado a entender.

-Más rica no, pero está en excelentes condiciones y satisfacía mis necesidades de esa época -replicó Ranulf, plácidamente. De pronto cambió de actitud y su voz se tornó burlona-. A diferencia de ti, yo no deseaba una propiedad de la magnitud de... ¿Clydon, por ejemplo?

Reina notó la evidente intranquilidad de Richard ante aquella insinuación. Habría querido aplaudir a su esposo, pero antes deseaba ver qué reacciones se podían provocar aún en su antiguo amigo.

- Oh, pobre hombre -dijo Ranulf-. ¡Qué desdichado has de sentirte por verte obligado a cargar con semejante propiedad, después de todo!

-¿Qué propiedad? -preguntó Richard.

-Ya veis, lord Hugh -regañó ella, con suavidad-, hicisteis mal en no presentaras debidamente, como os sugerí. De ese modo, Richard ya sabría que su hermano es lord de Clydon. -Y a Richard, que se estaba poniendo carmesí de furia-: Nos casamos hace menos de una semana.

- ¡Pero si es un bastardo! -estalló Richard ~. ¿Cómo pudiste casarte con un bastardo?

Allí estaba, más claro que si él hubiera admitido simplemente la verdad. Había dado por sentado que ella no lo aceptaría porque él mismo era bastardo; por tanto, decidió tomarla por la fuerza. Pero la fortuita llegada de Ranulf había desbaratado sus planes. Reina se preguntó si Richard tenía proyectado intentarlo otra vez, quizá ese mismo día, si en realidad estaba allí para eso. Le bastaría un pretexto para hacerle abandonar el castillo con él para adueñarse de ella. Lástima que no se le hubiera ocurrido antes. No, lástima no: gracias a Dios no se le había ocurrido.

-No sé qué relación tienen las circunstancias en que haya nacido Ranulf con todo esto -dijo, con mucha calma y gélidos ojos-. En verdad, si eso importara no habría pensado en ti como posible esposo, en un principio.

-¿Qué? -chilló él.

-Es la verdad, Richard. Te envié varias cartas, tanto a Warhurst como a Lyonsford. Si hubieras venido a Clydon, como yo te solicitaba, tal vez habrías aceptado mi propuesta y ahora yo estaría casada contigo, no con tu hermano. Pero estaba escasa de tiempo, ¿sabes? Necesitaba un esposo de inmediato. Como no sabía dónde estabas y no me era posible esperar indefinidamente noticias tuyas, cuando conocí a Ranulf, la semana pasada, y descubrí que él también era buen candidato, le hice mi propuesta.
Richard había quedado mudo por el momento. Hugh no. -¿De verdad queríais casaros con Richard? -¿Os sorprende, milord? Somos buenos vecinos, mi padre aprobaba mi elección y yo pensaba que nos llevaríamos bien.

-¿Y por qué no esperaste? -estalló Richard-. ¿Por qué no me insinuaste para qué deseabas verme?

Una ceja de marta se arqueó inquisitivamente.

-Supuse que mis cartas no te habían llegado, Richard. ¿Acaso te llegaron y no les prestaste atención?

-No, no, nunca dije que... he estado viajando mucho y...

-Bueno, eso ya no importa -interrumpió ella, con voz de seda~. Estoy muy satisfecha con el esposo que tengo. Y él ha demostrado ser muy capaz de defender Clydon. Así nos conocimos, ¿sabes? Llegó a tiempo para expulsar a una despreciable banda de malhechores que se atrevieron a atacarnos. Además, ha jurado eliminar a los villanos, como advertencia para cualquier otro que crea a Clydon carente de señor. Le dije que no era necesario, pero ha sido mercenario durante muchos anos, y ya sabes cuánto les gusta combatir, matar y hacer la guerra.

-No soy tan sanguinario, señora -protestó Ranulf, gruñón, aunque sus ojos reían.

-Claro que no -concordó Reina.

Y en ese momento vio la oportunidad de descargar el golpe de gracia: un mantoncito de pelusa se frotaba contra los pies de Ranul£ Ella se agachó para levantar a su enemiga jurada.

-Si fuera tan sanguinario -dijo-, no tendría por mascota a este animalejo flaco y feo, ni le habría dado el ilustre nombre de...

- ¡Reina!

La advertencia marital llegó demasiado tarde. De cualquier modo, ella no le habría prestado atención.

-...lady Ella -concluyó, con una dulce inocencia que mereció una mirada aun más feroz de su esposo.

Hugh a duras penas pudo contener la risa. A la cara de Richard subió otra vez un rubor furioso.

-¿Lady Ella? ¿Has puesto a tu gata el nombre de mi madre? -preguntó, incrédulo. Luego, indignado-: ¡Pusiste a tu gata el nombre de mi ... !

-¿Por qué gritas tanto, Richard? -interrumpió Reina, severa-. No pensarás que tu hermano es tan indigno.

Él desvió su furia contra el padre.

-¿Vas a dejar que se la insulte así? Ella es tu...

-¿Mi qué? -acicateó Hugh, al ver que su hijo no concluía.

Luego sacudió la cabeza, disgustado-. No; los dos sabemos qué era ella. Bien sabes que con el correr de los años no mereció mi cariño, Richard. Más aún: en mi casa tengo varias perras de ese nombre. No esperes que yo regañe a un hombre cuyo sentido del humor es tan parecido al mío.

-¡Ya se enterará mi tío de esto! -fue cuanto Richard pudo decir.

-¡Oh, Richard, por Dios ... ! -comenzó Hugh, exasperado. Pero concluyó en un supiro al ver que el muchacho se marchaba a grandes zancadas. Entonces miró a Ranulf como pidiéndole disculpas-. Será mejor que vaya a tranquilizarlo. Siempre ha sido un genio vivo, pero ¿qué se puede esperar, si ha sido criado por sus insoportables parientes?

-Tanto más cuanto que... -empezó Reina, pero emitió un gritito al sentir un pellizco en el trasero.

-Id, milord -dijo Ranulf, mientras ella se volvía para fulminarlo con la mirada. Como Hugh no había perdido detalle de la escena, agregó-: Mi señora no sabe detenerse, una vez consigue la delantera.

Hugh asintió con una amplia sonrisa. Reina apenas pudo esperar a que su suegro se alejara para susurrar:

-¿Por qué me has interrumpido, Ranulf?

-Lo que ibas a decir no se puede apoyar con pruebas.

-¿Todavía no has enviado a nadie a Warhurst?

-No, y no enviaré a nadie.

-Pero ¿por qué? -exclamó ella-. ¿No has visto la expresión de Richard cuando mencioné que perseguirías a los villanos que atacaron Clydon? ¡Es culpable!

-Lo sé.

-Y es preciso informar a tu padre.

-No seré yo quien lo haga, señora.

Ella lo miró con incredulidad.

-¿Por qué? ¿Porque él es tu hermano?

-Exactamente. Un hermano que me ha inspirado resentimiento por casi toda la vida. Y ahora... ahora no sé qué siento por él, salvo desprecio. Pero no seré yo quien vaya ante mi padre con cuentos sobre él.

-No conozco necio peor que... Muy bien. Seré yo quien envíe un hombre a Warhurst. A mí, al menos, no se me acusará de despecho, aunque eres injusto con tu padre al creer que sería capaz de pensar eso de ti.

-No te metas en esto, Reina. Lo digo muy en serio -ordenó Ranulf fríamente-. Una vez mi padre se haya ido, solucionaré esto a mi modo.

-¡Pero él debe saberlo!

-¡No por nosotros!

CAPÍTULO XLI

Reina lo pensó mucho. Lo pensó seriamente. Y estuvo muy cerca de desafiar la autoridad de Ranulf para hacer lo que creía correcto. Pero recordó la inequívoca seriedad con que él había ordenado no intervenir y decidió obedecer a su esposo, al menos en esa ocasión. Al fin y al cabo, era preciso comenzar a tener confianza en su buen juicio, y ése parecía buen momento para ello. En realidad, Reina tuvo motivos para alegrarse de su decisión, pues el asunto se resolvió por sí solo y muy pronto.

Como Hugh no pudo alcanzar a Richard a tiempo para dialogar con él, decidió seguirlo a Warhurst y enviar un mensaje a Ranulf, diciendo que regresaría más tarde.

Volvió mucho después. El salón estaba desierto y se le hizo pasar directamente a la alcoba preparada para él. Reina tenía el hogar encendido; allí se calentaba agua para el baño y se mantenía la comida a punto. Hugh estaba cansado, pero no sólo por la fatiga fisica. Bastaba mirarlo para comprender que había descubierto por sus propios medios la verdad sobre Richard. En realidad, los habitantes de la ciudad habían caído sobre él con quejas, lamentos y acusaciones de tiranía en cuanto cruzó las puertas.

-Todo esto es obra de Ella -dijo Hugh, después de repetir algunas de las cosas descabelladas que le habían contado-. No quiso casarse conmigo, gracias a Dios, pero tampoco permitió que yo me hiciera cargo del muchacho. Quería que se criara en la corte, como ella.

Las intenciones de Reina eran permanecer en silencio mientras Ranulf y su padre resolvían aquello entre los dos. Pero como su esposo no hacía comentario alguno, no pudo soportar la curiosidad.

- ¿No dijisteis que Richard había sido educado por la familia de su madre, milord?

_ Y así fue. Ah, comprendo vuestra confusión. Olvidé mencionar que Ella es de los Plantagenet. De una rama ¡legítima, por supuesto.

Reina se quedó boquiabierta. Ranulf ni siquiera parpadeó. Por lo visto, lo sabía desde el momento en que conoció la existencia de su hermanastro.

-¿Hija de Enrique? -preguntó ella, al recobrar la voz.

-En efecto. Y ahora ya sabéis por qué esa vinculación complació tanto a mi padre. Pero el tío que Richard mencionó no es el rey Ricardo. Él apenas lo conoce. Por desgracia, fue el príncipe Juan el que se interesó por el niño. Y ya veis adónde lo ha conducido esa influencia.

-Pero ¿qué pasará si habla con Juan, como dijo?

Hugh dejó escapar un resoplido de desprecio.

-Juan está muy atareado con sus maquinaciones para arrancar la corona a Ricardo. Ésa ha sido su obsesión desde la muerte del padre. ¿Creéis que puede interesarle un inofensivo insulto a su hermana bastarda? No, señora; mi hijo menor gusta pensar que tiene influencias en la corte, pero en realidad no es así. Tampoco su madre las tiene ya. El hombre con quien se casó tenía cierto poder en otros tiempos pero lo perdió al ocupar el trono Ricardo Corazón de León. Lo que mi hijo posee, lo posee gracias a mí.

- ¿Qué haréis... qué podéis hacer, entonces? Warhurst es de Richard, por vuestra propia generosidad.

-No, no del todo. A diferencia de Farring Cross, cuya propiedad pasó íntegramente a Ranulf, Warhurst aún forma parte de Lyonsford y así será hasta mi muerte. Mi error fue

asignar a Richard su control, con la esperanza de que la responsabilidad le ayudara a desarrollar un carácter más honorable o, cuanto menos, alguna integridad. En cambio, ha corrompido al administrador que envié para que lo guiara y emula a sus poderosos parientes en lo peor.

-Pero ¿y Chaucer, el castellano? Hemos tratado con él.

Hugh meneó la cabeza.

-Era mi administrador. El castellano era Richard.

-¡Vaya, qué mentiroso! -protestó Reina, indignada-. Hizo que todos los residentes en esta zona lo consideráramos lord de Warhurst.

Ranulf rió entre dientes ante su enfado.

-Vamos, señora, fuisteis engañados por un experto, que aprendió sus tácticas con los mejores mentirosos del país. No es culpa vuestra que no supierais detectar su engaño.

-Para vos es muy fácil decirlo -replicó ella- porque no estuvisteis a punto de casaros con él.

Ranulf sonrió.

-Gracias a Dios, no.

Hugh se apresuró a intervenir.

-De cualquier modo, no sufriréis más problemas por cuenta de mi hijo menor, señora. -Y entonces no pudo evitar sonreír, a su vez-. Pero no puedo asegurar lo mismo por cuenta de éste. En estos momentos, Richard viaja bajo escolta a casa de un primo que tengo en Irlanda; ese hombre no tolera la deshonestidad. Unos cuantos años allí lo pondrán en la buena senda. Al menos, eso espero.

-¿Y él aceptó viajar?

-No se lo pregunté -respondió Hugh con franqueza. -Entiendo. Entonces todo queda arreglado, salvo... -Todo queda arreglado, Reina -interrumpió Ranulf, seco-. Ahora acuéstate. Me reuniré contigo muy Pronto.

Ella apretó los labios, lista para librar batalla por verse despedida de ese modo. Aquel hombre tenía que aprender buenos modales. Pero de pronto recordó de qué se había librado a duras penas esa mañana y prefirió no provocarlo más, por ese día.

Aun así, en su interior había sentido todo el tiempo un demonio danzarín. Fue esa malvada criatura la que le instó a replicar, en el momento de abandonar el cuarto:

-No os deis prisa por mí, milord. Me encontraréis profundamente dormida.

-No será así, pues todavía tenemos algo que arreglar, como recordaréis.

Ella abrió la boca, pero volvió a cerrarla bruscamente. No, no podía referirse a eso. A eso no.

Pero Ranulf se refería a eso. En cuanto hubo entrado en la alcoba, preguntó:

-¿Temíais este momento, señora? No, no hace falta que respondáis. Vuestra conducta del día habla por sí sola. Pero algo os ha inducido a error.

Reina estaba sentada en un banquillo junto al hogar, peinándose la cabellera. Ranulf se acercó a la cama y adoptó la misma posición que por la mañana. Ella se limitó a mirarlo, horrorizada. -Ven, Reina -dijo él con el más tranquilo de los tonos-. No me llevará mucho tiempo.

¡Por Dios! ¡Qué bruto, qué bestia! ¿Cómo se atrevía a mostrarse tan tranquilo?

-¿Y si me niego?

-Entonces tardaré más... mucho más.

Sin duda no tenía en cuenta el tiempo que le llevaría perseguirla por toda la habitación.

-Si esta mañana os hubiera dejado saliros con vuestra voluntad, no os habríais reconciliado con vuestro padre -dijo amargamente-. ¿Eso no cuenta?

-El fin no justifica los medios, Reina. No prestaste ninguna atención a mis deseos y me obligaste a aceptar los tuyos. Ahora nos aseguraremos de que eso no vuelva a ocurrir.

-¡Lo que haces es cosa de bárbaros!

-Sería cosa de bárbaros si os pegara con un látigo, señora -dijo, y se puso de pie.

Reina también se levantó de un brinco. Sin embargo, él no se acercó. Reina comprendió que le daba aún la oportunidad de facilitar las cosas. ¿Valía la pena recibir un castigo por un poco de resistencia inútil?

Se obligó a acercarse y se detuvo ante él con la cabeza gacha. Sentía náuseas por el miedo y el corazón palpitante. No le parecía correcto manifestar una débil sumisión, pero ¿qué remedio le quedaba? No correspondía a una esposa oponerse a su marido y provocarlo hasta salirse con la suya. Y este esposo iba a encargarse de que ella lo aprendiera de una vez, maldito fuera por su inflexible terquedad.

-Sabia decisión -comentó él mientras volvía a sentarse y la tumbaba en su regazo-. Puedes dejarte la bata puesta. Será sencillo levantarla hasta donde haga falta.

Ella tuvo la sensación de que lo decía sólo para agravar su humillación, y dio resultado. El hecho de que ¿I no se mostrara rudo, de que no le hablara con tono áspero, empeoraba las cosas. Su voz era ronroneante; sus manos actuaron con suavidad al tumbarla sobre los muslos. Reina dejó pender la cabeza para ocultar la cara: apoyó una mano en la cama y otra en la rodilla izquierda de Ranulf. Si sentía la necesidad de incorporarse para salir de esa horrible situación, tendría apoyo para hacerlo. Al menos, eso pensaba. Pero la mano izquierda de Ranulf, apoyada en el centro de su espalda con una presión sutil, insinuaba otra cosa.

En la cabeza de Reina resonaron campanas de alarma de diferentes timbres: él había empezado a levantarle la bata. Lo hizo apoyando la mano en el dorso de su pantorrilla y ' deslizándola suavemente por la pierna, hacia arriba, arrastrando con ella la tela. Era una caricia, simple y directa, y le provocó la más extraña de las sensaciones. Su cuerpo no sabía qué esperar, si dolor o placer, y la mente le daba vueltas confusamente. ¿Era eso un castigo?

Muy pronto la bata quedó levantada hasta la cintura y la mano se retiró. Reina se preparó, cerrando los ojos. Le ardía la cara por tener el trasero desnudo ante los ojos de Ranul£ Su corazón palpitaba en loca carrera. Pero ¿1 no hacía nada y la tensión resultaba terrible; era peor la espera que cuanto él pudiera hacerle a modo de castigo.

Cuando por fin llegó la palmada, fue casi una desilusión. Casi, pero no del todo. Escoció, sí, provocándole un grito ahogado de dolor y sorpresa. Tensó los músculos para recibir la siguiente. Pero no hubo otra. Su voz dijo con suavidad:

-Por si no estás segura, pequeña Reina, ése era todo el castigo que pensaba proporcionarte cuando te hice subir aquí, esta mañana.

El alivio hizo que todos los músculos de Reina se relajaran.

-Pero ya que estás en posición tan conveniente -agregó él-, se me ocurre otra cosa.

Ella abrió los ojos al sentir un beso en la marca rojiza dejada por aquella mano.

-Y esto.

Reina aspiró bruscamente; los dedos de Ranulf se deslizaban dentro de ella sin ninguna dificultad. La anterior caricia la había preparado para recibirlos. No había resistencia alguna contra el calor que la inundaba.

-Desde luego, olvido que me prohibiste tocarte después del castigo, Algo dijiste sobre que no me perdonarías. -Hizo una pausa, atormentándole con los dedos-. ¿Era cierto eso?

-Tal vez... me mostré algo... apresurada.

-¿O quizá ya no importa? -Los dedos provocaron otro grito ahogado-. ¿Importa?

- No.

-Al parecer, Alma *ía Peíirroja* acertó otra vez -dijo él, con un dejo de satisfacción-. El miedo, combinado con una correcta estimulación, puede aurrientar el piacer de una mujer hasta tal punto que pase por alto cualquier castigo leve que reciba.

Reina se puso tensa, pero no tanto como para disipar la niebla de placer que él creaba con tan pasmosa celeridad.

-¿Recurriste otra vez a ella?

-No. Fue una información que me ofreció por gratitud, ante la considerable suma que le di por su ayuda. Y ha sido muy útil, ¿no? -Ranulf retiró los dedos, volvió a hundirlos, los retiró, llevando a Reina hasta el límite mismo del éxtasis-. ¿Quieres que lo pongamos a prueba?

Ella creía que ya estaba hecho, pero en esos momentos no pensaba con claridad.

-¿Cómo?

-Mencioné que ése era el castigo pensado en un primer momento. -El cambio de tono sirvió a Reina de aviso-. Pero desde entonces te has ganado cuanto menos otra...

-¡Ra... nulf! -alcanzó a exclamar antes de que sonara la palmada. El penoso escozor fue mucho peor que el primero-. ¿Qué he hecho? -chilló.

-Me provocaste por segunda vez en esta misma alcoba, señora. Me regañaste delante de mi padre, ¿recuerdas?

La mano vovió a descender,

-¡Ranulf!

-Me llamaste «patán sin corazón», ¿verdad?

Otra palmada en las nalgas.

-¡Basta! -La voz de Reina cobró más volumen-. ¡Buen Dios, amordázamel ¡Dijiste que me amordazarías!

-No hay necesidad -dijo él bruscamente-. He terminado.

Reina se encontró de pronto sobre sus propios pies, no muy seguros. Le bastó una mirada de su esposo para comprobar que estaba enojadísimo. Y su trasero bien podía atestiguarlo. Las palabras siguientes fueron una confirmación.

-No me obliguéis a repetir esto, señora -gruñó.

Ella meneó la cabeza, pero no estaba segura de estar afirmando o negando. Por el momento, poco importaba. Tenía el trasero en llamas, pero no ardía tanto como el otro fuego encendido por él. Sin pensarlo más, Reina se tumbó nuevamente en su regazo.

-Estoy debidamente castigada, señor. Ahora terminad con lo que comenzasteis.

No fue necesario pedirlo dos veces.

CAPÍTULO XLII

A los pocos días, Reina entró en su alcoba y cerró de un portazo, poseída por un grave enojo. Theodric, que estaba limpiando la habitación, levantó la vista con un respingo, suponiendo que se trataba de Ranul£ Cuidaba mucho de no cruzarse en el camino del señor y ya no ayudaba a Reina a bañarse, pero se rehusaba a que otra persona usurpara el resto de sus funciones. Sin embargo, sólo cumplía con ellas cuando el señor no estaba presente. Como en aquellos momentos, a

primeras horas de la tarde.

Al ver que se trataba de Reina se tranquiliza. Un momento después cayó en la cuenta de que ella tenía un desgarrón en la manga, el pelo revuelto y sin pañuelo de seda y, además, traía en las mejillas un rubor que no era del todo por la furia.

-Otro revolcón en los matorrales, ¿eh? -adivinó el joven con una sonrisa pícara.

Reina giró para clavarle una mirada llameante.

-¡Es un bruto! ¡Una bestia!

-Esos suelen ser los mejores -suspiró Theo.

Reina pasó por alto el comentario.

-Salió a combatir contra Rothwell.

Pero antes la había arrastrado a un establo vacío y le había hecho el amor rápida y apasionadamente... para que le diera suerte, según dijo. ¡Con toda la tropa esperándolo! ¡Alejando a los palafreneros con una sola orden que sonó a gruñido! ¡Y todo el mundo enterado de por qué se demoraba! Pero lo que más la había enfurecido era su falta de tino.

-No quiso escucharme una palabra.

-¿Qué le dijiste?

-Que no debía ir, desde luego.

¿Decir al poderoso guerrero que no saliera a combatir? Theo estuvo a punto de soltar la risa, pero comprendió que su señora, en esos momentos, no lo toleraría.

-¿Rothwell? ¿No es ... ?

-¡Sí, el mismo! Ranulf predijo que vendría, y así fue. - ¿Dónde está?

-Según informes, a una hora de distancia en dirección norte, y con un ejército de trescientos hombres. ¡Ranulf salió con sólo cincuenta! -exclamó Reina-. ¡Es una locura! ¿Por qué no dejar que Rothwell llegara hasta aquí? Ahora Clydon está bien defendido. ¡Podríamos soportar un ataque de millares de hombres. Pero no; dijo que, si Rothwell echaba un buen vistazo al castillo, jamás renunciaría. Quiere detenerlo antes de que llegue y hacerle retroceder por la fuerza de las palabras. ¡Sólo de las palabras, Theo! ¿Cuándo has visto que un hombre decidido a la guerra preste atención a las palabras?

-Cuando provienen de la boca de un gigante decidido a detenerlo.

Reina volvió a fulminarlo con la mirada. Luego frunció el ceño, pensativa.

-Supongo que tienes algo de razón -reconoció-. Rothwell conoce a Ranulf y sabe de qué es capaz. Por eso estuvo dispuesto a pagar tanto para contratarlo. Pero ¡vive Dios!, se pondrá furioso cuando Ranulf le diga que se ha casado conmigo. ¿Y si decide dejarme viuda?

Theo rió entre dientes, notando que ella había encontrado otro motivo de preocupación.

-¿Crees que Ranulf no ha tenido en cuenta todo eso, Reina? Él sabe de estrategia. Combatir es su profesión. Por eso te casaste con él, ¿recuerdas?

-Lo sé, lo sé, pero detesto el riesgo, Theo. ¿Qué le impedía mostrarse razonable y cerrar los portones, considerando que lo exceden tanto en número?

Si Reina hubiera sabido que en esos momentos Ranulf se adelantaba al encuentro de Rothwell acompañado sólo por Eric y Searle, jamás se lo habría perdonado. Sin embargo, no era eso lo que preocupaba a Ranul£ Tomó nota de los diez o doce hombres que se apartaban de las filas para interceptarlo, con Rothwell a la cabeza. Conocía a tres de ellos de su primera entrevista con el viejo sefíor. Los otros debían de ser vasallos obligados a acompanarlo, pues no parecían muy satisfechos de participar en esa campaiía. Y con eso había contado el nuevo señor de Clydon, basándose en lo que de Rothwell sabía.

Tal como también había previsto, las filas estaban compuestas principalmente de mercenarios; Ranulf reconoció a varios capitanes con quienes había trabajado en anteriores oportunidades. Al verlo se ataron en las sillas, incómodos. Eso lo llevó a preguntarse ***si*** sabrían por qué estaban allí. Secuestrar a una recién casada no era algo que enorgulleciera a nadie.

Ranulf había dejado a sus propios hombres escondidos en los bosques, a sus espaldas; algunos estaban a la vista; otros no; de ese modo resultaba difícil calcular su número. Había esperado allí a Rothwell para aprovechar esa ventaja, aunque no la creía necesaria.

-No esperaba encontramos todavía en esta zona, Fitz Hugh -dijo Rothwell cuando se encontraron-. Como no regresasteis, supuse que habíais decidido no aceptar mi ofrecimiento. ¿O acaso no pudisteis entrar en Clydon y aún lo estáis intentando? -agregó con un gesto burlón que hirió a Ranulf en lo más hondo. Sin embargo, respondió con tono sereno.

-Vuestra primera suposición es la acertada.

-En ese caso, ¿qué hacéis aún aquí? -espetó el viejo. -Cuido de que no cometáis un grave error. La dama de la que deseabais apropiamos ya no está disponible. Se ha casado.

-Conque por eso no hicisteis nada -barbotó Rothwell. Y se acercó un poco más para agregar-: Debisteis haber vuelto a decírmelo, pero no importa. Bien se la puede dejar viuda. Si os interesa, mi ofrecimiento sigue en pie.

Una ceja dorada se arqueó, interrogante. -¿Quinientos marcos por matar al esposo? - sí.

-Sería un poco difícil, milord, pues ese esposo soy yo.

A Rothwell se le saltaron los ojos. Por un momento se atraganto con su propia saliva. Cuando recuperó la voz, rugió:

-¡Engendro del demonio! ¡Me has robado la novia! ¡Matadlo! -gritó a los hombres que le acompañaban.

Eric y Searle llevaron la mano a la empuñadura de la espada, pero Ranulf no se movió. Tampoco los hombres de Rothwell, como no fuera para dominar a sus cabalgaduras, nerviosas por los gritos del anciano. Gritó más aún, con la cara abotagado, enfurecido por la poca atención que se prestaba a sus órdenes.

-¿Qué esperáis? ¿Sois todos cobardes? ¡Es sólo un hombre! -También es lord de Clydon -susurró uno de sus hombres-. Pensad en lo que decís.

-Me ha robado...

-Basta, Rothwell -gruñó Ranulf, amenazador-. Nada os he robado y lo sabéis muy bien. La dama nunca os fue prometida. Ni siquiera había oído hablar de vos. Pero ahora está casada conmigo y yo conservaré mi propiedad. Si queréis desafiarme, nombrad a vuestro campeón.

Rothwell se mostró encantado ante el ofrecimiento, pero al mirar a sus hombres, para ver quién se batiría, ninguno le sostuvo la mirada. Una vez más se puso morado.

-¡Cobardes! ¡Eso es todo lo que tengo!

-No -corrigió Ranulf-. Lo que tenéis es un grupo de hombres honrados, cuya mala suerte es teneros como señor.

-¡Esto no terminará así, Fitz Hugh!

-En ese caso, estaréis cortejando a la muerte -replicó Ranulf, con un tono tan ominoso como las palabras-. Ésta es mi única advertencia. Volved a vuestra casa y olvidaos de Clydon. De lo contrario pasaré por alto vuestra edad y os mataré personalmente.

Sin esperar respuesta, tiró de las riendas y se alejó. Pero había visto el miedo en aquellos viejos ojos. Rothwell se buscaría otra novia.

CAPÍTULO XLIII

Reina estaba en el cuarto mes de embarazo. Durante mucho tiempo había tratado de negarlo, buscando una excusa tras otra para convencerse de que no podía ser. Pero tuvo que abandonar el intento al comprobar que su cintura se ensanchaba sin que su apetito hubiera aumentado. Ese día estuvo intratable; se comportó con todo el mundo como una verdadera arpía. Desde entonces, su temperamento no había mejorado mucho. Por suerte, Ranulf había estado ausente gran parte de ese período, con lo cual se libró de sus peores, días: aquellos en que, asediada por intensas emociones de signo contrario, estallaba de furia a la menor provocación o rompía en llanto.

Una y otra vez le habían dicho que todo eso pasaría, que eran los cambios experimentados por su cuerpo los que la tornaban tan emotiva. Cada una de sus damas mayores le aseguraba lo mismo. Todas ellas estaban enteradas de su estado... todo el mundo lo sabía salvo el padre de la criatura. Pero nadie sabía lo que en realidad la preocupaba. Era algo que no quería hablar con nadie, ni siquiera con Theo.

Theo estaba tan entusiasmado por el bebé como el que más. Cualquiera habría dicho que a él le tocaría darlo a luz. Eso no quería decir que Reina no estuviera entusiasmada. Quería a ese niño como a nada en el mundo. Ya lo amaba; no lo imaginaba a medio formar, como estaría entonces, sino como sería cuando naciera: una vida a proteger y mimar... a malcriar. Un pequeño gigante, exactamente como Ranul£ Pero a diferencia de Ranulf, él la necesitaría.

Oh, buen Dios, otra vez esas condenadas lágrimas. Reina se las enjugó con enfado y abandonó la cervecería, el insólito lugar que *lady Ella* había elegido para parir una camada de cinco gatitos. Tras no verla durante toda una semana, Reina había organizado su búsqueda por todo el castillo, presa del pánico ante la posibilidad de no hallarla antes de que Ranulf regresara. Se mostraba tan encantado y ansioso por la preñez de su gata que ella había estado a punto de revelarle su propio embarazo. Pero no pudo hacerlo. Y

llevaba tanto tiempo postergándolo que ya no haría falta decírselo. Su cuerpo había experimentado grandes cambios en las tres semanas de ausencia, y él lo notaría en cuanto la viera; al menos, en cuanto la llevara a la cama. ¡Cielos, cuánto temía eso!

Los meses transcurridos habían sido idílicos y serenos. Desde la visita de Hugh, Ranulf no le había ocasionado problemas. El padre envió otro administrador a Warhurst, con el mandato de arreglar el embrollo que Richard dejaba a sus espaldas y recompensar a los que habían sufrido injustamente. Los prisioneros de Ranulf fueron entregados al nuevo administrador; tras un nuevo juicio, ahora justo, casi todos quedaron libres de cargos. Y Ranulf se mantenía muy atareado, razón por la cual no había presenciado los cambios de humor que Reina acusaba últimamente.

Había recorrido todos los feudos de Clydon. Se marchaba por algunos días, a veces una semana; tras pasar un breve período en el castillo, volvía a partir. Reina lo acompañó en sus primeros viajes, hasta que las cabalgatas comenzaron a provocarle malestares; a partir de entonces presentó excusas para permanecer en el castillo.

Esta nueva ausencia de Ranulf era la más prolongada: un viaje a Londres, por invitación de su padre. Todo marchaba bien entre ellos; al menos, así lo indicaba su carta. Era la primera que recibía de Ranulf, pero no se la podía tildar de personal. En realidad, estaba escrita por Walter, que lo acompañaba. Reina se había enterado por el propio Ranulf de que no sabía leer ni escribir. Por eso, también su respuesta careció de toda intimidad, puesto que debería serle leída por otra persona. Reina había decidido ya hacer algo al respecto, aunque probablemente Ranulf se resistiría a aprender, puesto que sobraban escribientes para esa función.

Todo eso no tenía importancia a la luz de lo que ocurriría cuando Ranulf descubriera que su misión estaba cumplida: había dado a Reina el hijo que ella exigiera en el contrato matrimonial. El único motivo de que él la hiciera objeto de su lascivia era la seriedad con que tomaba las condiciones del contrato. Ahora se acabaría la sensualidad y, con ella, la intimidad que Reina había llegado a experimentar con él. Al decidir disfrutar de la situación mientras durara, no había llegado a imaginar que se sentiría desolada cuando Ranulf ya no estuviera obligado a hacerle el amor.

¿Llegaría a pedirle que volviera a su alcoba de soltera? ¿Cuánto tardaría en buscarse una amante? ¿Podría ella perdonarlo y recibirlo otra vez cuando llegara el momento de tener otro hijo? Porque ella había pedido hijos, no sólo uno. Las preguntas la estaban volviendo loca. ¡Por Dios, todo eso no debía importarle! Nunca había imaginado que su vida de casada sería así. Desde luego, tampoco había imaginado que llegaría a experimentar un deseo sexual insaciable e intenso, nada menos que por su propio esposo.

Era puro egoísmo postergar el momento de dar la noticia. A Ranulf no debía de resultarle fácil serle fiel por tanto tiempo. Y ella estaba convencida de que le guardaba fidelidad, aun cuando se ausentaba de Clydon. El hombre que se lleva a su esposa a la cama en cuanto llega, cualquiera sea la hora, y no la abandona durante ratos interminables, no ha estado buscando placer en otro lecho. ¡Cuánto echaría ella de menos esos ratos... y tantas cosas más!

Apesadumbrada con esos horribles pensamientos, casi no reparó en los visitantes que venían por el camino rumbo al torreón. Ellos, a su vez, tampoco le prestaron atención. ¿Qué motivos habrían tenido para mirarla? Advertida por la cervecera de que se oía un maullar de gatitos tras los toneles, se había puesto la túnica más vieja. Si llamaba a diez o doce sirvientes para que trasladaran los toneles, era probable que los gatitos acabaran aplastados en el procedimiento; lo único que podía hacer era trepar sobre ellos y arrastrarse alrededor hasta hallar el estrecho sitio elegido por la gata para su cría y comprobar que se trataba de *¡ady Ella.* Ahora estaba cubierta de polvo y suciedad, pero se había asegurado

de que la gata de Ranulf estaba sana y salva. Tuvo un momento de distensión al imaginar a su marido arrastrándose por entre esos barriles para ver la escena con sus propios ojos. Y lo haría, sin duda.

¿Quiénes eran aquellos inesperados huéspedes? Se trataba de una dama y un caballero, pero la habían dejado atrás antes de que ella pudiera verles la cara e identificarlos. Llevaban una escolta de diez hombres, elegantemente vestidos y equipados, pero eso no le ofreció ninguna pista. Bien, no había prisa por saberlo; aun cuando echara a correr, no podría llegar al torreón antes que ellos.

Una vez más, no estaba preparada para recibir visitas. La anterior ocasión había sido cuando conoció a su esposo. Esta vez pasaría idéntico bochorno, dado su aspecto, quienesquiera que fuesen los recién llegados.

La novedad había llamado la atención a varios caballeros que se ejercitaban en el patio. Las prácticas se interrumpieron por un momento, para reanudarse cuando los visitantes cruzaron el portón interior. El clamor de las espadas levantaba ecos en todo el recinto exterior. Desde la llegada de Ranulf era un sonido familiar a esas horas del día.

Clydon contaba ahora con siete caballeros más a su servicio y otros tantos escuderos. Reina vio que sir William estaba adiestrando a uno de ellos; no disfrutaba tanto desde que el difunto castellano partiera hacia Tierra Santa. Allí estaba también Searle, midiendo su destreza contra uno de los nuevos caballeros. Ella había presenciado los desafíos entre Ranulf y Walter; Searle, adiestrado por ambos, empleaba la misma técnica. No hubo combate: el caballero quedó desarmado en
cuestión de segundos.

También Eric y Aubert estaban allí, observando a dos escuderos que fingían un combate similar. Uno de ellos era Lanzo; lo reconoció por lo rojo de su pelo. Habría debido llevar puesto el yelmo, pues estaba usando una espada de verdad y no un arma de madera como las que utilizaban los novatos. Su adversario era menudo y tampoco estaba completamente armado. El pequeño estaba recibiendo una verdadera paliza: apenas podía mantener su espada en alto; mucho menos, su

escudo. Reina lo vio caer. Lo que fastidió a la joven fue que Lanzo se ensañara con el caído. Ella sabía que todo caballero debe aprender a defenderse aun en tierra, pues muchos morían en esa posición si no estaban adiestrados. Pero Lanzo parecía aplicar esa lección con especial brutalidad.

De pronto creyó reconocer al niño tendido en el suelo y sintió que se le detenía el corazón. ¿Aylmer? No, Lanzo no podía ser tan cruel. A Aylmer le encantaba presenciar las prácticas de los caballeros. Pero Lanzo no podía haberse atrevido a desafiarlo, a darle una espada para medirse con él. ¿Cómo era posible eso?

Echó a andar, llamando al escudero por su nombre. El muchacho no oía nada: seguía blandiendo su espada contra el escudo del niño caído. Pronto Reina estuvo lo bastante cerca como para comprobar que realmente era Aylmer quien estaba recibiendo aquella paliza. Entonces la consumió una furia roja y ciega. En segundos estuvo sobre ellos, sin pensar en el peligro de esa espada veloz. Sólo pensaba en interrumpir el lance... y lo hizo dándole a Lanzo un vigoroso empellón que lo hizo caer al suelo.

De inmediato ayudó a Aylmer a levantarse, apartándole los sudorosos rizos castaños de los ojos para examinarlo, por si estuviera herido. Comprobó con alivio que no sangraba, pero aún estaba furiosa. El hecho de que el nifío la mirara como si la creyera loca empeoró su cólera.

-¿Por qué habéis hecho esto, señora?

-¿Por qué? -chilló la joven-. ¿Te estaban matando a golpes y preguntas por qu¿?

Ante sus gritos, los caballeros que se estaban acercando para averiguar qué pasaba reanudaron la práctica. Eric, que había intentado interponerse al verla correr hacia allí, retrocedió para no atraer su atención. Con una mirada a Aubert le informó de que tenían problemas, aun sin saber por qué.

Aylmer era el único en comprender que Reina sólo estaba preocupada por su seguridad. En este caso resultaba bochornoso, pero no dejaba de reconfortarlo que una sefíora tan importante se interesara por él.

En voz baja, con la esperanza de alegrarla, dijo:

-Voy a ser caballero, señora.

A Reina le dio un vuelco el corazón ante el orgullo que revelaban esas palabras. ¡Oh, Dios, aquella broma era más cruel de lo que ella había pensado!

-¿Quién te ha dicho eso? ¿Fue Lanzo?

~No; él me enseña por órdenes de lord Ranulf. Pero Lanzo me estaba tratando con mucha suavidad. Le dije que así jamás aprendería.

-¿Y por eso te muele a golpes? -protestó ella instintivamente, pues el cerebro le daba vueltas.

Aylmer tuvo el coraje de sonreír, sin darse cuenta de que Reina había perdido el color.

-Un mes más y sabré defenderme mejor. -¿Tú quieres hacer esto?

Una pregunta estúpida. ¿Un niño sin esperanzas de aspirar a nada, ante la posibilidad de ser armado caballero? ¡Desde luego que quería!

-Está bien -continuó-. Ya veo que sí. ¿Cómo empezó esto, Aylmer?

-Pensé que lo sabíais, señora. Lord Ranulf me lo propuso. Dijo que algunos caballeros sufren tantas heridas que quedan medio baldados, pero eso no les impide blandir la espada y combatir. Dijo que el pie no tenía por qué molestarme; va a traerme de Londres una bota hecha especialmente, para que me facilite el equilibrio. -Y Aylmer concluyó, con más orgullo aún-: Si me desempeño bien, ha prometido instruirme personalmente.

A Reina se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Qué otro caballero se habría mostrado dispuesto a asumir esa tarea? Sabía que Ranulf no era un bruto insensible, aunque ella lo dijera con frecuencia, pero ¿hacer eso por ella? No, por ella no: él era así, simplemente. Y por eso lo amaba tanto...

Sí, era cierto. Lo comprendió con un sobresalto. Buen Dios, ¿cuándo había empezado eso? ¿Al descubrir su sentido del humor? ¿Al comprender que sus Bruñidos eran pura apariencia? ¿Cuando él consultó a una ramera para aprender a complacerla? ¿Hacía tanto tiempo? ¿O cuando él convirtió aquel castigo en una sensación erótica increíble que jamás olvidaría?

¡Qué necia había sido al engañarse, pensando que sólo era lascivia! ¿Pero qué importaba ahora, si ¿I no sentía lo mismo?

- ¿Señora?

Se volvió; Lanzo, aún tendido en tierra, la observaba con cautela. Reina cobró horrible conciencia de lo que acababa de hacer: había interrumpido una práctica de caballeros y atacado a un escudero. Al escudero de Ranul£ No estaba herido, pero temía levantarse por si ella volvía a atacarlo. Sin embargo, su miedo aumentó al ver que la señora caía de rodillas a su lado.

-Lanzo, lo siento muchísimo...

El muchacho quedó atónito. ¡La señora se rebajaba a disculparse!

-¡Levantaos, por favor, milady!

-No, mientras no me digas que me perdonas.
~Levantaos, señora -rogó él-. ¡Ranulf me matará si se entera de esto!
Ella hizo una mueca.

- La culpable soy yo. Si debe matar a alguien, será a mí. ¿Estás bien?

-Desde luego -replicó él, con un resoplido de indignación.
Ella sonrió, aliviada, y le ofreció la mano para levantarse al mismo tiempo.

-¿Me perdonas, pues?
-No hay nada que perdonar, señora -aseguró él, molesto por tanta insistencia-. Comprendisteis mal; eso es todo.
-Así fue. Pero para tranquilidad mía, ¿podrías tratar a Aylmer con un poco más de cuidado? Hasta que consideres que puede defenderse, desde luego.
Lanzo asintió con una sonrisa. Reina se alejó, pero comprendió que Aylmer había sido informado de sus deseos al oírle protestar, en tono de queja:
-¡Oh, milady!
No se detuvo. Después de todo, el niño sólo tenía siete años. Le quedaban muchos por delante para hacerse magullar y amoratar.

CAPÍTULO XLIV

Reina no se acordó de sus invitados hasta que Gilbert, que estaba buscándola, la halló en el edificio de entrada. Lord Roghton y su esposa solicitaban albergue para pasar la noche, pues iban camino de Londres. Eso ocurría con frecuencia. Cuando la corte estaba en Londres, dos o tres veces por semana pasaban grupos de viajeros.

-No conozco ese nombre. ¿De dónde vienen? -De Northumbria.

-Cielos, ¿tan lejos? Bien, Gilbert, búscales una alcoba y haz que se sientan cómodos. Si logro cruzar el salón sin que me vean -añadió con una sonrisa, contemplando sus ropas mugrientas-, diles que los veré a la hora de cenar.
-Sí, milady. El señor estuvo aquí hace muchos años. -Gilbert se sentía en la obligación de recordárselo-. En ese entonces también solicitó albergue por una noche, pero acabó quedándose casi una semana.
Otra cosa que ocurría con frecuencia: era costumbre de quienes tenían muchos sirvientes o una sola finca; cuando acababan con sus propias reservas de alimentos, pasaban varios meses viajando y se detenían en uno y otro castillo, donde abusaban de la hospitalidad recibida.

-Uno de ésos, ¿eh? -rió Reina, sin preocuparse. Clydon podía permitirse gastos adicionales a la hora de comer.

Aún no lograba identificar el nombre, pero lo recordó más tarde, cuando vio al hombre al bajar para la cena. En ocasión de la visita anterior de lord Roghton, ella tenía cinco o seis años; el hombre le pareció la más fea de las bestias vivientes. Aún resultaba desagradable a la vista, aunque ella ya no era una criatura y no se dejaba impresionar por las apariencias. Se aproximaba a los cuarenta años y estaba aún más obeso que antes, pero no era eso lo que le afeaba. Sus ojos eran crueles; la nariz, grande y abultada, apenas lograba disimularlos, al igual que dos horribles cicatrices: una le torcía la boca en una mueca permanente, mientras la otra le hundía las mejillas, tirando hacia abajo el ojo izquierdo.

La esposa aún no estaba en el salón. Reina no pudo menos que compadecerla por cargar con semejante marido. Las cosas habrían sido distintas si el hombre hubiera sido bondadoso, pero no era ése el caso. Reina iba recordando cada vez mejor aquella primera visita, en la que Roghton se había hecho insoportable con sus insultos sutiles y sus pequeñas crueldades, hasta que su padre le pidió que abandonara el castillo. Quedaba por saber si había cambiado en algo. De cualquier modo, la joven lamentó que Ranulf no estuviera allí para atenderlo en su lugar.

El señor estaba con sir Walter y lady Margaret. Las damas más jóvenes permanecían misteriosamente ausentes, y Reina no pudo criticarlas por eso: realmente, Roghton era una pesadilla.

Searle y Eric aparecieron simultáneamente a su lado en cuanto llegó al grupo, que estaba junto al hogar. Se mostraban ridículamente protectores cada vez que Ranulf partía de viaje sin llevarlos; más de una vez habían tenido que vérselas con la áspera lengua de la joven, en sus momentos de irritación. Pero en esta ocasión cabía agradecer que estuvieran con ella.

Como Searle se había casado con Louise de Burgh, según el proyecto de Ranulf, Reina sólo lo veía cuando su esposo estaba de viaje. La pareja se entendía bastante bien, considerando que había sido preciso llevar a la señora a rastras, entre gritos y puntapiés, hasta el lecho de bodas. En su última visita, empero, se la veía feliz y contenta. Searle parecía haber hecho algo de mágicos efectos. ¡Lástima que ella no supiera hacer lo mismo con Ranulf!

-Ah, lady Rhian, ¿verdad? La niña de cabellera de bruja. ¿Aún me recordáis, señora?

Reina se envaró. ¿Dos insultos en otras tantas frases? ¿Acaso el hombre la creía tan idiota como para interpretar esas palabras como un error inocente? Gilbert debía haberle dicho su nombre. En todo caso, el idiota era él, por no recordar un simple nombre de pila escuchado pocas horas antes.

-En realidad, lord Ralston -dijo, pagándole con la misma moneda-, me llamo Reina... Reina Fitz Hugh. Si lo olvidáis otra vez, podéis llamarme milady, como corresponde. Y si yo fuera una bruja, no os parecería seguro dormir bajo mi techo. Por tanto, tenéis suerte de que no lo sea.

Ella no era como su madre, que acostumbraba a pasar por alto las insinuaciones y pullas encubiertas, pues le parecían menos importantes que mantener la paz en su salón. Si Roghton creía poder cometer impunemente esas tonterías allí, estaba muy equivocado.

Y había logrado cogerlo por sorpresa. Él no esperaba que la falta de respeto le fuera devuelta, mucho menos por una mujer. Desconcertado como quedó, no pudo menos que responder cortésmente.

-Me han dicho que estáis recién casada, lady Reina.

-Sí, si una sigue siendo recién casada después de cuatro meses. Mi esposo está en Londres con su padre, Hugh de Arcourt.

-¿Lyonsford?

-El mismo.

Después de eso no volvió a oír una palabra ofensiva. Desde luego, resultaba gracioso, puesto que Clydon era más poderoso que Lyonsford. Eso venía a demostrar que una dama, al frente un pequeño reino, era menos impresionante que un señor guerrero de menos fortuna... a excepción de que una mencionara como pariente suyo a esos señores guerreros.

Cuando llegó la esposa, Reina sufrió una verdadera impresión, como todos los que la veían por primera vez. En total contraste con su esposo, la mujer poseía una belleza asombrosa e incomparable. Era rubia, de piel perfecta y rostro de ángel. Hasta Eadwina rechinaba los dientes de envidia.

Resultaba inconcebible que aquella adorable criatura estuviera casada con un hombre como Roghton. ¿Quién había cometido la crueldad de establecer una alianza entre polos tan opuestos?

Searle y Eric estaban estupefactos. En realidad, todos los hombres presentes en el salón estaban inmóviles y mudos, afectados por la dama de un modo u otro. Tal vez Reina fue la única en reparar en la satisfacción que experimentaba el marido ante la reacción provocada por su mujer. Disfrutaba de la sensación que ella causaba y del horror inspirado por el hecho de que ser tan deseable y exquisito fuera suyo. A pesar de eso, regañó a la seiíora por haberse retrasado, abochornándola e incomodando a todos los que oyeron sus palabras, deliberadamente duras. Reina tuvo la certeza de que lo hacía a plena conciencia. Era un modo de demostrar ante todos que ella, realmente, le pertenecía.

Reina tuvo poca oportunidad de conversar con lady Roghton durante la cena. El esposo dominaba la plática, mientras su mujer permanecía mansamente a su izquierda, sin pronunciar palabra, con aspecto deprimido. Reina trató de imaginarse en la misma situación. En realidad, bien podría haber sido ése su destino, de no haber tenido un padre tan afectuoso. Le asqueaha el sólo pensarlo.

Cuando Roghton quedó ahíto, después de haber engullido todo lo que se le puso a mano, su interés se desvió hacia la conversación más desenfadada que reinaba en las mesas inferiores, entre los hombres. Reina quedó sola con lady Roghton. En cuanto el marido se fue, ella se acercó a su anfitriona. Esta se preguntó qué decir que no sonara a conmiseración, pero su preocupación era innecesaria. La bella rubia no vaciló en absoluto, una vez lejos de la intimidante presencia de lord Roghton.

-Me han dicho que vuestro esposo es Ranulf Fitz Hugh.

-¿Lo conocéis?

-No estoy segura -objetó lady Roghton-. ¿Es alto, muy alto, y dorado de pies a cabeza?

A Reina le pareció divertido:

-Sí, ésa es una buena descripción.

-Entonces es mi Ranulf -replicó la mujer, excitada-. ¡Increíble! ¿Ranulf, lord de Clydon? Es una pena que no pueda verlo, pero oí decir que está en Londres, de manera que seguramente lo veré allí.

Reina la miró estupefacta. Aquella mujer parecía haber olvidado con quién estaba hablando. ¿Se habría dado cuenta de ese posesivo «mi Ranulf» que acababa de escapársele? Resultaba difícil saberlo. Su actitud había cambiado por completo. Ahora burbujeaba de entusiasmo.

-¿Cuándo... cuándo conocisteis a Ranulf? -preguntó Reina. -Oh, fue hace mucho tiempo, pero estoy segura de que no me ha olvidado. -La mujer rió; fue un sonido dulce y musical-. Ya podréis imaginar qué tipo de relaciones tuvimos. En Montfort todas las mujeres lo deseaban, bello como era. ¿Cómo resistirme a él? Si hasta le di un hijo.

¿Anne? ¡Por Dios, aquella mujer era lady Anne!

La sorpresa debió de reflejarse en la cara de Reina, pues la mujer agregó:

-¿No lo sabíais? Oh, pero eso no tiene nada que ver con vos. Los hombres nunca son fieles, ya lo sabéis. Esparcen bastardos por todo el país. ¡Si el propio Ranulf es un bastardo!

-Luego sonrió-. Por eso me sorprende tanto que se haya convertido en lord de Clydon.

Reina tomó un sorbo de vino, con la esperanza de que eso aplacara su repentina furia. ¿Qué clase de mujer era aquélla, que podía decir semejantes cosas a una esposa... a menos que quisiera provocar una rifía entre ellos? Walter había dicho la verdad sobre ella. No era sino una zorra calculadora, pese a sus dulces sonrisas y sus miradas angelicales. ¿Y ella le había tenido compasión?

-No me habéis dicho qué fue de vuestra criatura -dijo

Reina, en tono ligero, al comprender que Anne buscaba hacerle creer que entre Ranulf y ella existía un vínculo.

La dama quedó desconcertada.

-¿No os lo he dicho? El pobrecito murió. Quedé destrozada.

-¿Era un niño?

-Creo que... -empezó la mujer, dudando. Pero se apresuró a corregir esa impresión-. Desde luego que fue un niño. Una sabe qué da a luz.

Dios bendito, no lo sabía, nunca le había importado. Para Reina, como para cualquier futura madre, aquello resultaba casi tan inconcebible como lo que esa mujer había hecho con su hija, fruto de su carne y de su sangre. ¡Oh, por Dios!

Reina se levantó; no soportaba un momento más la presencia de lady Anne.

-Es una suerte que Ranulf no esté en el castillo -dijo.

Y se alejó.

Anne sonrió, sin entender lo que, con un poco más de sagacidad, habría reconocido como una advertencia.

CAPÍTULO XLV

Ranulf subió a grandes brincos por la escalinata hasta el Gran Salón, sin cuidarse de hacer ruido, pese a que era muy tarde. Había echado de menos Clydon. Tres semanas eran demasiado tiempo para estar lejos de... Bueno, era mejor admitirlo. No había echado de menos Clydon, sino a su esposa. Aunque fuera caprichosa, temperamental y a veces insoportable, cuando estaba a su lado le hacía sentir muy especial, como nunca en su vida: querido, importante y necesario. Ella atendía a todas sus comodidades, lo cuidaba si estaba enfermo, lo regañaba si él se exigía demasiado, se preocupaba por él. Ranulf no tenía que estar siempre en guardia para defenderse de ella ni desconfiar de su actitud, pues Reina había demostrado ser diferente de las mujeres que él conocía. Ni siquiera sus nuevas relaciones con su padre se parecían al sentimiento que Reina le inspiraba.

Tenía que decírselo, pero no conocía las palabras cortesanas que las damas querían oír. Si intentaba ponerse lírico, lo más probable era que hiciese el ridículo. Además, ella debía saber lo que él sentía. Todos decían que en ese aspecto las mujeres eran intuitivas. Después de todo, él sabía lo que Reina sentía; lo sabía desde que ella lo llamara «tonto» por primera vez, pues reservaba ese término para las personas a quienes quería.

Sí, la conocía bien. Lo único que ignoraba de ella era por qué estaba tardando tanto en revelarle que esperaba un hijo. Pero su padre se lo había explicado y también Walter, que había visto nacer a dos hermanas menores: no era raro que las mujeres encinta se comportaran de manera extraña.

Teniendo en cuenta sus pensamientos y el sitio hacia donde corría, Ranulf no estaba preparado para encontrarse con aquella mujer en el salón a oscuras. Ella apareció tan bruscamente, cruzándose en su trayecto, que el caballero estuvo a punto de derribarla. Cuando iba a disculparse, la reconoció. Las palabras se le ahogaron en la garganta.

Anne lo había visto venir mientras intentaba despertar a su esposo, que estaba ebrio y se había dormido junto al hogar. Ahora se alegraba de ese sopor alcohólico. Esa oportunidad era un regalo del cielo y no pensaba malgastarla.

-Conque me recuerdas, Ranulf -dijo con satisfacción. Y agregó por prudencia, sabiendo que a ningún hombre le gusta sentirse propiedad asegurada-: Tu esposa quiso hacerme creer que, al casarte con ella, habías olvidado a todas tus amantes anteriores. Afirma que tiene tu afecto en un puño.

La vieja desconfianza de Ranulf revivió de inmediato. Sabía que su esposa no era capaz de tales confidencias, mucho menos con una desconocida; pero eso sólo demostraba que quien nace mentiroso, mentiroso ha de morir. Anne no había cambiado en absoluto. Era tan bella como siempre; no, más aún, gracias a las redondeces de la madurez. Pero su alma seguía siendo negra como el pecado. Si había pasado un rato en compañía de Reina, por breve que fuera, nadie sabía qué maldades podría haber cometido.

Decidió seguirle la corriente, momentáneamente, aunque sintió ganas de estrangularla. Ella solía elegir sus palabras con cautela. Cuanto decía era para causar efecto, bueno o malo. Sin duda tenía motivos para desear que él se disgustara con su esposa por ser tan lenguaraz.

-Es una verdadera sorpresa veros aquí, señora.

-¿Creíais que jamás volveríamos a vernos? Yo siempre supe que nos encontraríamos otra vez. -Se acercó para susurrarle-: No sabes cuántas veces he pensado en ti, Ranulf, recordando la pasión que compartimos. -Le apoyó una mano en el pecho-. ¿No hay... algún sitio donde podamos... conversar a solas?

El ofrecimiento era seductor. En otros tiempos le había inflamado los sentidos, enloqueciéndole de deseo. Ahora sólo le erizaba la piel de repugnancia. Miró a su alrededor; los sirvientes dormían profundamente entre las sombras.

-Es como si estuviéramos prácticamente solos.

- Quería decir... no importa. -Ella hizo un mohín.- Pareces haber olvidado con cuánta frecuencia buscábamos los rincones oscuros.

Él se estaba cansando de esperar que ella dijera lo que deseaba. No lo deseaba a él, sin duda; debía de ser algún favor.

-Ahora soy un hombre adulto, Anne. Prefiero una cama abrigada.

-Hay una en mi alcoba.

-Ahora que lo mencionas, ¿qué estás haciendo aquí?

Por un momento la expresión de la mujer, cuidadosamente dominada, dejó traslucir irritación.

-¿No se te ocurre pensar en otra cosa? Nos amábamos, Ranul£

-Yo te amaba, o creía amarte. Pero tú elegiste otro camino.

-¡Y por eso he recibido un eterno castigo! -Entonces pudo expresar sus súplicas con adecuado sentimiento-: Oh, Ranulf, por Dios, no sabes a qué monstruo me entregó Montfort. -Señaló con un dedo el hogar, donde se veía a Roghton derrumbado en un banco, a la luz de una vela. -. Ése es mi esposo. Y su alma es tan grotesca como su cuerpo.

-Según creo recordar, importaba poco quién fuera el hombre -apuntó él, fríamente-, mientras fuera rico.

-¿No comprendes lo que trato de decirte? ¡Me equivoqué! -exclamó-. Él es bastante rico, sí, pero no hay fortuna en el reino que pueda pagar el infierno en que ha convertido mi vida a lo largo de estos años. ¿Sabes que adiestra a los halcones para que ataquen a la gente y los suelta sobre sus pobres aldeanos, sólo para divertirse? Eso te dirá qué clase de hombre es. Ya no lo soporto.

Fuera verdad o no, Ranulf no se dejó conmover. -Abandónalo, pues.

-¿Crees que no lo he intentado? Me tiene prisionera: me hace seguir y vigilar, y me encierra bajo llave en mi alcoba cuando sale.

Ranulf volvió a contemplar al hombre dormido.

-Vete ahora. No veo a nadie que pueda detenerte.

-Me buscaría para arrastrarme a su casa. Ya lo ha hecho antes.

-¿Para qué me cuentas todo esto?

-Tú podrías ayudarme, si quisieras.

- ¿Cómo?

Ella se acercó un poco más, hasta rozarle el antebrazo con los pechos.

-Mátalo por mí -rogó con voz seductora-. Ha dicho a sus hombres que, si muriera de manera sospechosa, deben torturarme hasta la muerte. Y ellos lo harían. Son tan crueles y perversos como él. Este hombre podría morir atragantado con su comida y ellos me

matarían. Debe ser desafiado en toda regla, morir en un duelo. Por favor, Ranulf, libérame de él.

Conque había justicia, después de todo. Ranulf estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿Ella quería que la liberara del infierno que tanto merecía? Imposible; pero aún no se lo diría.

-¿Qué motivos tendría yo para desafiarlo? No veo en ti marcas de malos tratos. Más aún, Anne, me cuesta creer que ese hombre no te cuide como un tesoro.

-En un principio fue así, pero yo no soportaba que me tocara y él lo sabía. Acabó por odiarme. Después me encontró con un... con un amante. Y lo mató con sus propias manos.

-Pero a ti no te hizo nada.

- Esperó... esperó a que pasara mi dolor. Quería que yo, sufriera. Eso le alegraba. No hizo nada mientras me vio sufrir, pero en cuanto comencé a recuperarme, me peg6. Quería que lo recordara, ¿comprendes? Al principio pensaba que, ante dolor tan intenso, una paliza no tendría importancia; por eso esperó. Así de diabólico es. Y ahora me castiga cada vez que miro a otro hombre. ¡Oh, Ranulf, por favor! -suplicó, echándole los brazos al cuello-. No puedo seguir viviendo así. Si no me veo libre de él muy pronto, me mataré.

-¿Crees que a mí me importa eso?

Ella retrocedió lentamente, con el ceño fruncido. Creía haber entendido mal.

-En otros tiempos me amabas -señaló.

-Y ahora amo a otra.

-¿A quién? -Como él no respondió, sus ojos se ensancharon de incredulidad-. ¡No puedes estar enamorado de ese ratoncillo con quien te has casado!

-¿Ratoncillo? Para mí es la más bella de cuantas he conocido en mi vida.

-No lo dices en serio -resopló ella. La desesperación le infundió audacia, haciendo que apretara sus caderas contra las de él-. Tienes que recordar todo lo que...

Ranulf reaccionó con violento disgusto, apartándola de un empellón. Luego volvió a acercarse y le sujetó la cabellera a la altura del cuello, tirándole la cabeza hacia atrás. Por fin ella comprendió qué era lo que Ranulf había estado dominando a duras penas: el odio le centelleaba en los ojos. La mujer sintió que la recorría un escalofrío.

-Matasteis a mi hija, señora -dijo él, en un graznido mortífero-. Ni siquiera la matasteis con piedad, sino dejándola morir de hambre. Eso es todo lo que de vos recuerdo. Ahora salid de mi hogar antes de que os pague como realmente merecéis.

-¡No puedo irme sin mi esposo!

-Despertadlo de inmediato, pues... o lo haré yo.

-¿Y qué puedo decirle? ¡En medio de la noche!

-Ya se os ocurrirá algo, señora. Las mentiras son vuestra especialidad.

Ranulf se alejó sin volverse a mirarla.

-Miserable hijo de puta -siscó Anne, pero sólo cuando él hubo desaparecido-. ¿Qué puede importarle una bastarda que ni siquiera era suya? Debí habérselo dicho. Eso lo habría puesto en su lugar. ¡Estúpido!

-Debisteis decírselo, sí -dijo Walter tras de ella, en voz baja-. Ya me encargaré yo de corregir vuestra omisión. Eso no acabará con el dolor que ha sufrido durante tantos años, pero tal vez le alivie un poco el recuerdo.

Anne, que se había vuelto en redondo a la primera palabra, le sonrió.

-Sir Walter, ¿verdad? ¿Hace mucho que estáis aquí?
-Lo suficiente, señora.
Y él también se alejó, sin disimular su desprecio.
Ella lo siguió con una mirada furiosa hasta que oyó una cruel carcajada junto al hogar. Giró sobre sus talones con una exclamación ahogada, y se encontró con su esposo que, incorporado, la observaba.

-Parece que esta noche no tienes mucha suerte, ¿verdad, querida? Veo que hice mal en no haberme acostado antes, pues ahora ni siquiera tengo cama. ¿Cómo crees que voy a darte las gracias por eso?

Anne, palideciendo, huyó del salón hasta la alcoba que se le había asignado, donde se acurrucó en un rincón. Aun allí oía la carcajada de su marido. Eso indicaba que todo lo visto y oído le había entusiasmado; siendo así, querría acostarse con ella antes de partir. Y eso era mucho peor que cuantas palizas pudiera propinarle luego.

CAPÍTULO XLVI

Reina despertó ante la suave caricia de una mano que le quitaba la sábana del cuerpo. Suspiró entre sueños, pero al abrir los ojos ahogó una exclamación de susto. Por fin comprendió que quien se estaba deslizando en su cama era su esposo.

-Cielos, Ranulf, me has asustado.

-No era ésa mi intención, señora -dijo ¿I, muy sonriente.

Ella se ruborizó una pizca. Aún no estaba del todo habituada a sus pícaras insinuaciones, si bien no habría podido decir qué tenían de objetable.

-¿Acabas de volver? -Era de mañana, según lo indicaba la luz que se filtraba por entre las cortinas de la cama.

-No. Llegué anoche, con Walter. Pero dormías tan apaciblemente que no quise despertarte.

Le deslizó una mano por el ombligo y pensó en lo que latía en su interior.

- ¿No notas... algo diferente en mí, Ranulf? -Nada -aseguró él, pellizcándole un pecho para observar cómo se erguía el pezón.

- ¿Nada?

-No. ¿Por qué?

-No tiene importancia -dijo ella, malhumorada. -Y tú ¿notas algo diferente en mí? -bromeó él. -Sólo que pareces más tonto que nunca -resopló ella. Ranulf rió de buena gana y la estrechó contra sí. -¿Por qué no lo decís directamente, señora? - ¿Qué?

Él volvió a cubrirle el vientre con la mano y se inclinó para besarlo.

-Lo que me dijo Walter, hace casi dos meses.
-¿Lo sabes? -exclamó ella-. ¿Y no lo mencionaste?
-Es privilegio de la esposa informar a su marido. Esperaba que lo hicieras.
-Lo siento. Debí decírtelo, pero...
-Pero ¿qué?

-El motivo es muy tonto -se escabulló Reina-. Preferiría no decirlo.

Él se conformó. Su padre le había advertido: «Nunca discutas con una mujer embarazada, pues no imaginas las tonterías que suelen decir en ese estado». Además, tenía otras cosas en mente, por el momento: familiarizarse con las nuevas redondeces de su señora, por ejemplo.

Y a eso se dedicó. A Reina le sorprendió comprobar que él seguía deseándola, aun enterado de su embarazo. No cometió la tontería de interrogarlo, pero la confusión, desaparecida por una hora de felicidad, volvió cuando Ranulf separó la cabeza del pecho de ella para levantarse. ¿Acaso eso significaba que él se había habituado a ella durante esos meses de matrimonio? Tal vez había decidido seguir gozándose con ella, embarazada o no. En ese caso...

La sonrisa de Reina lució brillante, llena de alegría y satisfacción, hasta que de pronto lo recordó.

-Oh, Ranulf, lo olvidaba. Tenemos invitados y deberías saber que...
-Teníamos invitados, señora -dijo él, acercándose a la puerta para despertar a Lanzo-. Se marcharon anoche.
-¿Se marcharon? -repitió ella, sorprendida-. Pero ¿por qué?

-Al parecer la señora comprendió que aquí no estaba segura -fue la única respuesta.

Reina guardó silencio. Mientras la pareja se hubiera ido para no volver, estaba satisfecha.

Dos meses más tarde, llegó un mensajero desde Shefford, con una llamada a las armas que hizo estallar la burbuja de felicidad en la que Reina vivía. Estaba en el salón, jugando al ajedrez con Walter, cuando Ranulf entró a decírselo. Al parecer, lord Rothwell se había buscado otra heredera: la sobrina de lord Guy, nada menos, que además era pupila suya. El torreón donde vivía la muchacha, en Yorkshire, estaba sitiado desde hacía varias semanas, pero sir Henry acababa de enterarse y había decidido que necesitaba de los servicios de Ranul£

Reina se opuso inmediatamente y con tesón.
-Es sólo una prueba y no me gusta. Sir Henry podría haber convocado a cinco o seis señores que están más cerca de York, y así pienso decírselo. No tienes por qué ir, Ranul£
-Muérdete la lengua, mujer -replicó él, incrédulo-. Se me herrumbrará el brazo con el poco uso que le doy aquí.
~¿Quieres combatir cuando no hace falta? -le gritó ella.
-¡Quiero combatir porque me gusta combatir! -gritó él, a su vez~. Para eso me prepararon y es lo que más me agrada... aparte de hacer el amor contigo.
A ella se le encendieron las mejillas y volví¿> a estallar. -No te importa lo que yo sienta, ¿verdad? Después de todo, sólo soy tu esposa.

-No seáis caprichosa, señora -atronó Ranulf-. Rothwell es un perfecto idiota. Saldrá a toda carrera en cuanto vea llegar refuerzos.

-¿Y si no huye? -protestó ella-. ¡Te amo, grandísimo tonto! ¿Cómo va a gustarme que te desangres en una batalla sin sentido?

-Yo también te amo, pero no voy a perderme una buena diversión sólo para mantenerte tranquila.

-¡Vete, pues! ¡No me importa!

Reina se alejó, pero sólo unos pasos. Luego corrió otra vez al pecho de su marido.
-¿Me amas?
- sí.
-¿De veras?

-Sí. -Él sonreía de oreja a oreja.
-Yo también te amo.
-Lo sé.
Ella se apartó para pegarle.

-¡Bueno, pues yo no lo sabía! ¡Podías habérmelo dicho!
-Y ahora, ¿quién es la tonta? Te lo he dicho cada noche, al tomarte en mis brazos. Te lo digo de la única manera que sé hacerlo.

-No, milord. Acabáis de decirlo con más claridad -dijo ella, con lágrimas de felicidad en los ojos-. No importa que me lo hayáis gritado. Es lo que deseaba oír.
-¿Esas palabras?
- sí.
-Pero dicen tan poco... -se quejó él.

-Si yo quisiera oír frases de trovador, milord, contrataría uno. De vos sólo necesito escuchar «te amo», de vez en cuando.

Ranulf rió entre dientes.
-Como desees, generalete.
Ella levantó la boca para un largo beso. Ranulf había dejado de levantarla hasta su propia altura hacía un par de semanas, al experimentar una exuberante patada de su hijo, que estuvo a punto de hacer que la soltara.

~Y ahora -murmuró ella, con un ronroneo satisfecho-, ¿te olvidarás de esa tonta guerra?
- No.
-¡Ranulf!
- Pero aún te amo - ofreció él.

Ella lo fulminó con una mirada furiosa y se marchó a grandes pasos.

-El enojo no le durará -aseguró Walter, sin poder disimular su diversión-. Nunca le dura.

-Pero cuando se le pase ya no estaré aquí. ~De pronto Ranulf sonrió-. Detesto perderme esa parte. Es siempre muy... muy expresiva cuando perdona.

Walter se echó a reír.

-Alguien debería repetirle lo que acabas de decir.

-¡Muérdete la lengua! Si ella descubre por qué la provoco con tanta frecuencia, me cobraré en tu pellejo lo que pierda.

CAPÍTULO XLVII

El invierno se cerró alrededor de Clydon con una blanca cobertura de nieve que no se fundiría del todo hasta la primavera. En secreto, a Reina le encantaba esa época del año, aunque las viandas se ponían rancias y mohosas y los hombres, irritables por la inactividad. Era una temporada en que las mujeres podían dedicarse a las cosas para las que nunca había tiempo. Se comenzaban y acababan tapices antes de que terminara la estación, se cosían prendas para las ocasiones especiales del año venidero, se descubrían nuevos talentos y se experimentaba con recetas nuevas. Eran meses abrigados y cómodos, con todos los hogares encendidos; en esos días, las relaciones se volvían más sólidas. Si una mujer deseaba concederse el lujo supremo de pasar el día en la cama, sin hacer nada, bien podía hacerlo.

Reina lo hacía con frecuencia, simplemente porque su pequeña constitución encontraba dificultades para llevar tanto peso adicional. Ranulf la fastidiaba sin misericordia por su nuevo volumen; aseguraba que, de tanto como le gustaba verla así, se encargaría de hacerle aumentar de peso con frecuencia. La sorprendía volviendo al castillo con mucha más asiduidad de lo que ella había esperado considerando que sir Henry aún estaba en pie de guerra. Ranulf se presentaba en todas las festividades: estuvo en casa el tiempo de Reyes, para repartir las bonificaciones a los sirvientes: las ropas, los alimentos, las bebidas y la leña que constituían el tradicional regalo de Navidad. En esa ocasión se quedó hasta el Lunes del Arado: el primer lunes después de Epifanía, fecha en que los aldeanos hacían correr sus arados por los pastos comunitarios, para determinar cuántos surcos podría sembrar cada uno ese año.

Pero Ranulf no llegó a la única festividad a la cual Reina no esperaba que faltara: la Candelaria, al iniciarse el segundo mes del año nuevo. Ya había pasado una semana desde entonces; Reina debía dar a luz en cualquier momento y él seguía sin aparecer. Puesto que le había prometido estar allí para el alumbramiento, ¿qué cabía pensar, sino que algo horrible había pasado?

Walter se apresuró a decirle que era una tontería preocuparse. Ranulf no lo había llevado consigo a esa campaña y a él no le molestó quedarse, pues estaba recién casado con Florette. Pero ¿qué sabía él de los miedos femeninos? Sin embargo, Reina sabía que él estaba en lo cierto.

Rothwell se había escabullido hacia su casa, tal como Ranulf predijera, pero ése no fue el final. Sir Henry decidió que necesitaba una lección por tanta audacia y llevó el ejército de Shefford al oeste, para sitiar el torreón de Rothwell. El sitio se mantenía desde hacía dos meses, con muy pocos combates.

Los cuarenta días de servicio de Ranulf habían expirado, pero ¿que importaba eso cuando uno se divertía? El hecho de que él decidiera permanecer junto a sir Henry provocó otra rifía matrimonial, que ganó él, por supuesto. Y ella lo perdonó, como siempre. A ese bribón le encantaban los desafíos, los desafíos de cualquier especie; sería menester acostumbrarse a ese aspecto de la vida en común. Resultaría más fácil con el correr de los años. Y en otras ocasiones tardaría en regresar y ella enfermaría de preocupación. También habría épocas de amor para compensarlo todo.

En realidad, ¿de qué podía quejarse? ¿De que Ranulf no estuviera presente al nacer su primer hijo, que llegó a tiempo y sin complicaciones? Sí, Reina se prometió hacérselo pagar. Sin embargo, todo quedó olvidado en cuanto él entró en la alcoba, apenas una hora después de terminada la dura prueba, y fue directamente hacia el lecho para tomarla en sus brazos.

Estaba contrito y jubiloso, todo al mismo tiempo. ¿Cómo regañarlo cuando la llenaba de amor? Y traía una buena excusa para justificar su demora. Lord Guy había vuelto a Inglaterra, por fin, y Ranulf fue convocado a Shefford para la primera entrevista, en la que se entendieron muy bien. El seiíor había llegado a insinuar que no le desagradaría ser elegido como padrino del primogénito. Reina no pudo sino reír. El gran seiíor feudal no solía ser sutil al expresar sus deseos. Ranulf debía de haberlo impresionado muy favorablemente. Por tanto, ella podía despreocuparse en ese aspecto. El pequeño engaño que su padre llevara a cabo en bien de ella jamás saldría a la luz. Y su última voluntad estaba cumplida: ella se había casado con un hombre de su propia elección, tal como él deseaba.

Theodric, canturreando suavemente, mecía a Guy en sus brazos. El bebé (tenía ya tres meses) dormía profundamente, pero él no tenía prisa alguna por acostarlo. Wenda estaba peinando la cabellera de Reina, todavía húmeda por el baño. Theo ya no se quejaba porque la muchacha hubiera usurpado sus funciones, puesto que él tenía a su cargo el cuidado de Guy, a quien adoraba. Cuando se trataba de preocuparse por el niño, era peor que cualquier madre. Reina pensaba a veces que él la envidiaba por poder amamantarlo: también de eso se habría encargado, si hubiera sido posible.

Lady Ella se pavoneaba en el centro de la cama matrimonial, mientras su última camada de gatitos retozaba en el suelo, haciendo que Wenda riera a cada instante. A Reina también le divertían. No le había gustado que su némesis pariera bajo su cama, después de haberse introducido subrepticiamente. Reina trató entonces de trasladarla a la antecámara, pero *íady* Ella maullaba y arañaba la puerta hasta que le abrían; luego recogía al gatito que había llevado hasta allí y entraba corriendo. Ranulf, sin decir una palabra, dejó la decisión por cuenta de Reina. ¿Qué decisión? La gata estaba decidida y no había nada más que hacer.

La puerta se abrió, dando paso a Ranulf, para alegría de Reina. Puesto que lord Hugh había llegado esa misma tarde, ella había temido que su esposo no se retirara hasta muy tarde. Pero al ver la cara de horror con que miraba a Theo y a Guy, Reina maldijo para sus adentros. Si Ranulf no había descubierto antes que Theo estaba a cargo del niño, era sólo gracias a la astuta tarea de sincronización del joven.

Ranulf no perdió el tiempo en prolegómenos. Se limitó a aullar:

-¡Fuera!

Theo ya no temblaba de miedo cada vez que Ranulf soltaba uno de sus rugidos. Depositó a Guy en su cesta, con mucha suavidad, y se retiró muy tieso. Reina hizo una seiíal a Wenda para que recogiera la cesta y los dejara solos. La disputa que estaba a punto de iniciarse podía cobrar dimensión suficiente como para alterar el sueño del niiío.

-Has ofendido a Theo -comenzó, con bastante serenidad. -Y haré mucho más que ofenderlo, si vuelvo a descubrir a ese afeminado cerca de mi hijo, señora. No quiero que Guy sufra influencias...

-No emplees esa excusa, Ranulf -interrumpió ella, áspera-. El único que puede influir sobre tu hijo eres tú, y bien lo sabes. No aceptarás otra cosa, y ambos lo sabemos. En cuanto a Theo, ha pasado toda su vida en este castillo. En ese tiempo ha criado a dos bebés y a tres niños, yo misma incluida. Y podría agregar que fui la única niña a quien atendió. Ninguno de nosotros ha recibido de él influencias adversas. Y es muy difícil que así ocurra.

Al ver que él la escuchaba, y que ya no tenía el ceño tan fruncido, agregó con más suavidad:

-Ama a Guy como si fuera su propio hijo. jamás hará nada que pueda perjudicarlo. ¿Y qué es más importante? ¿Que tu hijo reciba el mejor de los cuidados o que tú sigas enfadado porque Theo admira tu magnífico cuerpo?

Ella lo sorprendió con la guardia baja. -¿Magnífico?

-Sí -respondió ella, esbozando una sonrisa. -No sabía que pensaras eso.

¿Estaba avergonzado? ¡Buen Dios, cuánto amaba a ese hombre, con todas sus peculiaridades, sus defectos y sus adorables cualidades!

-¿No os lo he dicho, milord?

- No.

-Pero debo habéroslo demostrado.

Realmente Ranulf sentía vergüenza. Reina sonrió más aún y se le acercó lentamente. Con toda deliberación, dejó que la bata se le deslizara por un hombro y vio que los ojos de su marido se encendían. Tal vez se desconcertó por un momento, pero no duró mucho. La verdad, duró tan sólo el tiempo que ella tardó en ponerse junto a él. Entonces se vio suspendida en el aire. Así se habían conocido. La única diferencia era la pasión que ardía ahora en los ojos de Ranulf, tan distinta del enojo.

-Por los clavos de Cristo, mujer, cuando me miras así...

-¿Qué esperas? - preguntó ella con voz seductora. Y le echó los brazos al cuello, ciñéndolo hasta que entre ellos no quedó espacio alguno-. ¿Quieres que yo te arrastre hasta la cama, para variar?

No tuvo que preguntarlo dos veces.